



ANTONIO PUENTE MAYOR



EL **ENIGMA** DEL
SALÓN VICTORIA

NOVELA



Biarritz, 1899. Un grupo de intelectuales y artistas se reúnen en el Hôtel du Palais, antaño residencia de Napoleón III y Eugenia de Montijo. Tras una noche de excesos, descubren el cadáver de una mujer estrangulada y con la piel recubierta de oro.

Mientras, en la cercana San Sebastián, la reina María Cristina evoca su juventud releendo una serie de mensajes anónimos. Estos apuntan a un admirador obsesionado con La Chanson de Roland, uno de los poemas épicos más fascinantes de la historia.

Al otro lado del Atlántico, en la Universidad de Yale, un profesor encarga a su pupilo una misión muy especial: deberá desplazarse hasta Europa para investigar el hallazgo de una biblioteca emparedada entre las ruinas de una vieja abadía.

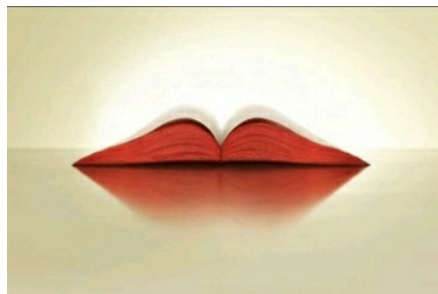
El enigma del salón Victoria es un homenaje a la literatura decimonónica de tradición anglosajona, que incluye guiños a los romances medievales, al folletín y a la novela gótica. Asimismo es un adictivo juego de intriga, lleno de sorpresas y giros inesperados, en el que nada es lo que parece.

Desde la Inglaterra victoriana al Imperio austrohúngaro, el lector se verá inmerso en una aventura contrarreloj junto a algunas de las mentes más brillantes del siglo XIX (Arthur Conan Doyle, Gustave Eiffel, Sigmund Freud, Henri de Toulouse-Lautrec y Giacomo Puccini), mientras descubre los secretos de una reina tan desconocida como irreplicable.

Antonio Puente Mayor



El enigma del Salón Victoria



Título original: *El enigma del Salón Victoria*
Antonio Puente Mayor, 2018



Vins

Revisión: 1.0
Fecha: 03/12/2019



EL **ENIGMA** DEL
SALÓN VICTORIA

A Rosa, mi reina

MISTRESS ALLONBY: El secreto de la vida es no tener jamás una emoción indecorosa.

LADY STUTFIELD: El secreto de la vida consiste en apreciar el placer de ser terriblemente, terriblemente engañada.

MISTER KELVIL: El secreto de la vida consiste en resistir a la tentación, *lady* Stutfield.

LORD ILLINGWORTH: No hay tal secreto de la vida. El objetivo de la vida, si lo hay, es buscar constantemente tentaciones.

Una mujer sin importancia

OSCAR WILDE

PREÁMBULO

«Es dudoso que el género humano logre crear un enigma que el mismo ingenio humano no resuelva».

EDGAR ALLAN POE

LOS PRIMEROS RAYOS DE SOL IRRUMPIERON EN EL RECINTO sin avisar, como soldados adiestrados en una incursión nocturna. Todas las partículas brillantes pugnaban por reflejar un mismo perfil. Desde el pan de oro de las cornucopias al cristal de los candelabros. Del metal de los *couberts* al fulgor de los espejos. Y cual árbitro de tan singular batalla, el silencio.

Aunque la actividad del hotel se desarrollaba a pleno ritmo desde la madrugada —el flujo de camareras disponiendo desayunos podía intuirse en todos los rincones del edificio—, en el salón reservado parecía haberse congelado el tiempo. Todavía parecían sonar las notas del pianoforte dando vida a una zarda, las burbujas del champán erupcionando por las botellas y el charol de los zapatos taconeando el suelo. Cualquiera que hubiese arribado en esos momentos habría adivinado qué clase de velada había tenido lugar allí horas antes.

Cuando el reloj dio las ocho, un vaso comenzó a rodar por el suelo volcando restos de líquido hasta detenerse junto a una mesa. Su dueño, un pintor francés de escasa estatura y silueta desmadejada, reposaba sobre uno de los sillones, y al percibir el sonido desplegó la mano derecha como movido por un resorte.

Frente a él, un individuo corpulento apoyaba todo su peso sobre un canapé acolchado, a cuyos pies reposaba una buena colección de bebidas —algunas a medio consumir—, destacando especialmente un *whisky* de la mejor calidad. Asimismo, completaban la escena otros cuatro tipos vestidos con suma elegancia pero cuyo aspecto anunciaba ruina. Estos se arrellanaban en los brazos de Morfeo víctimas de una dura resaca.

¡Madre mía...! —susurró el propietario del vaso, que acababa de abrir los ojos y se afanaba por incorporarse—. ¿A quién le tocará pagar esta vez...?

—Es algo temprano para bromas, ¿no cree? —le increpó uno de sus compañeros, un ingeniero de talla mundial, tras bostezar ruidosamente y rascarse la barba—. Y por favor, deje de hablar en francés. A estas horas, con el estómago vacío y la cabeza dándome vueltas, preferiría no profanar ese idioma.

—Muy bien —respondió este—. ¿Y a qué se debe esa repentina renuncia a la lengua de Molière? Nadie que le escuchara diría que es usted un ilustre hijo de Dijon...

—Déjelo estar, por favor...

Seguidamente, e ignorando las súplicas de su compatriota, el hombrecillo se puso a canturrear.

—¿Qué demonios...? —El hombre corpulento, un médico de Edimburgo famoso por sus novelas de detectives, trataba de alcanzar cualquier objeto próximo para arrojárselo—. Lo último que deseaba oír es otra gansada de Mayol. ¿Es que no tuvimos suficiente anoche?

—¡Cuidado con lo que dice! —le advirtió ofendido—. Félix Mayol es uno de los artistas más grandes de Francia. Ni se imagina la de compromisos que ha tenido que anular para amenizarnos la velada.

—Tranquilícese. Como buen británico, nuestro amigo no entiende de variedades, ni tampoco comparte nuestro sentido del humor —terció el ingeniero barbado.

—¿Pero es que los franceses saben qué significa eso? —replicó el escocés, aún sentado, mientras se abotonaba el chaleco.

—No ofende el que quiere sino el que puede.

Y tras esto, el improvisado cantante se recolocó las lentes para componer un gesto entre desafiante y divertido, que no tardó en ser correspondido con una mueca de su oponente.

—¿Prefiere algo de Polin? ¿Tal vez de Fragon?

—¡Preferimos que se calle! —bramó otro de los presentes evidenciando su acento italiano. Amén de un impecable traje oscuro, que poco a poco iba recuperando su lustre tras varias horas de asueto, el personaje, autor de varias óperas de renombre, destacaba por un tupido bigote negro a juego con su cabello.

No obstante, el galo hizo caso omiso de la sugerencia y, tras estirarse la recortada chaqueta, comenzó a recorrer la estancia como un niño travieso, tarareando sin parar y golpeando con su bastón al resto de durmientes, que aún no eran capaces de alzar el cuello.

Uno de ellos era un barón inglés de vientre abultado, frente abovedada y frondosas patillas, que parecía respirar con cierta dificultad mientras apoyaba la cabeza en un diván ovalado.

—¡¡¡Basta!!! —gritaron todos al unísono concentrando sus miradas en el bromista, a quien tanta hostilidad pilló desprevenido.

Finalmente, y siendo consciente de lo definitivo del mensaje, este cerró la boca, se llevó las manos a la espalda y caminó en silencio hasta una de las ventanas, con objeto de descorrer la amplia cortina afelpada y contemplar el paisaje.

Durante los minutos siguientes los caballeros concluyeron la tarea de recomponer sus atuendos. Algo que no resultó del todo fácil, pues la celebración nocturna había hecho verdaderos estragos, y a las arrugas de los pantalones había que sumar alguna que otra mancha en los almidonados cuellos de las camisas. Evidentemente, la decisión más lógica sería retornar a las habitaciones para asearse y, tiempo después, volver a reunirse en el restaurante con un aspecto más saludable.

—De todas las estupideces posibles, y en las últimas semanas hemos cometido un buen puñado de ellas, esta se lleva la palma. Y con esto no pretendo ofender a nadie; mucho menos al organizador de esta estimulante actividad que no desmerece en absoluto de las anteriores. Pero no

me cabe la menor duda de que hemos llegado demasiado lejos.

El responsable de estas palabras era un médico neurólogo de origen austríaco cuya expresión contrastaba con el grotesco auditorio. Nadie osó replicarle, pues en sus fueros internos todos sabían que llevaba razón.

No obstante, al cabo de unos segundos y con idea de suavizar las cosas, el noble inglés hizo acopio de diplomacia y enunció en voz alta:

—Caballeros, una vez quemada la última nave es hora de hacer balance, retomar a casa y recuperar la rutina, ¿no les parece?

—Estoy de acuerdo —concedió el compositor con énfasis—. Tengo mil asuntos pendientes y no querría dilatar más el viaje.

—Pero antes debería dirimirse el resultado del experimento —terció el escocés enarcando una ceja—. A nadie escapa que la principal razón de que nos encontremos hoy aquí obedece a ciertos «intereses». ¿No es cierto, milord? —Y tras decir esto posó sus penetrantes ojos en el individuo con patillas.

—¡Por supuesto! ¡Por supuesto! —se apresuró a aclarar—. Aunque, si he de serle sincero, preferiría dejarlo para un poco más tarde. ¿Y si lo postergásemos hasta el mediodía, por ejemplo? Lo más urgente es cambiarnos de ropa y tomar un buen desayuno que nos ayude a recuperar la dignidad.

—Algunos ya la perdimos irremediablemente —apostilló el pintor desde su refugio en la ventana.

Todos sonrieron ante su ocurrencia y tras aceptar la propuesta del británico se dirigieron a la puerta de salida.

Fue entonces cuando se percataron de que no estaban solos.

—Que nadie se mueva.

—¿Qué ocurre?

—Uno de nosotros acaba de insinuar que hemos llegado demasiado lejos. No sé si se refería exactamente a esto. Y seguidamente señaló hacia el suelo.

Una silueta femenina yacía sobre la alfombra a escasa distancia del piano, semioculta por un asiento con el respaldo en forma de cono. Su estrafalario descubridor se había tropezado con ella tras ir a rescatar una botella.

—¡Dios mío!

—¡Atrás! Dejen espacio al doctor... ¡Vamos! —Reaccionaron todos, y seguidamente el escocés se aproximó hasta el rincón de la sala e inclinó su enorme constitución para reconocer el cuerpo. Este se hallaba desnudo y cubierto completamente por una capa de pintura dorada. Asimismo iba adornado con algunos abalorios de reminiscencias orientales, tratando de emular a una diosa. Sus miembros permanecían rígidos, bosquejando una estampa luctuosa, y el rostro se hallaba oculto por una compleja máscara. Solo el cuello mostraba explícitamente la probable causa del deceso: un pañuelo de seda anudado hasta el extremo.

—¿Y bien? —El rostro del barón se hallaba demudado.

—Creo que es bastante obvio —concluyó el facultativo, poniéndose de pie—. Esta mujer ha fallecido por estrangulamiento. De todos modos, yo invitaría a mi colega a que confirmase mi diagnóstico. Si no le importa, claro...

—¿Cómo iba a importarme?

Impasible, pero con un gran sentido del deber, el austríaco contempló a la mujer por un segundo, se inclinó de rodillas tratando de aproximar su rostro lo máximo posible y repitió la operación de su homónimo anglosajón.

Poco después certificó lo que todos esperaban.

—Señores —volvió a intervenir el primero—, nos hallamos ante un problema de imprevisibles consecuencias. En estos momentos, y como pueden advertir, somos seis personas compartiendo techo con un cadáver y a puerta cerrada. O lo que es lo mismo, media docena de sospechosos de asesinato sin una coartada. Me temo que nos será imposible continuar con el plan previsto.

—¿Nos está acusando de haber matado a esa mujer? —le increpó el italiano con los ojos inyectados en sangre.

—¡Eso es ridículo! —Gruñó el pintor de Montmartre, y el resto se sumó a las protestas.

—Yo no he acusado a nadie. Pero hasta hallar al verdadero culpable debemos considerar que un dedo invisible nos señala a todos. Y cuando digo todos quiero decir «todos», incluyéndome yo mismo.

—¿Cómo?

—Es obvio que ninguno de nosotros recuerda sus últimas horas. Los excesos con el alcohol son la principal razón. Ahora mismo tengo un dolor de cabeza espantoso y me temo que no soy el único. No suelo emborracharme, pero las pocas veces que lo he hecho me he transformado en un completo imbécil. Por tanto, no debemos descartar nada...

—Le recuerdo que esto no es una de sus novelas —le recriminó el neurólogo con escaso tacto.

—Gracias por el apunte —respondió con ironía—. Pero me veo en la obligación de recordarles que quien les habla lo hace en calidad de científico, no de escritor. Nos guste o no, estamos en el mismo barco y la única forma de llegar a puerto es uniendo nuestras fuerzas para esclarecer este asunto. ¿Le parece bien, doctor?

Este se tomó su tiempo antes de responder.

—Me parece bien.

—¿Y nuestro querido músico? ¿Está de acuerdo en mantener la cabeza fría?

—Lo estoy —asintió con decisión, componiendo una postura teatral.

—Yo también —se adhirió el ingeniero, dando un paso al frente—. No concibo otro modo.

—Pues ya solo queda que el resto de miembros se avengan a colaborar en vez de discutir.

El exiguo bromista golpeó repetidas veces el suelo con su bastón y a continuación le tendió la mano al escocés, mostrándole su conformidad.

—Caballeros —terció el noble—. No sé en qué desembocará todo esto.

—Milord...

—Pero, ocurra lo que ocurra, no me arrepiento en absoluto de haberles conocido.

PRIMERA PARTE

«El idealismo aumenta en proporción directa de la distancia que nos separa del problema».

JOHN GALSWORTH

«No basta con pensar en la muerte, sino que se debe tenerla siempre delante. Entonces la vida se hace más solemne, más importante, más fecunda y alegre».

STEFAN ZWEIG

«Nuestro gran tormento en la vida proviene de que estamos solos y todos nuestros actos y esfuerzos tienden a huir de esa soledad».

GUY DE MAUPASSANT

I

*Castillo Blackborne, Dorset
Enero de 1899*

LALLAMA ASCENDIÓ DE MANERA CONSIDERABLE en la oquedad de la chimenea tras acoger a su nuevo huésped, un tronco seco recién traído del leñero por uno de los lacayos. Pese a hallarse en el tercer condado más austral del Reino Unido, llegado el mes de febrero, los muros de la mansión construida en el período Tudor por un destacado miembro de la Iglesia firmaban un pacto gélido que impedía mantener la mayoría de las estancias habitables durante gran parte del día, y más aún por la noche. Pese a todo, el servicio se afanaba por calentar las habitaciones predilectas de los señores, haciendo uso de cuantos medios se encontraban a su alcance.

El matrimonio formado por Edward Lewis Hampton y Ethel Fox-Ashmoor había alumbrado un único hijo, al que por tradición paterna decidieron llamar Edward. Un chico tímido y con tendencia a enfermar cuya infancia se desarrolló casi en penumbra.

El padre murió pronto, cuando el pequeño no había cumplido aún los cinco años, por lo que su educación supuso un quebradero de cabeza para su madre, más preocupada por mantener a salvo el estatus familiar que por los entresijos de la crianza.

Lady Hampton era una mujer soñadora y llena de vida a quien la viudez temprana había derribado su torre de marfil, pero que jamás renunció a esos pequeños placeres que le insuflaban oxígeno. Algo que repercutió muy negativamente en su quebradizo vástago.

Cuando ella se desplazaba a Londres para acudir a una recepción o un baile, el niño se refugiaba en los brazos de su *nanny*.

Cuando la institutriz daba por finalizadas las clases este corría de nuevo a su encuentro, y al llegar las fechas especiales la empleada era la primera en ir a levantarlo de la cama y hacerlo partícipe de la común alegría.

Por eso el día que la baronesa exhaló su último suspiro víctima de una fiebre escarlatina, Edward no experimentó mayor dolor que al despedirse de su niñera, la afectiva señora Palmer.

—¿Está todo a su gusto, milord? —preguntó una de las camareras tras acceder al despacho

privado de Edward Hampton. Este se hallaba ensimismado, contemplando unos retratos sobre la pesada mesa de roble.

—Desde luego —respondió sin volverse—. Agradezco su preocupación, pero tal y como comuniqué a mi esposa y mi secretario, lo único que necesito en estos momentos es estar solo.

—Por supuesto, milord. Ahora mismo me marcho. Tan solo quería transmitirle una vez más mis condolencias por la muerte de *milady*. Todos la echaremos de menos.

Lord Hampton sintió una punzada de remordimiento. ¿Cómo era posible que para el grueso de habitantes de Blackborne la muerte de la baronesa supusiese un vacío insalvable mientras que en su alma apenas notaba un rasguño?

—Gracias. Fue lo único que se le ocurrió decir, antes de observar la cruz en aspa que formaban los tirantes de la sirvienta al volverse de espaldas.

Luego decidió concentrarse en las instantáneas que mostraban a la difunta, destacando dos en especial. Aquella en la que sostenía en brazos a un recién nacido, esbozando una sonrisa junto a su marido, y el retrato *postmortem* que le habían realizado horas antes del entierro y que aún evocaba el olor a polvo de magnesio.

Fuera, una densa niebla envolvía la silueta del castillo, aislándolo de los cincuenta acres de terreno que completaban la finca. Una palmaria oda a lo natural donde la jardinería de paisaje diseñada por Lancelot Brown competía en belleza con su extenso lago artificial.

Entre las aficiones de lord Hampton no figuraba la escritura. Quizás la rigidez de su formación había contribuido a ello.

Pero en aquellos momentos de desazón una voz interna le instó a buscar papel y pluma:

Querida madre

Hoy se cierra un círculo. Y no sé si llorar o respirar de alivio.

A lo primero jamás me enseñaste, y quizás ese haya sido tu mejor legado.

Por más que rebusco, no logro hallar un camino que me conduzca a tu recuerdo.

Hay algo dentro de mí que lo impide. Como una barrera recia y a la vez indiferente.

Ayer en el funeral me mostré incapaz de estar a tu altura. De nada han servido los años de estudio, la experiencia política o el papel que juego en esta casa. Tu estela ha logrado enmudecerme en el momento más crucial, y eso no me lo perdonaré jamás.

Por eso te pido clemencia.

Ya no hay rastro de aquel niño al que hacías promesas que nunca se cumplían. El mismo que mendigaba un beso de buenas noches o un paseo por los jardines cogidos de la mano.

Ni siquiera te guardo rencor.

En cambio, te ruego que si has decidido marcharte lo hagas con todas las consecuencias. Allá donde estés, no vuelvas a pronunciar mi nombre ni apelar a mis sentimientos. Sería incapaz de soportar ese peso.

Vuela hacia la luz, y deja para mí las sombras.

Varios minutos después, y con la tinta aún por cicatrizar, el barón expidió la misiva a la única dirección posible. De este modo el fuego consumió sus primeras letras dirigidas a un ser querido, provocando una melodía ascendente.

—Perdone mi intromisión. ¿Puedo pasar?

El reverendo Fold, vicario de St. Aldhelm, golpeó rítmicamente la puerta con los nudillos, pese a encontrarse entreabierta, y al obtener licencia se introdujo rápidamente en el despacho.

—¿Qué le trae de nuevo aquí, reverendo?

—No quisiera molestarle, pero si he venido corriendo bajo este frío glacial es para comunicarle algo importante.

Stephen Fold no era un hombre impresionable, de ahí que su respiración agitada pusiese en alerta al barón. Desde hacía más de cincuenta años había sabido desempeñar las labores de pastor con equilibrio, tratando a sus feligreses de un modo cercano y amable. Además de administrar los sacramentos, siempre había estado presente en los momentos más delicados de la familia, ejerciendo al mismo tiempo de guía espiritual y asesor en asuntos mundanos. En ese sentido, su prédica había calado hondo entre los asistentes al sepelio.

Teniendo en cuenta su estrecha relación con la anciana, cuya fe era tan frágil como el cristal pero que en cambio le tenía por santo, no tuvo que esforzarse demasiado para componer uno de sus discursos más emotivos.

—¿Qué ocurre? —preguntó con ansiedad lord Hampton, alzándose del sillón.

—Se trata de su madre...

—Comprendo. Instintivamente el aristócrata volvió la cabeza hacia la chimenea y, velando los ojos por unos segundos, trató de adivinar el porqué de tan repentino regreso.

—No se esfuerce, milord.

Las palabras del religioso se deslizaron suavemente por las paredes revestidas de madera que componían la estancia, hasta lograr penetrar en los oídos de su interlocutor, con objeto de tranquilizarle.

—Dudo mucho que consiga imaginar lo que vengo a decirle —sentenció con benevolencia.

—Le escucho entonces.

Fold caminó unos pasos hasta situarse justo debajo del imponente retrato que presidía el despacho. Obra de John Everett Millais, su ejecución obedecía a un capricho de *lady* Hampton, cuya admiración por los prerrafaelitas resultaba casi enfermiza. Tanto que logró convencer al artista para que se instalase en Blackborne hasta finalizar su encargo.

El lienzo, de unas medidas considerables, estaba inspirado en la obra *Portia*, una de las favoritas de la baronesa desde que el artista la exhibiese en la galería McLean. Para su realización, Ethel había lucido un llamativo atuendo de claras reminiscencias medievales inspirado en *El mercader de Venecia*, el drama shakesperiano en que se basaba la pintura original.

Desde pequeña, su familia le había inculcado el amor por el teatro. Una afición que compartía con su nuera Jane, quien no solo acudía a presenciar los mejores estrenos de la temporada en Londres, sino que solía relacionarse con actrices como Kate Dolan o Ellen Terry, dos de las mejores intérpretes de Inglaterra.

—Supongo que recuerda mi ausencia de la parroquia durante el último trimestre —declaró el clérigo, llevándose a continuación las manos a la espalda hasta rozar la lana de su grueso abrigo Chesterfield.

—En efecto. Todos estuvimos muy preocupados. Los miembros del servicio no cesaron de elevar oraciones por usted. Mi esposa y yo llegamos a temernos lo peor.

—Se lo agradezco.

—¿Se encuentra ya recuperado?

—Dejando a un lado mis habituales achaques... podría decirse que sí.

—No sabe cuánto lo celebro.

—Como le decía —retomó el reverendo—, en ese período tuvo bien a sustituirme el reverendo Hastings, venido expresamente desde Warwickshire...

—Lo recuerdo, lo recuerdo —le interrumpió el barón, cuya impaciencia aumentaba por momentos.

—Pues bien, esta mañana he sido informado de que su difunta madre fue a visitarlo poco antes de Navidad.

—¿Y qué tiene eso de particular? —repuso lord Hampton, visiblemente contrariado—. Ella solía visitar la iglesia a menudo, quizás no todas las semanas, pero siempre que necesitaba ponerse en paz con Dios y con ella misma. Tal vez buscaba consejo.

—No se lo niego. Pero, además, *milady* vino a hacer entrega de este documento.

El reverendo sacó de su cartera un sobre lacrado y lo expuso sobre la mesa del barón de manera ceremoniosa.

—Está abierto —gruñó este con reticencia.

—Por supuesto que está abierto. Iba dirigido a mi persona —expuso el vicario con un tono lapidario que hizo avergonzar a su interlocutor.

—¿Entonces?

—Si no me equivoco, por aquellas fechas su madre aún no había hecho testamento.

—Así es. Se negaba a ello. Lord Hampton apoyó las manos sobre la oscura caoba del escritorio con evidente resignación. —Siempre que surgía el tema lograba escabullirse. Ya sabe que jamás dedicó un solo pensamiento a la muerte. ¡No sabe cuánto la envidio! Pese a todo, el administrador la convenció para redactarlo al cumplir los setenta y cinco años...

—Pero ese momento jamás llegó —precisó el religioso.

—No, por desgracia. De lo contrario estaría teniendo lugar ahora mismo.

—¿Me está usted diciendo...?

—Que ese día es exactamente hoy —atajó con gran pesar lord Hampton—. El año pasado, a esta misma hora, estábamos ansiosos por sentarnos a la mesa y disfrutar de un buen asado en su honor. Aún me cuesta creer que ya no se encuentre entre nosotros...

—*Tempus fugit* —susurró el pastor inclinando la cerviz—. Lo siento muchísimo.

—Ya me hago cargo —asintió apretando los labios—. Pero prosiga, se lo ruego.

—Gracias, milord. Y tras respirar una bocanada de aire continuó con el asunto de la sucesión, comenzando por exponer algunos ejemplos de transmisiones en las que no existían firmas ante notario.

Lord Hampton lo escuchó en silencio, como un gobernante que atiende con interés la exhortación de su ministro.

Uno de los rasgos más sobresalientes de su personalidad era la prudencia, revelada desde la infancia y de la que solía hacer gala en casi todas las facetas de su vida. Condición que le había permitido evitar numerosas fricciones familiares, en primer lugar con su madre y más tarde con su esposa, pues si ambas tenían algo en común era la capacidad de alterar su apacible existencia.

—De todos modos... en el caso de mi familia la conclusión es bien sencilla —intervino el aristócrata tras varios minutos pensativo—. Yo soy el único heredero y por tanto me corresponde la totalidad de los bienes.

—Eso habría sido lo esperado. El clérigo elevó la cabeza y lo miró de reojo, templando los nervios para afrontar con entereza la parte más delicada de su declaración. —Pero no olvide que su madre era cualquier cosa menos ortodoxa. Y se lo digo como el buen amigo que fui.

Lord Hampton volvió a posar los ojos en el fuego. Se avecinaba tormenta y deseó con todas sus fuerzas que aquella entrevista fuese únicamente producto de su imaginación, y que de un momento a otro el sonido del gong le devolviese a su desabrida rutina.

Pero el reverendo Fold no tardó en sacarlo de dudas.

—No sé si me explico, milord —y esta vez lo abordó directamente—. Lo que vengo a decirle es que *lady* Hampton redactó este ológrafo poco antes de morir.

El barón miró de nuevo el sobre y contuvo el aliento.

—Y en él, además de usted, se menciona a otras personas.

II

*Universidad, de Yale, New Haven
Marzo de 1899*

LA GRAN NEVADA CAÍDA DURANTE LA MADRUGADA SOBRE los tejados de Nueva Inglaterra tiñó de blanco las piedras del viejo *college*, creando una atmósfera fascinante, como extraída de un cuadro de Louis Apol. Merced a ello, el airoso neogótico del complejo veía acentuadas sus formas, transportando a los presentes a un escenario propio de las novelas románticas.

El profesor Knapp caminaba lentamente entre las hileras de árboles desnudos tratando de ahuyentar el frío mientras ojeaba un ejemplar del *Yale Daily News*, periódico universitario creado dos décadas atrás cuya distribución durante los cursos académicos había supuesto un feliz acontecimiento. De entre los muchos reclamos expuestos en sus páginas —la lista incluía anuncios de sastres, barberos, reparadores de pipas y hasta profesores de banjo— el viejo neoyorquino fijó su atención en un concierto de la Gounod Society, cuyas entradas se pondrían a la venta al asequible precio de un dólar. Hacía tiempo que no acudía a ningún evento y se esforzó por memorizar el día y la hora. Ciertamente le apetecía relajarse un poco.

Pese a haber obtenido una cátedra de lenguas romances en la Universidad de Chicago, William Ireland Knapp era un enamorado de Yale y sus costumbres, de ahí que se animase a visitarla de vez en cuando, muy especialmente desde su jubilación. Sus aportaciones a la biblioteca de libros raros le habían permitido destacar entre los miembros de la institución, dando origen a un inusitado interés por todo aquello procedente de la Europa más recóndita.

Además de saludar a sus antiguos compañeros de claustro, esa mañana tenía previsto encontrarse con un hombre al que admiraba y con quien le unía una gran amistad. Ambos se habían conocido en aquellas aulas, primero como maestro y alumno; luego habían colaborado en diferentes proyectos y publicado artículos de investigación; e incluso se habían aventurado a viajar juntos al otro lado del Atlántico.

Por eso, cuando el emérito hubo distinguido su perfil, inmediatamente se vio embargado por una súbita emoción. Tanta, que no pudiendo reprimirse, emitió una carcajada de satisfacción acompañada de un rápido movimiento del brazo, con objeto de hacerse notar desde lejos.

Un distinguido norteamericano aguardaba en la entrada amenizando la espera con un repaso

exhaustivo a la fachada. Amén de su incuestionable juventud —apenas contaba con veintinueve años de edad— poseía un físico muy atractivo en el que descollaban dos ojos penetrantes y extremadamente inteligentes, pese a estar resguardados tras los cristales de unas lentes. Su cabello, no demasiado abundante pero de un oscuro cautivador, iba peinado a raya con esmero, completando la tríada unas cejas equilibradas y un cuidado bigote.

Tras divisar a su mentor, y haciendo acopio de los mejores modales, el joven salió a su encuentro para saludarlo con entusiasmo.

—Profesor Knapp, qué alegría me da verle. Al fin nos encontramos. ¿Cuánto tiempo hace de la última vez?

—Dígame usted —respondió estrechándole ambas manos.

Archer Milton Huntington poseía una considerable fortuna. Su padre, Collis Potter Huntington, era ya un magnate de la construcción ferroviaria mediado el siglo, cuando los Estados Unidos asentaban su prosperidad económica. Asimismo, su relación con el Viejo Mundo era bien conocida en los corrillos de Yale, especialmente tras sus largos periplos europeos.

Fascinado con todo lo hispánico —desde la arqueología al coleccionismo de estampas— llegaría a abandonar las comodidades de Londres y Nueva York para recorrer el norte de España con un aparato fotográfico y a lomos de un mulo.

—Casi he perdido la cuenta. ¿Pudo ser en París?

—En efecto, París —asintió el profesor—. Acababa de instalarme allí tras abandonar mi residencia de Illinois y usted me propuso un encuentro en la plaza Vendôme, poco después de su enlace. Nos tomamos un excelente café en el Ritz.

—¡Asombroso! Dios le conserve la memoria por muchos años.

—Por cierto, ¿qué tal se encuentra la señora Huntington?

—Oh, bien. Helen está muy bien —respondió proyectando una sonrisa, y a continuación deslizó con disimulo sus manos en los bolsillos, con intención de calentarlas.

Knapp, cuyo abrigo era bastante más grueso, advirtió la incomodidad de su amigo y le sugirió pasar al interior e ir directos a la biblioteca.

Mientras transitaba por los largos pasillos siguiendo la estela del catedrático, Huntington creyó viajar en el tiempo, cuando no era más que un ingenuo aspirante a ocupar un puesto en la sociedad del que sus padres pudieran sentirse orgullosos. Ciertamente contaba con el apoyo económico de su familia, que no solo le permitía acceder a una universidad de prestigio sino complementar su formación con todo tipo de experiencias impensables para otros alumnos; ya fuese en forma de viajes, trato con las clases altas o actividades lúdicas reservadas tan solo para unos pocos. Aún así le entusiasmaba abrirse camino por sí mismo, labrándose un porvenir con el que dar lustre a su apellido.

Hacía unos minutos que la horda de estudiantes había penetrado en las aulas y comenzado las clases, por lo que no les fue difícil alcanzar su destino: una estancia amplia y repleta de testimonios de todas las épocas en la que cualquier persona ávida de conocimiento podría saciar su sed.

«Cuántas horas habré pasado estudiando entre estas estanterías, leyendo libros de historia, sumergiéndome en los manuales de literatura... y soñando, al fin y al cabo».

Pese a haber abandonado aquellos muros pocos años atrás, Huntington era consciente de que su vida se había transformado por completo desde entonces. De ahí que le produjese un gran placer acariciar con los dedos las desgastadas mesas o aspirar el aroma de los miles de volúmenes que ansiaban revelar sus secretos.

—Si le parece, podemos sentarnos en ese rincón —propuso el profesor, rescatándolo de su delirio—. Creo que de ese modo estaremos más tranquilos.

—Como guste.

Una vez ubicados, Knapp se acercó diligentemente hacia uno de los estantes —concretamente el dedicado al arte medieval— para extraer un ejemplar del que servirse durante su exposición. Por las muchas motas de polvo acumuladas en la cubierta, era obvio que no debía consultarse a menudo.

Después de unos minutos de rastreo entre sus hojas —que Huntington aprovechó para entrar en calor—, el profesor dio por finalizada su búsqueda, pasando a mostrarle la reproducción a toda página de un grabado del siglo XVIII.

—Froidmont —susurró en un perfecto francés.

Huntington entornó los ojos con objeto de concentrarse en la ilustración y seguidamente trató de localizar algún dato relacionado con ese título en el vasto archivo de su cabeza.

Al cabo de unos segundos de infructuosa búsqueda, giró la cabeza hacia su mentor, dándose por vencido.

—Me suena bastante, pero no consigo ubicarlo —se sinceró—. Por su aspecto me aventuraría a decir que se trata de un monasterio románico, aunque bastante reformado. ¿Dónde se encuentra, profesor?

—En la región de Picardía, al norte de Francia. Se trata de una vieja abadía cisterciense que fue arrasada durante la Revolución. Ese es el aspecto que tenía antes de 1789.

—Interesante —murmuró el filántropo, para quien todo aquello que tuviese que ver con la Edad Media resultaba apasionante.

—Se preguntará por qué le enseño esto precisamente aquí y ahora —le espetó sin rodeos. Y seguidamente concluyó—: Pues bien, ahora mismo le sacaré de dudas.

Antes, Knapp extrajo un pañuelo del bolsillo derecho de su pantalón y se limpió cuidadosamente la nariz y parte del bigote, tratando de remediar las consecuencias de su inoportuno resfriado.

—Hace unos días recibí una carta de George Bonsor.

—¿No me diga!

—Me la enviaba desde Andalucía. Por lo que veo, sigue entretenido con su necrópolis...

—Bueno, sí. Pero desde que inauguraron el museo ha puesto su atención en otras cosas. Lleva un tiempo tras la pista de Tartessos y la última vez que me comuniqué con él estaba excavando con Ralph Batley a las afueras de Sevilla.

—¿Y no le ha hablado de su próxima excursión a Cornualles?

—No —respondió extrañado Huntington—. ¿Qué se le ha perdido por allí?

—Al parecer va en busca de las Casitérides. Según la tradición inglesa, los fenicios pudieron viajar desde la Tarshish bíblica a las Islas Scilly en busca de estaño. Si halla una sola prueba de esa conexión, la noticia dará la vuelta al mundo.

—¡Este George es increíble! No sé de dónde saca tanta energía. Un día se levanta de la cama y se autoproclama experto en alfarería protohistórica, otro le da por los enterramientos romanos o la pintura. ¿Y ahora pretende horadar Cornualles?

Knapp volvió a sonarse la nariz, y una vez hubo devuelto el pequeño lienzo al bolsillo, le dio una palmada en el hombro a su amigo.

Luego continuó con la conversación acerca del arqueólogo.

—Resumiendo: Bonsor estaba haciendo las maletas cuando recibió una carta de su prima Pauline, que casualmente vive cerca de Froidmont. El profesor volvió a señalar el grabado. En ella le contaba que un horrible temporal había sacudido la zona durante tres días, afectando a un buen número de viviendas y construcciones.

—Entre ellas la abadía —atajó Huntington.

—*Voilà!*

William Knapp hizo una pausa dramática, y en seguida liberó aquello que bullía en su interior y por lo que había citado a su antiguo pupilo.

—¿Y a que no sabe lo que apareció por casualidad tras el derrumbe de un tabique en el granero? —Antes de proseguir sintió cómo su cuerpo era atravesado por una corriente eléctrica—. ¡Una biblioteca emparedada!

—¡¡¡Fantástico!!! —profirió entusiasmado Huntington, golpeando sin querer el grueso tablero de roble—. Prosiga, profesor... Ah, y disculpe mi atrevimiento.

Satisfecho por la emoción de su adlátere, Knapp continuó con su explicación. Por un momento, la congestión nasal parecía haber desaparecido.

—Por supuesto la mayor parte de los títulos pertenecen al índice de libros prohibidos publicado por la Sorbona en 1542.

—Umm...

—Y lo mejor de todo: varios de ellos están redactados en primitivo romance y castellano.

Huntington se reclinó en la silla aparentando sosiego. Luego escrutó el rostro del docente como el padre que aguarda a que su hijo confiese una felonía, y por último se recolocó las lentes y declaró:

—Ya sé lo que está pensando.

Knapp se inclinó hacia él, del mismo modo que solía hacer en su despacho cuando pretendía intimidar a los alumnos durante las tutorías, y confesó:

—En efecto, querido Archer. George Bonsor va en busca del Canal de la Mancha, Dodgson está desaparecido en combate y yo tengo un constipado de mil demonios. ¿Quién se ofrece a embarcar rumbo a Francia?

III

*Palacio de Miramar, San Sebastián
Agosto de 1899*

LA ANTIGUA FINCA DEL CONDE DE MORIANA, COMPUESTA en su origen de cuarenta y dos caseríos, se alzaba sobre un pequeño montículo situado a las afueras de la ciudad, con estupendas vistas a la bahía de La Concha. La tradición de la familia real española de veranear en San Sebastián —iniciada en 1845— daría lugar a una serie de propuestas municipales para edificar una residencia a su altura. Desechadas las marismas de Amara y otros muchos emplazamientos, la reina María Cristina se decidió finalmente por aquellos terrenos ubicados frente al mar, pero con una condición *sine qua non*: asumir todos y cada uno de los gastos derivados de la construcción. Por nada del mundo permitiría que el consistorio se sacrificase económicamente por ella.

De ahí que en 1888, el maestro Goikoa erigiese un edificio en estilo inglés incluyendo algunos elementos neogóticos y dotándolo de espacios tales como caballerizas, casa de oficios y cocheras.

Un complejo ecléctico que quedaría enmarcado dentro de un gran parque proyectado por el arquitecto de jardines Pierre Ducasse, cuya formación versallesca le permitiría acceder al rango de jardinero real.

Desde su finalización en 1893, la monarca no faltaría un solo verano a su cita con los vascos. Tal era el afecto mostrado por el pueblo guipuzcoano —los donostiarra la llamaban cariñosamente *Maitea* («Querida»)— que en algunos momentos llegó a pensar que el destino le tenía reservado, por fin, un remanso de paz y tranquilidad.

Con el nacimiento de su tercer hijo, el deseado varón al que por desgracia el rey no pudo conocer, su mundo dio un vuelco considerable. No solo se vio abocada a alumbrarlo en la soledad de su viudez, sino que antes de que su pequeño abriera los ojos tuvo que postrarse ante una imagen de Cristo, poner la mano sobre los Evangelios y jurarle fidelidad como heredero de la Corona.

Cada día de despacho con el presidente y los ministros resultaba para la regente una lección de derecho político, pero también de vida.

Por eso la tarde del 8 de agosto de 1897, en que le comunicaron que el presidente Cánovas había sido asesinado en un balneario de Mondragón, Crista se mantuvo más firme que nunca.

Luego se supo que el autor del crimen, un anarquista italiano llamado Angiolillo, también

había proyectado acabar con ella y su hijo, por lo que finalmente tuvo que asumir que su existencia estaría para siempre ligada a la muerte.

—Está bien. Puedes retirarte —afirmó con decisión, alzando la barbilla frente a la luna del espejo.

Obediente, la sirvienta depositó las tenacillas y el peine sobre el aparador y, tras efectuar la correspondiente reverencia, se retiró de la habitación, cerrando la puerta con celo.

La reina permaneció impassible durante unos minutos frente al cristal biselado, escrutando cada detalle de su rostro.

Recién superada la cuarentena, y pese a sus cuidados diarios, las arrugas comenzaban a emerger lentamente, pero sin pausa. Algo que no le preocupaba en demasía, habida cuenta de la salud de hierro de la que gozaba. Un don heredado de su madre, la archiduquesa Isabel Francisca, quien se aproximaba a la tercera edad con un porte envidiable.

Por desgracia no podía decir lo mismo de su progenitor, fallecido a la edad de 56 años y cuya figura seguía estando tan presente en su vida.

«Si pudiese verme ahora», pensó con nostalgia, y seguidamente se dejó llevar por los recuerdos...

Dos horas antes de iniciarse el oficio, cuando los ánades aún holgaban en las riberas del río Swratka planeando su cortejo, la joven Crista empujó la puerta de la capilla y se introdujo en ella con sigilo.

Desde su apresurada salida, había puesto especial atención en que nadie la observase. Aquella visita clandestina al lugar más augusto del palacio obedecía a dos razones. La primera y fundamental, rezar por su padre. A esas alturas solo un milagro podría rescatarlo de las garras de la muerte.

El segundo motivo, bastante más prosaico, tenía que ver con ella misma. Desde que el archiduque hubo empeorado de su enfermedad, se juró no derramar ni una lágrima en su presencia; mucho menos en compañía de su madre y hermanos.

Había que ser fuerte y confiar.

Una promesa que la estaba devorando por dentro y que únicamente podría romper alejándose de todo.

El pequeño y lujoso recinto se hallaba en penumbra, tan solo iluminado por las prebendas de la aurora, e invitando a los fervientes a fusionarse con el mutismo de sus clarosucos. Una singularidad que la muchacha, cuyos ojos reflejaban un océano de languidez, percibió nada más entrar. En un momento en que la desesperanza comenzaba a hacer mella en la familia, aquellas paredes consagradas eran el refugio idóneo para anhelar lo imposible.

Crista se persignó en cuanto la madera hubo crujido a su espalda, dirigiéndose después hacia el centro de la única nave y girando la vista hacia su muro izquierdo. Allí, custodiado por un

puñado de querubines de mármol, se alzaba un óleo de medianas proporciones sujeto a un marco pajizo.

La pintura, de trazo antiguo a primera vista, era la fiel reproducción de una imagen mañana muy venerada en Moravia y más allá de la región. Su título pomposo, «Panny Marie Svatotomské», nunca llegó a calar entre los devotos, de ahí que el pueblo la conociese simplemente como la «Černá Madona» o Virgen Negra.

Pese a haber cumplido los diecisiete, Crista atesoraba unos conocimientos en historia, cultura y costumbres del Imperio austrohúngaro dignos del mejor embajador. Y aunque rara vez abandonaba las fronteras del palacio de Gross-Seelowitz —con la lógica excepción de los retiros vacacionales en Viena y Budapest—, su inusitado interés por los mitos y leyendas la impulsaba a recabar información de todas las fuentes posibles. Sin ir más lejos, el relato de la patrona de Brünn se lo había narrado una amiga de su madre una tarde en que la familia visitó la ciudad, siendo ella una cría.

Según la tradición, la tabla había sido pintada por San Lucas y traída desde Tierra Santa a Constantinopla por la emperatriz Elena, madre de Constantino el Grande. Transcurridos varios siglos, esta cayó en manos del rey checo Ladislao, que ordenó depositarla en la cámara del tesoro, en el castillo de Praga, donde permanecería hasta el reinado del emperador del Sacro Imperio, Carlos IV de Luxemburgo. Sería su hermano Juan, a quien el monarca encargó la gobernación del margraviato moravo, el impulsor del templo dedicado a Santo Tomás que acogería la imagen. De este modo, consagrado el convento agustino a mediados del siglo XIV, y merced a la donación del cuadro por la corona, este fue bautizado como «Panny Marie Svatotomské». (Virgen María de Santo Tomás).

Además de por su belleza, la obra no tardó en atraer a peregrinos de todas las procedencias gracias a su fama milagrosa.

El episodio más celebre tendría lugar un 15 de agosto de 1645 durante la guerra de los Treinta Años, cuando los suecos lanzaron su ataque decisivo contra Brünn y las mujeres se reunieron en la iglesia, atenazadas por el miedo. Confiando en el poder de la Madre, tomaron el cuadro y lo llevaron en procesión por las calles, rezando al unísono por la salvación de la ciudad.

Y la Virgen Negra evitó la invasión.

Cada vez que Crista se postraba ante aquel cuadro no podía evitar emocionarse.

Una simple ojeada a las facciones de la Virgen ya le bastaba para conectar de un modo asombroso con su intrahistoria.

Pese a la desproporción de su rostro —tanto la Madre como el Niño presentaban unos contornos demasiado alargados—, ella sentía una ternura especial por aquel icono que le había acompañado durante toda su infancia, velando por sus sueños y custodiando sus secretos.

Movida por la devoción más sincera, la joven se sujetó la falda de raso dejando espacio a los pliegues del vuelo, para poder arrodillarse en el poyete de mármol que hacía las veces de altar. Y mientras la seda y el tafetán buscaban acomodo en esa inhabitual posición, el delicado cuerpo concentró todo su pulso en un mismo objetivo.

De inicio un avemaría, meditando cada una de las palabras y tratando de asimilarlas en su sencilla complejidad, tal como le había inculcado su madre desde que tenía uso de razón.

Luego un grave padrenuestro, emitido como un susurro lento y prolongado con especial atención en una frase: «hágase Tu Voluntad, así en la tierra como en el Cielo».

Y para terminar, una oración de súplica a San José, heraldo de la Buena Muerte. Si el espíritu de su padre ya estaba dispuesto para el tránsito, al menos que este fuese dulce.

Rubricada la oración con un suspiro —tan largo como inexorable—, Crista dejó fluir un río de lágrimas por el desierto de sus mejillas, relajando la totalidad de sus músculos y dejándose caer a plomo, como una rosa marchita.

Fueron pocos minutos; los suficientes para que los graciosos rizos dispuestos sobre la frente se deshicieran completamente.

Tampoco corrió mejor suerte la compostura de las mangas, de un tono gris azulado, así como el resto de piezas del vestido que tanto le satisfacía.

Nada de eso importaba ya.

Sin la presencia de aquel hombre que le había otorgado la existencia jamás volvería a ser la misma.

Una última mirada al óleo le sirvió para apaciguar los ánimos y restablecer el ritmo habitual de sus latidos. La Virgen Negra permanecía impávida, como augurándole un período de luto al término del cual hallaría consuelo.

No había terminado de borrar los vestigios del llanto, cuando el sonido de los goznes le anunció que alguien estaba a punto de irrumpir en la capilla.

Crista cerró los ojos y apretó los puños, deseando que el momento tantas veces temido no llegase nunca.

«Nuestro padre ha muerto», sonó dentro de su cabeza. Y seguidamente se imaginó el semblante compungido de su hermana María Teresa.

«El archiduque ha ido al encuentro del Señor. Que Dios Todopoderoso se apiade de su alma», creyó escuchar al religioso que le había administrado el último sacramento.

«Fue un gran hombre», afirmó el tío Alberto.

«Lamentamos mucho su pérdida», declararon a coro el resto de familiares.

«Descanse en paz».

Entonces su cabeza comenzó a evocar cientos de imágenes. Todas ellas desfilando con gran ritmo y a modo de ráfaga, como en la linterna mágica de su sala de juegos.

Su padre cogiéndola en brazos con la jovialidad y el vigor de la juventud...

Ambos montando a caballo en las proximidades del valle de Helenenthal...

Sorprendiéndola con un presente con motivo del décimo aniversario de su nacimiento...

Hasta que el portalón volvió a chirriar, devolviéndola a la realidad de la capilla en semipenumbra.

Crista se resistió a abrir los párpados, añorando aquellas noches de tormenta en las que, al refugio de las sábanas, sus pesadillas se disipaban como en un hábil conjuro.

Pero esta vez la opacidad de sus pupilas no bastó para proporcionarle el necesario sosiego.

Surgiendo de la luz, cual quimera resplandeciente, una forma humana caminó hacia ella sin que fuese posible distinguir sus rasgos. Estos venían envueltos en una nebulosa fruto de su aturdimiento.

Al hormigueo de los miembros le siguió un sudor frío, que en cuestión de segundos hizo presa de su espalda e invadió otros recodos, hasta llegar a su frente.

Finalmente, los mustios labios dejaron escapar un gemido y, antes de que el cuerpo se relajase y perdiese el sentido por completo, su último pensamiento se elevó fugazmente hacia el techo de la capilla, para desvanecerse poco después, abandonado a la nada.

IV

*Fratton Park, Portsmouth
Febrero de 1899*

DE CAMINO A LA PORTERÍA, ARTHUR MIRÓ AL CIELO, de un azul desteñido propio de los días de invierno, y distinguió un par de nubes que se movían rápidas, empujadas por el viento. Luego abrió los pulmones de par en par y aspiró el aroma de Portsmouth, la ciudad portuaria que le había visto nacer al margen de su alumbramiento escocés. Finalmente entornó los ojos y se concentró en el terreno de juego.

Por aquel entonces el verde del césped no era tan verde y la pátina de los postes solía escasear en su denuedo por sujetar las redes.

O al menos eso recordaba.

La rala asamblea, que permanecía de pie durante todo el partido, solía estar conformada por estibadores del muelle, ásperos como su oficio, y algún que otro marinero cuya afición al tabaco se hacía patente en las bandas, más propias de un escenario industrial que de una instalación atlética.

Era difícil hallar algún rastro de diplomacia en aquel tosco pasatiempo, quizás por eso le apasionaba tanto.

Una energía incontrolable unida a la extraña rebeldía de su juventud le habían impulsado a practicar deportes de todo tipo: *rugby*, críquet, bolos... Pero entre todos, el fútbol ocupaba un lugar especial.

Su llegada a Portsmouth había tenido lugar en jimio de 1882, a bordo de un vapor costero y tras una acalorada discusión con su compañero de estudios y socio, George Tumavine Budd, con quien mantuvo una relación profesional en Plymouth que apenas duró seis meses. Para aquel viaje incierto Arthur contaba con veintitrés años, diez libras y una maleta henchida de amor propio. Mimbres suficientes para abrir su primera consulta en un modesto edificio de dos plantas ubicado en Southsea.

De inicio las cosas no le fueron bien.

Había semanas en las que no entraba nadie a reclamar sus servicios.

Sin embargo, y en contra de lo que cabía esperar, el joven médico se armaba de paciencia apelando a una frase de Robert Louis Stevenson, su compañero de estudios en Edimburgo:

«Nuestra finalidad en la vida no es tener éxito, sino continuar fracasando con el espíritu en alto».

Una verdad que podía aplicarse a cualquiera menos a él; pues, por alguna razón inescrutable, Arthur Conan Doyle había nacido para triunfar.

—¡Smith! —gritó uno de sus compañeros desde el banquillo—. ¡El balón! ¡Concéntrate en el balón!

«Smith». Hacía años que nadie lo llamaba así.

Tan solo un seudónimo utilizado en su faceta como *goalkeeper* o guardameta.

Unos pocos minutos sobre el campo habían bastado para convertirlo en el centro de todas las miradas. Si bien, en esta ocasión, los sucios cargadores del puerto habían sido sustituidos por empresarios acicalados, y el tufo a picadura barata había tornado en un delicioso aroma a cigarro de La Habana.

Pese a haber defendido en numerosas ocasiones la portería del Portsmouth —siempre como aficionado—, jamás se había enfrentado al reto de detener un penalti. Y es que las primitivas reglas de 1863 redactadas en la Freemason's Tavern de Londres por la Football Association no contemplaban esa jugada.

Tampoco fue incluida en la reforma que tuvo lugar cinco años más tarde.

Habría que esperar hasta 1891, cuando el fornido deportista ya había colgado las botas y disfrutaba de las mieles del éxito como escritor.

¿Qué le había impulsado entonces a meterse en aquel embrollo a poco de cumplir los cuarenta?

Ni él mismo lo sabía.

Quizás el hecho de que su amigo John Brickwood, dueño de una cervecería, le comunicase que acababa de fundar un equipo profesional a partir de las cenizas del Royal Artillery, y que el viejo campo de hierba daría paso al moderno Fratton Park, le convencieron para formar parte de aquel disparate.

Al fin y al cabo solo se trataba de un partido amistoso entre jóvenes y veteranos.

—¡El palo derecho! —exclamó el mismo individuo reclamando su atención desde la banda—. ¡Smith! ¡No lo pierdas de vista!

Arthur miró de reojo el poste y a continuación descubrió a varios de sus antiguos pacientes animándole desde la grada. En esos momentos los equipos estaban empatados a cero y todos los espectadores ansiaban festejar un tanto.

El delantero rival, cuya frente iba flanqueada por un banda de tela granate para protegerse de los impactos, dispuso el balón en el lugar correspondiente, a doce yardas exactas de la portería.

Luego dio varios pasos hacia atrás para coger carrerilla.

El fútbol había llegado a Portsmouth en 1850, y aunque en sus inicios era un ejercicio más popular entre las clases bajas, pronto fue adquiriendo notoriedad a todos los niveles. Ese año la nueva escuadra se estrenaría en la competición utilizando unos curiosos colores: camiseta rosa salmón y pantalón blanco. Lo que impulsaría a los aficionados a apodarles *the shrimps* (los camarones), por su similitud con los crustáceos.

Llegado el momento del golpeo, Arthur escrutó a su oponente tratando de adivinar hacia dónde lanzaría y seguidamente fijó toda su atención en los ocho gajos de piel cosida que formaban el esférico.

El público enmudeció en sus asientos.

Matt Reilly, el guardameta del otro equipo, avanzó hasta el centro del campo para reunirse con sus compañeros y observar el lance de cerca.

Uno, dos, y hasta tres pasos hacia atrás, para coger impulso.

Aire en los pulmones, fuerza en las extremidades.

La bota del joven delantero estaba a punto de impactar en busca del ansiado tanto para su equipo.

Al otro lado, el viejo Smith trataba de impedirselo.

Una gaviota surcó el paisaje en el preciso momento en que el balón salía lanzado contra la portería. Nadie reparó en ella; mucho menos los protagonistas. Arthur alargó la mano diestra como preámbulo a la maniobra general de su cuerpo, estirado al máximo de su capacidad —para ser un maduro acomodado no había perdido los reflejos—.

Un chico saltó de su asiento dibujando un gol en sus pupilas.

Un anciano dejó caer su reloj de bolsillo llevado por la emoción, y un par de caballeros se echaron las manos al sombrero, ansiosos por contemplar el desenlace.

Pero nadie podía imaginarse que el cuero, tras su fugaz travesía por el aire, terminaría impactando contra la madera.

—¡Uuuuuuy! —exclamaron los aficionados, en un ejercicio de decepción.

Ni héroes ni villanos. Simplemente dos contendientes firmando un armisticio.

«Qué lástima que las guerras no se decidan con un penalti», debió pensar más de uno.

Tiempo después, A. C. Smith volvería a ser Arthur Conan Doyle, el popular novelista que había honrado a sus viejos vecinos defendiendo por última vez los colores del Portsmouth y dejando la portería a cero. Una hazaña que bien valía una pinta en el bar de Brickwood...

—Para no haber tocado un balón desde que te marchaste has estado sensacional —le felicitó el flamante presidente.

—Muchas gracias, John —respondió el escocés, limpiándose la espuma del bigote con una servilleta—. Simplemente he tratado de mantenerme firme bajo el larguero, que no es poco. Cuando me propusiste esta locura pensé en mandarte al infierno, pero luego lo medité y me dije: «Smith merece una despedida a lo grande».

—Si te soy sincero... siempre abrigué esperanzas —añadió su amigo, apurando la primera cerveza—. Eres un hombre muy ocupado, pero aún conservas ese espíritu inquieto que te trajo hasta aquí.

—Ha sido un placer volver a pisar Hampshire y encontrarme con esta gente. Solo por eso merecía la pena venir.

—No sabes cuánto lo celebro. Déjame que te presente al gerente del club. —Un individuo de aspecto formal acababa de acercarse siguiendo las indicaciones del anfitrión—. Frank Brettell, mi amigo el señor Arthur Conan Doyle.

—Encantado de conocerle, señor Doyle. Para mí es un honor compartir techo con el afamado

autor de...

—¡No pronuncie ese nombre! —rechazó el escocés, impostando la voz con objeto de intimidarlo—. Por lo que más quiera...

—Discúlpeme —respondió Brettell, azorado.

—Hacía tiempo que no me dejaba caer por este local, y aunque son pocos los que me recuerdan, no estaría de más ser cautos. —Doyle se acercó un poco más a su interlocutor para susurrarle las últimas palabras—: Si alguien llegara a saber que el asesino de Sherlock Holmes anda suelto por sus calles...

—¿Ha dicho «asesino»? —le interpeló el gerente—. ¡Pero si fue usted quien le dio la vida!

—En efecto, señor Brettell. Pero olvida que también se la quité. Y eso es algo que mis lectores no me perdonarán jamás —sentenció en voz baja.

—Jajajaja —rio con extrañeza su interlocutor. Y seguidamente se esforzó en cambiar de tema—. ¡John! ¿Qué haces ahí parado? Ponle otra pinta a nuestro gran Smith, y de paso ve llenando mi jarra.

—¡Eso está hecho!

—Pero esta vez que sea una Fuller's —matizó, guiñándole un ojo al hostelero. Como buen hombre de negocios, Brettell acostumbraba a viajar por todo el Reino Unido durante varios meses al año, por lo que su paladar se estaba volviendo cada vez más exigente.

Respondiendo con diligencia a su petición, Brickwood le sirvió una bebida de tonalidad oscura, que virando entre el marrón y el cobrizo, desprendía un curioso aroma a chocolate y pasas.

Doyle miró de reojo a su acompañante en cuanto este comenzó a sorber la espuma. Esta presentaba un aspecto bastante compacto aunque su retención era escasa. La última vez que había probado algo parecido había sido en Londres, durante la presentación de su novela *Rodney Stone*, un cuadro vivido y fascinante de la Inglaterra previctoriana, con el boxeo como protagonista.

Además de la directiva y otros miembros del club recién fundado, la taberna de Brickwood fue poblándose sucesivamente de personajes ávidos de participar en la tertulia. Mientras en una esquina los jugadores veteranos rezongaban con estrépito al ver sus jarras vacías, en la otra los más jóvenes enunciaban a modo de retahíla la lista de equipos con los que tendrían que medirse en la Football League, cuyo inicio estaba fijado para el mes de septiembre.

Doyle estaba apurando la segunda pinta de cerveza cuando vio acercarse a un mozo de aspecto distraído con un telegrama en la mano.

Tras darle las gracias —aderezadas con la consiguiente propina— se apresuró a descubrir de qué se trataba.

Si el mensaje procedía de Surrey solo podía ser obra de una persona.

—¿Ocurre algo? —le preguntó su amigo, evidenciando su inquietud.

—No te preocupes, John. —El escocés parecía estar más tranquilo después de conocer el mensaje—. Mi esposa me informa de que esta mañana ha llegado a casa un despacho importante y me insta a regresar. Le di esta dirección por si surgía cualquier contratiempo en mi ausencia. Espero que no te importe.

—Lo entiendo —respondió el hostelero, arrugando los ojos con simpatía—. Pero antes debes

prometerme una cosa.

—Tú dirás.

—Que vendrás a ver a los chicos cuando se enfrenten al Southampton.

—Cuenta con ello. —Arthur le tendió la mano para sellar el trato—. Por nada del mundo me perdería ese partido.

V

*A bordo del SS Majestic
Febrero de 1899*

UN VIENTO NOCTÁMBULO SILBABA POR ENTRE EL APAREJO mientras el Majestic, uno de los últimos logros de la White Star Line, se deslizaba veloz sobre la superficie del mar sombrío, rozando los veinte nudos. En la cubierta, los pocos pasajeros que se atrevían a desafiar el frío paladeaban el dulzor de las estrellas, que en un festín de cercanía se ofrecían gustosas, ataviando con donaire la tercera noche de travesía.

Huntington se hallaba en la proa, próximo al gran mástil que coronaba aquella oda al triunfo naval. A diferencia de los días anteriores, en lugar de dirigir sus pasos hasta la sala de fumadores tras apurar la cena, había preferido salir al exterior para oxigenarse. Si bien en los primeros instantes se arrepintió de su decisión —el contraste con la calidez de los pasillos de primera clase era feroz—, una vez que sus sentidos se acostumbraron a la severidad del ambiente se dejó llevar por el magnetismo del entorno. Tanto que echó en falta su cuaderno de notas, inseparable compañero que le permitía plasmar sus impresiones a lo largo y ancho del mundo.

Esa mañana, no obstante, había hecho los deberes en el apartado epistolar, comenzando por redactar una larga misiva para Arabella, su adorada madre, en la que le exponía los detalles de su nuevo periplo. Luego había redactado varios telegramas urgentes, el primero de los cuales supondría su carta de presentación en Francia. Si George Bonsor había sido informado por su prima del hallazgo en la abadía de Froidmont lo más lógico sería mostrarle sus respetos antes de visitarla.

«Espero no incomodar a *madame* Payot con mi presencia y mucho menos con mis preguntas — le había confiado al profesor Knapp poco antes de abandonar los Estados Unidos—. Ya sabe que cuando me obsesiono con algo soy incapaz de mantener la boca cerrada». A lo que el erudito respondió que su carisma bastaba para convencerlos. «¿Te crees muy distinto de George Bonsor? Ambos sois unos encantadores de serpientes sumamente encantadores», sentenció con sorna.

Varias notas musicales se filtraron por las oquedades de la cubierta —todas ellas procedentes del salón más lujoso de la cubierta A— cuando Huntington se dispuso a caminar en sentido contrario

al avance de la nave, con objeto de desentumecer las piernas.

«Los cuartos de calderas deben estar funcionando a pleno ritmo», pensó al observar cómo las nubes de vapor irrumpían en la despejada atmósfera sin solución de continuidad. Esa sensación, a la que había que sumar el zumbido de las máquinas y el crujido del maderamen, le resultaba familiar, pues su relación con los barcos había comenzado en la adolescencia, primero acompañando a su padre en algunas de sus correrías —nunca olvidaría su primer viaje a México o el descubrimiento de las Islas Británicas—, y luego prolongándose en el tiempo hasta convertirse en un hábito.

No había caminado más que unos pasos por uno de los costados, cuando le pareció escuchar a dos hombres manteniendo una conversación junto a la chimenea más cercana al puente de mando. Huntington no era dado a husmear y mucho menos a introducirse en pláticas ajenas, pero al oír mencionar el término «Naronic» no pudo evitar detenerse y aguzar el oído.

Por la forma de hablar tan desinhibida supuso que se trataba de dos marineros que estaban peinando la zona de estribor para asegurarse de que todo marchaba correctamente.

—¿Y dices que tu padre vio el mensaje original en las costas de Virginia? —susurró uno de los tipos, antes de frotarse las manos con energía y aplicarles su cálido aliento.

—Te lo juro —musitó el otro, disminuyendo el volumen antes de continuar su relato. Debido a este hecho Huntington tuvo que esforzarse aún más para entenderlos—. Iba dentro de una botella de champán, con un corcho atado alrededor de su cuello. Como te he dicho, él trabajaba en aquella época en la base naval de Norfolk.

—¿Qué decía exactamente?

—Espera... Lo llevo aquí anotado —respondió satisfecho, tras captar la atención de su compañero—. Al viejo Bill le pareció tan increíble que hizo lo posible por copiarlo. Ya sabes, para impresionar a sus vecinos...

3:10 AM, 19 de febrero.

El SS Naronic está en el mar. Nuestro barco se hunde rápidamente bajo las olas.

Es una tormenta que nunca hemos vivido en barcos pequeños. Nuestro barco ya está desapareciendo. Dios permitió que todos nosotros nos salvásemos. Colisionamos con un iceberg en una cegadora tormenta de nieve, pero conseguimos flotar dos horas.

Ahora son las 3:20 AM y el gran barco está a punto de hundirse.

Adiós a todos.

—¡Por San Patricio! ¡Qué horror! —exclamó emocionado al finalizar la lectura.

—Chis. Habla más bajo —le interrumpió su compañero, que por nada del mundo deseaba llamar la atención—. ¿Es que no te acuerdas? Durante semanas no se habló de otra cosa. Esta noche se cumplen seis años exactos de la tragedia...

—Hace seis años yo estaba en Donegal, rodeado de turba, y ni se me pasaba por la cabeza acercarme a un pescante. Mucho menos leer un periódico. —Dicho esto, el chico agachó la cabeza, renegando de su pasado irlandés.

—Después de leerlo, mi padre quiso saber más y se dedicó a preguntar por ahí. Por lo visto hubo otros mensajes. El primero apareció un mes antes, en Bay Ridge, y después se encontraron

otros dos. También se habló de un bote salvavidas volcado y restos de un mástil hallados a la deriva, pero poco más.

—¿Y la tripulación?

—Nada —respondió lacónicamente, dejando escapar un suspiro.

—No es posible —insistió el muchacho, contrariado—. ¿Y el capitán? ¿Y los pasajeros?

—Desaparecidos sin dejar rastro, al igual que el buque con toda su carga. Después de abandonar Gales no se supo más de él.

—Pensaba que en esa época no había icebergs.

—Yo pensaba lo mismo, pero está claro que nos equivocábamos. Según me explicó mi padre, poco después de la desaparición, un vapor británico detectó hielo a doscientas cuarenta y ocho millas al este de Terranova, cerca del lugar por donde había navegado el Naronic.

Huntington se estremeció al escuchar estas últimas palabras. Conocía el asunto a través de la prensa, pero jamás pudo imaginar el efecto que le causaría oírlo de boca de un marinero en el sexto aniversario del siniestro, y mucho menos a bordo de un transatlántico de la misma compañía.

«Una copa de coñac no me vendría nada mal», se dijo al tiempo que los tripulantes se alejaban en busca de la popa. De repente, el dulce canto de sirenas procedente del interior se había vuelto más tentador que aquellas luminarias con aroma a salitre.

—Señor Huntington, le presento a Edward John Smith. Desde hace cuatro años es el capitán de esta nave.

El segundo oficial del SS Majestic era un inglés rubicundo y de sonrisa perpetua cuya simpatía por los norteamericanos le suponía toda una ventaja. Gracias a él, Huntington había logrado introducirse en las tertulias más animadas o gozar de comodidades extra en su camarote. En esos momentos le estaba ofreciendo la posibilidad de conocer al jefe de a bordo. Y todo ello sin mediar propina.

«Definitivamente le he caído bien a este tipo», pensó con satisfacción.

—Archer Milton Huntington —dijo alargando la mano—. Es todo un placer conocerle, capitán.

Pese a su aspecto de patriarca barbudo, Smith era un tipo agradable. La tripulación lo adoraba y los pasajeros aún más. No le fue difícil congeniar con Huntington, cuyos conocimientos sobre el mar eran aún incipientes, pero dado su entusiasmo esto no supuso ningún impedimento para mantener una agradable conversación sobre los más variados temas, entre los que no faltó la política, con la reciente independencia de Cuba como motivo central.

Llegado el momento oportuno, Huntington logró deslizar una cuestión espinosa cuya sombra, fusca como una borrasca, deslució la apacible charla. Se trataba de la compleja gestión de la seguridad en los transatlánticos, haciendo especial hincapié en el navío recientemente desaparecido sobre el que había escuchado murmurar a los marineros.

—Si le soy franco, pienso que el desastre del Naronic se debió a un error de cálculo de su capitán o, en todo caso, del oficial al mando. —Smith borró por un momento la expresión dócil de su cara para componer un rictus entre serio y reflexivo.

—¿Entonces no cree en la hipótesis del iceberg?

—Estimado señor —murmuró acercándose un poco más a su interlocutor—. Ningún marino de

mi experiencia se atrevería a emitir un juicio de valor sin contar con pruebas o indicios lo suficientemente fiables, pero por los informes que se manejan es obvio que el buque debió colisionar con algo, ya sea contra un iceberg o un arrecife, y posteriormente hundirse. Esto no quita que el responsable pudiese cometer un fallo. —Y seguidamente le espetó—: ¿Quién está a salvo de incurrir en un error alguna vez en su vida?

—¿Y cómo es posible que a estas alturas puedan cometerse fallos así? —insistió Huntington, bastante interesado en conocer la opinión del veterano—. En los últimos años la ingeniería naval ha dado pasos de titanes...

—No se lo niego —reconoció Smith con serenidad—. Pero parece que nos hemos olvidado de lo más importante.

Más allá de esos avances que usted menciona, y de los otros muchos que vendrán, hay algo que jamás podremos controlar.

—¿El qué?

—*The futility*, señor Huntington. Nuestra propia futilidad.

VI

Viareggio, Toscana
Febrero de 1899

UNA MULTITUD DE HOMBRES Y MUJERES AGUARDABAN expectantes el inicio del desfile en la Via Regia. Muchos de ellos iban ataviados con disfraces y ornatos extravagantes como colofón a las celebraciones iniciadas días atrás en diversos rincones de la *città vecchia*. La brisa marinera de su rada, antaño puerta al mar de la República de Lucca, brindaba con la esencia del confite en una de sus fechas más señaladas.

Dispuesta entre las crestas de los Alpes y el cálido jadeo mediterráneo, Viareggio se ufanaba de ser la perla de la comarca de Versilia. Tal era su hechizo que la hermana de Napoleón Bonaparte, Paolina Borghese, la eligió en 1822 como residencia vacacional, atrayendo a partir de entonces a la alta sociedad europea. De ahí que a finales del siglo XIX se hubiese convertido en un centro turístico de primer orden.

Giacomo Puccini acababa de regresar de París, donde había mantenido un encuentro con el dramaturgo Victorien Sardou con objeto de ultimar su nuevo proyecto: la adaptación a la ópera del melodrama *La Tosca*, cuyo estreno teatral a cargo de Sarah Bernhardt había revolucionado la escena en 1882.

Pese a su necesidad de trabajar intensamente, tras varios días volcado en la partitura —la escena final le estaba suponiendo un quebradero de cabeza— decidió salir de casa animado por su hijo. Aquel robusto chico, fruto de la unión «irregular» con una mujer casada, había supuesto un cambio radical en su vida.

—¡Anímese, padre! —le espetó el adolescente, tirando de la manga de su abrigo. Este apenas había sonreído desde que abandonaron su residencia—. ¿Se ha fijado en cuánta gente ha venido este año?

—Perdóname, Tonio —respondió el compositor, tratando de apartar de su mente la última discusión mantenida con Elvira (por supuesto a causa de los celos)—. Llevo varios días acostándome tarde y el viaje desde París ha sido largo. Pero sabes que he venido hasta aquí únicamente por una razón.

—¿Cuál? —inquirió el chico, absorto.

—Tú —respondió efusivo, estrechándolo a continuación contra su amplio torso.

Desde que tenía uso de razón, la única preocupación de Antonio Puccini era pasar más tiempo con su padre. Este, abrumado por los compromisos que solía aparejar la fama, disponía de unas pocas horas a la semana para atender a la familia. Por eso, y pese a la fragosa tarea que le aguardaba de cara a alumbrar su próxima ópera, aquel domingo de febrero lo tenía reservado exclusivamente para su primogénito. Y entre esos pequeños planes figuraba no solo acudir hasta la cercana población para presenciar los festejos —algo que sinceramente no le apetecía demasiado—, sino obligarse a sí mismo a disfrutar y, con ello, hacer feliz al muchacho.

El Carnaval de Viareggio no tenía orígenes populares. En realidad, se trataba de un producto derivado de los selectos bailes de máscaras que solían celebrarse en privado en el Café del Casino, y que a partir de 1873 se expandió a las calles logrando el respaldo del público de un modo mayoritario. Tomando como núcleo central la Piazza Mazzini, los organizadores desplegaban todo su ingenio en esbeltos armatostes arrastrados por animales, cuyos ocupantes lanzaban dulces y confeti a lo largo del recorrido.

—Todavía recuerdo la primera vez que vine. —Giacomo hizo partícipe de sus pensamientos a Tonio, deseando establecer esa complicidad necesaria entre padre e hijo que tanto ansiaban ambos—. Fue antes de que tú nacieras. Aquel año sacaron una carroza dedicada a los Cuatro Moros.

—¿Los Cuatro Moros de Livorno? —le interrumpió el chico, muy interesado por todo lo artístico.

—Eso es. Y puedo asegurarte que a pesar de usar materiales pobres era una reproducción muy fiel del monumento.

—¡Debió ser espectacular! —exclamó con entusiasmo, tratando de vislumbrar en su cabeza la plasticidad de la composición—. ¿Sabías que esos hombres representan a cuatro esclavos, padre?

—No, no lo sabía.

A Giacomo le encantaba dejarse llevar por las demostraciones de inteligencia de su vástago. Por ello, desde que Tonio era muy pequeño, solía pedirle que le instruyera en asuntos que él conocía de sobra. Con el paso de los años aquel juego se había convertido en un nexo de unión tan principal entre ambos que el maestro había llegado a depender de su pupilo mucho más de lo que llegaría a reconocer nunca.

—Son cuatro prisioneros encadenados que simbolizan la victoria de Fernando de Médicis contra la piratería en los mares de Toscana.

—¡Vaya! —El músico estaba realmente sorprendido—. ¿Quién te ha enseñado todo eso?

—Supongo que lo he leído en alguna parte —respondió encogiéndose de hombros—. Y aún puedo contarte más...

—Sorpréndeme.

—Pietro Tacca, su autor, nació en Carrara, pero sus obras más conocidas curiosamente están hechas de bronce.

—¡Bravo! —Aplaudió Giacomo, convencido de que su vástago, fiel reflejo de él mismo, lograría todo aquello que se propusiera en la vida.

Tonio vio recompensado su esfuerzo por agradecerle, especialmente en aquellos momentos en

que la fulgurante carrera del músico figuraba por encima de todo.

—Mi carroza favorita es la del «Triunfo de la Bicicleta» —continuó el muchacho.

—Esa no la conozco.

—Salió hace dos años. Tú estabas trabajando en una romanza, y no pudiste venir.

—El *Inno a Diana* —añadió con un regusto amargo—. Me dio mucha rabia tener que quedarme en casa. Pero ya sabes que cuando me surge la inspiración no puedo pensar en otra cosa.

—Claro —asintió el muchacho comprensivo.

—Menos mal que te tengo a ti. —Y a continuación lo miró a los ojos con un punto de remordimiento—: Un Puccini es un Puccini.

Transcurrido un cuarto de hora, que la pareja aprovechó para disertar sobre planes futuros —Tonio sentía debilidad por la música al igual que su progenitor—, las fuertes pisadas de los bueyes sobre la *Passaggiata* anunciaron la llegada de la comitiva. Dos kilómetros de teatro a cielo abierto que harían las delicias tanto de vecinos como de forasteros.

Sin previo aviso, una tormenta de papelillos empapó los abrigos y sombreros de los presentes, despejando toda duda acerca del nuevo estado de ánimo de Giacomo. El muchacho, satisfecho por la rápida transformación de su padre, se llevó una mano a la cabeza para quitarse la gorra. Su intención era utilizarla para llamar la atención de los participantes en el desfile y, con ello, conseguir que estos le arrojasen algún dulce.

No hizo falta insistir demasiado, pues un grupo de jóvenes caracterizados como los personajes de la *Commedia Dell'Arte* pronto se fijó en ellos para convertirlos en el blanco de sus chanzas. Así, mientras Arlequino esbozaba una pirueta en el centro de la calzada con la colaboración de Tonio —siendo correspondidos con los aplausos de los espectadores—, Colombina trataba de insinuarse al compositor con gestos provocativos que no pasaron desapercibidos para sus vecinos de la primera fila. Justo después, un tipo disfrazado de Brighella, el clásico bufón de Bérgamo, provocaba la risa con sus juegos. Y para rematar la escena el dúo formado por El Doctor, figura socarrona oriunda de Bolonia, y Pantalone, viejo libidinoso cuyas «víctimas» más recurrentes eran las jovencitas casaderas.

Cerrado el capítulo de los *zanni*, las carrozas volvieron a cobrar protagonismo. La alegoría más llamativa de esa edición era sin duda la de la alianza italo-francesa. Una sátira política sobre las complejas relaciones entre ambos países (especialmente a raíz de la ocupación de Túnez por Francia en 1881), que desembocarían en la firma de un acuerdo comercial para poner fin a las tarifas aduaneras.

Giacomo se esforzaba en explicarle el significado de la representación a Tonio cuando ambos distinguieron un rostro familiar que se dirigía hacia ellos.

—¡Madre! —gritó el muchacho, antes de salir a su encuentro.

Una mujer de proporciones generosas y cabello azabache se hizo hueco entre los espectadores hasta alcanzar la meta. Llevaba un abrigo verde esmeralda adornado con pieles muy propio para la ocasión. Este, pese a ser grueso, la ceñía lo justo para provocar las miradas de los hombres. Un sombrero a juego colocado con pericia daba realce a sus facciones, no especialmente hermosas pero sí rotundas y llenas de personalidad, como toda ella. Se podía decir que con aquella

irrupción, minuciosamente estudiada a la par que rimbombante, buscaba llamar claramente la atención.

—Tonio, querido. Ven a darle un beso a tu madre.

Antes de que pronunciase palabra, Elvira escudriñó el semblante desconcertado de Giacomo.

La petición no se hizo esperar y el muchacho posó sus labios sobre la mejilla izquierda de la mujer. Posteriormente, fue el músico quien buscó su rostro, percibiendo una crudeza tan áspera como la corteza de un árbol. Esta, a su vez, deslizó un papel en el bolsillo de su abrigo sin que se diese cuenta.

—¿Se te ha pasado ya el enfado? —infirió él, tratando de romper el hielo.

Elvira, cuya perspicacia era más ostensible que su voluptuosidad, proyectó una sonrisa baladí y le replicó irónica:

—¿De qué enfado me hablas? Si te refieres a la charla doméstica de anoche, ten por seguro que ya me he cobrado la factura.

—No te entiendo —Giacomo estaba atónito.

—Es muy sencillo. —La mujer se regodeó sílaba a sílaba—. Aprovechando tu próxima ausencia, he decidido hacer las maletas y marcharme a Nápoles con mi hijo. Hace tiempo que le prometí visitar las ruinas de Pompeya, y no he hallado mejor ocasión que esta semana.

—¿A Nápoles? ¿Mi ausencia? —Su desconcierto era cada vez mayor—. Expíciate mejor, te lo ruego.

—¡Pompeya! ¡¡¡Vamos a ir a Pompeya!!! —El chico no cabía en sí de gozo—. ¿De veras, madre?

—Mañana mismo nos marchamos. —Elvira estaba disfrutando cada vez más de su momento—. Tonio, querido, despídete de tu padre. Tenemos el tiempo justo para descansar antes del viaje.

—Elvira, querida...

Al verse ninguneado, Giacomo decidió optar por la vía sensible. Pero a diferencia de otras ocasiones, ella no le concedió ni un palmo de terreno. Muy por el contrario, la vistosa italiana se aproximó con aires de suficiencia y, señalando el bolsillo donde había depositado poco antes el papel, profirió irritada:

—Ya nos contarás qué demonios se te ha perdido en Inglaterra.

El músico apenas tuvo tiempo para reaccionar. Cuando quiso darse cuenta, la pareja ya se encontraba de espaldas abriéndose paso entre la multitud, y su postrero intento de darles alcance pronto se vio abortado por un contundente saludo con la mano y una única expresión por parte de Elvira:

—*Arrivederci!*

VII

*Palacio de Miramar, San Sebastián
Agosto de 1899*

CON SUS TRECE AÑOS RECIÉN ESTRENADOS, EL REY ALFONSO disfrutaba con sus hermanas de continuos paseos por la playa, excursiones a la montaña y partidas de naipes. Si bien su asignación mensual no superaba las veinticinco pesetas —una paga que el muchacho administraba moderadamente bien—, no eran pocas las veces que apostaba minúsculas cantidades en el juego. No obstante, como tenía por costumbre anotar todos sus gastos en una libreta, su madre sabía perfectamente en qué invertía sus ahorros: desde placas de fotografía a ejemplares de *La Revista Moderna*.

Aquella mañana, probablemente la más calurosa desde que la familia real volviese a veranear en la costa —la pérdida de las colonias les había supuesto un duro golpe el año anterior—, Crista sujetó un retrato infantil de su hijo e inevitablemente pensó en lo mucho que había cambiado en el último lustro.

«Es Borbón como su padre», repetía la infanta Eulalia, enumerando las virtudes y defectos de su difunto hermano que, según ella, afloraban en Alfonso de manera natural. Algo a lo que la regente asentía en silencio, deseando fervientemente que solo heredase lo primero.

Si bien el carácter del monarca se correspondía con el de un chico consentido hasta la saciedad —especialmente por su tía Isabel, la Chata— su porte regio y su sentido del deber relucían a cada instante, emparentándolo con los Habsburgo.

¿Qué le depararía el futuro a aquel pobre huérfano?, se preguntaba una y otra vez su madre, tratando de imaginarlo accediendo al trono y lidiando con mil y una dificultades, pese a su completa formación con el padre Montaña.

Al menos ella había conocido a su padre, de quien había recibido importantes lecciones de vida. Pero sobre todo... una actitud estoica frente a la muerte.

La puerta de la cripta imperial respondió a los tres golpes como un recién nacido al que su madre retira el pecho sin previo aviso. Ante su incapacidad para lagrimear, la madera gruñó desvencijada, abriendo sus fauces a los visitantes y mostrándoles el interior de la garganta de acceso.

Segundos después, el monje custodio, cuya colección de arrugas delataba su longevidad, carraspeó sutilmente para aclararse la garganta.

Los regios asistentes, envueltos en sus tejidos de luto, concentraron sus sentidos en aquellos labios, a la espera de que pronunciase la frase que daría inicio a la ceremonia:

—*Wer begehrt Einlass?* (¿Quién solicita entrar?).

Hacía tiempo que los muros del monasterio no asistían a una muestra semejante de protocolo, pues este se llevaba a cabo únicamente en ocasiones especiales. Por ese motivo, las paredes y suelos así como otros espacios del panteón habían sido revisados a fondo por los miembros de la comunidad, cuidando que los asistentes lo encontrasen lo más saneado posible, pese a tratarse de un lugar húmedo y poco transitado.

A la pregunta del capuchino, el maestro de ceremonias —estático como un blasón de piedra sujeto a una fachada— respondió enunciando todos los títulos del archiduque en voz alta. Esta relación, conocida por muchos de los asistentes, supondría el panegírico definitivo previo a su inhumación. Por su parte, el estriado personaje permaneció impertérrito junto a la puerta, proyectando en su interior la correspondiente respuesta. Esta, una vez emitida, resonó en el espacio de un modo aún más contundente que su interpelación.

—*Wir kennen ihn nicht* (Nosotros no lo conocemos).

El público se mantuvo en silencio, consciente de que aquella negativa formaba parte del ritual.

—*Wer begehrt Einlass?* —repitió el monje a resultas de la nueva tríada de golpes sobre el postigo.

Esta vez el legado cambió su discurso, revelando el nombre del difunto seguido de la aclaración «*ein sterblicher, sündiger Mensch*» (un hombre mortal y pecador). De este modo el religioso les franqueó la entrada.

Pese a pertenecer a la rama más rica de los Habsburgo y contar con amplias propiedades en Bohemia y Hungría, Carlos Fernando de Austria-Teschen había seguido un régimen castrense sumamente austero en casi todas las facetas de su vida. Por eso su entierro en la sima capuchina sellaba un compromiso de modestia más allá de su último aliento.

Tras la confirmación del deceso, Crista apenas había probado bocado. El desvanecimiento sufrido en la capilla la había sumido en un profundo aletargamiento que se había prolongado hasta esa misma mañana, moviendo a la inquietud a gran parte de su familia. Solo su medio hermana mayor, María Teresa, confiaba en que esta reacción sería pasajera, pues desde su nacimiento poseía la facultad de leer en sus ojos como una auténtica nigromante.

«Se está haciendo la fuerte —trató de tranquilizar a su madre— y eso la devora por dentro. Ya sabes lo reservada que es».

Concluida la ceremonia, los asistentes estuvieron departiendo un rato antes de trasladarse a Hofburg, el palacio imperial más grande de cuantos atesoraba la capital. Los hermanos menores de Crista lo conocían poco, si acaso por las visitas protocolarias que la familia había realizado en

los últimos años, pues su residencia de verano respondía al nombre de Weilburg y se ubicaba en la Baja Austria, a poca distancia de Viena.

Durante ese breve lapso de tiempo, las jóvenes recibieron el cariño de Aldegunda de Baviera, la esposa de Francis —tío paterno de María Teresa—, que carecía de hijos y las amaba profundamente, así como de la hermana de esta, Hildegarda. Crista apenas pudo forzar una sonrisa para agradecerlas. Aquella puesta en escena, además de incomodarla, la estaba dejando exhausta.

—Querida Crista —trató de animarla la princesa—, todos somos conscientes del vacío que deja tu padre. Era un hombre excepcional al que nada ni nadie achantó nunca. Tú eres una chica inteligente y juiciosa, de eso no me cabe duda. Por eso debes mirar hacia delante sin olvidar todo aquello que os enseñó. El mejor modo de honrarlo es siguiendo su ejemplo.

La joven, cuyos ojos permanecían incólumes al llanto —con la única excepción del desahogo en la capilla—, asintió frunciendo el ceño, y a continuación se estiró los guantes de encaje, tratando de esquivar la mirada de la dama.

Pese a su enorme tristeza, lo último que deseaba era compasión, aunque esta viniese fajada entre un rosario de palabras dulces.

—Sed fuertes, y no olvidéis que estaremos a vuestro lado para atender cualquier necesidad. —Hildegarda se despidió con un sonoro beso, que a Crista le supuso un alivio. Si algo necesitaba de verdad era recuperar la tranquilidad.

En un aparte con su hermana, mostró su preocupación por el futuro que les aguardaba a partir de ese momento.

—Anoche apenas pude dormir. Aunque madre haya evitado el tema por temor a preocuparme, he estado pensando en el grave problema económico que se nos viene encima. ¿Eres consciente de la situación, Dada? —concluyó ojerosa, utilizando el apodo con el que la familia se dirigía a la hija mayor.

—Claro que lo soy, hermana —respondió María Teresa apesadumbrada—. Es la segunda vez que pierdo un padre. El primero apenas me sostuvo en sus brazos, y todo lo que soy se lo debo a ese hombre maravilloso que acabamos de enterrar.

—Llevas razón —caviló al instante—. Tú debes haberlo sentido el doble. Lo lamento mucho, Dada. —Las dos mujeres se fundieron en un cálido abrazo que las reconfortó. Luego la primogénita continuó esbozando los planes de la familia a corto plazo.

—Para empezar, tendrás que despedirte de los chicos.

Instintivamente Crista se cubrió el rostro con las manos, rota de dolor.

—Es la mejor solución, cariño. El tío Alberto les cuidará muy bien, y al mismo tiempo les proporcionará la formación más adecuada. Ya sabes que su destino es el ejército. —Dada hizo una pausa a propósito y luego continuó con su plática, acariciando el cabello de su hermana con la mano derecha—. Tú y madre siempre contaréis con el apoyo de la tía María, y por supuesto con el nuestro. En Munich también tendrás las puertas abiertas. Ya sabes que Luis y los niños te adoran...

—Lo sé —Crista recuperó la compostura—, tengo la mejor familia del mundo. Pero aún no me hago a la idea de perder a mis hermanos. ¿Te imaginas cómo quedará la casa sin Fritz y los otros chicos? Será una desolación total.

—Vendrán mucho a visitaros, no te quepa duda. Y de ese modo tú podrás centrarte en tus estudios.

—Y en mis clases de piano —la interrumpió Crista, alzando levemente la barbilla.

—Eso es. Ponte en el lugar de Schubert. —Dada comenzó a bromear—. ¿Cuánto hace que no interpretas una sonata sin esos moscardones revoloteando a tu alrededor?

—Creo que he perdido la cuenta. —Los ojos de la chica volvieron a brillar—. A padre le gustaba tanto escucharme tocar... Pero últimamente, desde que enfermó...

—No dejes nunca de hacerlo, Crista. La música, tus paseos por los jardines y toda esa pasión por las cosas que tanto os unía.

Siendo consciente de que María Teresa llevaba razón, la joven enderezó los hombros y asintió con decisión.

De camino a palacio, Crista volcó toda su imaginación en los edificios que se abrían a su paso, especialmente en las habitaciones abuhardilladas que se hallaban ocultas bajo los tejados a cuatro aguas. Siempre había fantaseado con la idea de adentrarse en esos recodos y tal vez sumergirse en una pila de libros, cubierta tan solo por una sábana, y dejando escapar las horas, los días y las noches. Pequeños placeres reservados a otro tipo de chicas a las que alguna vez había llegado a envidiar. Aunque siempre de forma sana.

A diferencia de Gross-Seelowitz, lugar apacible y seguro, Viena se ofrecía como un lienzo en blanco susceptible de plasmar cualquier ensoñación, por ingenua que esta resultase.

Próximos a alcanzar los extremos del Kaisergarten, jardín privado de los Habsburgo diseñado en estilo inglés, el carruaje se detuvo un instante. Al parecer uno de los animales había sufrido un percance y debía ser auxiliado.

Crista emitió un suspiro y asomó la cabeza levemente, comprobando al instante el motivo de la interrupción. Uno de los lacayos, ágil y dispuesto, le examinaba la pata delantera al équido, con una ternura tal que llegó a conmover a la muchacha. Fue entonces cuando se le vino a la cabeza la escena ocurrida en Moravia a los pies de la Virgen Negra, de la que solo recordaba los instantes previos a su desmayo.

—¿Quién me encontró en la capilla? —inquirió de repente.

Dada, a quien no le había importado romper el protocolo para estar más cerca de su hermana, la miró sorprendida, inclinó un poco la cabeza con objeto de atenderla y, tras aguardar unos segundos, le respondió enigmática:

—Alguien que ni te imaginas.

VIII

*Torre Eiffel, París
Febrero de 1899*

EL PAVIMENTO AÚN PERMANECÍA MOJADO CUANDO LOS tres técnicos de Fives-Lille posaron sus pies sobre los cuarenta metros cuadrados que servían de base a la torre más alta del mundo. Pese a estar formando parte del proyecto de renovación de los elevadores para la Exposición Universal, aún les costaba hacerse a la idea de que algo tan colosal hubiese surgido de una mente humana. Por eso, como si de un santuario se tratase, cada vez que se iniciaba una nueva jornada de trabajo todos inspiraban profundamente ante el gigante de hierro y, tras experimentar un ligero escalofrío, procedían a limpiarse el barro de las botas para no ensuciar el monumento.

Aún faltaban unos pocos minutos para su encuentro con el ingeniero Eiffel, por lo que decidieron ascender al primer nivel y fumarse un pitillo mientras contemplaban el paisaje. A esa hora tan temprana, la actividad en el Campo de Marte era prácticamente inexistente. Después de una intensa tormenta que se había prolongado durante toda la madrugada, las calles de París habían despachado su velonocturno con desdén, augurando una mañana gris y terriblemente desangelada.

—¿Le has entregado ya el anillo? —preguntó uno de los hombres, mientras trataba de encender un cigarro. En un acto reflejo, su compañero se volvió, y tras calarse la gorra de paño con ambas manos, señaló hacia un punto concreto en el Sena.

—¿Ves aquella barca? —dijo por fin, antes de responder a la pregunta. Se trataba de una pequeña embarcación con remos sujeta al muro por una maroma.

—Si te refieres a aquella que lleva pintada una línea roja, sí.

—¿La ves tú, François? —insistió, con objeto de que ambos le siguiesen el juego.

—Sí, Marcelle, la veo —respondió su adlátere con desgana.

—¿No os parece perfecta?

—¿Perfecta para qué? —François estaba dispuesto a ir al grano y acabar con esa estúpida conversación que él no había iniciado. Nada lo exasperaba más que el hecho de hablar por hablar. Esa era la razón principal por la que se había negado a trabajar en el negocio hostelero de su padre.

—Pues, ¿para qué va a ser, gañán...?

Para Thibaut, quien solía romper el hielo en casi todas las ocasiones, la actitud de su compañero era ciertamente desconcertante.

—Céline ama a Marcelle. Marcelle quiere casarse con Céline y, por tanto...

—De acuerdo, de acuerdo...

François interrumpió a Thibaut antes de que fuese demasiado tarde. En efecto había algo que lo exasperaba todavía más que el hecho de hablar por hablar, y esto era el rumiar cursilerías.

—Ya me hago una idea —apuntó fingiendo una sonrisa—. Siendo así... ¡Felicidades, Marcelle! Os deseo lo mejor a ambos. —Sin previo aviso alargó los brazos y le apretó la mano derecha de un modo tan artificioso como hipócrita—. ¿Podemos cambiar ya de tema, por favor?

—*L'amour!* ¿Acaso existe mejor tema de conversación?

Sin que nadie hubiese notado su presencia, Gustave Eiffel acababa de apoyarse sobre una de las barandas de hierro diseñadas por él mismo once años atrás.

—Señor Eiffel...

Notablemente azorados, los tres hombres se descubrieron ante el maestro de Dijon, sin saber bien qué decir.

—Tranquilos, muchachos —profirió él con un tono suave, dirigiéndose a continuación al más joven—. Enhorabuena por su futuro compromiso, señor...

—Doux —respondió Marcelle al instante.

—Muy bien, señor Doux —prosiguió Eiffel con una sonrisa—, ¿sería usted tan amable de concluir su explicación?

—Mi..., mi... ¿explicación? —Marcelle no daba crédito, y sus compañeros aún menos.

—Me ha dejado en ascuas. Y si le soy sincero, hoy me apetece mucho más conocer los detalles de su... ¿cómo decirlo?, «declaración romántica», que romperme la cabeza con la dichosa propulsión hidráulica. ¿Qué me dice?

Al oír esas palabras, Marcelle reprodujo en su mente aquella vez en que su profesor de álgebra le descubrió pasándole una nota a un compañero en medio de un examen. Por supuesto, ambos fueron suspendidos y expulsados de clase. Desde entonces no había vuelto a sentir esa mezcla de vergüenza y terror.

—Vamos, Marcelle —le animó Thibaut. Al margen de la insólita petición del jefe, él mismo ardía en deseos de enterarse.

François, por su parte, no podía apartar los ojos del suelo, tratando de convencerse de que aquello no le estaba pasando.

—Pues..., verá, señor Eiffel, yo..., yo... —Marcelle comenzaba a sentir náuseas.

—Espero no intimidarle, amigo Doux —Eiffel trató de calmarlo—. Podemos concluir aquí y ahora mismo, si usted lo desea...

—¡No! —objetó Marcelle, tratando de recomponerse. Llegado a ese punto, lo mejor sería zanjar la cuestión del modo más digno posible.

—Lo cierto, señor Eiffel, es que aún no tengo muy claro cómo voy a afrontar el asunto... Cuando llegue el momento, claro... Ya ve que eso de hablar no se me da especialmente bien, pero por Céline sería capaz de cualquier cosa...

—Eso es un buen comienzo. —Eiffel sonrió satisfecho.

Thibaut ocultó la gorra en la espalda, mientras que François apenas respiraba.

—Antes..., cuando usted nos sorprendió... y créame que lo siento...

—Prosiga, Marcelle. Me hago cargo.

—Bien, pues... les estaba señalando a mis compañeros una barquita que se encuentra amarrada en el río, justo ahí enfrente. ¿La ve usted... señor?

—La veo, sí —respondió Eiffel, siendo consciente de las dificultades del muchacho para expresarse en su presencia—. No se ponga nervioso y continúe.

—Pues había pensado que... tal vez..., esta noche, si el cielo está claro y la temperatura es agradable, a lo mejor... Quizás me animaría a invitar a Céline a dar un paseo... y, con suerte, incluso la convencería para que subiésemos juntos a esa barca...

—¿Esta noche? —El rostro del ingeniero mudó de repente—. ¿Tiene que ser precisamente esta noche?

—Bueno, es que...

—Esta noche Marcelle y Céline celebran su tercer aniversario, señor Eiffel —Thibaut intervino para ayudar a su compañero, cuyos nervios le impedían expresarse con fluidez—. Y por fin se ha decidido a pedir su mano. ¿No es así, Marcelle?

—Eso es.

—¡Así que piensa declararse! —exclamó el experto—. No sabe cuánto me alegra oír eso. Pero me temo que esta noche el cielo no va a estar claro, y la temperatura será, más bien, tirando a desagradable. —Sus experimentos meteorológicos comenzaban a dar los frutos deseados.

—Oh, vaya...

—Pero no se preocupe —continuó—. Aunque respeto profundamente sus métodos quiero proponerle un plan que, de seguro, le resultará mucho más comfortable.

Seguidamente elevó la vista doscientos dieciocho metros por encima de sus cabezas y, una vez lograda la complicidad necesaria, guiñó un ojo a su nuevo amigo.

Si París era la ciudad del amor, qué mejor lugar que aquel para sellar un compromiso romántico.

Esa mañana, y tras escuchar con atención la propuesta del gran jefe —y por supuesto aceptarla—, a Marcelle Doux le costó más que nunca centrarse en el trabajo. Nunca nadie había hecho por él algo semejante, y solo por eso, aquel hombre a quien tanto admiraba merecía todo su esfuerzo y dedicación.

Dos años antes, los pilares este y oeste habían asistido al desmontaje del primitivo Roux-Combaluzier, modelo inicial de ascensor instalado para la inauguración de la torre en 1889. A partir de ese momento, el afamado ingeniero se afanaba en conseguir que el nuevo sistema de elevación figurase entre los modernos exponentes del avance tecnológico. Para ello contaba con una curiosa cabina de pasajeros transportada por una carretilla, la cual iba fijada a unos cables que la mantenían nivelada mediante un sistema de enderezamiento. Bajo el suelo, un circuito hidráulico ponía en movimiento dos pistones que generaban los movimientos horizontales de la carretilla, transportando el montante hasta lo alto y, por tanto, recorriendo los 128 metros de distancia entre la planta baja y la segunda planta.

—¡Un telegrama!

Un joven de ojos azules y rostrillo pecoso surgió de la nada y se abrió paso en la enorme armazón metálica, con objeto de hallar a su artífice.

—¡Traigo un telegrama para el señor Eiffel! ¡Para Gustave Alexandre Eiffel!

El destinatario se sorprendió al ver aparecer al muchacho. Nunca antes un empleado de correos había realizado su faena en aquel escenario, y solo por eso quiso saber de inmediato de qué se trataba.

—Disculpa, muchacho. ¿Podrías decirme cuál es la procedencia del telegrama? —preguntó visiblemente excitado.

—Es de Inglaterra, señor.

—¡Vaya! ¿Y quién tiene tanta urgencia como para mandarme un telegrama aquí, en lugar de hacerlo a mi casa?

—Lo desconozco, señor. —En aquel espacio abierto, el azul cobalto de los ojos del cartero se apreciaba aún más claro—. Pero, si me permite, he de informarle de que la semana pasada un compañero llevó a su domicilio una carta con un matasellos británico...

—Um...

En ese preciso momento, Gustave recordó que no pasaba por su vivienda desde hacía varios días. Su obsesión por el estudio de la atmósfera —ocupación a la que se dedicaba por entero desde su retiro laboral— le había impulsado a permanecer en la torre por más tiempo de la cuenta, acudiendo únicamente al hogar para cambiarse de ropa. «Si mi pobre Marie levantara la cabeza...», se dijo a sí mismo avergonzado.

—Tal vez la persona que le envía el telegrama es la misma que le remitió la carta —añadió el muchacho.

—¡Es increíble! —El ingeniero cada vez estaba más sorprendido—. ¿Y puede saberse cómo y por qué razón alguien es capaz de recordar un detalle tan insignificante como el origen de un matasellos?

—Usted no es insignificante, señor. ¡Toda Francia conoce a Gustave Eiffel! Para mí es un verdadero orgullo entregarle este telegrama.

—Oh, ya entiendo —asintió con un ligero sonrojo. Después de las críticas lanzadas por la sociedad parisina a causa de la erección de la torre y del escándalo de Panamá que había provocado su aislamiento, era la primera vez que recibía un sincero cumplido—. Gracias por su amabilidad.

—De nada, señor. Ha sido un placer conocerle.

De camino a la última planta, y mientras hojeaba un ejemplar de *La Revue de Paris*, Gustave Eiffel hizo una reflexión.

A sus sesenta y siete años, con una trayectoria apasionante y repleta de éxitos, aquella misma mañana y merced a unos tipos a los que apenas conocía, por fin comenzaba a darse cuenta de lo realmente importante.

Podía caer mejor o peor a la gente, despertar envidias entre sus colegas o causar recelos a los viejos clientes. Pero, al margen de todo eso, nadie jamás olvidaría su nombre.

IX

*Guernes, a 70 km de París
Junio de 1899*

LOS TRES ÚNICOS PASAJEROS DEL TRANSBORDADOR se despidieron cortésmente y prosiguieron su camino en silencio, cada uno por su lado. Huntington echó un último vistazo al embarcadero antes de dirigirse al centro, donde debía localizar la vivienda de los Payot Saint Martin.

Desde su salida de los Estados Unidos, por fin iba a poder asentar los pies en la tierra, dejando de lado aquellos fatigosos traslados en barco.

Al menos por una temporada.

El viaje hasta Yvelines había sido largo, especialmente desde su desembarco en Liverpool, aunque afortunadamente se había desarrollado sin ningún contratiempo. A diferencia de otras ocasiones, el neoyorquino se había detenido el tiempo imprescindible en las diferentes escalas, pues sus ganas de llegar a Froidmont iban en aumento.

El pequeño rectángulo que conformaba Guernes estaba delimitado en ambos lados por el río Sena, lo que, unido a su ubicación sobre una colina, obligaba a los visitantes a ascender por una considerable pendiente.

Haciendo gala de sus exquisitos modales y antes de dar un paso en falso, Huntington se dirigió a una de las lavanderas que se afanaban con ahínco frente a la orilla del cercano Rosny. Aunque su conocimiento del idioma no era perfecto, unas pocas frases le bastaron para hacerse entender y, lo que era más importante, obtener de la mujer las indicaciones pertinentes para alcanzar su destino.

Tras darle las gracias, Huntington se encaminó con decisión hacia la entrada del municipio coincidiendo con el anuncio de las campanas que, de un modo infrecuente, repiqueteaban una y otra vez llamando la atención de los vecinos.

Una vez en la Place de la Mairie, centro neurálgico de la pequeña Guernes, supo por boca de un agricultor que se había declarado un pequeño incendio en la Ferme de Flicourt, una de las granjas más conocidas de la zona, pero que por suerte estaba siendo controlado por los propios trabajadores.

No obstante, al poco de iniciarse la conversación, Huntington advirtió cómo un modesto grupo de hombres uniformados cruzaban raudos por delante del ayuntamiento con objeto de sofocar el

incendio.

—*Les pompiers!, les pompiers!*—chilló emocionado un crío que se hallaba a su espalda acompañado por su madre. Esta le hacía gestos reprobatorios por su tendencia a elevar la voz. Pese a la impresión, se volvió con amabilidad y sonrió a la pareja, dando muestras de haber comprendido perfectamente el mensaje.

Con el sol a punto de anunciar el mediodía, distinguió por fin el domicilio de los parientes de Bonsor; una encantadora casita situada al final de la rue de Saint-Marck, que lucía numerosas plantas en su entrada, destacando especialmente el conjunto de mimosas que preconizaban la primavera con su indumentaria amarilla.

Huntington apenas tuvo tiempo de admirarlas. Como si hubiese presentido su llegada, *mademoiselle* Payot abrió la coqueta puerta y salió apresurada a su encuentro.

Poco acostumbrada a las visitas, a Pauline le había costado decidirse por el atuendo más adecuado. Por nada del mundo deseaba confundir al amigo de George dando una falsa impresión sobre su modo de vida, desahogado pero a la vez modesto. Así que la noche anterior a la recepción —el último telegrama de Huntington anunciaba su llegada para la mañana del primer lunes de junio—, Pauline se decidió por un traje sastre en color marrón que había adquirido en su última visita a París.

Un repaso sutil le bastó para darse cuenta de que el norteamericano era un caballero indiscutiblemente atractivo. Este hecho no pasó desapercibido para Huntington, cuya admiración por las féminas no había disminuido un ápice, pese a haber contraído matrimonio.

No obstante, y por deferencia hacia Bonsor, se obligó a sí mismo a cuidar las formas, tratando de evitar miradas o gestos que delatasen su natural inclinación por el sexo opuesto.

Durante el almuerzo, cuidadosamente preparado con productos de la tierra, Huntington tuvo ocasión de departir con la familia Payot al completo.

—¿Le apetece repetir, señor?

Valentine, otra de las primas del arqueólogo francés, no le quitaba ojo de encima, algo que no parecía gustar demasiado a su hermana Pauline, para quien ese comportamiento resultaba vulgar e inapropiado. Inconscientemente, ella se consideraba la única persona de la casa con licencia para tal fin, aunque el fruto de esa conducta no sirviese absolutamente para nada. Desde que el anillo en la mano derecha del neoyorquino le revelase su condición de casado, Pauline había desechado toda esperanza de intimar con él, pero, aun así, las miradas insistentes de Valentine le removían el estómago.

—Muchísimas gracias —respondió él, considerado ante el ofrecimiento—. Aunque ya hace un buen rato que sacié mi apetito con sus maravillosos platos, no puedo negarme a repetir esta exquisita liebre. Supongo que será un ejemplar de la zona...

—Supone usted bien.

Pierre, que apenas había intervenido en la conversación, decidió sumarse a la tertulia, pues el asunto de la caza era sin duda su fuerte.

—Guernes tal vez sea un lugar pequeño y de pocas oportunidades, pero para ciertas personas

supone todo un vergel.

—¿Ah, sí? —Huntington lo miró incrédulo, aunque decidió escucharlo sin remilgos.

—Esa pieza que está usted disfrutando la cacé yo mismo ayer, al igual que las perdices. Henry y yo solemos madrugar los domingos para empuñar la escopeta. Dudo que encuentre mejor carne en varios kilómetros a la redonda.

—¡Excelente!

—Nos alegra que le guste, señor. —Henry se mostró orgulloso tras escuchar a su hermano—. También somos aficionados a la pesca, ¿sabe?

—Y lo hacen especialmente bien. El año pasado, Henry capturó un lucio del tamaño de esa repisa —exageró intencionadamente Valentine, que buscaba cualquier excusa para captar la atención de su invitado.

—¡Ya está bien de cháchara! —interrumpió hosca Pauline, decidida a reconducir la conversación hacia donde le interesaba—. El señor Huntington no ha venido desde tan lejos para admirar nuestros peces. Creo que ya es hora de que escuchemos los verdaderos motivos de su visita.

Coincidiendo con el postre, los Payot Saint Martin conocieron por boca del norteamericano su interés por la literatura y el coleccionismo, así como la notable emoción que le había supuesto el hallazgo de la biblioteca emparedada.

Después de escuchar con atención algunas anécdotas relacionadas con sus aficiones —que a Valentine le resultaron apasionantes—, Pauline volvió a erigirse en portavoz del grupo y expuso sin reservas:

—Hemos de serle sinceros, señor Huntington. Aunque en la carta le relatábamos a nuestro primo George el asunto del descubrimiento con mayor o menor fortuna, lo cierto es que la noticia llegó a nuestros oídos gracias a Fabrice, un fotógrafo de Hermes al que conocemos desde hace tiempo. Él fue quien asistió al desescombrado y tomó nota del hallazgo. Aunque su padre, que en gloria esté, era un simple labrador, Fabrice tuvo ocasión de estudiar leyes en Poitiers, y desde que regresó es uno de los vecinos más respetados de la comarca.

—Tal vez por eso contaron con su colaboración —intervino Huntington, posando las dos manos sobre la mesa.

—Y sin duda acertaron —continuó Pauline—. Además de ilustrado, Fabrice es la persona más dispuesta que jamás he conocido. No solo trabaja como abogado a tiempo completo, sino que dedica sus ratos libres a hacer retratos a todo aquel que lo requiere. Y créame —la mujer se inclinó levemente para concluir la frase—, cada vez son más y mejores sus clientes.

—No hay ninguna duda —musitó el silencioso Pierre—. Ese tipo llegará lejos.

—¿Le gustaría ver algún trabajo de Fabrice? —Valentine se sumó al discurso con ilusiones renovadas.

—Por supuesto —mintió el invitado, cuyo verdadero interés residía en conocer la biblioteca cuanto antes.

—¿Te importaría traernos los retratos que están sobre la cómoda, Henry?

—Ahora mismo voy —respondió enérgico el muchacho.

Mientras Henry se adentraba en busca del dormitorio, Pauline llamó a la única sirvienta con la

que contaban y le pidió que fuese a la cocina. Al poco, la mujer regresó trayendo una bandeja repleta de tazas de Limoges con las que servir café. Antes de echar un vistazo a las fotografías, Huntington probó un sorbo, admirando al instante la suave delicadeza del caolín.

—Fíjese bien en los detalles. —Valentine rozó levemente la mano del extranjero con la excusa de la fotografía. Un pequeño desliz que pasó desapercibido para todos excepto para Pauline. Lamentablemente para ella, su hermana le estaba ganando la partida.

Antes de que Huntington hiciese las lógicas preguntas que le habían llevado a atravesar el océano y desplazarse por el Canal de la Mancha hasta alcanzar su meta, Pauline se levantó de la silla para dirigirse hacia uno de los muebles provenzales que se disponían en la sala. Seguidamente abrió el cajón superior y extrajo un portafolio. Sin decir una palabra, caminó unos pasos hasta situarse estratégicamente a la espalda de su invitado. Este, por cierto, continuaba dando coba a Valentine sin ningún tipo de remordimientos.

En un movimiento calculado, Pauline arrojó la carpeta de cuero sobre la mesa, llamando la atención de sus tres hermanos, y muy especialmente del norteamericano.

Nadie osó replicar, pues sin duda aquel gesto denotaba un gran enfado por parte de la anfitriona.

Pierre y Henry se miraron inquietos; Huntington deslizó los ojos hacia la mesa, y Valentine sintió cómo la sangre se le subía a la cabeza, sus mejillas se entornaban y el pulso comenzaba a galopar como un potrillo desbocado.

Pauline podía haber perdido una o dos batallas aquella tarde, pero definitivamente pensaba ganar la guerra.

X

*Distrito de Alsergrund, Viena
Febrero de 1899*

BERGASSE 19, EL HOGAR DE LOS FREUD, DISPONÍA DE UN moderno aparato de teléfono desde hacía cuatro años. Este lucía en una de las paredes del pasillo, a una altura lo suficientemente importante como para que Ernst, Sophia y Anna, los vástagos más pequeños del matrimonio, no tuviesen acceso a él. Pese a su novedosa presencia —solo algunos austríacos lo poseían a finales de siglo y la mayoría de ellos eran médicos—, Sigmund Freud apenas había hecho uso de él desde su instalación. Sin duda, entre las muchas fobias que padecía a causa de sus neurosis, el sonido chirriante de aquel aparato figuraba en un lugar preeminente junto a la curiosa negativa a que sus hijos estudiaran música (al no poder soportar la idea de un instrumento sonando a todas horas en la casa).

Por eso cuando Frida, el ama de llaves, le anunció que Wilhem Fliess le esperaba en el recibidor, Freud se sorprendió sobremanera. Tal vez su íntimo amigo no había dispuesto del tiempo suficiente para redactarle unas líneas, y mucho menos importunarle con una llamada innecesaria.

—Disculpa las formas, Sigmund. Debí avisarte. Espero no importunar con mi presencia. — Fliess entregó el abrigo a Frida, quien lo colocó con esmero en el perchero antes de descorrer las puertas de vidrio esmerilado que daban acceso al despacho.

—Al contrario, querido Wilhem. No sabes cuánto me reconforta tenerte aquí. Precisamente pensaba escribirte hoy mismo para comunicarte mis últimos avances...

—¡Mucho mejor así! —declaró Fliess, dándole una palmada en el hombro y siguiéndolo hasta su despacho.

—Gracias, Frida.

—Doctor...

Nada más entrar, y una vez acomodados en sendos sillones tapizados, Freud encendió uno de sus acostumbrados Don Pedro —cigarros puros originarios de México— y, sin decir palabra, lo sostuvo entre los dedos por unos segundos, tratando de adivinar los motivos que habían llevado al berlinés a visitarlo tan de repente.

Sin apenas mover la cabeza, Fliess echó una rápida ojeada a la estancia, deteniéndose en la

fabulosa colección de piezas arqueológicas que poblaban vitrinas, estanterías e incluso el propio escritorio.

Lo primero que saltaba a la vista eran las réplicas en miniatura de algunas de las obras más populares de la Antigüedad, como el busto de Nefertiti, los leones alados de Nimrud o la Victoria de Samotracia.

Pero Freud también poseía ejemplares auténticos.

Una estela de Amenhotep II presidía uno de los tabiques principales de la habitación, dos ritones mesopotámicos lucían enfrentados sobre una repisa y un colmillo de marfil se alzaba sujeto a una base argéntea, despuntando sobre la mesa. Todo ello, unido a las rayas verticales que empapelaban las paredes, el ramillete de libros y la luz tamizada que penetraba por las ventanas, le confería al estudio un aspecto peculiar, más propio de un museo que del domicilio de un médico.

—Ya veo que no piensas hablar. —Freud rompió el hielo mirando a su amigo a los ojos—. Prefieres que sea yo quien adivine los motivos que te han traído hasta aquí, ¿no es así?

—*Ja*.

—Muy bien.

Entonces el vienés se mesó la barba con el dedo pulgar e instintivamente buscó con la mirada los papeles de su escritorio. Luego alargó la mano derecha y recogió un sobre que se hallaba justo encima de un lujoso ejemplar del Talmud.

—He aquí la respuesta —dijo sosteniéndolo a la altura de su rostro.

—Continúa —señaló Fliess, evidenciando un gran sosiego.

—Hace más de un lustro que mantenemos una fluida correspondencia. En los primeros años nos reuníamos a menudo en nuestros «congresos» privados de Viena y Berlín, la mayoría de las veces por motivos profesionales, aunque últimamente nos hemos visto muy poco por culpa de mi progresivo embotamiento y haraganería. Teniendo en cuenta que el martes recibí esta carta con una oferta tentadora, que hace semanas que no salgo del despacho más que para tumbarme en el diván, y de que la pobre Frida vacía los ceniceros hasta tres veces al día, solo existe una explicación posible para tu visita: Martha se ha puesto en contacto contigo para que intentes convencerme de que no puedo seguir así.

Fliess se reclinó en el sillón, juntó las palmas de las manos y se las llevó a la barbilla, componiendo un gesto introspectivo. Finalmente dio apertura a los labios de un modo solemne y profirió satisfecho:

—Sí, sí, sí... y no.

—¿No? —Freud se levantó sorprendido—. ¿Cómo que no? ¿Es que acaso me he equivocado en algo?

—Querido amigo, llevas razón en casi todo. —Fliess mantuvo la compostura—. Ya sabes la admiración que mi familia te profesa. ¡Eres un ejemplar único! Pero en lo concerniente a las mujeres continúas siendo un topo.

Freud lo miró resignado. Dio otra calada a su cigarro y aguardó la sentencia en el mutismo más absoluto.

—No es Martha quien me ha llamado. Y digo bien, pues rara vez alguien utiliza ese trasto de magneto que decora tu pasillo. Ha sido Minna.

—¿Minna? ¿Mi cuñada...?

—La misma. Y créeme si te digo que ha sido por tu bien.

Esta vez Fliess se puso de pie y se acercó a su amigo.

Freud aún no salía de su asombro.

—Martha sería incapaz de interferir en tus asuntos. Parece mentira que aún no la conozcas. Se casó contigo completamente enamorada, te ha dado seis hijos, y jamás te ha reprochado nada. Ni siquiera a causa de esos rumores...

—Vamos, Wilhem. ¿Tú también piensas que tengo una aventura con la hermana de mi mujer? ¡Por favor! —El austríaco comenzó a elevar el tono.

—Claro que no, bobo. Sé perfectamente que entre tú y Minna no hay nada más que una relación basada en la admiración. ¿Crees que no leo con atención tus cartas? Salta a la vista que su capacidad intelectual es mayor que la de Martha, y si te ha acompañado alguna vez en tus desplazamientos ha sido por ayudarte.

—Tú lo has dicho. Desde que nació la pequeña Anna, mi esposa anda más atareada que nunca.

—Dejando todo eso a un lado —Fliess miró de reojo el pliego de antes—, es necesario que viajes a Inglaterra.

—¡Vaya! Por lo que veo la cándida Minna ha hablado más de la cuenta...

—Sigmund —el berlinés lo detuvo en seco—, seamos serios de una vez. Sé que andas metido de lleno en tu estudio sobre los sueños. Yo soy el primero que ansía leerlo, pero hay vida más allá de este despacho. ¿Es que ya no disfrutas paseando por la Ringstrasse? Mírame a los ojos y convénceme de que tu empeño en permanecer aquí tiene que ver con la publicación de ese maldito libro y no con algo peor...

—No puedo hacer eso.

Llegado a ese punto Freud creyó necesario sincerarse con su amigo.

Apagó bruscamente el cigarro, tomó asiento en su lado de la mesa y aspiró profundamente, antes de revelar los verdaderos motivos de su enclaustramiento.

—¿Recuerdas cuando te hablé de mi «siderodromofobia»?

—¿El miedo a los trenes? Claro que lo recuerdo.

—Desde que murió el viejo Jakob he vuelto a sufrirla. —Al mencionar el nombre de su padre, Sigmund sintió cómo la garganta se le reseca y el corazón disminuía de tamaño—. Pero esta vez los síntomas son mucho más fuertes.

Wilhem Fliess se quedó absorto durante unos segundos.

Tal como le había advertido Minna, el estado de ánimo de su colega empeoraba por momentos.

Pese a todo, no perdió la esperanza, y durante los siguientes minutos trató de convencerlo de que la mejor manera de superar los miedos era plantándoles cara.

Freud lo escuchó con atención durante quince minutos —que se le hicieron eternos—, pero al ser interpelado de nuevo corrió a refugiarse en sus dudas e inhibiciones, obligando al alemán a estrujarse el cerebro hasta el límite.

Fue entonces cuando Fliess, próximo a arrojar la toalla ante la exhibición de desdichas de su amigo, reparó en un tablero de ajedrez que se encontraba dispuesto sobre una pequeña mesa.

La sola contemplación de las piezas, perfectamente alineadas sobre las casillas blanquinegras, como dos facciones a punto de enfrentarse, le proporcionaron la clave exacta para lograr su propósito.

—Te propongo una partida —exclamó sujetando una brillante torre tallada a mano.

—¿Ahora? —respondió sorprendido Freud.

—Me debes una revancha, ¿recuerdas? Aquel jaque mate me obligó a cumplir con lo pactado sin pestañear. Quién sabe cuándo volveré a tener una oportunidad mejor para resarcirme...

XI

*Gran Casino, San Sebastián
Agosto de 1899*

EL CONDE DE TORRE MÚZQUIZ RECIBIÓ A MARÍA CRISTINA al pie mismo de su carruaje, en los jardines de Alderdi Eder, haciendo gala de una exquisita educación. Desde que accediera a la alcaldía dos años antes, don Severo Aguirre se había esforzado en suministrar pasatiempos a la familia real así como al resto de integrantes de la corte durante sus vacaciones estivales.

Recitales líricos, exhibiciones deportivas, excursiones en barco..., todas sus propuestas eran recibidas con agrado por parte de la reina, especialmente aquellas con un marcado carácter benéfico. Consciente de su tirón popular, María Cristina disfrutaba paseando entre los guipuzcoanos, conversando con ellos y aceptando sus muestras de afecto.

Uno de los momentos más memorables había tenido lugar en la iglesia del Buen Pastor, el edificio religioso más grande de Guipúzcoa, ubicado entre el río Urumea y la playa de La Concha. Curiosamente, la reina había asistido a la colocación de la primera piedra en septiembre de 1888, llevando de la mano a su pequeño retoño —por aquel entonces Alfonso contaba con dos años y cuatro meses— con objeto de que estampase su primera firma en un documento oficial. Nueve años más tarde, el templo donostiarra era una realidad, a la espera únicamente de colocar sus campanas en la torre-aguja.

Flanqueado por los miembros de su consistorio así como por otras personalidades de la ciudad, Aguirre guio a su invitada a través del oasis diseñado por Pierre Ducasse —jardinero formado en Versalles— donde los parterres de flores competían en belleza con las fuentes.

Antes de ingresar en el casino, donde les aguardaba una sugerente exposición, la regente se detuvo a contemplar aquel bello espacio ajardinado, un antiguo campo de maniobras que había llegado a albergar un circo, un velódromo y hasta un teatro de guiñoles. Y sin saber muy bien por qué, dejó volar su mente hasta el otoño de 1874...

Aún faltaban dos semanas para que las cresterías luciesen sus matices de nácar frente a la cordillera de los Cárpatos y, por tanto, la Navidad inundase las estancias de los Habsburgo, pero a Crista ya le palpitaban todos los resquicios de su cuerpo. Solo hacía un mes que se había separado de sus hermanos, pero al estar tan acostumbrada a su ruidosa presencia, parecía que hubiese transcurrido un año.

Inquieta, recorrió el breve espacio que separaba las habitaciones de los chicos de la antaño radiante sala de juegos, recreándose en cada uno de los elementos que se abrían a su paso y que, inevitablemente, le recordaba a ellos.

Tres hojas rectangulares de madera pintada, unidas entre sí por bisagras metálicas, le dieron la bienvenida a aquel ámbito sustraído de su infancia donde el tiempo parecía detenerse. Tras el precioso biombo de vidrios coloreados y visibles al trasluz —encargo de la archiduquesa Isabel a un pariente que solía frecuentar Japón—, descansaban una colección de juguetes traídos de todos los rincones de Europa: cromos ilustrados con figuras de animales procedentes de Silesia, naipes de Lorena y hasta puzzles salidos de la fábrica de Bestelmeier, en Alemania. De entre todos ellos, Crista no pudo resistir la tentación de sostener el desgastado tablero del *Jeu du cheval blanc* (Juego del caballo blanco) con el que tanto se había divertido junto a los muchachos.

Desde el mes de noviembre apenas había tenido noticias de ellos.

Las imágenes del funeral la asaltaban continuamente, tanto en las horas de luz como en las nocturnas, por lo que no tardó en ponerse en contacto con su hermana mayor, la mejor de sus confidentes dentro y fuera del margraviato.

En primer lugar hizo lo posible por tranquilizarla —sus pérdidas de apetito eran un motivo constante de preocupación— y más tarde se esforzó por esclarecer el asunto del desvanecimiento. La enigmática frase con la que Dada diera respuesta a su pregunta en Viena la había precipitado a un océano de incertidumbres.

La respuesta no se hizo esperar.

Una tarde en la que se hallaba pintando una acuarela, recibió por sorpresa una carta de Munich que la obligó a abandonar el pincel para sumergirse por completo en su lectura. Decía así:

Mi querida Crista:

Desde el momento en que nos despedimos en Hofburg no ha habido un solo día en que haya dejado de pensar en ti.

¡Mi dulce niña! No sabes cuánto lamento la situación por la que estás pasando.

La misma noche en que regresamos a Munich, le comenté a mi esposo lo mucho que sentía no haberos acompañado por más tiempo a ti y a madre, pero él me respondió muy razonablemente que ambas podríais consolaros la una a la otra, mientras que nuestros hijos no podrían continuar más tiempo sin mi presencia.

De todos los que conozco —y te hablo desde la voz de la experiencia—, el tiempo es el único remedio eficaz contra las enfermedades del alma.

Aférrate a los buenos recuerdos, pero no permitas que las sombras del pasado oscurezcan tu presente. En menos de lo que imaginas, tu corazón hallará el sosiego que necesita y entonces las mariposas blancas, esas que tanto te gustan, volverán a cruzarse en tu camino.

Sé que ardes en deseos de conocer al protagonista de tu historia, pero sinceramente prefiero que lo descubras por tus propios medios.

Tal vez esa búsqueda inesperada se convierta en un primer paso hacia el encuentro contigo misma.

*Me despido de ti confiando en tu buen juicio y encomendándote a Dios, Nuestro Señor.
Tuya genuina y afectuosamente*

Dada

Terminada la lectura, Crista introdujo el papel en el sobre, se levantó de la silla y salió apresuradamente en dirección a su alcoba. Aquellas palabras de apoyo de su hermana, aunque muy apropiadas para el momento, no le habían emocionado tanto como el hecho de plantearse a sí misma un nuevo reto.

Resuelta a mirar hacia delante, la joven alcanzó uno de los pasillos del añejo palacio en el mismo instante en que un miembro del servicio se afanaba en la limpieza de una alfombra. Al parecer se había derramado una taza de chocolate, provocando un considerable estropicio.

Concentrada en sus pensamientos, y lejos de mirar al suelo, Crista se encontró de bruces con la doncella, que se hallaba de rodillas, precipitándose a continuación encima de ella.

—¡Válgame Cristo! ¿Se encuentra usted bien? —La pobre sirvienta no daba crédito a lo que acababa de ocurrir.

—No te preocupes, Johanna. —Crista trataba de aparentar tranquilidad en medio de aquel desaguisado—. Estoy perfectamente. Además, ha sido culpa mía. Me temo que me he distraído demasiado.

—Permítame que la ayude.

Pese a su juventud y aparente fragilidad, la doncella hizo acopio de fuerza y, tendiéndole la mano a su señora, consiguió que esta se incorporara.

Inmediatamente después, y en contra de lo que cabía esperar, Crista comenzó a reír.

Primero lo hizo poco a poco. Tanto que Johanna se sorprendió y no supo cómo reaccionar.

Luego las risas fueron cobrando intensidad hasta mudar en verdaderas carcajadas. Por la forma de mirarla, la archiduquesa parecía dar permiso a la sirvienta para que esta la secundase, y eso es precisamente lo que hizo.

Fue tal el espectáculo protagonizado por ambas, que Isabel se aproximó para ver qué ocurría.

Al principio pensó que se trataba de un divertimento de los criados, pero al descubrir a su hija con el rostro manchado de chocolate, el moño deshecho y el vestido arrugado, no supo qué pensar.

—¿Qué está pasando aquí? —exclamó confusa, rompiendo la magia del momento—. Parecéis dos niñas pequeñas.

Crista enmudeció de repente, mientras que Johanna se llevó, instintivamente, una mano a la boca.

Viendo el efecto que su irrupción había causado en las jóvenes, la viuda continuó con el discurso.

—Exijo una explicación —profirió severa—. ¡Johanna!

—¡No, madre! —se interpuso Crista con decisión—. Johanna no tiene nada que ver. La

metedura de pata ha sido mía.

—¿Cómo dices? —La dama se hallaba cada vez más confundida.

—Deje que se lo explique.

Entonces la joven relató cómo había accedido al pasillo distraída en la lectura de una carta y su consiguiente tropiezo con la doncella, quien en esos momentos se hallaba retirando una bandeja. La mala suerte había provocado que ambas terminasen en el suelo y quedasen impregnadas de los restos del cacao. De ese modo, y al verse en un estado tan ridículo, no habían podido evitar echarse a reír.

Antes de que la empleada cambiase su versión, Crista la buscó con la mirada y le guiñó un ojo.

—Vaya —intervino la madre, sorprendida ante la explicación—. Ya pensaba en un nuevo desliz de nuestra doncella. Y al decir esto volvió su rostro hacia Johanna. Esta se mordió el labio inferior y agachó la cabeza. Agradezco tu sinceridad, querida.

—No hay de qué. Padre siempre nos enseñó a ser justos con los más débiles y afrontar nuestra responsabilidad con decisión y valentía.

—Cierto es —aseveró Isabel—. Pero también incluyó entre sus enseñanzas el saber mantener las formas, Crista. No es propio de una señorita protagonizar escenas de esta índole. —La joven se sonrojó al escuchar estas palabras—. No obstante, y dado que tu estado de ánimo ha sido una de mis mayores preocupaciones durante las últimas semanas, celebro que hayas recuperado la alegría; aunque ello se deba a un episodio tan desafortunado...

Terminado su discurso, rotundo pero indulgente, Isabel propuso a su hija un plan infalible para prolongar su estado de dicha. Ambas irían a patinar al día siguiente; algo que no hacían desde el invierno de 1872, cuando el hermano del emperador, Carlos Luis, les había visitado junto a su esposa, la exquisita princesa María Teresa de Braganza.

Crista asintió sin más y, a un gesto de su madre, ambas se encaminaron a sus respectivas alcobas con objeto de mudar los atuendos.

Poco antes de abandonar el pasillo, la joven archiduquesa se volvió y entonces Johanna le agradeció el favor con una leve inclinación de cabeza acompañada de una sonrisa. Ciertamente, como había señalado la matriarca, las distracciones le habían jugado malas pasadas durante su trayectoria laboral, por lo que, de conocerse la verdad, el incidente con la alfombra habría supuesto el cese definitivo de sus funciones.

—Te recuerdo que tenemos visita —continuó la madre cambiando de tema, mientras recorrían el espacio que separaba el extremo del ala norte de la zona donde se hallaban los dormitorios.

—Por supuesto.

—Como bien sabes, hubo algunas personas a las que les fue imposible asistir a los funerales de tu padre. De ahí que la cena de esta noche haya sido organizada expresamente para ellos.

Isabel hizo una pausa intencionada, y a continuación señaló:

—Por cierto que la mayoría de ellos son bastante influyentes.

Horas después, la joven archiduquesa deslumbraba a los invitados con un vestido de seda cuyo corsé le definía la cintura de un modo extraordinario.

A sus diecisiete años, Crista —pese a no poseer un rostro especialmente bonito— tenía a su

favor la esbeltez de su conjunto y un empaque principesco que la hacían resultar muy agradable a los ojos de los hombres.

Uno de ellos, que resultó ser el primogénito de una familia procedente del ducado de Bucovina, estuvo pendiente de sus movimientos durante toda la velada. Y aunque la muchacha atendió convenientemente a todos los asistentes, no pudo evitar corresponder con inusitado placer al interés del joven.

Se llamaba Emil Károlyi, y entre sus ancestros figuraba el comandante en jefe del ejército húngaro, Alejandro Károlyi, héroe de la Gran Guerra del Norte.

—Espero volver a veros —musitó el noble, en la antesala de la despedida.

—Yo también lo espero. Vuestra conversación acerca de las costumbres de Moldavia me ha resultado muy placentera. Algún día espero conocer esa tierra de primera mano.

—Será un placer mostrárosla.

Antes de irse a dormir, Crista supo por su madre que aquel joven ya había estado anteriormente en palacio. Concretamente la tarde en que el archiduque falleció. Al parecer ciertos asuntos le habían obligado a desplazarse hasta Luhatschowitz, por lo que, siguiendo los consejos de su padre, optó por desviarse hacia el castillo de los Habsburgo para presentar sus respetos a la familia.

Al oír esto la joven se estremeció.

Si bien aquella sensación no sería nada en comparación con la que experimentaría tiempo más tarde, al retornar a su habitación.

Desde su adolescencia, y como complemento a las clases de idiomas, Crista solía leer clásicos de la literatura inglesa, así como la italiana y la francesa, con notable fluidez. No había libro que se le resistiese, especialmente si este contenía alguna historia de amor entre sus páginas.

Por aquellos días andaba sumergida en un poema épico, *La Chanson de Roland*, uno de los cantares de gesta más influyentes de la Edad Media, donde el protagonismo estaba asumido por el conde Roldán, sobrino del emperador Carlomagno. Aunque la redacción en francés antiguo convertía su lectura en algo especialmente arduo, al igual que le ocurría con la filosofía o las ciencias, el mero hecho de esforzarse ya era un estímulo suficiente como para desear devorarlo.

Inquieta por continuar la lectura, Crista abrió el libro —una preciosa edición de 1865 anotada por Adolphe D'Avril—, descubriendo con sorpresa una cuartilla doblada y oculta en su interior.

Esta, escrita de un modo pulcro y correctísimo, citaba uno de los pasajes más enigmáticos del poema medieval:

«Carlos sueña que está en Francia, en Aquisgrán, su capilla. Una bestia cruel le muerde el brazo derecho. Del lado de las Ardenas, ve llegar un leopardo, que con gran osadía se arroja sobre su cuerpo. Del fondo de la sala surge un lebrél que corre hacia Carlos, galopando y brincando; de una dentellada, parte al primer animal la oreja derecha y entabla feroz combate con el leopardo. Y los franceses dicen: “¡Qué terrible batalla!”. ¿Quién de los dos vencerá? Nadie lo sabe».

XII

Cabaret du Néant, París
Febrero de 1899

SI A HENRI DE TOULOUSE-LAUTREC LE HUBIESEN CONCEDIDO un deseo, habría optado por volatilizarse aquella misma noche. Pero esa era una posibilidad muy remota, pues, en el fondo de su corazón, amaba la vida y el ingente repertorio de placeres que esta aún podía proporcionarle. De ese modo, en lugar de precipitarse al vacío o cortarse las venas en su piso de la calle Douai, firmó un acuerdo con la Parca y, al mismo tiempo, consigo mismo. En efecto, ingresaría en un túnel oscuro a través del cual hallaría el anhelado trance, pero este sería fruto de las bebidas espirituosas.

La marcha de su madre al Chateau Malromé, a inicios de enero, le había destrozado por completo. Después de una larga temporada esforzándose por encauzar la vida de su hijo, la obstinada condesa de Toulouse parecía haber arrojado definitivamente la toalla. Fiel a sus formas, y a sabiendas de que Henri protagonizaría una escena dantesca si se lo comunicaba en persona, Adéle decidió abandonar la vivienda alquilada en una calle poco elegante, a pocos pasos de Douai, en el mutismo más absoluto y acompañada de su hermano Amédée.

El pintor interpretó su marcha como un verdadero rechazo, cayendo a continuación en una espiral de excesos que le minaron por dentro y por fuera.

La antesala de la incursión nocturna en Montmartre estuvo protagonizada por una sonora bronca con el ama de llaves, la abnegada Berthe, a quien Adéle había confiado los cuidados de su vástago.

Desde su retiro campestre, la condesa estuvo al tanto de las andanzas de Henri a través de las misivas que le enviaban a diario. Estas no reparaban en detalles, dado que casi todas las acciones del artista solían estar acompañadas de extravagancias, a cual más vulgar. Entre otras, la fiel sirvienta se vio obligada a impedir que vendiese el mobiliario de su propia casa —vajilla incluida—, pues a la hora de invertir en alcohol y putas todo dinero le resultaba insuficiente.

Harto de verse controlado y convencido de que sus padres lo odiaban, amenazó a Berthe con meterla en la cárcel si volvía a traicionarlo. Sin duda el enésimo capítulo de *delirium tremens* que estaba arruinando su espíritu y destruyéndolo todo a su alrededor.

A las puertas del Cabaret de la Muerte, Henri sintió un fuerte dolor en las articulaciones que a punto estuvo de tumbarlo al suelo. Afortunadamente, esa noche contaba con la compañía de Cálmes, un cochero alcohólico que tenía una cuadra de caballos muy próxima a su casa y que, a falta de otro mejor, era uno de sus más fieles compañeros de borracheras, capaz de beber incluso más que él.

Con la ayuda de su amigo, el pintor se aproximó hasta la entrada del negocio que, de un modo bastante peculiar, se alzaba en tonos oscuros flanqueado por un cartel con una calavera. Este rezaba así:

CABARET DUNÉANT
PARIS MONTMARTRE
N.º 891
UNE ENTRÉE A LA CRÈVE

Nada más atravesar las puertas, y como bien sugería el rótulo, Henry y Cálmes se vieron sumergidos en una suerte de descenso al inframundo. Tal era el nivel de composición de los escenarios —ostensiblemente macabros— que cualquier cliente que ingresara por primera vez dudaría de su propia percepción de la realidad.

Y es que el recinto —muy de moda en el París de finales de siglo junto a los *cabarets* del Cielo y del Infierno— fluctuaba verazmente entre una sala de fiestas y un oscuro panteón mortuario. Ya desde los propios reclamos publicitarios sus gestores pretendían atraer a un tipo de público ávido de nuevas sensaciones. Por eso en los anuncios no faltaban frases del tipo: «Cabaret único en el mundo», «Tormento para los condenados»; a las que se sumaban sugerentes propuestas para el divertimento: «Atracciones diabólicas», «La Caldera»...

Felices como dos colegiales, y tras apurar un trago de una pequeña botella que el cochero llevaba oculta bajo el abrigo, el dúo se sentó en uno de los últimos bancos de piedra dispuestos en la *caveau* —o bóveda— bajo la cual se hallaba una de las salas, y que, inevitablemente, recordaba a los de los cementerios.

Pese a su incipiente embriaguez, Henri no se sorprendió al descubrirse rodeado prácticamente de hombres. Mientras que otras noches acudían parejas de lo más variopinto, en aquella ocasión apenas se veían mujeres entre los asistentes. El primero de los espectáculos se titulaba *Les spectres gais* (Los espectros alegres), y era una suerte de representación teatral aderezada con aparatos diversos que resultaba tragicómica. A este le siguió la versión sombría del mismo concepto, *Les spectres tristes*, que si bien no resultó tan divertida como la anterior, al artista le agradó por su plasticidad.

Sedientos, los dos hombres se dirigieron a la zona del bar, donde hallaron acomodo en unas llamativas mesas con forma de ataúd.

Pronto, un hombre vestido de negro al que cualquiera podía confundir con el postillón de un coche fúnebre, se acercó hasta ellos para preguntarles qué deseaban beber. Ambos se decidieron por una botella de champán, la cual, en cuestión de segundos, se hallaba sobre la tapa del féretro.

Cálmes sostuvo una copa en alto y seguidamente la entrecrocó con la de su compañero, agitando las burbujas de su interior.

—¿Te has fijado en aquella dama, Henri? —le preguntó eufórico.

Bajo una lámpara realizada a base de osamentas se hallaba una mujer gruesa y envuelta en pieles, con la sola compañía de una copa de vino.

—Si te refieres a aquella señora de amplias proporciones, por supuesto que me he fijado. Esta noche no hay mucho donde elegir, ¿eh, bribón?

Cálmese volvió de nuevo la cabeza, esta vez con algo más de disimulo, descubriendo un cartel con la célebre frase de Hamlet «Ser o no ser».

—¿No te recuerda a alguien? —farfulló al fin, mostrando el bigote empapado por el champán.

—Ahora que lo dices... Su rostro me resulta familiar, sí.

Toulouse se ajustó las lentes, posó la copa en la mesa y se quedó pensativo. Pero no hubo transcurrido ni un minuto cuando se le vino a la mente la imagen de una mujer a la que conocía bastante bien.

—¡Gabrielle! —exclamó satisfecho—. Se parece extraordinariamente a mi querida Gabrielle.

—¡Por supuesto! —celebró el cochero—. ¡Con la de veces que te has encamado con esa gorda...! ¿Pues no te ha costado reconocer el parecido entre ambas? Déjame que piense... —Cálmese volvió a dar otro sorbo—. ¿Te atreverías a acercarte hasta ella e invitarla?

—La duda ofende, amigo mío.

Y dicho esto se levantó no sin grandes dificultades, y dejó su asiento junto al ataúd. Las secuelas de la sífilis, unidas a esa enfermedad crónica que le torturaba desde niño y le impedía superar el metro y medio de estatura, provocaban que sus rutinas fuesen insostenibles.

Haciendo gala de un atrevimiento y una desenvoltura notables, el pequeño pintor se acercó hasta el rincón donde se hallaba la mujer, sin que Cálmese fuese capaz de adivinar sus intenciones.

No obstante el juego se abortó antes de tiempo, pues al poco de entablar conversación, la señora se levantó muy ofendida y seguidamente le soltó un bofetón tan poderoso que hizo que Toulouse perdiese el equilibrio y diese con sus huesos en el pavimento.

Afortunadamente no hubo que lamentar daños.

Cálmese, tratando de aguantar la risa, se levantó de inmediato para apaciguar los ánimos, tanto de la fémina como del resto de clientes, que a esas alturas bramaban enfurecidos contra el artista.

Recuperada la compostura, y ya de vuelta en la mesa, los hombres repararon en algo fuera de toda lógica —si es que algo relacionado con Henri de Toulouse-Lautrec pudiera calificarse de esa forma—. Semiculto en el interior del sombrero hongo, que el pintor acababa de recoger del suelo con objeto de sacudirle el polvo, se hallaba un sobre doblado por la mitad.

Más de una vez, Berthe le había introducido cosas en los bolsillos de los pantalones y de los abrigos, e incluso en el interior de las chaquetas —con la intención de que no las olvidase—, pero jamás había utilizado ese recurso.

«Menuda bruja», pensó sonriendo.

El pliego en cuestión era una invitación formal para desplazarse hasta Inglaterra y asistir a una importante reunión.

Ansioso por salir de allí cuanto antes y preparar el viaje, Henri olvidó pagar la botella de champán, provocando que los dueños avisasen de inmediato a la gendarmería.

Otro episodio que sumar a su larga lista de despropósitos.

XIII

*Abadía de Froidmont, Hermes
Junio de 1899*

AUNQUE ERA UN CONSUMADO VIAJERO, HUNTINGTON no había tenido la oportunidad de utilizar una línea ferroviaria que atravesase un conjunto forestal de la magnitud y belleza de aquel en que se hallaba inmerso. La Rochy-Condé Soissons, puesta en marcha por la Compañía del Norte treinta años atrás, no solo le permitió llegar cómodamente a las lindes de Hez-Froidmont sino también disfrutar de una espléndida panorámica del departamento de Oise, un remanso de paz a apenas sesenta kilómetros de París. Por eso, y pese a ir casi todo el trayecto con la cabeza apoyada en la ventanilla —completamente inmerso en sus pensamientos—, no se pudo resistir a contemplar la espesura de las hayas y la fulgencia de los arroyos, que parecían custodiar desde antiguo los secretos de la región.

Una vez en la puerta del apeadero, el norteamericano se estiró las mangas del traje mientras observaba a un dispuesto carpintero cavando su nido en un árbol. Parecía mentira que esos pájaros fuesen capaces de realizar orificios de hasta cincuenta centímetros que serían reutilizados fuera de la temporada de cría por otras especies como el búho boreal.

Desde que *mademoiselle* Payot hubo puesto en sus manos aquella carpeta de cuero con las fotografías de la biblioteca emparedada, sus ansias por llegar a Hermes se habían multiplicado por mil.

Según le había explicado la mujer, su amigo Fabrice se la había dejado olvidada durante la última visita a su casa, por lo que no estaría de más que, aprovechando su viaje hasta la zona, hiciese lo posible por devolvérsela. Dicha eventualidad no solo le permitiría observar el inventario del hallazgo sino conocer en persona a uno de los primeros testigos del acontecimiento.

Por tanto, su primera misión consistía en localizar la vivienda siguiendo las pautas que Pierre y Henry Payot le habían proporcionado aquella misma mañana. Pese a su ofrecimiento a acompañarle e incluso ejercer de guías de la zona, Huntington había preferido continuar solo, pues algo en su interior le decía que era la opción más adecuada. De hecho, durante el viaje sintió la necesidad de cambiar el programa. Una visita temprana e inesperada tal vez pudiese importunar al fotógrafo.

De camino a la abadía, pudo dialogar con el cochero acerca del horrible temporal que había azotado la zona, ocasionado varios derrumbes en edificios y construcciones antiguas, entre las que se incluía parte del granero de Froidmont.

—No sabría explicarle lo que sentimos, señor. Parecía como si Dios hubiese decidido castigarnos por nuestros pecados. —El hombre, cuyo rostro llamaba poderosamente la atención al estar picado de viruelas, se persignó al acabar su frase.

—¿Sufrieron algún percance usted y su familia? —preguntó el forastero con interés.

—Nosotros, afortunadamente, no tuvimos que lamentar daño alguno; pero mi vecina, en cambio, tuvo la mala suerte de ser alcanzada por una viga que se desprendió del techo. Aunque pudo sobrevivir, todavía guarda reposo en la cama, y créame si le digo que fue un auténtico milagro que se salvara.

—Por lo que he oído, en la abadía también cedió un tabique. ¿Ha tenido usted ocasión de ver lo que encontraron? —Huntington pensó que toda información sobre el asunto podía resultar valiosa.

—Si se refiere a los libros que estaban ocultos, la respuesta es no. Apenas sé leer ni escribir. ¿Qué podría hacer alguien como yo entre esos viejos papeles?

—Comprendo.

—Aunque le confieso que no es el primero que lo pregunta —añadió el cochero al tiempo que detenía la carretela junto al conjunto monástico.

Fundada inicialmente bajo el título de Notre-Dame de Trye —en clara alusión al río que discurría a sus pies— y consagrada por el obispo de Beauvais en 1136, a mediados del siglo XII la abadía de Hermes empezó a ser conocida como Froidmont, nombre que recibía la antigua ermita ubicada allí.

El 5 de mayo de 1791 la comunidad cisterciense asistió desolada al inventario revolucionario de sus bienes, entre los que se incluían una biblioteca compuesta por 950 libros y 20 manuscritos, así como retablos y otros bienes eclesiásticos. Cuatro meses antes, los últimos diez religiosos que quedaban entre sus muros —en la Edad Media llegaría a albergar hasta 150— habían sido obligados a marcharse. Esa era probablemente la razón por la que la colección oculta en el granero había sobrevivido al paso del tiempo.

Siguiendo las indicaciones del chófer, Huntington se dirigió al interior de la casa solariega que, desde 1870, se alzaba junto a las ruinas monásticas, aprovechando parte del desaparecido palacio abacial. Su intención era presentarse ante los responsables como un enviado especial de la Universidad de Yale que pretendía realizar un informe pormenorizado del hallazgo.

Con eso debía bastar.

Aunque si los propietarios se mostraban reacios siempre podía compensarlos con una generosa propina destinada a sufragar parte de los gastos de la obra.

Por suerte no fue necesario recurrir al dinero, ya que el matrimonio que regentaba el edificio fue tan amable que incluso lo invitaron a tomarse una copita de *pastis*, un anís de origen occitano con el que pudo calentarse antes de iniciar la visita.

Huntington tuvo oportunidad de conversar largamente con ellos acerca de las condiciones en que se encontraba el edificio antes de su primera rehabilitación, y por supuesto recabar información acerca del derrumbe que había propiciado el descubrimiento. Después de guiarle sin

recato por la totalidad del recinto, la pareja lo acompañó al interior del granero donde se había precipitado el tabique. Lógicamente, los libros ya no se hallaban en ese lugar, por lo que tras echar un rápido vistazo y aspirar su aroma añejo, los tres desembocaron en la habitación reservada a custodiar el tesoro.

Sorprendidos por las credenciales del norteamericano, así como por sus exquisitas formas, los dueños de la casa le permitieron quedarse a solas con los ejemplares durante un largo rato. Algo que este les reconoció sobremanera, prometiendo que sus nombres aparecerían en mayúscula en todos aquellos artículos que redactase sobre el tema a su vuelta a los Estados Unidos.

Al finalizar la inspección —el estudioso no dejó de hacer anotaciones en su libreta—, volvió a reunirse con el matrimonio en el salón principal para agradecerles su tiempo y, de paso, hacerles unas últimas preguntas antes de su marcha definitiva.

—Soy consciente de que hay alguien más interesado en estos libros. ¿Me equivoco?

Antes que la mujer despegase los labios el marido dio un paso al frente y le contestó con sinceridad:

—No quiero mentirle, señor. Al día siguiente del derrumbe, y mientras los albañiles aún retiraban los escombros, yo mismo llamé a Fabrice para informarle de lo que habíamos encontrado. Es un hombre discreto y culto, por lo que se me ocurrió que, además de aconsejarnos sobre los próximos pasos que debíamos dar, tal vez podría fotografiar los libros para una posible tasación y... quién sabe...

Huntington apretó la carpeta de cuero sin intención de revelar por el momento su contenido.

—Lo que pretendo decirle es que nuestra situación económica no es precisamente boyante... No sé si me entiende...

—Por supuesto que le entiendo. En esta vida todo tiene un precio. Llegado el caso, yo mismo estaría dispuesto a hacerles una oferta.

—¿De veras? —La mujer abrió los ojos con interés desorbitado—. Teniendo en cuenta quién es usted y de dónde viene, estaríamos encantados de escucharle. ¿Verdad, Jérémy? —Y seguidamente miró a su marido buscando su aprobación.

—¡Cómo no! —exclamó el hombre, con un aire de satisfacción que no pasó desapercibido para el extranjero.

—Pero antes me gustaría hablar con su vecino, el fotógrafo. Querría conocer su opinión.

—¡Por supuesto! Yo mismo le acompañaré hasta la puerta de su casa...

—No se moleste.

—Le aseguro que no es ninguna molestia, señor...

—Se lo agradezco, aunque me bastaría con que me indicase el camino —insistió Huntington de un modo tan rotundo que la mujer de Jérémy se vio arrancada de cuajo de su dulce ensoñación.

—Como desee, *monsieur* Huntington. Acompañeme hasta la salida y le indicaré cómo llegar.

Un rato después, el norteamericano se encontraba frente a la casa del fotógrafo con el firme deseo de interrogarlo. Gracias a las imágenes realizadas por este y custodiadas por Pauline, había logrado detectar una llamativa irregularidad entre la jugosa colección de ejemplares de Froidmont.

«Si no me equivoco, ese tal Fabrice pretende hacer negocio a espaldas de los propietarios, cuyo trato con los libros es más exiguo que mis conocimientos de repostería. ¿Por qué si no falta un ejemplar?», se dijo a sí mismo.

Pero por desgracia su deseo de verse cara a cara con él jamás tendría lugar.

Instantes después de llamar a su puerta, una señora de edad avanzada se le acercó con el rostro desencajado y, tras negar con la cabeza repetidas veces, le comunicó la fatal noticia.

Esa misma mañana, el cuerpo de Fabrice había sido encontrado en una de las márgenes del río Trye.

XIV

*Castillo Blackborne, Dorset
Febrero de 1899*

LA SALA DONDE TENDRÍA LUGAR LA REUNIÓN ERA LARGA y estaba orientada hacia el sur. Poseía dos puertas ventanas que daban al jardín, cuyo tapete verde contrastaba con el gris de los sillares de piedra que componían los muros exteriores. El techo alto estaba decorado con molduras de yeso, y de él pendían unas arañas de cristal que en la semana previa habían sido repasadas a conciencia por la servidumbre.

Cuando todos los invitados se hubieron acomodado en torno a la gran mesa de roble, incluido el reverendo Fold, lord Hampton tomó la iniciativa:

—Caballeros, en primer lugar, deseo transmitirles nuestro agradecimiento más sincero por haber aceptado esta invitación. Para Jane y para mí es un enorme placer contar con la presencia de tan honorables huéspedes.

El barón hizo una pausa, carraspeó levemente y prosiguió su discurso.

—Una vez dicho esto pasaré a explicarles el motivo de esta convocatoria. Como bien saben, mi madre, la baronesa Hampton, nos dejó hace unas semanas, a poco de cumplir los setenta y cinco años. No creo que a estas alturas sea necesario evocar su figura, puesto que ustedes tuvieron la suerte de conocerla. En cambio, sí me complacería resaltar una particularidad de su carácter que, aunque pudiera resultar poco apropiada en una mujer de su clase, yo siempre consideré una virtud. Me estoy refiriendo a su inquietud.

Al pronunciar esta palabra, los presentes prestaron aún más atención.

—Inquietud por aprender, por descubrir nuevos lugares y conocer a todo tipo de personas. Inquietud por avanzar, pero no con pasitos cortos, sino a grandes zancadas. Inquietud por brillar con luz propia y trascender a su apellido, a sus títulos y posesiones. En suma, inquietud por atrapar todo aquello que nos ofrece la vida y que muchas veces no sabemos reconocer aún teniéndolo delante.

Antes de continuar, lord Hampton miró de soslayo a su esposa, que lo escuchaba en silencio, parpadeó repetidas veces y apoyó las manos sobre la mesa, con objeto de recobrar la fortaleza. Aquellas últimas palabras, pronunciadas con enorme énfasis, le habían humedecido los ojos.

—Gracias a esa inquietud —dijo en un tono más suave—, y por supuesto a su gran carisma y

generosidad, están ustedes hoy aquí.

Seguidamente, el barón les comunicó la ansiada noticia.

Aquella convocatoria obedecía únicamente a los deseos de *lady* Hampton, quien, siendo fiel a su estilo, pretendía ingresar en el otro mundo dejando una huella imborrable en este. Y qué mejor manera de trascender que haciendo partícipes de su legado a un grupo de auténticos genios.

—Disculpe mi osadía, pero no termino de comprenderlo. —Arthur Conan Doyle rompió su mutismo para dirigirse al anfitrión—. ¿Nos está diciendo que la baronesa nos ha incluido en su testamento? ¿A todos nosotros? —El resto de invitados tampoco daba crédito a lo que acababan de oír—. ¿Cómo es posible? Y, sobre todo, ¿por qué?

Lord Hampton esbozó una sonrisa que, aunque a la mayoría les resultó contradictoria, no hizo sino reafirmar su discurso.

—Buena pregunta, señor Doyle —dijo mirándolo a los ojos—. Aunque, si me lo permite, preferiría no responderle ahora mismo. Antes quisiera ceder la palabra al reverendo Fold, que, como ya les indiqué en el capítulo de presentaciones, además de consejero espiritual es un gran amigo de la familia.

Stephen Fold extrajo el contenido del sobre que unos días antes había mostrado al barón y se dispuso a leerlo en voz alta.

Todos los presentes lo escucharon con atención.

Jane, por su parte, se mantuvo completamente serena. Desde que su marido le comunicase la existencia del ológrafo, su reacción había sido de lo más natural, llegando a mostrarse incluso más comprensiva que él. Al fin y al cabo, su suegra había sido siempre una persona fuera de lo común.

Aun siendo mucho más joven que el barón y procedente de un mundo completamente distinto al suyo, no eran pocos los allegados al círculo familiar que admiraban su inteligencia y buen tacto, especialmente en momentos tan delicados como aquel.

Consciente de que su esposo requería una especial atención, estiró el brazo cubierto de encaje y buscó su mano, descubriendo una temperatura corporal tan fría como el ambiente que reinaba en la casa. Lord Hampton la recibió con agrado, recordando el día en que la condujo al altar para desposarla ante Dios. Ese mismo roce cálido, como una lengua de fuego que enardeciese la piel, le obligó a cerrar los ojos.

Aquella había sido la única vez en que su voluntad se había impuesto a la de su madre, y, con ello, a la de todos los demás.

Concluida la lectura, el reverendo depositó el papel en la mesa y sin más se dirigió a todos con estas palabras:

—Antes de analizar el cómo y el porqué de los hechos, me gustaría aclararles una cosa. Independientemente de las motivaciones que *lady* Hampton pudiese tener a la hora de redactar este manuscrito, de los juicios de valor que podamos hacer sobre sus últimas voluntades y de la nada desdeñable cifra que se baraja, en el mismo instante en que este documento llegó a mis manos hice la firme promesa de velar por su cumplimiento. Así se lo comuniqué a lord Hampton y poco después él hizo lo propio con su esposa. De este modo, aquí y ahora, les hago partícipes al resto.

Fold inspiró profundamente, entrelazó las manos y remató su exposición.

—Siendo consciente de lo insólito que resulta todo este asunto, me veo en la obligación de recordarles que las leyes que rigen en Inglaterra consideran válido todo testamento firmado

autógrafamente por su testador en presencia de dos testigos, quienes a su vez también deben firmarlo.

Instintivamente lord Hampton, que se hallaba próximo al religioso, volvió los ojos hacia el texto.

—Dichas firmas pertenecen a Walter Hastings, vicario de St. Peter & St. Paul de Kingsbury, y al pastor asistente Alan Sherrill. Ambos se ocuparon de cubrir mi vacante en St. Aldhelm durante el tiempo que estuve enfermo.

Finalizada la intervención, Gustave Eiffel tomó la palabra:

—Milord, *milady*. El día que tuve la suerte de conocer a la baronesa Hampton comprendí que esta época comenzaba a extinguirse para dar paso a una nueva. Con todos mis respetos, jamás pensé que una noble dama nacida en Inglaterra pudiese ser menos británica. No solo disfrutaba con las costumbres francesas sin ningún tipo de prejuicio, sino que se lamentaba por el hecho de no poder mimetizarse más con nuestras gentes a causa de su posición.

—Me resulta curioso escuchar esto —intervino Sigmund Freud—, pues al presentarse en mi consulta yo experimenté algo similar.

—Quizás por esa razón se interesó tanto por nuestros avances —prosiguió Eiffel, y a continuación volvió a dirigirse al matrimonio—. Tendrían que haberla visto pasear por el Campo de Marte embelesada con mis explicaciones...

—¿Y qué me dicen del entusiasmo que mostró por mis cuadros? Después de mi fallida exposición en Londres creo que fue el único ser nacido en esta isla que se atrevió a adquirir uno. —Henri de Toulouse-Lautrec se reclinó en su asiento orgulloso.

Animados por los testimonios de sus compañeros, Giacomo Puccini hizo un breve repaso de su entrevista con *lady* Hampton a propósito del estreno de su *Manon Lescaut* en la Ópera de San Petersburgo, y Conan Doyle destacó su extraordinaria empatía tras la publicación de *El problema final* en 1893.

—Cuando todo el mundo me echaba en cara la muerte de Sherlock Holmes, ella fue de las pocas personas que se interesó por mis nuevos proyectos.

Todos, asimismo, coincidieron en alabar a la difunta mujer por su gran generosidad. En ese sentido, Blackborne atesoraba una muestra del talento de cada uno de ellos. Desde unos apuntes de Eiffel a una primera edición del relato sobrenatural *El parásito*, publicado por Doyle en 1894.

—¿Me entienden ahora? —Edward Hampton interrumpió el debate—. La mayor motivación de mi madre al nombrarles herederos no solo consistía en permitirles gozar de sus bienes, sino en que sus apellidos fuesen aparejados al de esta familia.

—Explíquese mejor, se lo ruego. —Toulouse se incorporó en la silla, como un niño pequeño que ansía degustar su plato.

—Ahí pretendía llegar —esta vez tomó la palabra Stephen Fold—. Antes les hice partícipes del contenido de la hoja manuscrita a través de mi lectura en voz alta. Sin embargo, no les revelé que, además de ese texto, *milady* redactó una segunda página.

Lord Hampton dio un brinco, reclamando una explicación por parte de su amigo. Este no tardó en concedérsela.

—Antes de continuar quisiera mostrarle públicamente mis disculpas a nuestro anfitrión por ese desliz. —El reverendo mudó el rostro—. Solo Dios sabe las nobles razones que me han movido a ello.

Tras una larga pausa, en la que su esposa volvió a estrecharle la mano, el noble asintió con la cabeza, dándole a entender que lo perdonaba. Ante ese gesto, Fold continuó con su intervención de un modo más sosegado.

—En esta segunda parte del ológrafo, *lady* Hampton explica que solo uno de los cinco invitados compartirá parte de la herencia del barón, debiendo ceñirse a las condiciones que aquí se refieren.

—¿Y puede decirnos qué condiciones son esas? —exclamó Puccini con impaciencia.

Entonces el reverendo Fold se puso en pie y, sin dar más rodeos, reveló a todos el secreto.

Como si de un fantasma *dickensiano* se tratase, *lady* Hampton parecía regresar de su tumba para ajustar cuentas con su hijo.

No pretendía exigirle nada, sino más bien todo lo contrario.

A punto de culminar su existencia, un sentimiento de culpa afloraba en su corazón. Su pequeño Edward había sido, muy a su pesar, víctima de sus ansias por devorar la vida.

La temprana viudez la había impulsado a escuchar los cantos de sirena que la requerían lejos de casa. Y ella, sin detenerse ni por un momento a reflexionar, había probado la fruta del árbol prohibido, abandonando el edén familiar para desembocar en un destierro voluntario repleto de placeres mundanos.

No obstante, en su compleja paradoja, la baronesa no se arrepentía en absoluto de sus noches de fiesta, de sus periplos por Europa o de sus *affaires* con la flor y la nata de la sociedad victoriana.

Llegados a ese punto y con el abismo bajo sus pies, Ethel solo lamentaba una cosa: no haber hecho partícipe de aquellas experiencias a su hijo.

Pero eso, por fortuna, aún podía remediarse.

SEGUNDA PARTE

«Nadie es inútil en este mundo mientras pueda aliviar un poco la carga a sus semejantes».

CHARLES DICKENS

«El destino no reina sin la complicidad secreta del instinto y de la voluntad».

GIOVANNI PAPINI

«Cuando llega el tiempo en que se podría, ha pasado el tiempo en que se pudo».

MARIE VON EBNER-ESCHENBACH

XV

*Hotel du Palais, Biarritz
Agosto de 1899*

LA ANTAÑO VILLA EUGÉNIE ESTABA SITUADA EN LA PUNTA NORTE de la Grande Plage, una de las zonas costeras más hermosas de Aquitania. Su construcción había supuesto una verdadera revolución en el pequeño pueblo de pescadores que fascinase una década atrás al célebre Víctor Hugo. De este modo, el que fuera un simple reducto ballenero impulsado en la Edad Media, a finales del siglo XIX tenía el privilegio de recibir a lo más granado de la sociedad europea.

Y todo ello merced a una historia de amor.

En un alarde de originalidad, Napoleón III decidió levantar un palacio dedicado a Eugenia de Montijo, con quien había contraído matrimonio en 1853, en el mismo lugar donde la española había jugado y fantaseado siendo una niña.

Diseñada por el ingeniero Hippolyte Durand en estilo Segundo Imperio, Villa Eugénie pronto se convirtió en residencia de verano de la pareja, atrayendo a su vez a aristócratas, intelectuales y artistas, que pronto se sintieron cautivados por la tibia caricia del sol biarrota.

Pese a la caída de la dinastía en 1870, Biarritz supo mantener su estela de éxito, dando lugar a un encendido debate parlamentario sobre el futuro del inmueble.

Finalmente, una Eugenia ya viuda vendió la finca a la Banque de l'Union Parisienne y la villa pasó a convertirse en un casino y, más tarde, en un hotel de lujo.

Aquella mañana de verano, las mismas paredes que habían albergado a huéspedes tan notables como la reina Victoria de Inglaterra, Isabel II de España o Leopoldo II de Bélgica, estaban siendo testigos de un suceso trágico e inesperado.

—¿Qué propone usted que hagamos con el cadáver? —inquirió Gustave Eiffel a Arthur Conan Doyle, quien a falta de otra alternativa había tomado las riendas de la situación.

—Por lo pronto, creo que deberíamos colocarlo en un lugar más digno.

Indefectiblemente, todos los presentes miraron al suelo y asintieron unánimes.

—No debe pesar mucho —intervino Puccini—. Tal vez podamos levantarla entre dos o tres.

Sigmund Freud se mostró dispuesto a colaborar, pero el italiano se lo impidió con educación. Mientras él sujetaba la cabeza de la difunta, Doyle la agarró por el tronco; Eiffel y lord Hampton hicieron lo propio con sus pies.

Toulouse-Lautrec observaba la escena superado por los nervios. Dadas sus limitaciones físicas, ni siquiera se planteó participar en el traslado del cuerpo.

Doyle propuso conducirla hasta el capitoné donde él mismo había abierto los ojos minutos antes. Este se hallaba situado junto a una pared de la que pendía un cuadro de notables proporciones, en el que se representaba una escena mitológica. En él tres bellas diosas danzaban en torno a un gran árbol siguiendo el modelo de las *Tres Gracias*, y, por tanto, creando un curioso contraste con la nueva inquilina del canapé.

—No cabe duda de que estamos ante un episodio extraño. ¿Quién podría tener motivos para asesinar a una vulgar prostituta? Que yo sepa, Jack el Destripador desapareció de escena hace más de diez años. —Lord Hampton se acercó hasta el lugar que ocupaba Puccini, quien se hallaba inspeccionando las uñas en busca de pruebas.

—¿La conocía usted en persona, señor Lautrec? —preguntó Gustave Eiffel a su compatriota.

—No sabría responderle con exactitud. Yo únicamente me puse en contacto con Gabrielle, una vieja amiga de Montmartre. Ella se encargó de buscar al resto de las chicas y organizar el traslado hasta aquí. Terminada la fiesta, se marcharon todas juntas —Henri trató de recordar el último momento en que se hallaba sobrio—. Bueno... todas no, evidentemente.

—¿Está seguro de que no la había visto antes? —Freud se mostró más incisivo que el ingeniero—. Fíjese bien en el cuerpo. Tal vez descubra algún detalle que le permita recordar...

—¡Pero es que no ve que está disfrazada! —respondió el artista, algo contrariado—. Con esa gruesa capa de pintura y esa dichosa máscara es imposible distinguir a nadie.

—¿Qué sugiere entonces que hagamos? —exclamó Puccini.

—Sin duda buscar a Gabrielle. Ella es quien mejor conoce a las chicas. ¡Ya estamos perdiendo tiempo! —Henri se dispuso a abandonar la estancia.

—¿Está usted loco? —Doyle se interpuso de repente, cortándole el paso—. ¡Cómo diablos se le ocurre! Bajo ningún concepto debemos abandonar este salón. No hasta que lo hayamos meditado. Además, lo más seguro es que esas mujeres hayan tomado el primer tranvía de la mañana y ya estén camino de París.

—Estoy de acuerdo, señor Doyle —medió Freud—. Hemos de tomar todas las precauciones posibles. Lo primero es decidir si damos parte directamente a los gendarmes o, por el contrario, informamos al director del hotel.

—Ni una cosa ni la otra —injurió Eiffel.

—¿Cómo? —se sorprendió el austríaco.

—¡Fíjense! ¡Es lord Hampton! —chilló el ingeniero señalando al británico, que acababa de precipitarse en el suelo.

Rápidamente todos corrieron a auxiliarlo.

El noble se encontraba semiconsciente, aunque le costaba mucho respirar. La mano derecha en el pecho apuntaba a un infarto.

Mientras Eiffel trataba de incorporarlo, Freud se lanzó a desabotonarle el chaleco y aflojarle el cuello de la camisa. Por su parte, Doyle se afanaba en tomarle el pulso.

—¡Respire, milord, respire!

Por unanimidad y pese al discurso anterior, sus compañeros decidieron trasladarlo hasta su habitación. De ese modo los médicos podrían tumbarlo en la cama y atenderlo debidamente. Doyle y Eiffel apoyaron los brazos en sus hombros, mientras que Freud y Toulouse se ocuparon de las piernas.

Giacomo Puccini propuso permanecer en el salón, vigilando. Si alguien entraba y descubría el cadáver todo se complicaría en extremo.

Nadie se opuso.

No les resultó fácil acceder al pasillo donde se hallaban las habitaciones sin levantar sospechas. Siendo consciente de su escasa fuerza, Henri optó por despejarles el camino. Afortunadamente, a esas horas de la mañana muchos clientes aún continuaban durmiendo. Únicamente tuvo que distraer a una camarera que pretendía acceder a una habitación cercana portando un carro con varios desayunos.

El pintor aspiró el aroma de los cruasanes con mantequilla y el café recién hecho y se le hizo la boca agua. Una vez que la empleada se hubo alejado, apoyó ligeramente la espalda sobre la madera que revestía las paredes y se insufló ánimos, con objeto de continuar entero.

Sigmund Freud, por su parte, tenía claro que tarde o temprano deberían buscar ayuda. Si Edward Hampton fallecía, el asunto les estallaría en las manos. Ya no solo estarían implicados en el asesinato de una prostituta sino que la opinión pública los relacionaría con la muerte del barón, fuese cual fuese la conexión entre ambos.

«Maldito seas, Wilhem Fliess —se dijo recordando a su amigo berlinés—. ¡Quién te mandaría subirme a ese tren...!».

Mientras tanto, en el salón, Giacomo no sabía cómo aplacar los nervios. Deambulaba de un lado para otro con la cabeza gacha, tratando de buscar una explicación a todo aquel sinsentido.

En un momento determinado se topó con el piano que la noche anterior había tenido ocasión de tocar. Un maravilloso ejemplar de Érard fabricado en la segunda década del siglo.

Desesperado e impotente, cedió a la tentación de sentarse en la banqueta y acariciar suavemente las teclas. No conocía mejor terapia para sosegar su espíritu que refugiarse en la música.

Antes de emitir una nota, el italiano descubrió una extraña partitura situada en el mismo lugar donde, horas antes, reposaban las composiciones de Théodore Botrel, sin duda el autor favorito de Félix Mayol —el artista de variedades que les había amenizado la velada—.

Giacomo deslizó sus dedos por el refinado marfil y comenzó a interpretar la partitura desconocida.

Primero lo hizo despacio, tratando de asimilar cada una de las notas.

Estas retumbaban en la inmensidad del salón, como queriendo advertirle de su temeridad.

Poco a poco fue ganando ritmo, sintiendo cómo la melodía lo transportaba a un escenario bien distinto, sin obstáculos entre la grandeza de la música y sus ansias por devorarla.

Justo cuando estaba a punto de concluir, una sombra imperceptible se situó detrás de él, tratando de no interferir en su profundo arrebató, casi místico.

Adecuando su respiración a la del músico, esperó a que este relajase las manos y las dejase inmóviles sobre el piano.

Y antes de que pudiese descubrir sus intenciones, levantó un objeto en alto y lo precipitó con fuerza sobre su cabeza.

XVI

*Museo de las Artes y la Industria, Viena
Julio de 1899*

A INICIOS DEL MES DE JULIO, LA CAPITAL DEL IMPERIO austrohúngaro relucía como el metal recién bruñido a la espera de que los visitantes conquistasen sus calles y avenidas. Una de ellas, la célebre Ringstrasse, apenas contaba con cuatro décadas de vida, pero desde que el emperador Francisco José la alumbrara tras demoler la vieja muralla, se había convertido en un fiel reflejo del progreso social y cultural de la ciudad.

Pese a sus reticencias iniciales, Sigmund Freud se había ofrecido a inaugurar el calendario de «experiencias extraordinarias», con la única condición de que estas se llevasen a cabo en el período estival. Tras la reunión mantenida en Blackborne en la que el reverendo Fold dio lectura al testamento, todos los asistentes habían acordado unánimemente cumplir con los términos.

Si bien la propuesta de *lady* Hampton podía considerarse absolutamente excéntrica, el respeto debido a su memoria pesó más que los prejuicios de cada uno.

Leonard Bags, secretario personal de la baronesa hasta la fecha de su muerte, y más tarde de su principal heredero, se había comprometido a velar por el buen cumplimiento del proceso, de ahí que se incorporase a la expedición a finales del mes de junio. Este consistía ni más ni menos que en realizar una serie de acciones que permitiesen a lord Hampton —y por ende a ellos mismos— vivir al límite como nunca antes lo habían hecho.

Al respecto de estas iniciativas no existían restricciones de ningún tipo, pues, al ser sus protagonistas hombres reputados, cada uno sería responsable de sus actos.

Aquel que fuese capaz de sorprender al barón de un modo incontestable lograría, además del conjunto de piezas adquiridas a cada uno de ellos por parte de la dama fallecida, la décima parte de su fortuna total. Esta ascendía a doscientas mil libras a la fecha de su muerte, una cifra más que considerable.

—Caballeros, tengo el gusto de presentarles al profesor Josef von Karabacek, uno de los más reputados académicos de la Universidad de Viena.

Tras estrecharle la mano con efusividad, Freud se hizo a un lado, con objeto de que sus

compañeros lo saludasen debidamente.

—Hoy tendremos la suerte de adentrarnos en uno de los museos más interesantes de Europa, merced a su gentileza.

—Es un placer recibirles —intervino el profesor, cuyo rostro afable lucía de un modo excepcional a las puertas del edificio neorrenacentista—. Todos los días no se tiene la oportunidad de contar con la presencia de tan ilustres invitados. Les ruego que me acompañen al interior.

El primitivo Österreichisches Museum había visto la luz en 1863 fruto de los anhelos del archiduque Rainer, tío de Francisco José I, quien deseaba contar con un edificio semejante al Museo de South Kensington, en Londres. No obstante, a finales de la década de los sesenta se vieron limitados por el espacio, de ahí que en 1871 inaugurasen el nuevo inmueble, diseñado por Heinrich von Ferstel en la zona conocida como Stubenring.

Nada más arribar a sus puertas, Toulouse-Lautrec se vio embargado por un sentimiento de sorpresa. Parecía mentira que en apenas tres años alguien hubiese sido capaz de levantar aquella mole.

«No cabe duda del poderío de esta gente», pensó para sí.

Tanto él como Eiffel no perdieron detalle de su imponente fachada, donde la sillería de piedra se combinaba con el ladrillo rojo de un modo elegante, componiendo una estampa similar a la de las viejas mansiones del *Quattrocento* italiano.

Para Giacomo Puccini, sin embargo, aquella visión se antojaba mediocre e insulsa. Acostumbrado como estaba a contemplar auténticas joyas en su país de origen, aquel edificio resultaba, en su opinión, una vulgar copia del estilo creado cuatro siglos antes a orillas del Mediterráneo.

Mientras tanto, Arthur Conan Doyle dialogaba en voz baja con su colega británico:

—¿Qué nos tendrá preparado el doctor Freud? ¿Una visita guiada? Dudo que su imaginación dé para más... ¿No le parece, milord?

—No le voy a negar que el carácter germano dista bastante del principal objetivo de esta expedición, pero aún es pronto para elucubrar. Concedámosle el beneficio de la duda, amigo Doyle.

Tras más de una hora recorriendo las amplias galerías del edificio en las que se exponían piezas de indudable valor —que a varios de los integrantes del grupo les pareció un aburrimiento—, Karabacek se despidió de ellos a las mismas puertas del sótano.

—Espero que mis explicaciones nos les hayan resultado demasiado tediosas. Siéndoles sincero, la verdadera visita comienza a partir de ahora. Como reza el viejo proverbio persa: «La paciencia es un árbol de raíz amarga, pero de frutos muy dulces». Disfruten, pues, del postre...

Todas las miradas buscaron de inmediato el rostro de Freud, quien esbozó una sonrisa de satisfacción poco usual en él.

—Muchas gracias por su amabilidad, profesor —declaró el facultativo tomando el testigo.

Poco antes de franquearles la entrada, Freud cogió una lámpara de gas de una de las repisas próximas al portalón y la encendió con notable suficiencia.

Toulouse miró de reojo a Puccini, quien se atusaba el bigote en un claro gesto de impaciencia.

El pequeño francés no le temía a la oscuridad, pero la visión de la empinada escalera —que descendía a una suerte de abismo— le puso los pelos de punta. En otras circunstancias no hubiese dudado en probar un trago de licor para aliviar la tensión.

Doyle, por su parte, palpó las paredes con sus grandes manos antes de iniciar el descenso.

—¿Es que no piensa decirnos qué demonios nos aguarda ahí abajo? —terció Eiffel, algo malhumorado.

—De ningún modo —respondió Freud, cortante.

—Sabia estrategia —intervino lord Hampton, quien comenzaba a tomarse el asunto en serio—. Anótelos todo, señor Bags. Cada uno de los detalles cuenta a la hora de evaluar estas experiencias —le espetó a su secretario antes de sortear los primeros peldaños. Este cerraba la expedición portando en su mano izquierda una segunda lámpara que Freud le había encomendado.

Superado el primer tramo de escaleras, los hombres accedieron a un rellano. Pese a la juventud del edificio, la humedad del sótano ya había hecho mella en él, y raro era el lienzo de pared que no presentaba una capa de moho.

Próximos a culminar el descenso por la segunda y definitiva escalera, la cual presentaba un leve giro a la derecha, Doyle y Toulouse distinguieron por fin una luz al final del túnel.

—Comienza el espectáculo, caballeros —fue lo único que se le ocurrió decir a Freud, que no cabía en sí de gozo al contemplar la inquietud del grupo.

Una mesa rodeada de numerosas velas encendidas les aguardaba en el piso inferior. Tras ella se erguía la figura de un hombre vestido de oscuro, cuya frente despejada y lengua barba enmarcaban unos minúsculos ojos, de trazo agudo y penetrante.

—Acérquense un poco más, se lo ruego. —El grave acento del personaje delataba su origen alemán.

Los seis hombres imitaron el movimiento de Freud y se situaron en torno a la estructura de madera, la cual sujetaba un bulto alargado cubierto por un paño negro.

—Mi nombre es Otto Theodor Graff, y soy un humilde comerciante de alfombras.

Tras pronunciar la frase, el alemán relajó los músculos, logrando que los espectadores se sintiesen algo más cómodos.

—¿Y para eso nos han hecho venir hasta Viena? ¿Para ofrecemos un felpudo? —exclamó Puccini contrariado, señalando al doctor—. Conozco a un tipo de Túnez que me los deja a precio de saldo. ¡Esto es ridículo!

—¡Cierre la boca! —le reprochó el austríaco con gesto amenazador.

—Disculpen mi torpeza —se excusó el anfitrión—. Es cierto que me dedico al negocio textil, pero también soy anticuario y coleccionista. Precisamente es mi segunda faceta la que hoy nos ocupa.

—*Molto bene!* —Aplaudió Puccini, volviendo a hacer uso del sarcasmo y provocando las miradas inquisidoras de sus compañeros.

—En efecto, el señor Graff es un destacado experto en antigüedades —añadió Freud, tratando de templar al italiano—. Yo mismo poseo unas excelentes piezas importadas desde su almacén de El Cairo. ¿Acaso no les he dicho que me apasiona el mundo antiguo?

—Doy fe de ello —exclamó el alemán, asintiendo con la cabeza.

—Ambos compartimos esa curiosa afición. —Lord Hampton comenzó a interesarse cada vez más—. Prosiga con su intervención, señor Graff. Se lo ruego.

—Muy bien. Se preguntarán por el motivo de su estancia aquí. Es muy sencillo. Merced a la petición realizada por mi amigo, voy a mostrarles algo que no olvidarán mientras vivan. —Graff inclinó la cabeza en dirección a la mesa—. Presten atención, pues dudo que tengan una oportunidad mejor para contemplar el verdadero rostro de la muerte.

En ese momento, las manos del anticuario se posaron sobre el paño oscuro y, tras realizar un rápido movimiento, dejaron al descubierto el perfil de una momia.

—¡Dios Santo! —exclamó Doyle, dando un paso al frente.

—Pero ¿qué diablos...? —Eiffel y Puccini no daban crédito—. Si esto es una broma, les rogaría que le diesen término.

—¿De dónde ha sacado eso? —Lord Hampton comenzó a sentir cómo un sudor frío le recorría la espalda.

—¡Caballeros! ¡Caballeros! —terció el alemán, tratando de tranquilizar a la asamblea—. Aunque les parezca extraño, lo que ustedes ven aquí no es más que un ejemplar de los cientos con los que trabajo desde hace años.

—¿Cientos, ha dicho? —Toulouse, frágil como un niño, hubiese dado un brazo por una copa de coñac en esos momentos.

—Supongo que no habrán oído hablar del yacimiento de El Fayum, al sur del Nilo. ¿Me equivoco?

—No se equivoca, señor Gruff, o como se llame... —respondió Toulouse cada vez más nervioso.

—Tranquilos, es lo normal. —El anticuario esperó a que los hombres retomasen la compostura. Luego prosiguió con su discurso—. Desde hace veinte años venimos obteniendo piezas de esa excavación en Egipto, muchas de las cuales se exponen en numerosos museos de Europa y también de América. Esta momia, por ejemplo, pertenece al siglo primero antes de Cristo. ¿Se han fijado en el retrato que cubre su rostro?

—¿Usted qué cree? —dijo Eiffel de un modo sarcástico—. Lo único que me interesa es saber cuánto tiempo más permaneceremos aquí.

—Fíjense bien, se lo ruego.

En ese preciso instante, Graff levantó la tabla pintada que, a modo de máscara mortuoria, cubría la cabeza envuelta del cadáver.

—¿Ese era el rostro del difunto? —preguntó Leonard Bags, con fascinación.

—Exactamente.

El experto acercó una de las lámparas de gas a la pintura, con la intención de facilitar la contemplación de los detalles.

Se trataba de la imagen de una mujer joven, de cabello opaco y rostro armónico, cuyos ojos oscuros iban precedidos por unas cejas arqueadas sumamente bellas.

—¿Les gustaría verla en persona?

—¿Lo está diciendo en serio? —apuntó lord Hampton, delatando una curiosidad morbosa.

—Totalmente —respondió Graff—. De hecho, me complacería mucho que fuese usted quien me ayudase a desnudarla.

XVII

*Palacio de Miramar, San Sebastián
Agosto de 1899*

UN SOL ABRASADOR ILUMINABA LA BAHÍA DE LA CONCHA, obligando a los veraneantes a protegerse con cuantos medios disponían a su alcance. Mientras unos pocos tenían acceso a las casetas de baños y toldos, la mayoría recurría a sombrillas de mano y los siempre socorridos sombreros.

El turismo de verano, una moda que comenzaba a extenderse entre los europeos más allá de la aristocracia, tenía su punto de partida en los viajeros románticos ingleses, quienes llevaban décadas alabando las bondades de España. En ese sentido, la presencia de la monarquía en San Sebastián se remontaba a la época de Isabel II, quien acudiera por primera vez en 1854 aconsejada por sus médicos. Según estos, la enfermedad cutánea que padecía podría verse mitigada tomando baños de mar, preferiblemente en aguas frías —el cálido Mediterráneo se consideraba por entonces insalubre—.

Años después, y a resultas de su grata experiencia en tierras vascas, sus hijos siguieron su ejemplo, acudiendo cada verano sin falta a la cita con la Bella Easo.

A diferencia de la jornada anterior, y pese a los ruegos de Alfonso, la reina había decidido no acudir esa mañana a la playa. Aun disponiendo de un cómodo sistema para introducirse en el agua —la caseta real contaba con un artefacto a vapor que, situado sobre unos raíles, permitía desplazarse hasta el mar sin ser visto—, llegada la hora acostumbrada no se vio con ánimos. En su lugar prefirió sentarse en la terraza norte del palacio mientras sus hijos recibían lecciones de música.

Tras un rato de reflexión en que no dejó de abanicarse —aquella inesperada canícula le estaba incomodando más de la cuenta—, optó por releer una carta que había sido enviada desde Londres. Esta iba firmada por la reina Victoria de Gran Bretaña, y decía lo siguiente:

«El año que acabamos de pasar ha estado lleno de fortísimas pruebas para ti y tu país. Que a España le sea dado recuperarse en paz de los duros azares en este nuevo año y que tú tengas la alegría de ver evolucionar a tu hijo en buena disposición para su gran tarea».

Sin duda aquella mujer la comprendía como nadie.

Aún recordaba su visita a San Sebastián una década atrás, cuando Miramar no era más que un proyecto. Por entonces su familia se alojaba en un palacio de corte francés propiedad de la duquesa de Bailén, situado en el barrio de Ayete. Y hasta allí se desplazó la soberana británica con la única compañía de su hija Beatriz y el esposo de esta, el príncipe Enrique de Battenberg, amén de su servidumbre.

La vejez augusta de Victoria, su pequeño cuerpo enlutado y dominado por la grasa y su rostro deformado por las arrugas, no le restaba un ápice de gallardía, pero contrastaba, de una manera capital, con la esbeltez grácil de Crista, que por entonces se hallaba en su edad de plata.

Más allá de la interesante conversación en el interior del palacio —que poco después sería recogida en una edición de la *Ilustración Española y Americana*—, la regente extraía dos detalles. En primer lugar la devoción que Victoria profesaba por su sirviente indio, Munshi Abdul Karim, quien tras arribar al palacio de Buckingham con apenas veinticuatro años, se había convertido en su mano derecha. Y asimismo con la sinceridad con que se había dirigido a ella en todo momento. Víctima de una doble catarata en los ojos y un anquilosamiento de las articulaciones debido al reumatismo, la septuagenaria se negaba a recibir tratamiento y mucho menos a prescindir de sus viajes —entre ellos su visita anual al sur de Francia.

«No renuncies a nada», le había dicho entre susurros, mientras paseaban entre las plantas exóticas y los estanques sinuosos del palacio.

Una y otra vez, ella se había esforzado en adivinar el verdadero significado de aquellas palabras, pero siempre sin éxito.

Al cabo de un rato, que le parecieron horas, y aprovechando que sus hijos continuaban con la clase —el eco del piano se filtraba a través de las ventanas—, Crista decidió retornar al interior, con objeto de depositar la carta en la biblioteca y, de paso, escoger un libro con el que entretenerse.

La ciudad más bella de Moravia respondía al nombre de Olmütz y se decía que su fundador había sido el mismísimo Julio César. Ubicada en una llanura junto a la confluencia de dos ríos, llevaba siglos ejerciendo como centro administrativo de la región, siendo además la población más importante junto a la reputada Brünn. Pero si había algo por lo que destacaba era por su colección de pilas y surtidores, repartidos por el complejo entramado de sus barrios históricos y como colofón a sus plazas. De ahí que muchos la conociesen como «la ciudad de las fuentes».

Crista, cuyo interés por la historia era bien conocido en el seno de su familia, llevaba años insistiéndole a su madre en la necesidad de visitar aquel lugar. Sus múltiples lecturas sobre los Premislidas —primera dinastía de gobernantes de Bohemia— así como las referencias al reinado de Wenceslao durante el siglo XIII, ya eran motivo suficiente para querer pisar su suelo.

Pero había otra razón mucho más importante.

En la ciudad de Olmütz había residido Wolfgang Amadeus Mozart a finales de 1767, tras la decisión de sus padres de huir de Viena por un brote de viruela. Algo que, sin embargo, no evitó que el músico la contrajese y llegase a afectarle incluso a la visión.

Empero, Mozart no solo fue capaz de superarla a base de paciencia y entretenimiento —en esos meses aprendió trucos de cartas y recibió nociones de esgrima—, sino que finalizó una de las obras fundamentales de su primera etapa: la sinfonía número 6.

—Madre, no sabe cuánto le agradezco el viaje. —Crista se volvió hacia su progenitora y, sujetándole ambas manos, las besó con ternura.

—Lo sé bien, Crista. Y lo mejor es que yo estoy disfrutando tanto o más que tú. Especialmente al ver cómo este rostro, antes pálido y alicaído, se ha vuelto radiante desde que nos instalamos. Los últimos meses no han sido fáciles para ninguna de las dos. Que estemos hoy aquí, paseando y compartiendo momentos agradables, me demuestran que el tiempo termina por curarlo todo.

—Si Mozart fue capaz de vencer a la enfermedad con tan solo once años, nosotras iremos más allá...

—Dios te oiga, mi niña —sentenció la mujer, acariciando su mejilla con una leve sonrisa.

Esa tarde la archiduquesa le había pedido al cochero que se detuviese en la Dolni Namesti, la plaza más concurrida de Olmütz, tras un completo recorrido por el casco histórico. Ambas se alojaban en un cómodo palacete propiedad de unos amigos y, pese a los muchos ofrecimientos, Crista insistió en adentrarse en el corazón de la antigua capital morava sin ningún tipo de ayuda.

Ese año el invierno estaba siendo menos duro de lo acostumbrado, por lo que la nieve no había vuelto a aparecer desde su ulterior saludo a finales de febrero. Por el contrario, los días amanecían soleados, confiriéndole a la región una calidez impropia de esas fechas.

Antes de abandonar su casa, Isabel, que era bastante previsora, le insistió a su hija en la necesidad de elegir el vestuario con tiento, pues el mes de marzo podía depararles más de una sorpresa. Si bien el mercurio llegaba a alcanzar los doce o trece grados en las horas centrales del día, en cuanto el sol se ocultaba el panorama cambiaba radicalmente. De hecho, la primera noche no se registraron más de dos grados en el termómetro.

Y es que, más allá de los elaborados peinados con que solían salir a la calle, ambas ponían gran empeño en la elección de sus atuendos. Estos, exceptuando las grandes ocasiones, solían ser sencillos pero con un mecanismo interno mucho más complejo de lo que se podía imaginar a simple vista.

Dentro de la amplia gama de vestidos que la archiduquesa y su hija se llevaron de viaje — pese a que la estancia constaba únicamente de tres noches, el repertorio era más que considerable —, no faltaron en sus baúles los dos componentes fundamentales de la moda del momento: el corsé y el polisón.

Isabel, además, procuró que las sirvientas las proveyesen de gruesas camisolas, con objeto de protegerse del frío en caso de necesidad. La cercanía de la primavera imponía un estilo más liviano, algo que se vio reflejado en el aspecto que Crista exhibió en su primera excursión al centro. Mientras que Isabel lucía un vestido de terciopelo marrón de manga larga y cuello cerrado —que a pesar de su sobriedad, realizaba sus formas—, su hija había optado por un conjunto de dos piezas cuya principal novedad era el talle, algo más alargado de la cuenta, y que ceñía sobradamente sus caderas.

La Dolni Namesti estaba presidida desde 1757 por una llamativa columna dedicada a la

Santísima Trinidad. Crista, que además de devota mostraba un sumo interés por todo lo relacionado con el arte, no dudó en hacer partícipe a su madre de la historia de aquel monumento.

—Tras la guerra de los Treinta Años los habitantes de Olmütz tuvieron que reconstruir gran parte de su ciudad —comenzó a explicar con gesto serio—. Todos los edificios de esta plaza son fruto de los siglos XVII y XVIII. De ahí que su estilo fuese llamado «barroco de Olmütz».

—¿Y la columna? —se interesó Isabel.

—Es la joya de la corona —aclaró la muchacha—. El maestro que la construyó, un tal Václav Render, auguró que sería tan alta y espléndida que no habría otra comparable en ninguna ciudad.

—Impresionante.

—Sí que lo es —dijo Crista satisfecha, observando los tres niveles de los que se componía la estructura, la cual iba coronada por la Asunción de la Virgen María.

—Me refería a ti, hija mía. —La madre estaba admirada de la facilidad de su hija para recordar nombres y fechas—. Todo lo que te propongas en esta vida lo obtendrás tarde o temprano. Posees el mismo tesón de tu padre.

—Yo preferiría la belleza de mi madre.

Isabel, que a todas luces despuntaba en lo físico muy por encima de sus hijas, hizo una breve pausa. Luego tomó a la muchacha por la barbilla, y en un gesto dulce y cariñoso, le dijo en voz baja:

—La mujer que hace un mérito de su belleza declara por sí misma que no tiene otro mayor.

—Eso es verdad —apuntó Crista—. ¿Lo veis? Además de hermosa sois sabia.

—Esa frase no es mía, María Cristina, sino de una influyente dama parisina llamada Julie de Lespinasse. Solía escribir historias de amor en el siglo pasado. Como ves, yo también tengo mis lecturas predilectas, aunque en mi caso son mucho más prosaicas que las tuyas —sentenció guiñándole un ojo.

Esa madrugada, en la quietud de su habitación, Crista releyó una y otra vez la nota que tres meses antes alguien había depositado dentro de su ejemplar de *La Chanson de Roland*.

A pesar de sus esfuerzos por averiguar el nombre de su autor, no había obtenido éxito hasta la fecha. De ahí que, tras un largo período de inquietud, hubiese puesto en marcha un curioso plan.

«El mejor modo de responder a una nota es utilizando otra», se convenció a sí misma.

Dicho escrito reposaba desde la misma mañana de su partida sobre la mesa de su dormitorio, en el palacio de Gross-Seelowitz. Estaba igualmente extraído de los versos anónimos del viejo cantar de gesta, y rezaba de este modo:

«¡Señores barones, así Dios os tenga en su gracia! ¡Que otorgue a todas vuestras almas el paraíso! ¡Que las reciba entre las santas flores! Jamás vi vasallos mejores que vosotros».

XVIII

*Hotel du Palais, Biarritz
Agosto de 1899*

—¡T RANQUILOS, CABALLEROS! LES RUEGO QUE SE APARTEN. ¡¡¡Giacomo respira!!! El corazón le late débilmente, pero ¡está vivo!
Conan Doyle se volvió hacia sus compañeros y respiró aliviado.

—Ha recibido un fuerte impacto en la cabeza, aunque estoy seguro de que recuperará el sentido en breve.

Segundos después, Sigmund Freud corroboró el diagnóstico de su colega.

Solventado el problema de lord Hampton, quien descansaba en su habitación desde hacía un buen rato, Eiffel y Toulouse decidieron regresar al salón para reencontrarse con el compositor. La tensión reinaba en el ambiente desde la aparición del cadáver, por lo que los doctores sugirieron que la otra mitad del grupo se ocupase en buscar una solución.

Lo último que podían imaginar es que serían requeridos al poco tiempo en el lugar del crimen. Esta vez para auxiliar a Puccini.

—¿No han visto entrar o salir a alguien del salón en todo este tiempo? —preguntó el austríaco con preocupación.

—No —respondió lacónico Toulouse—. Al menos a nadie vivo...

—¿Cree que es momento de hacer chistes, señor Lautrec? —Doyle comenzaba a perder la paciencia.

—No se trata de ninguna broma —Eiffel intervino en el acto en defensa de su compatriota—. Fíjese. ¿No echa en falta algo?

En ese instante todos giraron la cabeza hacia el capitoné, donde un rato antes habían depositado el cuerpo de la mujer asesinada.

Sorprendentemente esta había desaparecido.

—¡Lo que nos faltaba! —exclamó el escritor en voz alta—. Esto es más retorcido que una novela de Ann Radcliffe...

—Ahora todo se complica hasta el extremo —sentenció un Freud más apesadumbrado que de costumbre. Pese a poseer un carácter algo huraño y excéntrico, las experiencias vividas las últimas semanas junto a sus compañeros le estaban alterando los hábitos. Por ejemplo, hacía años

que su familia no lo veía reír en público. Sin embargo, ese verano estaba disfrutando como un niño. Y todo gracias a la última voluntad de una paciente, *lady Hampton*, cuyo sentido del humor había trascendido a la mismísima muerte.

—Señores, creo que va siendo hora de ponernos serios —intervino Eiffel desde su puesto—. ¿Ven lo mismo que yo? —El francés señaló hacia el hueco que antes ocupaba la difunta. En su lugar había un par de objetos que rápidamente llamaron la atención de los presentes.

El más llamativo de ambos era un curioso artefacto realizado en metal y compuesto por una serie de elementos mecánicos entre los que sobresalían varios relojes de arena. Uno de ellos había comenzado a funcionar hacía escasos minutos.

Todos los hombres observaron impertérritos cómo los granos de arena se precipitaban uno tras otro desde el bulbo superior hasta su homólogo situado debajo, en una suerte de danza macabra. Era como si el tiempo les pusiese a prueba por una absurda razón que se les escapaba.

A su lado descansaba un rollo de película de 65 pies.

—Disculpen mi torpeza, pero ¿alguien sabe qué significa esto? —Toulouse se ajustó las gafas con precisión, tratando de vislumbrar cualquier detalle que arrojase algo de luz a aquel desatino.

—Del cacharro con relojes tengo mis dudas, pero lo segundo es bastante obvio —intervino Eiffel, cuyo conocimiento del celuloide se remontaba cuatro años atrás, cuando tuvo la fortuna de asistir a una de las exhibiciones del cinematógrafo Lumière, en el Grand Café de París. De entre todas las películas proyectadas (un total de diez, de apenas dos minutos cada una), el ingeniero se quedó impactado con la titulada *L'arrivée d'un Train*, en la que un ferrocarril parecía salirse de la pantalla.

—¿Podría aclararnos a qué se refiere con lo de «obvio»? —le espetó Freud.

—¿Cómo no! —respondió Eiffel con media sonrisa—. Se trata de un rollo de película fabricado en celuloide.

—Eso ya lo sabemos —le interrumpió Doyle—. Yo también leo la prensa, señor Eiffel. Además, le recuerdo que fue un británico quien la inventó...

—Lamento disentir. —Eiffel se acercó hasta él sin complejos—. Si se está refiriendo a George Eastman, el fundador de la empresa Kodak, es oriundo de Norteamérica.

Todos los hombres guardaron silencio, conscientes de que el ingeniero acababa de herir el amor propio de su compañero, aun sin proponérselo.

—¿Está completamente seguro? —insistió Doyle, visiblemente enojado.

—Tanto como que su principal competidor, Thomas Henry Blair, es canadiense.

—¡Por favor! ¡Caballeros! —terció el psicoanalista—. ¿Es realmente necesario perder el tiempo en minucias? ¿Qué importa si ese rollo ha sido fabricado en Manchester o en Nueva York? La verdadera cuestión es por qué demonios se encuentra aquí.

—¿No es una película? Todo apunta a que la persona que la ha puesto ahí desea que la visionemos. —Toulouse se mostró confiado de su tesis—. Tal vez de ese modo logremos averiguar algo.

—Muy bien, pero ¿me dice usted cómo? —Eiffel arqueó una ceja con intención—. Hasta donde yo sé, para exhibir un rollo de celuloide es necesario un aparato llamado cinematógrafo. Dudo que las camareras de este hotel dispongan de alguno en la cocina...

—Se equivoca, señor mío.

Todos los hombres volvieron la cabeza de inmediato.

Un hombre de aspecto impecable cuyo bigote negro y brillante destacaba en medio de un rostro circular y bonachón, acababa de arribar al salón. De no ser por la compañía del desconocido —el secretario Leonard Bags—, a más de uno le habría dado un patatús.

—Caballeros, les presento a Jean-Luc Gaillard, director del Hôtel du Palais.

El secretario exhibía un rostro muy serio acorde con su indumentaria, un traje oscuro y de líneas sobrias similar al de la jornada anterior. Tras la licencia de su señor, Bags se había retirado a descansar pasadas las dos de la madrugada, con idea de estar fresco para el día siguiente. No obstante, desde que Eiffel fuese a buscarlo a su habitación, no había vuelto a separarse del barón.

—Lord Hampton desea que les transmita que se encuentra mucho mejor y que, por tanto, no deben preocuparse. De él ha partido la idea de buscar al director y ponerle al corriente de la situación. A fin de cuentas se considera el máximo responsable.

Tras escuchar la explicación del secretario, los hombres se sintieron mucho más tranquilos. Aun habiendo tomado la decisión de manera unilateral, el aristócrata había acertado en una cosa: llegados a ese punto era necesario cambiar de estrategia.

—Ante todo he de advertirles que el señor Bags ya me ha puesto al corriente de su compleja situación. —Gaillard tomó la palabra de un modo bastante histriónico. Su aspecto de líder circense se prestaba a ello.

—Me alegro —exclamó Freud, encendiendo un Don Pedro—. ¿Y se puede saber qué piensa acerca de todo esto?

—Siento que no nos hayan presentado, señor, aunque sé de sobra quién es usted. Su rostro ya me era familiar desde ayer por la mañana, cuando lo distinguí a lo lejos, en el vestíbulo. Y aunque utilizase un nombre falso a la hora de registrarse, su acento le delata. Por cierto, no es el primero que firma con un seudónimo, así que le guardaré el secreto... doctor Freud...

—Muy agudo —advirtió Doyle sorprendido.

—Si no me equivoco, usted tampoco se llama Stamford.

—¿Cómo lo sabe?

—Aunque le sorprenda, soy un gran aficionado a la literatura, y en cuanto leí ese nombre en el libro de huéspedes me acordé inevitablemente del amigo de Watson en *Estudio en escarlata*... Luego uno de los camareros me comentó que nada más acceder al restaurante, pidió una copa de Glen Garioch, un excelente *bourbon* destilado en las Highlands. Solo un escocés de pura cepa, como Arthur Conan Doyle, se habría decantado por esa marca...

—Realmente notable —aplaudió Eiffel—. Acaba de desenmascarar al maestro de la novela policíaca.

—¡Mil gracias!

Culminada la introducción, los presentes continuaron sorprendiéndose ante la perspicacia del gerente del hotel. Si podían confiar en alguien, ese era sin duda Gaillard.

—Y ahora, vayamos al grano. Según el relato del señor Bags, esta mañana al despertarse en el salón descubrieron un cadáver. ¿No es así?

—En efecto —se apresuró a decir el secretario del barón—. Pero he de aclarar que en ese momento yo no me encontraba aquí. Lo supe por boca de mi señor.

—Muy bien. ¿Y dónde está el cuerpo?

—Buena pregunta —intervino Toulouse—. Pensaba que sus dotes «adivinatorias» le servirían para darnos una respuesta.

—¿Cómo dice? —Gaillard no llegó a comprender la frase.

—Pues que precisamente ese es el gran problema —añadió Eiffel—. Desde hace unos minutos desconocemos el paradero del cadáver.

—¿Y aquello? —dijo señalando al piano, junto al cual reposaba el compositor italiano.

—Ese es el señor Puccini.

—¿Giacomo Puccini? ¿El autor de *Manon Lescaut*? ¡Válgame Cristo!

—No me diga que también es un experto en ópera... —ironizó Freud.

—Bueno, ¡qué más da...! ¿Él también está muerto?

—Afortunadamente, no —aclaró Doyle—. Solo se halla inconsciente. Todo apunta a que la persona que lo atacó es la misma que ha ocultado el cadáver de la mujer.

—¿La persona asesinada era una mujer? —requirió Gaillard, cada vez más sorprendido. Seguidamente buscó la mirada del secretario—. Eso no me lo dijo usted...

—Discúlpeme. Seguramente se me pasaría... Todos estamos muy nerviosos...

—No hace falta que disimule, señor Bags. Sé de sobra que lord Hampton le habrá puesto en antecedentes. La aparición de un cadáver en medio de una reunión de caballeros es de lo más impropio; pero si además este pertenece a una dama de moral relajada, el asunto pasa a convertirse en alarmante.

Todos los hombres asintieron ante la ocurrencia de Arthur Conan Doyle.

—Le entiendo perfectamente —dijo Gaillard con media sonrisa—. Por mí no se preocupen. La discreción es una de las normas de esta casa.

—Dicho esto, ¿en qué me equivocaba respecto al cinematógrafo? —le espetó Eiffel—. Fue lo primero que mencionó al entrar.

—Ah, sí —se volvió—. Quería decir que nuestro hotel dispone de un aparato de proyección desde ayer mismo.

—¿Y eso...? Ya al subir las escaleras vislumbré el lujo de este establecimiento, pero le confieso que no me esperaba tanto...

—Vuelve a equivocarse, señor...

—¡Eiffel! —El ingeniero se sorprendió de que Gaillard no lo hubiese reconocido.

—Ya veo que es capaz de deducir la identidad de dos extranjeros, pero sin embargo no ha logrado reconocer a uno de nuestros compatriotas más ilustres —le reprochó Toulouse—. Muy mal, *mon ami*...

—Le ruego que me disculpe. —El rostro circular del director se ensombreció de repente.

—Supongo que, en mi caso, no hace falta que le diga quién soy...

—No, no hace falta —le interrumpió Eiffel—. Estamos seguros de que el señor Gaillard, pese a no estar iniciado en la ingeniería, debe tener conocimientos de sobra en artes plásticas. Además, ¿quién sino Toulouse-Lautrec podía estar detrás de este ominoso escándalo?

—¡No pienso tolerar sus insultos! —Toulouse dio un paso hacia delante con una expresión entre susceptible y torva.

—¿Ah, no? ¿Y qué piensa hacer? ¿Ahogarme en un barril de absenta? —Eiffel estaba fuera de sí—. Todo esto se veía venir. ¡Nuestra reputación por los suelos...!

—¡No sea fatalista! Además, nadie le obligó a venir. Puede volverse a su estúpida torre cuando lo desee...

—¡Bastardo! —Eiffel se volvió hacia el artista con ánimo de golpearle.

—¡Caballeros! ¡Por favor! —Freud se interpuso entre ambos—. No es momento de discusiones. Nos hallamos inmersos en un grave problema. A saber: un cadáver desaparecido, un hombre inconsciente, otro en la cama y un maldito trasto con relojes de arena. Por no hablar de la película sin título... Escuchemos al señor Gaillard. ¿Se le ocurre alguna solución al respecto?

—Por lo pronto, tomar ese rollo y visionario. Ya les he dicho que el hotel posee un cinematógrafo desde ayer. Lo recibimos de parte de un cliente.

—¿Un cliente? —Doyle lo miró perplejo—. ¿Y de quién se trata?

—Ese dato lo desconozco. Solo sé que alguien reservó la *suite* imperial por teléfono y nos hizo llegar el aparato en una caja junto a una cuantiosa suma.

—¡No me puedo creer que no mencionase un nombre! —El escocés se revolvió furioso—. ¿Ni tan siquiera un apodo, como nosotros?

—Es justo lo que pensaba decirles —aclaró el gerente—. La habitación la reservamos a nombre de Carlomagno.

XIX

*Villa Ginori-Lisci, Toscana
Julio de 1899*

LA DENSA NIEBLA QUE CUBRÍA EL PAISAJE DESDE PRIMERA hora de la mañana, dio paso a la explosión de color de los viñedos y olivares que se extendían alrededor de la villa. Un espectáculo sensorial que, sumado al legado patrimonial que atesoraban sus ciudades, convertía a la Toscana en una de las regiones más hermosas de Italia.

Giacomo Puccini había sopesado una y otra vez la forma de sorprender a sus acompañantes. La experiencia vivida en el sótano de Viena no era fácil de superar, por lo que decidió echar el resto y pedir ayuda a todo un marqués. El mismo a quien había dedicado tres años atrás una de sus óperas más celebradas, *La Bohème*.

Cario Benedetto Ginori había nacido en el seno de una ilustre familia italiana, de ahí que sus estudios le llevasen primero a Florencia y luego a Alemania. Entre los varios negocios fundados por su padre —y más tarde heredados por él y sus hermanos— destacaba una fábrica de cerámica líder en el sector europeo. Una ocupación que el joven pronto abandonó para dedicarse a la política y otros menesteres.

De todas las facetas cultivadas por Ginori, había una que siempre fascinó a su amigo Puccini: la afición por el riesgo.

—No sé si les he comentado que el marqués es un maestro en el arte de la esgrima.

El músico sonrió orgulloso y seguidamente pasó su brazo alrededor del cuello del noble, en un gesto sumamente familiar. Este le correspondió con una amplia palmada en el pecho, demostrando que el carácter de ambos, pasional y extrovertido, poco tenía que ver con el de sus acompañantes británicos o franceses.

—He de reconocer que la tarde en que recibí el primer cable de Giacomo me sorprendió bastante —comenzó a decir el aristócrata con la mirada fija en el horizonte—. Que un grupo de maestros de las más diversas disciplinas se dedique a recorrer Europa para experimentar nuevas sensaciones, me resulta poco menos que apasionante. De ahí que no pudiese negarme a contribuir. Como bien les habrá revelado mi amigo, desde siempre me he considerado un amante de la aventura. Además de practicar con el florete, llevo un tiempo volcado en un nuevo pasatiempo: la velocidad. Y eso es precisamente lo que hoy vengo a proponerles.

—¿Pretende invitarnos a correr? —preguntó sorprendido lord Hampton, cuyas aptitudes físicas no eran precisamente boyantes—. Dudo mucho que mis piernas resistan siquiera media milla...

—De eso se trata, milord —intervino el compositor—. De correr como nunca antes lo han hecho. Pero no de la forma que imaginan, ¿verdad, Cario?

Ginori sonrió para sus adentros, y tras echar un rápido vistazo a todos los presentes les conminó a que lo siguieran.

Después de caminar unos minutos en rotundo silencio, el grupo se plantó ante un enorme cobertizo situado en uno de los extremos de la finca.

—No les he preguntado por su estancia en la villa. ¿Se han sentido cómodos durante la pasada noche?

—Creo hablar en nombre de todos mis compañeros —intervino Conan Doyle— si digo que no esperábamos un recibimiento tan cálido. Si ya es un placer adentrarse en este hermoso país, aún lo es más siendo acogidos de esta forma tan generosa.

—Estoy con el señor Doyle —añadió Freud.

El resto de hombres asintieron con la cabeza, dando las gracias a su anfitrión.

—La cena también puntúa, ¿eh, Bags...? —apuntó el compositor de un modo vivaracho.

Bags, que andaba ensimismado observando el efecto de la luz sobre la techumbre, volvió los ojos hacia él y le respondió con una sonrisa impostada.

—No todos los días pueden degustarse caldos como los de su bodega —intervino Toulouse, haciendo hincapié en uno de sus temas predilectos. Algo que no pasó desapercibido para Eiffel, que ya empezaba a acostumbrarse a los excesos de su compatriota—. Pero nada es comparable a observar estos paisajes. Es como si reclamasen a gritos ser plasmados en un lienzo. ¡Quién fuese un nuevo Ghirlandaio...!

—Les agradezco sus palabras —sentenció el marqués, notablemente satisfecho—. Espero que el resto de su estancia sea igualmente placentera.

Seguidamente, hizo una señal a un sirviente para que abriese el portalón.

Fue entonces cuando el grupo pudo contemplar aquello por lo que se habían desplazado lejos del caserón.

—¡Es increíble! —exclamó Eiffel al contemplar la fila de automóviles que se disponía frente a ellos.

—¿De dónde los ha sacado? —preguntó Doyle, visiblemente fascinado, sin reparar en la indiscreción de su pregunta. Si algo lo emparentaba con el hacendado italiano era sin duda su afición por los deportes.

—La respuesta es muy sencilla. Yo mismo los he fabricado.

Todos se quedaron mudos de asombro al escuchar la última frase.

Además de poseer una de las villas más encantadoras de la Toscana, Cario Ginori poseía un don extraordinario para sorprender a propios y extraños.

—Hace cinco años tuve el placer de asistir a la primera exhibición de un automóvil por las calles de Florencia —prorrumpió Puccini, más radiante que nunca—. Su piloto no era otro que Cario.

—Nada menos que un Panhard Levassor. ¡Qué gran día fue aquel! —Rememoró el toscano entornando los ojos.

—Quién iba a decir que el hijo de un modesto fabricante de carruajes pudiese crear algo semejante. ¡Así son los varones de *La France*! —Eiffel sacó pecho al oír mencionar la marca.

—No se equivoca, señor Eiffel —continuó el anfitrión—. Aunque esos modelos que ve usted ahí son completamente italianos.

—¿Pretende decirnos que actualmente se dedica al negocio automovilístico? —preguntó Toulouse contrariado. Que un hombre de su posición perdiese el tiempo en esas máquinas le parecía de lo más ramplón.

—Obviamente. Hace un par de años conseguí engatusar a un puñado de aristócratas aburridos para que me ayudasen a levantar esta empresa, y ahí tienen el resultado. Dudo que alguien posea una colección como la que están contemplando.

—Es realmente admirable —expresó lord Hampton, convencido de las últimas afirmaciones.

—Gracias, milord. ¿Cuál de ellos le gusta más?

—No sabría decirle —respondió el barón, cuyos conocimientos automovilísticos se limitaban a lo que leía en la prensa.

—¿Qué le parece el rojo y blanco? —inquirió Ginori, señalando un ejemplar que se hallaba impoluto y a la espera de su gran momento—. La bandera de su país consta de esos colores. Para mí sería un honor que usted fuese el primero en pilotarlo.

—¿Yo? —Lord Hampton no daba crédito a lo que estaba oyendo—. Ni siquiera sé como funciona una bicicleta. Mi padre siempre decía que algo inventado por un alemán no podía traer nada bueno...

Todos rieron el chiste, incluido Freud, cuya simpatía por sus vecinos germanos no iba más allá de su amistad con Willhem Fliess.

—Pues me temo que siempre hay una primera vez —intervino Puccini, travieso.

—¡Adelante, milord! Será divertido verlo cabalgar sobre esa bestia. Jojojo —lo animó Toulouse, elevando su bastón en dirección al automóvil.

—¿Verlo? —le interrumpió el propietario enarcando una ceja—. Aquí el único que presenciara la escena será el señor Bags... Todos los demás haremos lo propio sin rechistar. Ya puede ir eligiendo una máquina, señor pintor...

Finalmente se volvió hacia el compositor y remató con suficiencia:

—¿Es que el *caro amico* Puccini no les ha hablado de mi debilidad por competir?

XX

*Hermes, a 90 km de París
Junio de 1899*

«**N**O ES POSIBLE», RUMIÓ PARA SÍ ARCHER M. HUNTINGTON al escuchar de boca de la mujer la aciaga noticia. La desaparición inesperada de Fabrice daba al traste con su plan para hallar el volumen sustraído de la abadía. No había duda de que el fotógrafo se la había jugado, y tal vez por esa razón ahora se encontraba muerto.

«Ese tipo debió darse cuenta del auténtico valor del libro y, al poco de sacarlo de Froidmont, buscó al comprador oportuno. Lo demás no es difícil de imaginar: Fabrice cumplió su parte del trato desplazándose hasta el río Trye; el cliente se encontró con él, recibió la mercancía y, en vez de entregarle la suma de dinero pactada, le disparó a bocajarro».

El norteamericano, aún volcado en sus pensamientos, escuchó con atención el relato completo de la vecina, que aún estaba conmocionada por lo sucedido, y haciendo gala de sus exquisitos modales, le dio las gracias por la información. Luego comenzó a despedirse, no sin antes cerciorarse de que los gendarmes habían completado su tarea.

—En efecto, esos hombres se lo llevaron en cuanto la joven lavandera dio la voz de alarma. No se imagina lo mucho que lo hemos sentido en casa. ¡El bueno de Fabrice! Siempre tuvo una palabra amable para sus vecinos. ¿Sabe que fue él quien retrató a mi nieta al poco de nacer? Ni siquiera quiso cobrarnos. Por eso mi marido le invitaba de vez en cuando a una ronda en el *bistro*. Aquel lugar ya no volverá a ser el mismo...

—¿A qué lugar se refiere? —preguntó Huntington, tratando de no mostrar demasiado entusiasmo.

—Disculpe, ¿no se lo había dicho? Se llama Le Vieux Moine, y está muy cerca de aquí, apenas dos calles más abajo. ¿Quiere que mi Edmond le acompañe?

—No se moleste, prefiero caminar solo.

—Si desea saber algo sobre Fabrice, no encontrará un lugar más idóneo. Ese pobre hombre no tenía otra familia que sus convecinos y aquellos que frecuentaban la taberna. Por cierto, el dueño se llama Didier.

—Muchas gracias, señora.

—No hay de qué.

Siguiendo las instrucciones facilitadas por la mujer, Huntington caminó hasta la taberna con el convencimiento de hallar alguna pista que le condujese hasta el libro. No disponía más que de unas fotografías de la biblioteca facilitadas por Pauline, pero su intuición le decía que si se atrevía a tirar del hilo lograría ese ejemplar tarde o temprano.

Le Vieux Moine (El Viejo Monje) era un establecimiento modesto donde además de procurarse un buen vaso de vino los clientes podían degustar platos sencillos de la gastronomía local. El origen de la palabra «*bistro*» parecía remontarse a las guerras napoleónicas, cuando los soldados rusos que ocuparon Francia exigían comida instantánea repitiendo constantemente el término *bwystra* (rápido). Paradójicamente, en el local de Didier se solía respirar tranquilidad a todas horas, de ahí que la muerte del fotógrafo hubiese alterado la rutina de sus clientes, que ese día abarrotaban el mostrador en busca de conversación.

Que un pueblo plácido como Hermes hubiese sido escenario de un homicidio, tenía como consecuencia que ya nadie se sintiese a salvo en ningún sitio.

—Esa maldita tormenta no presagiaba nada bueno —rezongó un artesano, apurando su vaso—. Primero fueron los destrozos y ahora esto.

Tras golpear el vidrio sobre la madera y exhibir unas monedas, el hombre se dirigió al dueño con la intención de que le cobrase.

Fue entonces cuando Huntington supo quién era Didier.

Un tipo de extrañas facciones y aspecto descuidado, cuyo cabello grasiento y excesivamente largo pendía a ambos lados de su cara.

—¿Desea algo, señor?

El tabernero, astuto como una rata, se percató de la presencia del extranjero antes de que este abriese la boca. Y todo ello pese a tener poblado el local como no recordaba en años.

—Póngame uno de esos —declaró el neoyorquino, señalando el vaso de su vecino de barra.

—No se equivoque, amigo —intervino su análogo—. Este vinagre no sirve ni para regar las plantas. Usted tiene pinta de ser hombre de bien. Seguro que no le importa pagar un poco más por un caldo decente.

—Estoy dispuesto a dejarme aconsejar. A fin de cuentas usted parece ser un entendido...

El lugareño, fascinado por los modales del forastero, se sintió halagado al escucharlo; de ahí que hiciese un repaso mental a su lista de alcoholes predilectos. Los mismos que Didier atesoraba en la bodega para los momentos realmente especiales.

Tras unos segundos de meditación, concluyó en voz alta:

—Pida una copa de Calvet. No hay mejor uva en el mundo que las Cabernet Sauvignon.

—¿Una copa? —terció Didier desde su posición privilegiada tras el mostrador—. ¿Piensa que estoy dispuesto a descorchar una botella de Calvet para una simple copa? Las pocas que me quedan son anteriores a la plaga de Burdeos. Denme una razón poderosa para desempolvar esa joya.

—Yo solo pretendía recomendarle lo mejor... —se excusó avergonzado.

—No es necesario que se disculpe —respondió Huntington con firmeza—. Mirándolo bien, el dueño tiene razón. Esta mañana he llegado a Hermes con la esperanza de abrazar a un buen amigo. Por desgracia me he encontrado con la triste noticia de su fallecimiento. Podría haberme

marchado a lamentar su pérdida, pero he preferido honrarlo en el lugar que tanto frecuentaba y donde mejor lo conocían...

Huntington tomó aire, consciente de que todos los clientes lo observaban, y finalmente sentenció de un modo altisonante:

—Hoy todos tenemos una razón para descorchar esa botella. ¡Brindar por el alma del buen Fabrice!

Al oír ese nombre en boca del forastero, Didier se quedó pasmado.

Sin embargo, el que hubiese mencionado que eran amigos fue suficiente para impulsarlo a bajar a la pequeña bodega y extraer el recipiente de vidrio.

Una vez lo tuvo abierto en presencia de su cliente, Didier vertió parte de su contenido en un vaso limpio.

Todos los presentes enmudecieron.

—Le ruego que no se detenga en mi vaso. No me gusta beber solo, y este buen señor tal vez desee acompañarme.

—Estaré encantado de hacerlo —dijo entusiasmado el artesano, cuya boca no estaba acostumbrada a lidiar con semejante néctar.

—No esperaba menos de usted —añadió el americano.

—Me llamo Cyrille, y me dedico a la carpintería. Por el acento deduzco que es usted inglés...

—Archer —dijo él estrechándole la mano—. Y aunque no procedo de Inglaterra, veo que posee una buena intuición. De hecho, soy norteamericano.

—Casi doy en el blanco...

—Le ruego que brindemos. El pobre Fabrice no merece menos.

Cuando los vasos se entrechocaron y el vino comenzó a fluir por las gargantas de los hombres, Huntington se atrevió a dar un paso al frente.

Por una pirueta del destino acababa de dar con la persona idónea para hacer averiguaciones. Simplemente bastaba con hacer un buen uso de la bebida, pues ¿qué francés podría resistirse ante un caldo de semejante calidad?

—La última vez que vio con vida a Fabrice estaba a las puertas de su casa, ¿no es así?

—En efecto, señor. Le acompañaba una mujer mayor. Por su atuendo yo diría que era viuda. Ya sabe que Fabrice se dedicaba a hacer retratos. No me extrañaría que esa mujer hubiese acudido a él por ese motivo.

—¿Se fijó bien en ella?

—Solo la vi un instante... y además estaba de espaldas. Sí recuerdo que portaba un bastón. Por el modo en que Fabrice se dirigía a ella, estoy seguro de que se trataba de una desconocida. No sería la primera vez que alguien de fuera visitaba su casa para retratarse. Más allá de París hay pocos fotógrafos mejores que él. Es una pérdida irreparable.

—¿Sabe si alguien más lo visitó esa tarde?

Huntington comenzaba a apurar las posibilidades de hallar un indicio interesante. Por ello, trató de alargar la conversación con el carpintero, invitándolo a degustar una tabla de quesos con los que acompañar el vino.

—Lo desconozco, señor. Aunque raro era el día que Fabrice no recibía a más de un cliente.

Sus vecinos tal vez sepan algo. ¿Es importante ese dato?

—Bueno, tengo la esperanza de que los gendarmes encuentren al culpable, pero si todos colaborásemos con la investigación... Fabrice era como un hermano para mí, ¿sabe? —exageró.

—Me hago cargo —respondió el hombre agachando la cabeza.

—Muchas gracias por su amabilidad. Es usted un gran conversador... a la par que un experto en vinos. Este Calvet es una libación digna de dioses. Ha sido un placer conocerle —remató estrechándole la mano.

—Muchas gracias. El placer ha sido mío.

Esa tarde, y después de interrogar a otras personas del pueblo —siempre con la excusa de la profunda amistad que le unía al fallecido—, Huntington decidió echar un vistazo por los alrededores de la casa. Si existía una última posibilidad, esta podría hallarse en la vivienda del difunto.

Rodeado el edificio, y tras comprobar que la gendarmería ya lo había revisado a fondo, descubrió que una de las ventanas traseras estaba entreabierta, tal vez a causa de un descuido.

Si bien detestaba actuar de una manera tan impetuosa, una súbita tentación le instó a introducirse lentamente por la oquedad de la pared, no sin antes percatarse de que nadie lo observaba.

Unos segundos le bastaron para dar con la habitación que hacía las veces de estudio fotográfico. Allí se disponía el material necesario para el oficio, al igual que sus paredes exhibían numerosas muestras del mismo.

Estaba a punto de anochecer, pero aun así la débil luz que penetraba por los ventanales le permitió indagar en las estanterías.

Fabrice contaba con una buena colección de libros y revistas, la mayoría de los cuales estaban dedicados al mundo del arte y la arqueología.

«Este individuo sabía más de la cuenta —se dijo—. No me sorprendería nada que el robo del libro fuese solo la punta del iceberg».

De poco le sirvió rastrear entre sus cosas, pues el ansiado volumen no se encontraba allí, ni tampoco nada relacionado con él.

Consciente de que la noche se le echaba encima, recorrió el estudio por última vez con la esperanza de hallar alguna pista. Fue entonces cuando reparó en una pila de papeles que asomaba desde lo alto de un armario.

Rápidamente, y sin hacer ruido, alcanzó una silla y se aupó para alcanzarlos. Estos no eran más que copias defectuosas de retratos realizados con la técnica de la albúmina, consistente en obtener impresiones fotográficas a partir de un preparado de clara de huevo y sal. Este se aplicaba sobre el papel, y con la ayuda del nitrato de plata, permitía obtener imágenes de una excelente calidad. Dicha técnica, que había revolucionado el incipiente mundo de la fotografía, había nacido en Francia a mediados del siglo XIX y, pese a estar ampliamente superada, aún se seguía utilizando en muchos lugares del país.

«¡Bendito sea, Fabrice! —se congratuló al comprobar que todas las fotografías estaban fechadas e incluían su firma—. No he tenido la fortuna de conocerle en persona, pero no me cabe duda de que ambos compartíamos el amor por la meticulosidad».

Después de unos intensos minutos, en los que el neoyorquino se dedicó a ordenar las copias sobre la mesa, por fin dio con aquellas que le interesaban.

Eran tres impresiones de tamaño mediano, algo sobreexpuestas, en las que se recogían tres escenas distintas fechadas los dos días anteriores.

Las dos primeras pertenecían a una pareja joven, probablemente unos recién casados, cuyo porte elegante distaba bastante de las gentes de Hermes.

«Tal vez eran un par de enamorados que se habían dado a la fuga», imaginó con una sonrisa en los labios.

Pero la visión que más le impactó fue la de una anciana vestida de luto que lo miraba fijamente, como desafiándolo a seguir sus pasos.

XXI

*Teatro Lyceum, Londres
Julio de 1899*

LAS CALLES DE COVENT GARDEN ERAN UN HERVIDERO durante aquel sábado de mediados de julio. Arthur Conan Doyle lo había dispuesto todo para que el grupo se acomodase en uno de los mejores establecimientos de Westminster, el lujoso hotel Savoy. Al ser una jornada muy calurosa, la totalidad de los huéspedes aguardaron en sus habitaciones hasta el mismo momento del traslado, con la excepción de lord Hampton, que prefirió dar un paseo en compañía de su secretario por los Jardines Victoria Embankment, un auténtico vergel situado en la orilla norte del Támesis. Aprovechando aquellos minutos de tranquilidad, el barón había dictado a Bags unas cariñosas palabras para su esposa Jane, a quien no veía desde hacía semanas. Ambos habían acordado escribirse regularmente durante su ausencia.

Otros, como Sigmund Freud, optaban por enviar parcos telegramas de vez en cuando. En este caso su familia se encontraba veraneando en la alemana Berchtesgaden, en un idílico chalé situado en lo alto de una colina que el propio doctor había alquilado con idea de incorporarse a mediados de agosto.

Elvira, la *donna* de Puccini, seguía disfrutando en el sur de Italia a costa de su marido, por lo que el músico ni se molestó en contestar a sus cartas. No era la primera vez que la pareja se distanciaba, y probablemente tampoco sería la última.

Por su parte, Eiffel y Toulouse no atesoraban muchos seres queridos a los que añorar. El primero, viudo desde hacía tiempo, puso en antecedentes a sus hijos mencionando «ciertos viajes de placer por Europa»; algo que celebraron con satisfacción, pues, al fin y al cabo, suponía el fin de su retiro en la torre.

Henri seguía dolido con su madre. Y aunque esta hacía lo imposible por saber de él, nadie conocía a ciencia cierta su paradero.

En el otro extremo figuraba Doyle, quien mantenía un contacto casi diario con Touie, aquejada de tuberculosis desde hacía seis años. Pese a estar enamorado de otra mujer desde 1897, el escocés se juró no abandonar a su esposa.

Llegada la hora acordada, los hombres subieron a sus respectivos carruajes para iniciar la marcha. A esas alturas del año, la luz solar permitía gozar de unas estampas inéditas de la capital británica, con la tarde agonizando entre el gas de las farolas. De ahí que Toulouse disfrutase especialmente durante el recorrido en landó. Pese a no hallarse en uno de sus mejores momentos creativos, su capacidad de observación permanecía intacta.

No obstante, al poco de abandonar las inmediaciones del Savoy, los cocheros se apresuraron a detener los vehículos para cubrirlos con la capota habilitada tras los asientos; una inoportuna llovizna comenzaba a ceñirse sobre sus ocupantes. Fue entonces cuando Londres adquirió su habitual fisonomía, con las damas paseando bajo los paraguas entre cortinas de humo y los ómnibus repletos en busca de la estación de Charing Cross.

Eiffel y Puccini aprovecharon el trayecto para conversar con Doyle acerca de las novedades en la capital. Desde hacía dos meses, se estaba construyendo un nuevo museo en South Kensington, el Victoria & Albert, cuya primera piedra había sido colocada por la mismísima reina Victoria, a punto de cumplir los ochenta años. Asimismo, en el terreno religioso, el Venerable Beda —autor de la *Historia eclesiástica del pueblo inglés*— había sido declarado Doctor de la Iglesia por el papa León XIII, siendo el primer británico en obtener dicha distinción.

Pero lo que más interesó a los presentes fueron las tensiones entre el Reino Unido y los Boers —colonos de origen neerlandés—, que apuntaban directamente a una segunda guerra en el sur de África. Algo que para el escocés suponía un duro revés solo unos meses después.

La llegada al Teatro Lyceum coincidió con el momento más crítico de la tormenta. Por más que los cocheros se esforzaron en ayudar a sus clientes, estos se embarraron los zapatos antes de conquistar la entrada. La misma consistía en un templete sustentado por seis columnas en cuyas inmediaciones se apostaban individuos de todo pelaje: desde un músico callejero, que amenizaba el ingreso con su arpa, a dos hombres anuncio cuya invasión de las aceras era castigada por la policía con un humillante destierro a la cuneta. Para más inri, un cupé ligero tirado por dos briosos caballos salpicó de agua al pequeño Toulouse, quien maldijo en francés su escasa suerte.

Esa noche se representaba el drama *Robespierre*, cuyo autor, Victorien Sardou, era un viejo conocido de Puccini. Casualidades de la vida, desde su última discusión acerca del libreto de *La Tosca* no habían vuelto a verse, por lo que el italiano se sorprendió al conocer la propuesta de Conan Doyle.

—Dudo mucho que Sardou esté presente —comentó el novelista nada más acceder al vestíbulo—. Hace semanas que se estrenó la función y no tengo constancia de que haya vuelto a Londres desde entonces.

—Eso espero —añadió Puccini—. Lo último que me apetece en estos momentos es tropezarme con él.

Guiados por un diligente acomodador, la comitiva accedió pronto a sus asientos, ubicados en un hermoso palco recubierto por amplios cortinajes y apostado en el lado izquierdo del teatro. La visión del escenario era magnífica, por lo que todos pudieron disfrutar cómodamente del espectáculo. En especial con la interpretación de *sir* Henry Irving, uno de los mejores actores de

su tiempo, a la par que propietario del recinto. Superada una larga enfermedad, la vuelta a las tablas del mítico intérprete shakesperiano había supuesto todo un acontecimiento en la vida cultural londinense.

Lina vez finalizada la función —cuyo amplísimo reparto escenificaba el enfrentamiento entre Danton y Robespierre, líderes de la Revolución francesa—, el grupo se desplazó hasta uno de los salones privados del edificio, donde fueron recibidos por el gerente y secretario particular de Irving, el señor Abraham Stoker.

Indefectiblemente, Doyle se mostró muy efusivo con su colega irlandés —Stoker también cultivaba la literatura—, presentándolo como uno de los autores de moda.

—¿Es que no han oído hablar de su conde Drácula? —exhortó a sus amigos con efusión—. El *Daily Mail* ha llegado a calificarlo de «poderoso y horroroso», y la *Pali Mail Gazette* de «terrorífico hasta el límite»... Estas paredes lo vieron nacer hace dos años, durante una lectura dramatizada. ¡Habría dado cualquier cosa por asistir! —Al decir esto, a Conan Doyle se le iluminaron los ojos—. Tuve la suerte de leerla en su primera edición y les aseguro que es la obra definitiva sobre vampiros.

—¡Oh, no! Exagera usted, señor Doyle —le reprendió el gerente con suma modestia—. Si algo hay de definitivo en mi novela, es el simple hecho de ser la última publicada sobre el tema. No es más que un torpe intento de aproximación a genios de la talla de Le Fanu o Polidori... Y por cierto, no todas las críticas fueron favorables. Sin ir más lejos, un periodista del *Times* llegó a afirmar que jamás se la recomendaría a personas nerviosas...

—¿Eso dijo? —profriró su amigo con recelo—. ¡Valiente desfachatez!

—¡El gran Polidori! —terció Puccini, llevándose la conversación a su terreno—. ¿Sabían que era hijo de un emigrante italiano?

Antes de que Doyle le reprobase el comentario, Stoker lo miró de soslayo y respondió con una sonrisa.

—Por cierto, ¿tendremos ocasión de conocer al señor Irving? Su honda interpretación nos ha conmovido a todos —intervino Eiffel, que aún permanecía impactado por la obra de teatro.

—Yo también me sumo a la petición.

Lord Hampton era un gran admirador del artista —el primero en obtener el título de caballero de toda la profesión— desde que su esposa le propusiese verlo en el rol de *Hamlet*, varios años atrás.

—¡Y yo! —añadió Leonard Bags, con el corazón aún palpitante. Pese a ser un individuo parco en palabras, no había dudado en mostrar su entusiasmo por las dotes actorales de Irving. Y es que el teatro era una de sus grandes aficiones desde niño.

—Me temo que no será posible —aclaró Stoker—. *Sir Henry* no suele recibir visitas al concluir las funciones. Desde su última afición se ha vuelto particularmente estricto.

Al oír esto, Eiffel sintió una terrible decepción.

—No obstante, le haré llegar sus felicitaciones.

—¿Y bien? —Freud se dirigió a Doyle, impaciente por conocer el desenlace de aquella entrevista.

—Discúlpeme, doctor. Mi amigo Bram está ansioso por invitarnos a participar de su experiencia. ¿No es así?

—La habitación ya está dispuesta —asintió Stoker—. Síganme, se lo ruego.

Diez minutos después todos los hombres, a excepción del secretario, se hallaban sentados alrededor de una mesa completamente desnuda y lo suficientemente amplia para acoger a seis personas, además del anfitrión.

La estancia se hallaba iluminada únicamente por un par de candelabros situados sobre un mueble cercano, lo que sumado a la decoración austera —las paredes estaban empapeladas en tonos rojizos—, inducían a sumergirse en un ambiente rayano en lo esotérico.

—Caballeros —comenzó a decir el anfitrión—, aunque la mayor parte de nuestras sesiones suelen estar presididas por Aleister Crowley, auténtico experto en la materia, permítanme que sea yo, un humilde seguidor de su filosofía, quien ejerza de maestro de ceremonias en esta ocasión. Para empezar, he de confesarles que no soy propiamente un médium, ¡Dios me libre de esa enorme carga! Más bien me defino como una persona abierta a todo tipo de conocimientos, cuyo interés por el más allá aumenta día tras día. Hace escasamente cincuenta años, las hermanas Kate y Margaret Fox inauguraron una singular doctrina llamada espiritismo. Desde entonces, todos los que formamos parte de este distinguido círculo no hemos vuelto a ser los mismos. Igualmente han de saber que esta disciplina no es nueva. Desde la Antigüedad, numerosos hombres y mujeres han tenido acceso al «otro lado». La muerte de Julio César, por ejemplo, fue predicha en una sesión similar a esta, e incluso los griegos organizaban reuniones para contactar con sus muertos.

Bram Stoker cerró los ojos por un instante y apretó ligeramente los labios, prácticamente ocultos tras su tupida barba, antes de continuar.

—Dicho esto, lo que ocurra hoy entre estas cuatro paredes debe quedar entre nosotros. Son muchas las personas que desconocen el funcionamiento de estas prácticas y, habida cuenta de nuestra posición, podrían juzgarnos erróneamente. Hemos avanzado mucho en los últimos tiempos, pero aún es pronto para hacer públicos nuestros hallazgos. ¿Están de acuerdo, caballeros?

Todos los presentes asintieron.

—Supongo que el señor Doyle ya les habrá informado de que la orden a la que pertenecemos está repleta de nombres influyentes de la sociedad europea; desde H. G. Wells a William Butler Yeats, pasando por su compatriota, el célebre Julio Verne —añadió, mirando de reojo a Eiffel.

Tras escuchar esto, Doyle reprimió el impulso de hablar, pues al contrario de lo que Stoker suponía, él no había mencionado ni una sola palabra sobre aquellas prácticas antes de penetrar en el Lyceum.

De todos modos, ¿qué importancia tenía que supiesen o no de la existencia de The Golden Dawn, la orden hermética a la que ambos pertenecían?

Toulouse, que aún tenía dificultades para conciliar el sueño desde el encuentro con la momia, se había negado en un principio a participar en la sesión espiritista. Aun habiendo visitado el Cabaret du Néant en más de una ocasión, todo lo relacionado con el mundo de ultratumba le ponía los pelos de punta. Pero la insistencia de Doyle, por un lado, y las palabras tranquilizadoras de Freud, por otro, le permitieron aparcar sus miedos y dejarse llevar por la nueva experiencia.

El secretario, por su parte, formuló su deseo de mantenerse en un segundo plano, justo detrás de la mesa, con idea de evaluarlo todo de una manera objetiva. Tanto lord Hampton como el resto de integrantes estuvieron de acuerdo, por lo que Stoker accedió sin reservas.

Hecho el silencio en la sala, el autor de *Drácula* tomó la palabra, apremiando a los participantes

a entrelazar sus manos y elevarlas a media altura, con objeto de concentrar la energía. Seguidamente, y ante la atónita mirada de estos, convocó al espíritu de *lady* Hampton y lo conminó a hacerse presente a través de una señal.

El barón, que no esperaba oír el nombre de su madre en aquellas circunstancias, se revolvió nervioso en la silla, pero instintivamente se obligó a permanecer en su sitio. Aquellas tres semanas alejado de Blackborne le estaban fortaleciendo el carácter.

Una vez transcurridos varios segundos, y tras obtener el silencio por respuesta, Bram Stoker volvió a mencionar a la difunta, esta vez utilizando una nueva pregunta directa.

Si su ánima se hallaba entre ellos debía manifestarse de alguna forma.

Al instante, una de las velas se apagó por sorpresa, obligando a todos a girar la cabeza hacia el lugar donde se hallaban los candelabros.

Nadie osó abrir la boca, aunque en el ambiente se palpaba la inquietud.

Toulouse comenzó a hiperventilar, pero el doctor Freud le apretó la mano con fuerza, con la sana intención de transmitirle seguridad. De este modo evitó que su estado fuese a peor.

Por tercera vez consecutiva, el gerente del teatro alzó la voz y preguntó con determinación si Ethel Hampton se hallaba entre ellos.

Fue entonces cuando la puerta se abrió de par en par, dejando sobrecogidos a los presentes y provocando que la amplia mayoría se levantase de su asiento con la lógica intención de salir corriendo.

XXII

*Palacio de Miramar, San Sebastián
Agosto de 1899*

EN LA SOLEDAD DE LA BIBLIOTECA, CRISTA volvió a desdoblar la misiva llegada desde Londres y buscó con ahínco aquella línea que la traía de cabeza:
«*No renuncies a nada*».

¿Qué quería decir Victoria exactamente? ¿Se estaba refiriendo a sus derechos sobre la Corona española? De todos era sabido que al cumplir los dieciséis años Alfonso asumiría el poder efectivo, concluyendo su función como regente, por lo que no podía tratarse de eso.

¿Acaso le estaría hablando de bienes? ¿De alguna herencia, quizá?

En el exterior, una brisa marinera comenzaba a aliviar los rigores de la jornada, animando a los turistas a desfilas por el paseo de Miraconcha hasta desembocar en Ondarreta. A esas alturas, la luz incidía directamente sobre la playa, permitiendo disfrutar de impresionantes vistas del Monte Igueldo y de la isla de Santa Clara. Una zona que se había visto alterada en los últimos tiempos merced a las nuevas necesidades urbanísticas. Como ejemplo más palpable cabía destacar la desaparición de la fábrica de cementos La Fe, establecida en 1859 y que, debido a la fuerte presión municipal, hubo de derribar parte de sus instalaciones para dar vía libre a tres villas de lujo.

De repente, Crista escuchó ruido de pasos y risas por las escaleras y, tras echar un rápido vistazo al reloj, supo que la lección de música había terminado.

En breve sus hijos estarían reclamándola.

Discretamente, volvió a guardar la carta en su sitio, prometiéndose volver a ella por la tarde, y se encaminó hacia la puerta exhalando un suspiro.

Una sencilla misiva, colocada estratégicamente sobre el escritorio poco antes de su viaje a Olmütz, había supuesto la génesis de una intensa relación epistolar basada en la discreción.

Crista no había experimentado jamás tal mezcla de emociones.

En su soledad, fantaseaba con una sombra anónima colándose por la ventana en los momentos de ausencia; esta tomaba su carta con disimulo y dejaba otra en su lugar. La misma que ella encontraba al regresar por las noches.

Un misterio que venía repitiéndose cada semana desde hacía un año, y que había contribuido a aliviar su dolor por la pérdida del archiduque.

A su afición por devorar libros —desde ensayos de filosofía a manuales sobre arte— la joven acababa de sumar una pasión inusitada por la geografía, especialmente la francesa. Las muchas relecturas de *La Chanson de Roland* le habían permitido, además de contextualizar los pasajes utilizados por su admirador para comunicarse con ella, prendarse de la historia y los escenarios de aquel país, cuyos héroes medievales la hacían suspirar desde que era una niña.

«Algún día visitaré Aquisgrán, el último vestigio de Carlomagno», se juraba a sí misma en aquellas noches en vela, cuando el sueño era una quimera difícil de alcanzar para una muchacha ensimismada.

¿Era amor lo que sentía por aquel perfil insondable a quien únicamente lograba poner rostro con la maquinaria de su imaginación?

Rostro que en ocasiones poseía los rasgos de un joven soldado —bastante similar a su padre—, y otras veces se correspondía con los del primogénito del ducado de Bucovina, Emil Károlyi.

Pese a haber cumplido los diecisiete años, aún no se había planteado la posibilidad de prometerse con nadie y mucho menos casarse. Si bien su madre le había sacado el tema en más de una ocasión, e incluso su hermana y consejera, Dada, le había alertado de la admiración que despertaba en ciertos círculos de la corte imperial, el mero hecho de plantearse un nuevo cambio en su vida le hacía estremecer. Bastante vuelco le había supuesto el despedirse de sus hermanos al poco de regresar del funeral.

Una mañana de primeros de diciembre, Crista sintió la necesidad de dar un paseo tras el desayuno. La tarde anterior la había dedicado por entero a practicar una nueva pieza al piano bajo la atenta mirada de su progenitora. La afición les venía a ambas por parte de la abuela, Dorotea de Wurtemberg, cuyo talento como pianista y compositora había calado tanto en la familia que raro era el miembro al que no se le instruyera en la música. Tan solo la tía María Enriqueta, reina consorte de Bélgica y hermana pequeña de Isabel, había desechado esa posibilidad, lo cual disgustó bastante a la matriarca.

La nieve aún no había hecho acto de aparición, por lo que los jardines resistían en su intento por perpetuar los colores del otoño, que tanto le gustaban.

Tras recorrer despacio el entorno del palacio, e incluso orar un buen rato en la capilla por el alma de su padre, oyó relinchar a uno de los rocines que poblaban las caballerizas, por lo que puso rumbo a aquel lugar inmediatamente. Su sensibilidad hacia los animales era tal que sentía la necesidad de aproximarse a ellos y aun hablarles.

—Mi pequeño Dunant...

Crista había llamado así a un pequeño potrillo que le habían regalado al cumplir los cinco

años. Fue idea de su padre, quien quiso homenajear a Jean Henri Dunant, fundador de la Cruz Roja Internacional. Este, tras presenciar la agonía de miles de soldados austríacos contra las tropas de Napoleón III en la batalla de Solferino, sintió la necesidad de crear una institución que auxiliase a los heridos de guerra. Hecho que vio la luz en Ginebra en febrero de 1863, poco antes del alumbramiento del animal.

Doce años después, Dunant se había convertido en el corcel preferido de la familia, tanto por su fuerza como por su nobleza. Crista solo permitía que lo montasen mujeres, siguiendo el dicho turco que aseguraba que «el caballo conoce por la brida al que lo guía». Según su opinión, más que animal de carga era el trasunto del caballero ideal: cortés y leal con las damas, aguerrido y desconfiado con los varones.

Con todo, esa mañana notó a su rocín algo contrariado. Si bien estaba debidamente atendido —no le faltaba agua ni comida y sus crines lucían más brillantes que nunca—, se revolvió inquieto en su rincón de la cuadra.

La joven se aupó a uno de los taburetes de madera y alargó su mano derecha hasta alcanzar el lomo. Dunant recibió la caricia de su dueña con la satisfacción del niño que, hallándose a disgusto sin motivo aparente, obtiene el apoyo de un ser querido. Seguidamente ella extendió los dedos hasta rozar su cuello, instante que el équido aprovechó para levantar una de las patas delanteras y acomodarse, con tan mala fortuna, que en su inesperado movimiento desplazó el banco sobre el que se elevaba la muchacha, precipitando a esta al vacío.

—¡Ay! —aulló de dolor Crista, al impactar contra el suelo.

En un acto reflejo, Dunant —poco acostumbrado al lamento de su propietaria— se alzó asustado sobre las extremidades traseras y, tras relinchar con estrépito, empujó con violencia la puerta que ella había dejado entreabierta.

La escena siguiente se desarrolló a un ritmo vertiginoso.

El caballo salió despavorido en busca de los jardines.

Crista se alzó del piso como pudo y en su desesperación se le enganchó el lazo que remataba la crinolina en uno de los clavos que sobresalían de la madera.

Vuelta a caer.

Mientras trataba de desengancharse, el sonido desesperado del galope le hizo temblar de miedo.

«¿Qué te ocurre, querido Dunant?».

El caballo abandonaba su espacio natural para adentrarse en las lindes del palacio, algo que le preocupaba especialmente. Si llegaba a cruzarse en aquel estado con algún miembro del servicio, e incluso con su propia madre, estos podrían verse expuestos a un gran peligro.

Dunant era una criatura noble, pero por alguna razón su comportamiento anómalo lo convertía en una amenaza para los habitantes de Gross-Seelowitz.

—¡Dunant! ¡Dunant! ¡Vuelve aquí, cariño...! ¡Oh, no!

Crista acababa de escuchar cómo se desgarraba el paño de Manchester con el que habían confeccionado su hermoso vestido. A pesar del aprecio que le tenía, no le importó sesgar una porción considerable del mismo para sentirse liberada. La máxima prioridad consistía en darle alcance a su caballo antes de que fuese demasiado tarde.

En su carrera incontrolada, Dunant ya había alcanzado la blanca fachada del palacio. Una de las camareras, que volvía de tender la ropa, chilló al verlo aproximarse.

—¡Santo Dios! —logró balbucir, tras conseguir esquivarlo.

Segundos después, una fuerte detonación resonó en la inmensidad de la finca, alertando al personal de servicio y obligando a la archiduquesa a asomarse por una de las ventanas.

Crista sintió que el corazón se le salía del pecho.

—¡¡¡Dunant!!! —gritó horrorizada.

Si aquel ruido procedía de un arma, tal vez el animal habría sellado su destino para siempre.

La joven corrió como nunca a través del jardín, superó el edificio que albergaba la capilla y se plantó frente a una de las paredes de la casa, sin apenas respiración. Atrás había dejado los zapatos, gran parte de la falda y toda la dignidad de la que solía hacer gala.

Pero ya era demasiado tarde.

Dunant, su querido caballo, yacía sobre el suelo con claros síntomas de haber sido alcanzado por una bala.

Crista rompió a llorar desconsoladamente.

Habida cuenta de los esfuerzos realizados para controlar sus sentimientos en público, todos los que presenciaron la escena se mostraron sobrecogidos.

Decidida, la joven oteó el horizonte con objeto de hallar al culpable de semejante bajeza.

Dunant era una criatura noble, a la que se podía aplacar con un simple gesto. Aquello, además de suponer una desgracia, era a todas luces innecesario.

En apenas unos instantes, sus ojos distinguieron dos siluetas reconocibles. Uno era el lacayo encargado de los caballos, quien literalmente acababa de precipitarse sobre un segundo individuo con intención de golpearle. Este trataba de zafarse sosteniendo en su mano derecha un arma de fuego.

Cuando Crista supo quién era el autor del disparo, deseó con todas sus fuerzas que el suelo se abriese bajo sus pies y se la tragase.

Seguidamente apretó los puños, con una violencia tal que las uñas se le quedaron marcadas en las palmas, y tras maniatar su rabia con un hilo de recato, alzó los restos de la falda y comenzó a correr sin rumbo fijo, como alma que lleva el diablo.

XXIII

*Hotel du Palais, Biarritz
Agosto de 1899*

DISPUESTAS LAS CORTINAS SOBRE LA AMPLITUD DE LOS ventanales y afianzadas todas las puertas que daban acceso al salón, una artificiosa oscuridad se ciñó sobre los presentes, cuyas miradas se centraban en la amplia sábana que a modo de pantalla se hallaba dispuesta sobre una de las paredes.

Aunque las sesiones de los hermanos Lumière ya eran populares en numerosas ciudades del continente y más allá de este —desde finales de 1896 el cinematógrafo podía hallarse incluso en la India—, la mayor parte del grupo no había asistido jamás a una proyección. Entre las razones esgrimidas figuraba el rechazo de los intelectuales a un espectáculo tildado de vulgar y más propio de barracas de feria que de círculos sociales, que poco o nada tenía que ver con el arte.

Jean-Luc Gaillard, además de regidor del hotel y hombre de vasta cultura, era un entusiasta de los inventos. De ahí que aplaudiese la llegada del cinematógrafo como el que más. ¿A quién le importaba mezclarse con las clases bajas si a cambio de un simple franco podía disfrutarse de unos minutos mágicos? Por esta razón no tuvo reparo en erigirse como maestro de ceremonias y accionar el artilugio en la inmensidad del salón.

Este consistía en una sencilla caja de madera cuyo arrastre intermitente se inspiraba en el mecanismo de una máquina de coser; solo que en vez de tela se usaba una cinta de celuloide. El movimiento se realizaba girando una manivela y la imagen se proyectaba en la pantalla gracias a la combinación de una potente lámpara y una lente.

El aparato, depositado en la recepción del hotel, era completamente nuevo, y al parecer había sido adquirido en la capital. Una placa de metal situada bajo el objetivo recogía su título así como los nombres de sus creadores:

CINÉMATOGAPHE
Auguste et Louis Lumière
Breveté S. G. D. G.
J. Carpentier. Ingénieur Constructeur
París

Accionado el mecanismo giratorio, las pupilas de los espectadores captaron los primeros fotogramas en movimiento. Estos distaban bastante de los que Eiffel había contemplado en el Bulevar de los Capuchinos, en 1895. Mientras aquellos recogían una sucesión de escenas cotidianas rodadas en la fuente de las Tullerías o en la orilla del mar, la película depositada en el salón Victoria no era más que un conjunto de símbolos dispuestos a modo de rompecabezas, sin sentido aparente.

—¿Se puede saber qué diablos significa todo esto? —bramó en voz alta el ingeniero, una vez concluida la proyección. Esta apenas había durado treinta segundos—. Solo una mente enferma es capaz de concebir tal sinsentido. Si alguno ha sido capaz de descifrarlo, le ruego que lo haga extensivo al resto.

—¿Señor Doyle? —preguntó raudo Toulouse, con la esperanza de que el escocés pudiese iluminarlos.

—Siento decepcionarles, pero en estos momentos me encuentro tan ofuscado como ustedes. Únicamente he sido capaz de relacionar un par de detalles. Si hacen memoria, al inicio de la proyección vimos un reloj cuyas manecillas avanzaban más deprisa de lo normal. Sin duda era un efecto óptico, bastante logrado por cierto. Ya al final, y justo después de la aparición del puñal ensangrentado, contemplamos una explosión; y todo ello salpicado por unas cifras descendentes. Creo que ambas ideas, la del reloj y la explosión, van conectadas de algún modo.

—¿Insinúa usted que estamos en peligro? —Eiffel comenzó a preocuparse de veras.

—Si es así, no cuenten conmigo... —Toulouse hizo ademán de abandonar la sala, pero Freud lo detuvo en seco.

—Tranquilos, caballeros —intercedió Gaillard—. Si el responsable de este galimatías realmente pretende asesinarles, ¿creen que se habría tomado tantas molestias?

—Está usted en lo cierto —sentenció Freud—. Más bien desea hacernos partícipes de su juego.

—Un juego de lo más siniestro —concluyó el pintor, extrayendo una minúscula botella de licor de su bastón.

—Podemos repetir la proyección cuantas veces sea necesario —sugirió el galo, con su rostro radial más iluminado que nunca.

—¡Claro! —evidenció Gustave Eiffel—. ¡Es usted un genio, *monsieur* Gaillard!

—Señor Bags, le ruego que tome nota de todo aquello que aparezca en la pantalla. Yo accionaré la manivela más despacio de lo que lo hice antes. Si somos capaces de esbozar un esquema, tal vez consigamos resolver el enigma.

—Buena idea —apuntó Doyle, cuya cabeza comenzaba a echar humo en busca de respuestas.

Fueron necesarias hasta tres repeticiones para poder asimilar toda la información contenida en la película, pero al cabo de media hora contaban con datos suficientes como para establecer una hipótesis veraz acerca de la finalidad del mensaje. En ese tiempo, los hombres habían visualizado, registrado y relacionado todos los conceptos, y por tanto era el momento de exponer sus conclusiones.

En esta ocasión fue Sigmund Freud el encargado de romper el hielo. Su amplia experiencia en el terreno de la psicología lo convertía en la persona idónea para ahondar en el problema. Al fin y al cabo el individuo que se escondía tras el seudónimo de Carlomagno —probablemente el mismo que había asesinado a la chica y golpeado a Puccini— no debía estar en sus cabales.

—Caballeros, les ruego un minuto de silencio. —El doctor se situó ante la sábana que hacía las veces de pantalla, erguido y con el semblante circunspecto. Habría dado cualquier cosa por fumarse un cigarro en esos momentos, pero logró contenerse—. Como bien saben, desde que abrimos los ojos esta mañana, los acontecimientos se han venido precipitando a un ritmo verdaderamente extraordinario. Cualquiera que no hubiese estado presente dudaría de nuestra versión, alejada de toda lógica; por tanto, no estaría de más hacer una reconstrucción de los hechos. Tal vez eso nos ayude a otorgarle sentido a las imágenes que acabamos de presenciar. Señor Doyle, si es usted tan amable, me gustaría que relatase punto por punto lo que ha venido sucediendo desde anoche.

—Bien —respondió el escocés abandonando su asiento.

Seguidamente relató con precisión, y sin omitir detalles, cómo habían ido despertándose uno a uno en el salón Victoria tras la intensa velada. La forma en la que descubrieron el cuerpo de la prostituta, sus reacciones iniciales y la posterior indisposición de lord Hampton, seguramente a causa de la impresión. Mientras el barón era trasladado a su habitación, Giacomo Puccini había permanecido en la estancia vigilando el cadáver, pero a la vuelta sus compañeros lo encontraron tumbado sobre el piano, inconsciente, y con un severo golpe en la cabeza. Luego estos se percataron de que la mujer ya no estaba en el sofá donde la habían depositado, y en su lugar hallaron un extraño artefacto compuesto de relojes de arena, los cuales se habían activado recientemente, así como un rollo de película. Por último, el secretario, Leonard Bags, había hecho acto de aparición acompañado del director del hotel, *monsieur* Gaillard, quien les habló de un misterioso personaje apodado Carlomagno que había reservado una *suite* por teléfono y que les había enviado un ejemplar del cinematógrafo, acompañado de una importante suma de dinero.

—¡Y todo ello en dos horas! Por lo que el adjetivo «extraordinario», empleado por el doctor Freud hace unos minutos, se me antoja insuficiente —inquirió Eiffel, sumándose al discurso de Doyle.

—Centrémonos en las imágenes, si les parece —retomó el escocés—. Como ya les comenté, durante la primera proyección me llamó poderosamente la atención la figura del reloj avanzando deprisa. Ahora no me cabe ninguna duda de que los números descendentes indican el tiempo exacto que nos queda.

—¿Que nos queda para qué? —Toulouse dio un respingo en su asiento.

—Para solucionar nuestro problema, por supuesto. No debemos descartar absolutamente nada, y mucho menos que uno de nosotros sea el responsable de este embrollo, y por tanto un auténtico asesino.

—Más despacio, señor Doyle —le rogó el pintor—. ¿De veras cree que algún miembro de este grupo ha sido capaz de montar este pasatiempo sin ayuda? Ya me dirá cuándo y de qué forma. Llevamos casi todo el verano juntos y no hemos tenido tiempo ni para telefonar a nuestros familiares...

—¡Hable por usted! —le recriminó Freud.

—Perdón...

—Lo más razonable es que ninguno abandonemos el hotel hasta aclarar esta cuestión. ¡Bajo ningún concepto!

Todos los asistentes, incluido Toulouse, respaldaron la propuesta del escritor.

—¿Algo más, señor Doyle? —Gaillard deseaba volver sobre el tema de la película.

—Oh, sí. ¿Han reparado en las imágenes de la espada y el puñal? ¿Les dicen algo? — preguntó, enarcando una ceja.

—Si se refiere a la espada que golpea la piedra, lo cierto es que me ha recordado una cosa — intervino el secretario revisando su libreta.

—¿Puede decirnos qué?

—¿Han oído hablar de la leyenda de Durandarte? —descubrió sin rodeos.

Súbitamente, todos los ojos se posaron en él.

—En efecto, señor Bags. —Eiffel era un gran conocedor de los clásicos y en su biblioteca no faltaban obras de Zola, Voltaire o Hugo, así como numerosos textos medievales—. ¿Qué francés medianamente instruido no conoce *La Chanson de Roland*...?

—¡Muy bien! —Gaillard reparó al instante—. Según el poema, Roldán golpeó su espada contra una roca con intención de destruirla, poco antes de morir.

—La célebre Durandarte. —Eiffel aún recordaba la ilustración de Jean Fouquet en la que podía verse al héroe medieval yaciendo en el suelo junto a su arma. Aquella epopeya había sido una de sus lecturas favoritas durante la infancia y adolescencia.

—Pero ¿y el puñal manchado de sangre? —Gaillard esbozó la pregunta con la esperanza de que alguien la recogiese en el aire.

—No sabría responderle en estos momentos, pero todo me hace pensar en ese mismo personaje. —Doyle seguía atando cabos a su manera—. Tal vez fuese otra de las armas de Roldán.

—¿Y la explosión?

En aquellos momentos de incertidumbre, Toulouse no podía pensar más allá de su propia seguridad.

—¿Recuerda el número 48? —intervino Freud—. Esa es la primera de las cifras que aparecen en la proyección. Luego van descendiendo hasta llegar al cero...

—Claro que lo recuerdo.

—Pues si mis cálculos no fallan, ese es exactamente el número de horas que nos quedan.

—¡¡¡No!!! —gritó el pequeño artista.

—Me temo que sí —respondió el austríaco sin inmutarse—. Y todo apunta a que ese cacharro es un artefacto explosivo. —Al instante todos se volvieron a observar cómo los relojes de arena iban restando minutos inexorablemente.

—No perdamos la calma —insistió Gaillard—. Si ese tipo quiere jugar, jugaremos. Aún tenemos dos días para tratar de ganar la partida... —Y tras decir esto, hizo una pausa para coger aire—. Señor Bags, ¿ha anotado alguna otra cosa relevante?

—Un reloj, unas cifras, la espada, el puñal, una mancha de sangre, un ojo que se cierra... Ah, y un libro.

—Exacto, un libro. —A Doyle le había llamado la atención el fotograma en el que aparecía un volumen de mediano formato, abierto por una de sus páginas y luego vuelto a cerrar—. El texto era ilegible, pero por su grafía yo diría que estaba escrito en latín o algo similar.

—¿Tal vez se parecía a este?

De improviso, un hombre irrumpió en la sala, avanzó decidido hasta colocarse frente a ellos y seguidamente les mostró una fotografía.

Doyle y todos los presentes supieron al instante que se trataba del mismo.

XXIV

*Estación del ferrocarril, Poitiers
Agosto de 1899*

AÚN RESTABAN TRESCIENTOS METROS PARA ACCEDER a la estación, cuando el tren se detuvo bruscamente y sin avisar. Todos los pasajeros se miraron sorprendidos e instintivamente asomaron sus cabezas por las ventanillas para averiguar qué estaba pasando.

Huntington, cuya única obsesión consistía en recuperar el ejemplar de Froidmont, ni siquiera pestañeó. Muy por el contrario, se mantuvo impassible en su asiento, oculto tras un arrugado ejemplar de *Le Petit Journal* que un pasajero había dejado olvidado al llegar a su destino, en Tours.

Pese a haber sufrido lo indecible hasta dar con la misteriosa dama, se resistía a dar un solo paso en falso.

La odisea había comenzado dos semanas antes, con una visita a la oficina de correos de Hermes, al día siguiente de su irrupción clandestina en el domicilio de Fabrice. Con la albúmina oculta entre las diversas fotografías de la carpeta, y tras desayunar frugalmente en la modesta pensión que le había dado cobijo, el norteamericano dio con el edificio siguiendo las instrucciones de la dueña.

El único modo de hallar una pista era preguntando en aquellos lugares donde los extranjeros solían acudir con relativa frecuencia: estaciones, alojamientos, tabernas y oficinas de correos. Algo que resultó mucho más complicado de lo que había supuesto en un principio.

Amén de realizar una descripción completa y detallada de la señora, Huntington insistió en el curioso objeto que esta portaba en su mano derecha: un bastón con la empuñadura de marfil cuya rica ejecución no era demasiado usual por aquella zona. Pero el funcionario, áspero y reacio a colaborar, le remitió a uno de sus compañeros: «Tal vez Aubouin sea capaz de recordar algo acerca de los clientes de los últimos días», le contestó con escasa empatía.

En efecto, la conversación con el empleado resultó de gran ayuda; no solo recordaba a la mujer que cuarenta y ocho horas antes había enviado un telegrama urgente a París, sino que él mismo la había informado del horario de salida de los trenes.

Huntington le dio las gracias y se dirigió a la estación con optimismo. Si bien al poco de llegar a la capital las cosas se complicaron más de lo previsto. Ni siquiera el uso del retrato le

servió para obtener una sola noticia de la escurridiza mujer. Los días pasaban y la paciencia se le agotaba por momentos. Solo su pasión por la hermosa ciudad le impulsaba a salir cada mañana del hotel y patearse las calles en busca de pistas.

El primer fin de semana de agosto, y tras largas jornadas de búsqueda infructuosa, el neoyorquino decidió concederse un respiro. Siguiendo la recomendación de un viejo colega de la universidad, detuvo un coche a la altura de los Campos Elíseos y le pidió al cochero que lo trasladase al cementerio del Père-Lachaise.

París contaba con varios camposantos, algunos tan célebres como el de Montparnasse, pero solo el situado en el distrito XX, e inaugurado en 1804, albergaba la tumba de Jean-François Champollion, uno de los grandes arqueólogos de la historia, considerado el padre de la egiptología por haber conseguido descifrar la escritura jeroglífica.

Huntington admiraba a Champollion desde su primera visita al Museo Británico. Aquella visión de la piedra Rosetta y las apasionadas explicaciones del profesor Knapp —quien ejerció de guía— habían convulsionado su joven espíritu. Desde entonces había hecho lo imposible por obtener toda publicación relacionada con el galo que estuviese editada en su idioma.

Caminar entre los mausoleos de personajes notables como Honoré de Balzac, Georges Bizet, Eugène Delacroix, Molière, Musset o Comte, le insufló ánimos para continuar con su misión. Mucho más al contemplar el sencillo obelisco que custodiaba los restos del egiptólogo, cuyo apellido lucía en mayúsculas acompañado del adjetivo *Le Jeune* (El Joven), por el que siempre quiso ser conocido.

Frente a la tumba de Champollion, Huntington reflexionó sobre el modo en que le gustaría ser recordado. Aún se consideraba demasiado joven para pensar en la muerte, pero no cabía duda de que tarde o temprano tendría que redactar un testamento y, tal vez, comunicar a sus seres queridos sus preferencias a la hora de ser enterrado. Tampoco se le escapó la imagen de su esquila, publicada en los diferentes diarios norteamericanos.

Fue precisamente esa ensoñación la que le proporcionó la idea de publicar un anuncio.

¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Era tan sencillo como contactar con la redacción de los principales diarios de París y solicitar la publicación del retrato de la anciana. Si alguien era capaz de proporcionar una pista sobre su paradero, obtendría una jugosa recompensa.

La tarde del martes, solo veinticuatro horas después de la aparición del primer anuncio en la prensa, un sencillo limpiabotas se presentó en la recepción del hotel Ritz reclamando su premio. A Huntington le sorprendió su facilidad para describir a la mujer sin tener la fotografía delante.

«Tal vez esté mintiendo, pero he de reconocer que es una excelente posibilidad», pensó tras escuchar atentamente su relato.

Al parecer, la señora había requerido sus servicios en la Plaza de la Bastilla, y al agacharse para iniciar su tarea con el cepillo, pudo reparar en un billete de ferrocarril que asomaba del bolso. Este tenía como destino la ciudad de Biarritz y estaba fechado para el día siguiente.

Tras abonarle la cantidad prometida, Huntington salió apresurado hacia la estación de Austerlitz, con la intención de obtener un asiento en el mismo tren que la mujer utilizaría para desplazarse hasta el sur.

Llegado a este punto, ya solo cabía esperar.

—La cosa se está poniendo fea. Habrá que bajarse, o de lo contrario nos hallaremos a expensas de la turba.

Un muchacho fornido, que se hallaba a poca distancia de su banco, hizo acopio de varios paquetes y, seguido por una joven dama, se dirigió hacia el extremo del vagón con intención de abandonarlo. Pese a no haber alcanzado aún la estación de Poitiers, un revuelo en el exterior provocó que varias personas siguiesen su ejemplo.

Huntington apoyó el periódico en el asiento de madera y sin perder de vista a la anciana miró de reojo al exterior. Esta se encontraba sentada varias filas por delante. A tenor de su aspecto, nadie diría que se hallaba envuelta en un problema de imprevisibles consecuencias.

—¿Qué ocurre? —preguntó uno de los pasajeros a través de la ventanilla.

—*Ligue des patriotes!* —vociferó con agresividad un muchacho imberbe, y a continuación soltó un puñado de panfletos, algunos de los cuales se colaron en el interior del vagón.

Huntington consiguió hacerse con uno de ellos, y de ese modo pudo confirmar lo que se temía.

Las últimas jornadas habían estado marcadas por numerosas acciones violentas a raíz del caso Dreyfus, y en los corrillos de París no se hablaba de otra cosa. Pese a no estar demasiado interesado en política, uno de los empleados del Ritz le había informado de lo sucedido.

En 1894, un capitán del ejército francés de origen judío llamado Alfred Dreyfus había sido acusado de entregar a los alemanes importantes documentos secretos. Tras ser enjuiciado por un tribunal militar, fue condenado a prisión perpetua y desterrado a la Isla del Diablo, en la Guayana Francesa. En contra de la opinión pública —que lo calificó de traidor—, la familia intentó probar su inocencia, llegando a obtener el apoyo del presidente del Senado. No obstante, la mecha ya había prendido en una sociedad cada vez más escindida.

Pasados varios años, y a tenor de un artículo firmado por Zola, se reabrió el caso. Con la aparición de los llamados *antidreyfusards* (opositores a Dreyfus), comenzaron a sucederse las manifestaciones violentas. Desde ocupaciones de hoteles a enfrentamientos con la policía, pasando por intervenciones en lugares públicos como paseos y parques. La «Liga de los Patriotas» se había fundado como un movimiento de republicanos moderados en 1882, pero a raíz del caso Dreyfus había mutado en un grupo agresivo que incluso provocaría un golpe de Estado fallido. Entre sus miembros se hallaban numerosos antisemitas, lo cual sumado a una posible excarcelación provocó la ira del grupo. Por ese motivo llevaban horas sitiando la ciudad de Rennes, donde debía celebrarse un consejo de guerra con la única finalidad de juzgar nuevamente al militar. La toma de la estación de Poitiers no era más que otra maniobra para llamar la atención.

Huntington se obligó a sí mismo a no perder la calma.

Respiró profundamente y se mantuvo en pie junto a su asiento.

La mayor parte de los ocupantes, en cuanto leyeron los papeles lanzados por el muchacho, se convencieron de la necesidad de abandonar el ferrocarril. Mientras los mayores trataban de apaciguar los ánimos de los más jóvenes y las madres hacían lo imposible por custodiar a sus hijos —inevitablemente el miedo comenzó a aflorar entre la gente—, los empleados de la Compagnie du Midi hacían sonar sus silbatos con idea de restablecer el orden.

Fue entonces cuando una de las ventanillas estalló en mil pedazos y un objeto envuelto en

llamas hizo que cundiera el pánico.

En cuestión de segundos, el fuego prendió en las paredes y comenzó a propagarse rápidamente a lo largo y ancho del vagón.

Los gritos comenzaron a volverse aterradores.

Huntington, al ver cómo el humo avanzaba sin pausa hacia su ubicación, extrajo un pañuelo del bolsillo y, tras desplegarlo completamente, se lo colocó en el rostro. Seguidamente, y con el corazón palpitando, agarró fuertemente la carpeta y trató de abrirse paso entre el público enloquecido.

Aunque varios viajeros ya habían descendido a la vía, más de un cuarto del pasaje aún se esforzaba por salir.

Pese a la negrura y el caos imperante, por suerte aún podía distinguir la silueta de la anciana, cuya cercanía a la escalerilla de salida le permitiría respirar con facilidad de un momento a otro.

Consciente de la necesidad de escapar cuanto antes de aquel infierno, el filántropo comenzó a esquivar los bultos que hombres y mujeres iban abandonando tras de sí. Aun padeciendo los efectos nocivos del monóxido de carbono —cuya inhalación le obligaba a toser repetidamente, impidiéndole ver con claridad—, logró alcanzar la salida en tiempo récord.

Pese a todo, librada la peor batalla y justo cuando se disponía a descender por los escalones que lo separaban de las traviesas, sus oídos percibieron el débil llanto de una niña. Sin tiempo para pensar, se introdujo de nuevo en el averno con el firme propósito de salvar a la criatura.

A los pocos minutos, madre e hija se reencontraban felizmente sobre la hierba. Sus atuendos, sucios y desgarrados, eran el fiel reflejo de un drama no consumado gracias a un desconocido.

XXV

*Castillo de Armainvilliers, en el corazón de Francia
Julio de 1899*

CLÉMENT ADER SIEMPRE HABÍA SIDO UN SOÑADOR. A sus cincuenta y ocho años aún seguía observando el cielo con los ojos de un niño. No en vano, en su infancia había diseñado un juguete capaz de superar a todos los de sus compañeros. A simple vista parecía una sencilla cometa, pero en realidad iba mucho más allá. Una vez elevada en el aire podía alzar a varios hombres, dándoles la oportunidad de emparentarse con los pájaros por unos segundos.

Ader soñaba y reía, reía y soñaba, y en su portentosa cabeza se acumulaban imágenes, bocetos y formas.

Alcanzada la juventud, el chico de Muret alumbró un nuevo proyecto, y durante meses se encerró en su habitación con el único afán de darle vida. Habida cuenta de las dificultades que presentaba su construcción, decidió centrarse en sus estudios de ingeniería aeronáutica, y ahí encontró las piezas que faltaban. Por aquel entonces, Francia se hallaba inmersa en la guerra franco-prusiana, el conflicto más importante librado en Europa tras las invasiones napoleónicas. Ader esperó el tiempo necesario, y al finalizar la contienda hizo entrega a la ciudad de Toulouse de un prototipo de máquina que años después revolucionaría el mundo.

Los años pasaron, y aquel modesto artefacto fue evolucionando. El notable ingeniero abandonó su trabajo en la Administration des Ponts et Chaussées y se instaló en París para dedicarse a las comunicaciones. Nuevos proyectos surgieron de su mente; entre ellos el teatrófono, un artilugio telefónico con el que los aficionados a la lírica podían escuchar cómodamente la ópera desde sus casas.

Sus ingresos aumentaron considerablemente.

Finalmente, y tras más de cuarenta años alternando sueños y proyectos, Clément Ader logró dar forma completa a su visión. Lo bautizó con el nombre de «Eole», en claro homenaje al dios del viento, pero más tarde llegaría a patentarlo con un acrónimo que pasaría a la historia: «*Appareil ailé pour la navigation aérienne dit: Avión*». (Aparato alado para la navegación aérea llamado “Avión”).

—Pese a sus logros, el pasado año el Ministerio de Guerra rompió unilateralmente su contrato de colaboración.

Eiffel pronunció estas palabras con un claro sentimiento de culpa. Toda vez que sus compañeros habían logrado entusiasmarse, aquella revelación suponía un auténtico jarro de agua fría.

—¡No es posible! —exclamó Freud, cuyo afán investigador le permitía hacerse una idea de lo que eso significaba.

—Tristemente es así —respondió el inventor, tratando de ocultar su decepción bajo el enorme mostacho que le atravesaba el rostro. Durante aquellos intensos años, su aspecto había evolucionado tanto como su creación. Mientras que el bigote crecía y crecía tratando de emular a una hélice, su cabello iba mermando hasta casi perderse en la nuca. Ader lo achacaba a la intensidad de su trabajo. Tantas ideas fluyendo en su cabeza día y noche sin una posible escapatoria...

«Finalmente han logrado despejar la maleza y emparentar con las nubes», se decía a sí mismo con resignación.

—¿Y no piensa seguir investigando por su cuenta? Estoy seguro de que habrá algún modo de financiar sus estudios. —Freud seguía sin poder creerlo.

—En un primer momento lo pensé, e incluso yo mismo busqué apoyo entre mis antiguos colegas, pero al ser un proyecto secreto nadie me tomaba en serio. Esa era la condición que puso el general Billot al firmar el acuerdo.

—Sin embargo, el pasado mes de diciembre... —Gustave Eiffel continuaba, sin querer, ahondando en la herida.

—Aquella tarde no pude soportarlo más. El «Avión III» me había supuesto noches enteras sin dormir. Todos mis esfuerzos no servirían para nada. Y todo por culpa de un vuelo que jamás debió realizarse. Los militares me presionaron pese a que las condiciones atmosféricas no eran las idóneas...

A Clément Ader se le humedecieron los ojos recordando la escena en la que quemó todos sus planos y aparatos, henchido de orgullo y de rabia.

Toulouse sintió un nudo en el estómago al contemplar al apesadumbrado ingeniero. Habría dado cualquier cosa por estar presente aquel 14 de octubre y poder captar la escena con sus pinceles. Aún podía recordar la sensación experimentada en Bruselas, mientras contemplaba un lienzo atribuido a Brueghel el Viejo. En él se recogía el fracaso de Icaro al precipitarse en el mar tras perder sus alas; un episodio mitológico que le apasionaba desde siempre.

Puccini, por su parte, había pasado de considerar vulgar y ridícula la creación del teatrón, a admirar a aquel hombre por sus logros en materia aeronáutica. Lástima que aquella aventura hubiese tenido un final tan abrupto.

—Nada de eso importa ahora mismo —espetó Conan Doyle con una inusitada alegría—. Supongo que nuestra excursión a Armainvilliers tendrá alguna finalidad más, aparte de ver ese castillo...

—De eso no le quepa duda —respondió Eiffel, guiñándole un ojo. Pese a ser el mayor del grupo, en las últimas semanas había mostrado una vitalidad muy superior a cualquier jovencito.

Lord Hampton se maravillaba al contemplarlo. Viudo y sin más aspiraciones profesionales que su afán meteorológico, el genio de Dijon era todo un ejemplo a seguir.

—Gustave lleva razón —intervino el anfitrión—. *Madame* Péreire ha tenido la delicadeza de permitirnos usar su finca para desarrollar esta experiencia. Ya lo hizo en octubre de 1890, cuando un puñado de locos pusimos en marcha el «Eole». En cierto modo, el destino ha querido que hoy volvamos a este lugar para cerrar un ciclo.

—Acaba de decirnos que en diciembre arrasó con sus inventos, ¿a qué se refiere exactamente con lo de «cerrar un ciclo»? —Toulouse vislumbró un puntito de luz al final del túnel.

—Lógicamente, a eso mismo que están pensando... —Esta vez fue el Ader más infantil quien respondió a la pregunta del artista. En unos pocos minutos su rostro había pasado del gris ceniza al rosa.

—Mi querido y admirado Eiffel —Sigmund Freud comenzó a sentirse indispuerto—, comprendo su afán por ganar, pero ¿no pretenderá que emulemos a esas criaturas provistas de alas llamadas «pájaros»?

—Por supuesto que no —respondió el francés con rotundidad. Aquella experiencia sería mucho más divertida de lo que esperaban.

—¿Quién habló de pájaros? —se sumó Ader—. Ya les he dicho que en mi época creativa me pasaba las noches en vela. ¿Y qué criaturas provistas de alas frecuentan la oscuridad, doctor Freud?

Minutos después, dos aparatosos motores de 24 CV rugían en medio de la campiña prestos a obrar el milagro. Al mismo tiempo, una pareja de hélices provistas de cuatro palas giraban con violencia desafiando a la dulce brisa que reinaba desde el amanecer.

Lord Hampton, una vez más, sonrió para sus adentros tratando de evocar la imagen de su madre. Al redactar aquel ológrafo, no solo le estaba brindando un verano inolvidable repleto de experiencias al límite, sino la posibilidad de compartirlas con un grupo de hombres que figuraría en las enciclopedias por méritos propios.

Clément Ader mostró con orgullo el único ejemplar de sus aparatos voladores que había sobrevivido al incendio. Gracias al apoyo de la viuda Péreire, cuyo marido había sido un reputado banquero, aquella locura podría tener lugar una vez más.

—Me ha sido imposible lograr que mis ayudantes estuvieran hoy aquí para compartir este momento. Se trata de gente con familia, y no olviden que estamos en pleno período estival. Pero no importa. Ya me he percatado de la fortaleza del señor Doyle así como el arrojo de su compañero Puccini. —Ambos hombres asintieron con la cabeza en señal de aprobación—. Les ruego que sigan mis instrucciones en todo momento.

Seguidamente, el ingeniero les informó de que iba a ser la primera vez que pilotase su avión acompañado. Hasta ese momento, todos los intentos los había realizado en solitario, bajo la atenta mirada de sus auxiliares así como los militares designados para evaluar los experimentos.

Nadie puso objeción a que fuese el barón quien inaugurase el asiento del copiloto. Con la ayuda de sus compañeros, el británico se aupó a lo alto del aparato con un cosquilleo en el estómago más propio de un colegial que de un miembro del Parlamento.

Freud, mientras tanto, observaba la silueta de la máquina, tratando de discernir entre la realidad tangible y los objetos oníricos presentes en sus sueños. Desde que el mundo era mundo y los primeros seres humanos abrieran los ojos al entendimiento, no había existido nadie que no

hubiese fantaseado alguna vez con la idea de surcar los aires. Él mismo, cuyo terror a los trenes le había maniatado la voluntad por conocer otras culturas, se sentía un privilegiado al poder contemplar aquello.

Cuando las alas del artilugio comenzaron a alejarse para iniciar el ascenso, Freud sintió una sana envidia por lord Hampton.

Él jamás daría su brazo a torcer, pero en cambio rememoraría durante años aquella mañana en que vio volar a dos hombres a lomos de un murciélago.

XXVI

*Palacio de Miramar, San Sebastián
Agosto de 1899*

CONCLUIDO EL ALMUERZO EN EL COMEDOR REAL, el joven Alfonso se retiró a la sala de billar, mientras que sus hermanas optaron por salir al exterior y disfrutar de los jardines.

A las cuatro de la tarde, y coincidiendo con el cambio de marea, las clases populares comenzaron a poblar la arena de La Concha —la alta sociedad lo hacía únicamente por las mañanas—, por lo que el eco de su algarabía ascendió por encima de las casetas, cruzó el ancho de la carretera hasta los raíles del tranvía y finalmente desembocó en Miramar.

Esas horas de asueto constituían el momento idóneo para dar rienda suelta a la lengua, por lo que las infantas se sumaron al pasatiempo, comentando los pormenores del día anterior, bromeando sobre esto y aquello y planificando el resto de sus vacaciones.

Tras una improvisada siesta en la butaca que le supo a gloria, María Cristina puso rumbo a la biblioteca con intención de retomar la actividad que había dejado aparcada al mediodía.

De camino, su secretario le recordó que debía despachar un par de asuntos urgentes relacionados con Madrid, por lo que la reina se desvió hasta su despacho y se sentó en el escritorio, dispuesta a cumplir con su deber.

El primero de los requerimientos procedía del Consejo de Ministros, y se trataba de un telegrama firmado por don Francisco Silvela, líder del Partido Conservador que ocupaba el cargo de Ministro de Estado desde hacía cinco meses. Ella lo leyó con atención y se aprestó a contestar.

Entonces se le vino a la mente el rostro del fallecido presidente Cánovas, con quien el ministro solía discutir a menudo.

«Pobre hombre», se dijo a sí misma, mudando el gesto, e irremediablemente reparó en su viuda, doña Joaquina de Osma y Zavala.

El último encuentro entre ambas había tenido lugar tres meses antes en La Huerta, la bella mansión que la marquesa poseía en el madrileño paseo de la Castellana.

Dicha dama, de facciones enérgicas y orígenes peruanos, se había casado a los treinta años con un hombre que le doblaba la edad, quien a su vez seguía guardando luto por su primera esposa, por lo que su relación no había sido precisamente de cuento de hadas. No obstante, doña Joaquina había aprendido a ser dichosa a su manera, llegando a alcanzar tales dotes de gentileza y

tacto social que ni sus propios allegados la reconocían.

Aquel día, mientras tomaban el té frente a la calle Serrano, Crista descubrió la afición por la literatura de la marquesa, por lo que no le resultó difícil desviar la conversación hacia unos derroteros bien distintos de los habituales: sociedad, política y religión. La americana no solo amaba los clásicos —la amplia biblioteca legada por sus padres incluía textos en inglés y francés entre los que no faltaban Byron, Keats, Dickens o Dumas—, sino que solía releerlos en sus muchos ratos libres.

Uno de sus favoritos solía descansar sobre un atril de forja situado sobre la mesa que presidía la sala. Se trataba de un volumen encuadernado en exquisita piel cuyas letras doradas rezaban: *Girart de Vienne*.

Sorprendida por no haber oído jamás ese título, doña Joaquina le informó de que su autor era un francés del siglo XII llamado Bertrand de Bar-sur-Aube, quien recogía en sus páginas algunos de los más curiosos episodios de la Edad Media. Entre ellos el amor de Roldán por la bella Alda, sin duda lo más triste y a la vez más hermoso que había leído en su vida.

Cada vez que la archiduquesa visitaba Hofburg, la hermosa residencia de la familia imperial, sentía abandonarse en una especie de viaje en el tiempo. No en vano, antes de convertirse en aquel fastuoso edificio con dos mil seiscientas estancias, sus paredes habían evolucionado desde el gótico del XII al historicismo del XIX, para acoger durante seis siglos a los integrantes de la dinastía Habsburgo.

Aquel verano de 1876, la joven Crista acababa de cumplir los dieciocho años, por lo que la tradición mandaba realizar una puesta de largo. Desde varias semanas antes, y siempre bajo la supervisión de su madre, se estaba llevando a cabo el *trousseau* de vestidos y complementos, un ritual indispensable que a ella le ilusionaba desde que era una niña.

Francisco José I, que además de emperador era un primo atento y cariñoso, quiso que el acto se realizase por todo lo alto. De este modo, madre e hija se trasladaron a Viena con el tiempo suficiente para ultimar los detalles.

«No todos los días se alcanza la mayoría de edad», le había referido el káiser en una hermosa carta repleta de cercanía, por lo que la familia imperial se mostró encantada de acogerla en una cita inolvidable.

Hasta la emperatriz Isabel de Austria —la bella Sissi—, le cedió una de sus alcobas predilectas. De este modo, Crista pudo disfrutar de un dormitorio provisto de todo tipo de lujos: desde la taracea de madera de los suelos al cristal de bohemia de las lámparas; sobresaliendo especialmente una lustrosa araña cuya belleza iluminaba la estancia aun sin ser prendida. Todo ello rematado por un conjunto de ventanas cubiertas por amplios cortinajes con increíbles vistas al exterior.

Llegada la fecha prevista, la frágil complexión de la protagonista era un auténtico hervidero de

emociones. Esa jornada se daría cita en palacio la flor y la nata del Imperio austrohúngaro, amén de otros invitados venidos de diferentes rincones de Europa, por lo que se esperaba que estuviese a la altura de su condición. Sencilla prueba para una mujer cuyo sentido del deber era consustancial a su forma de ser.

Pese a todo, la joven seguía notando un pinchazo de tristeza desde el episodio ocurrido en diciembre. En un mismo día había dicho adiós a su querido Dunant, el caballo que le había acompañado desde la infancia, y a la secreta correspondencia con su «héroe anónimo». Dos pasiones que, con total seguridad, debían estar relacionadas entre sí, puesto que ambas sucumbieron al mismo tiempo, con el consiguiente traspaso de la muchacha.

Tras un excelente almuerzo en familia a base de especialidades austríacas, entre las que no faltaron el *tafelspitz* o estofado de buey, el *wiener schnitzel*, escalope al estilo vienés, o el *kaisers-chmarrn*, un delicioso postre de crepes esponjosos que hacía las delicias del emperador, a primera hora de la tarde comenzaron los preparativos en la alcoba.

El cuarto de aseo dispuesto por Sissi contaba con una bañera de cobre galvanizado que contrastaba con las paredes tapizadas con motivos florales. El interior de dicha pieza —todo un lujo para la época— estaba acabado en estaño, con idea de proporcionarle un acabado higiénico, y una vez lleno de agua, el calor se transfería al metal, manteniéndose durante un largo período de tiempo.

Después de un buen rato sumergida aspirando el aroma de las sales, Crista embadurnó su delgada silueta con cerato de Galeno, una pomada realizada a base de cera virgen y agua de rosas que era una de sus debilidades. Esta no solo le hidrataba la piel sino que le permitía evocar a las mujeres de la época romana, algo que le entusiasmaba.

Antes de concluir con el apartado de cosmética, la joven se roció el cuello con ámbar gris, un perfume mencionado en *Las mil y una noches*, empolvó sus mejillas de un modo casi imperceptible —la reina Victoria de Inglaterra casi había desterrado el maquillaje por considerarlo «descortés»— y se relajó en manos del servicio para el toque final.

En el capítulo del cabello Crista luciría un llamativo peinado surgido de la mente de un francés, Marcel Grateau, que estaba causando furor entre las damas de toda Europa. Este, unido a su precioso vestido «de novedad» —realizado en otomán y seda bordada con numerosos lazos— le permitiría destacar entre los invitados.

La fiesta tuvo lugar en las estancias más emblemáticas de Hofburg, los Redoutensálen, construidos como salones de festejos a partir de 1705 bajo el reinado del emperador José I. Desde su inauguración, dichos recintos daban cabida, entre otras actividades, a pomposas óperas barrocas que solían deleitar a los aficionados.

Los muchos invitados que acudieron al evento —oficialmente bautizado como «gala imperial»— coincidieron en que el lujo reinante en Hofburg no tenía nada que envidiar al de otras monarquías. Fue María Teresa I de Austria, madre de dieciséis hijos y una de las figuras clave de la dinastía Habsburgo, la encargada de embellecerlo, al igual que hiciera con la residencia de verano, Schönbrunn.

Entre los hitos musicales estrenados en tan regio edificio, despuntaba la octava sinfonía de Beethoven, *La inacabada* de Schubert o la *Masquerade* de Mozart.

Aun conociendo el palacio, Crista jamás lo había visto brillar con semejante esplendor: damasco púrpura en las colgaduras, alfombras turcas rojas, vidrieras de cristal de colores, profusión de velas... No obstante, y pese a su estatus, se consideraba una más entre las múltiples debutantes que esa noche se presentarían en sociedad.

Una fanfarria de Richard Strauss dio inicio a la velada, con el salón dividido en dos por imperativo del protocolo. A un lado aguardaban expectantes el grupo de jóvenes y al otro el de los mayores, entre los que no faltaban familiares y amigos. Dada y sus otros hermanos tampoco quisieron perderse la cita.

Crista contó con el privilegio de que su primo Francisco José fuese el primero en sacarla a bailar. La tradición mandaba que el padre acompañase a su hija en la puesta de largo, pero, ante la ausencia de este, fue el káiser quien hizo los honores.

Verse sujeta por aquellos robustos brazos, rodeada del cariño de los suyos y vestida como una princesa, provocó que se le saltasen las lágrimas.

Por una vez en mucho tiempo, la recta María Cristina de Habsburgo volvía a convertirse en aquella chiquilla que dejaba volar su imaginación entre las páginas de las novelas; la misma que congelaba el tiempo al ritmo de sus párpados y hallaba la felicidad en la simplicidad de un gesto dulce o una amable sonrisa.

En suma, durante aquel giro interminable junto al más poderoso y a la vez más vulnerable de los hombres, Crista se sintió preparada para afrontar su futuro, por muy complicado que este fuese.

Tras estallar los primeros aplausos, el público se entregó a la alegría de las polonesas y, muy especialmente, los valsos. Este baile tan popular, que en sus orígenes estuvo relacionado con la *Deutsche* y el *Ländler* —danzas folclóricas surgidas en el siglo XVIII en torno a Alemania, Suiza y Austria—, llegó a estar desaconsejado por los moralistas y los médicos debido a la velocidad con la que los bailarines giraban. De hecho, el término «vals» procedía del germanismo *wälzen*, cuyo significado era precisamente «rodar».

Superado el furor de los compases iniciales —tras bailar con el emperador fue requerida por otros caballeros de la corte—, Crista se retiró junto a uno de los amplios ventanales para tomar el aire. La emoción de la noche, unida al ingente número de personas que poblaban los salones, le provocó un considerable aumento de la temperatura, de tal forma que la palidez habitual de su rostro se trocó repentinamente en rosa.

Fue entonces cuando, coincidiendo con la famosa pieza de Johann Strauss *Die Fledermaus* (El murciélago), Crista distinguió entre la masa de invitados el atractivo rostro de Emil Károlyi.

«Esta noche, no», se dijo a sí misma con gran pesar, consciente de que la presencia del joven podría alterar su estado de un modo irreversible.

Sin embargo, el heredero de Bucovina se esforzó por acercarse, con la clara intención de darle explicaciones.

—Señora, os juro por lo más sagrado que no hubo mala intención en mi desafortunado acto. Casualmente volvía de cazar, de ahí que fuese provisto de un arma. Al ver al animal desbocado,

temí que pudiese causar algún daño a vuestra familia...

—No es necesario que insista —le respondió ella, hoscamente.

—Si pudiese hacer algo por compensar vuestra pérdida... Cualquier cosa...

En los últimos seis meses, Károlyi había hecho lo imposible por verla, pero ella siempre trataba de evitarlo esgrimiendo toda clase de excusas.

—¿Aceptaríais uno de mis potros? —insistió con ánimos renovados—. La última camada de caballos alemanes ha resultado increíble. Permitidme enmendarlo, os lo suplico.

—Gracias, duque, pero ¿acaso es posible restituir a un ser querido que se ha marchado para siempre? —Crista susurró estas palabras con tal sentimiento de rencor que borró de un plumazo cualquier atisbo de esperanza.

Lo que Emil no sabía es que, al margen de la desaparición de Dunant, la joven se lamentaba por la marcha de Lennart, uno de sus criados más fieles. Este, al ver disparar a Károlyi contra el indefenso animal, se lanzó furioso y lo arrojó al suelo. Una acción que, irremediamente, fue castigada con su expulsión inmediata de Gross-Seelowitz.

Pese a las súplicas del resto del servicio, Károlyi se negó a interceder en su favor, consciente de la humillación a la que había sido sometido.

Crista, cuya huida desesperada la libró de asistir a tan desagradable escena, se enteró de la noticia varias horas después, por boca de su madre. A esas alturas, el pobre lacayo ya había abandonado el palacio junto a su hermana, y ambos deambulaban en busca de un destino incierto.

—Disculpe mi intromisión, pero su majestad imperial reclama a la archiduquesa. —Dada, cuya simpatía por Károlyi era evidente desde el primer día, se disponía a librar a su hermana del apuro sin ni siquiera proponérselo.

—Por supuesto —respondió el joven, azorado. Y a continuación ejecutó una reverencia en señal de despedida.

Ciertamente, Francisco José deseaba comunicarle a su prima una importante noticia, y para ello no dudó en congregarse a su familia al completo.

—Queridísima María Cristina —comenzó a decir con solemnidad—, sabes de nuestros desvelos para con tu felicidad. Por lo que, a la vista de tu completa formación y capacidad para afrontar los retos, he decidido proponerte para un puesto distinguido en el corazón de Bohemia.

Crista miró a su madre, que aguardaba expectante a la izquierda del káiser, y a continuación posó los ojos en la radiante Sissi, cuya belleza no tenía parangón. Ambas le devolvieron una sonrisa de complicidad.

—La próxima semana viajarás a Praga para ponerte al frente del Capítulo de Damas Nobles, en el castillo de Hradshin. Es mi voluntad que recibas el título de Canonessa, el más importante de esa noble institución. ¿Qué te parece?

La muchacha volvió a buscar con pericia los rostros de sus seres queridos. Esta vez con la intención de obtener su beneplácito.

Al ver cómo se les había iluminado el rostro tras escuchar la noticia, inspiró un poco de aire y respondió con la mayor cortesía:

—Me siento muy honrada de que su majestad imperial haya pensado en mi humilde persona para desempeñar ese cargo, y por tanto solo espero estar a la altura de mi designación. Gracias

por vuestra generosidad.

—Gracias a ti, querida prima, por poseer tantas y variadas virtudes.

Esa madrugada, Crista fue incapaz de conciliar el sueño. Había experimentado tal variedad de sensaciones que su joven espíritu se hallaba desbordado.

Quizás por esa razón no fue capaz de reparar en la cuartilla doblada que descansaba sobre el tocador.

Tuvo que ser al día siguiente, mientras el sol comenzaba a iluminar los perfiles de la delicada Viena, cuando pudo leer su contenido. Tras más de medio año sin recibir una misiva, aquellos trazos de tinta negra sobre immaculado papel la reconciliaron con unos sentimientos que creía olvidados:

«Carlos, el rey que es dueño de Francia, no habrá de perder palafrén ni corcel, mulo ni mula para cabalgar, ni tampoco caballo de silla ni de carga que no haya sido defendido con la espada».

XXVII

*Hotel du Palais, Biarritz
Agosto de 1899*

HENRI DE TOULOUSE-LAUTREC JAMÁS HABÍA SIDO un hombre de acción. Para hallar una sola hazaña en medio de tan tormentosa vida había que acudir a sus meses de internamiento en el sanatorio parisino de La Folie Saint-James. Por dos mil francos al mes, los cincuenta pacientes que podían permitirse el lujo de ingresar quedaban a expensas de ellos mismos, pues para los doctores Dupré y Leglos —celosos guardianes y responsables de la rehabilitación del pintor— para un alcohólico crónico el único remedio era la desintoxicación forzosa.

Por eso, cuando a inicios del mes de agosto las cartas se pusieron sobre la mesa y Toulouse hubo de revelar su plan, a nadie sorprendió que este consistiese en un retiro a un hotel de lujo en la costa de Aquitania.

Más allá de la belleza de la región, el hecho de que la experiencia tuviese lugar en Biarritz en vez de París —escenario habitual de sus correrías— obedecía a una razón simple: cuanto más alejado estuviese de su hábitat natural menos control ejercerían sobre él sus parientes. De hecho, ni siquiera Berthe iba a tener constancia de su paradero, pues a poco que recibiese información, la pondría en conocimiento de Adèle, su sufrida madre.

El plan era bien sencillo. Tras el viaje en tren, los componentes del grupo se registrarían en el Hôtel du Palais bajo un nombre falso, accederían a sus habitaciones y esperarían instrucciones por parte del pintor.

Este había movilizado a sus mejores contactos en la capital. Al existir un fondo económico lo suficientemente amplio —el testamento de *lady* Hampton así lo contemplaba—, disponía de total libertad para organizar la velada a su antojo. En este sentido, Toulouse disfrutó como un niño encargando el pedido: bebidas de importación, músicos de primerísimo nivel y, por supuesto, un selecto grupo de señoritas. Si aquella experiencia iba a suponer el colofón de su aventura por Europa, no había mejor modo de celebrarlo que compartiendo unas horas con lo más granado del género femenino.

Para ello contaba con el apoyo de su estimada Gabrielle, la «*madame*» de Montmartre con la que llevaba años compartiendo cama y confidencias. Nadie como la oronda parisina conocía sus

gustos en materia sexual, de ahí que le confiase la parte más delicada de su plan.

«Además de hermosas, procura que sean discretas», le había transmitido semanas antes. A fin de cuentas, se trataba de personajes relevantes de la sociedad, cuya reputación estaba en juego.

Gabrielle, como la consumada experta que era, no hizo preguntas y cumplió su parte del trato. A la hora acordada, una docena de chicas de las más diversas procedencias harían su entrada en la estancia, debidamente acicaladas y con el único fin de satisfacer a los hombres.

En principio debían prestarse a bailar, reír, beberse unas copas y, en suma, lograr que la fiesta fuese lo más placentera posible. Lo que ocurriese después ya dependía de cada uno.

Toulouse, cuyas dotes de observación eran más que notables, intuía que, *a priori*, la mayor parte de sus compañeros rechazaría la propuesta. No solo se trataba de figuras respetables sino que muchos de ellos estaban casados. Empero, confió en que la presencia de aquellas «maestras del lenocinio», como le gustaba llamarlas, no les incomodasen demasiado.

La irrupción en el recinto fue solo el preámbulo de una noche que quedaría grabada a fuego en la memoria de todos los participantes. El salón, auténtico ejemplo de ostentación por parte de sus constructores, era un desafío al buen gusto. Nada quedaba a expensas de la imaginación, y el *horror vacui* se había apoderado de cada rincón con ánimo de desarbolar a sus visitantes.

Sobre la amplia pared orientada al sur se alzaba majestuosa la soberana de Inglaterra, en un retrato del día de su coronación, copia exacta del original de Winterhalter.

Henri, pese a ser francés, había pedido expresamente que la sala estuviese dedicada al Imperio británico, con objeto de que lord Hampton se encontrase lo más a gusto posible. De ahí que los responsables del establecimiento les ubicasen en el salón Victoria, cuyo nombre pretendía rememorar la visita de la reina en marzo de 1889. En este sentido, la combinación llegaba a resultar ecléctica, pues al abusivo uso del rococó había que sumar algunos detalles puramente Victorianos, como los candelabros de cristal pintados a mano que adornaban los muebles o el conjunto de cuadros con escenas de caza que salpicaban una de las paredes. Al no tratarse de una fiesta en el sentido estricto de la palabra —más bien de una agradable velada en compañía—, Toulouse había desechado la posibilidad de acceder a un lugar más amplio y desangelado, por lo que la estancia resultaba idónea.

Félix Mayol había debutado en el teatro a los seis años. Al pertenecer a una familia de cantantes aficionados y actores, su vinculación al mundo del espectáculo era consustancial a su forma de ser. Nacido en la Provenza y formado en Marsella, su verdadero despunte había tenido lugar en París cuatro años antes.

Toulouse lo conoció por casualidad en un local del barrio de Montparnasse, el Concert Parisién, y en cuanto lo vio supo que se convertiría en un mito. No era únicamente su estilo afectado y provisto de ademanes —que le hacían parecer afeminado—, o la picardía de sus canciones al modo cabaretero en las que nunca faltaban referencias a prostitutas y encuentros sexuales, sino que su propio físico ya le condicionaba. «*Partiste au toupet rouquin*» dieron en llamarle en clara referencia a su tupé pelirrojo, cuya disposición inverosímil le catapultó a la fama.

Para inaugurar su intervención, Toulouse pidió al artista que interpretase la célebre pieza *La Paimpolaise*, compuesta por Théodore Botrel y que nunca faltaba en su repertorio:

*Me encanta Paimpol y su acantilado,
su iglesia y su gran perdón;
y especialmente la «Paimpolaise»,
quien me regala su amor bretón.*

Sigmund Freud, nada más acceder al salón, fue consciente de que aquel no era su sitio, pero ante la insistencia de sus compañeros accedió a tomarse una copa y permanecer al menos un rato.

Eiffel, por el contrario, a sus sesenta y siete años se sentía como un efebo al que permitían colarse en un baile. No solo se dejó llevar por lo desenfadado de la música, sino que se atrevió a probar todo tipo de bebidas, muchas de las cuales le provocaron un intenso dolor de cabeza.

Doyle, por su parte, comenzó la noche apoltronado en un sillón junto al barón, completamente ajeno al ruido provocado por las chicas. Solo la presencia de estas ya delataba las oscuras intenciones del pintor.

—¿Podíamos esperar otra cosa? —le espetó el escocés a su adlátere, tras ingerir un sorbo de *whisky*—. Lautrec, además de un auténtico genio, es un buen tipo, pero sus vicios terminarán por condenarlo.

—En efecto, es una verdadera lástima —le respondió lord Hampton—. Como dijo Tomás de Aquino, «el pecado ofende a Dios lo que perjudica al hombre».

Cuando las notas musicales se fueron elevando y el alcohol comenzó a fluir con mayor rapidez e intensidad, las mujeres se mostraron más abiertas.

Puccini se dejó engatusar por dos de ellas y, ante la inquisitiva mirada de Freud, las siguió hasta uno de los ventanales para seguidamente ocultarse tras la cortina. Dado que los movimientos de la misma llamaban la atención y que las risas de las féminas cada vez resultaban más estridentes, el austríaco extrajo el enésimo puro del traje y se dirigió al rincón donde se ubicaban los licores. Pese a su rostro huraño, hubiese dado cualquier cosa por estar en la piel del italiano en esos momentos.

Leonard Bags se situó a escasos metros de los protagonistas, tratando de mantenerse al margen. Su condición de árbitro así lo exigía. Únicamente accedió a tomarse una copa de *brandy* por insistencia del barón.

—¡Anímese, hombre! —exclamó el inglés levantando su copa con la intención de brindar—. Y no olvide que estamos cumpliendo la voluntad de mi santa madre...

—Desde luego, milord.

Alcanzado el ecuador de la madrugada, Toulouse propuso un curioso juego. Al igual que solía hacer en Montmartre, invitaría a las chicas a despojarse poco a poco de sus ropas y posar como modelos. Pero esta vez no habría un único lienzo.

Dado el carácter desenfadado de la cita, y siguiendo los consejos del artista, las mujeres habían acudido disfrazadas, por lo que la diversión estaba asegurada. Mientras una mostraba los muslos bajo un tutu de bailarina, otra exhibía el pecho con el ligero atuendo de una venus.

También había referencias al mundo oriental e incluso al católico. Una muestra más de la mente lúbrica del organizador.

Pese a sus reticencias iniciales, tanto Doyle como el barón se sumaron al ejercicio. Únicamente se trataba de empuñar un pincel y reflejar aquello que viesan en la blancura de la tela.

Eiffel y Puccini demostraron sus aptitudes desde el primer momento. Teniendo en cuenta que a esas alturas de la noche el licor corría por sus venas de una manera incontrolada, fueron capaces de esbozar la carnosidad de las damiselas de un modo bastante digno.

Freud se mantuvo en sus trece hasta que una de las chicas se le acercó por detrás y le arrebató la copa. Después de musitar unas estimulantes palabras en su oído, el doctor tomó posición y se dispuso a participar.

El resultado del experimento, pese a su complejidad, hubiese sorprendido a cualquiera. Y es que a las escasas pautas facilitadas por Toulouse había que sumar el estado de embriaguez en que se encontraba la mayoría. Lástima que aquellas «obras de arte» fuesen tan efímeras como las muecas de Mayol a poco de entonar los bises.

Antes de perder la conciencia por completo, el anfitrión hizo acopio de los cuadros y se los entregó a una de las chicas, con idea de que los hiciese llegar a Gabrielle. Seguramente ninguno de ellos recordaría con precisión lo ocurrido en el salón Victoria, pero al menos habría un testimonio gráfico de aquella bendita locura.

TERCERA PARTE

«Estar preparado es importante, saber esperar lo es aún más, pero aprovechar el momento adecuado es la clave de la vida».

ARTHUR SCHNITZLER

«El hablar que no termina en acción, mejor suprimirlo».

THOMAS CARLYLE

«La inteligencia busca, pero quien encuentra es el corazón».

GEORGE SAND

XXVIII

*Hotel du Palais, Biarritz
Agosto de 1899*

UN HALO DE LUZ PROCEDENTE DEL PASILLO SE DESLIZÓ expeditivo hasta el salón Victoria, proyectando la silueta del recién llegado. Como si de un puñado de infantes se tratase, todos los miembros del grupo se arremolinaron en torno a él, provocando una situación irremediablemente cómica. Tal era la expectación por conocer su historia, así como el origen de la albúmina que portaba, que incluso se atropellaron a la hora de enunciar las preguntas.

Por fortuna, el director del hotel recondujo la situación y, tras apaciguar los ánimos con una diplomacia digna del mejor embajador, tomó la palabra:

—Vayamos por partes —inició con contundencia, al tiempo que hacía un gesto con la mano a Bags para que iluminase la estancia—. Ante todo, debería presentarles...

—No se moleste. Puedo hacerlo yo mismo —atajó el recién llegado, a lo que Gaillard respondió con un gesto de asentimiento—. Mi nombre es Archer Milton Huntington y soy norteamericano.

—¿Ha dicho Huntington? —profirió Doyle con entusiasmo—. ¿El Huntington de los astilleros Newport? ¡Es un placer conocerle! No sabe cuánto admiro a los hombres como usted. Hace poco leí un reportaje en el *Daily Mirror* sobre...

—Lo siento mucho, pero me temo que usted se refiere a mi padre adoptivo, Collis Potter Huntington —le interrumpió con una sonrisa de condescendencia, y seguidamente estrechó su mano—. No obstante, le agradezco el cumplido.

—¡Oh, vaya! Disculpe mi torpeza. Es evidente que usted es bastante más joven.

El escocés se ruborizó sin remedio, provocando la sonrisa de todos, a excepción de Sigmund Freud, cuya incomodidad iba en aumento.

—Es habitual que nos confundan. Mi padre no es demasiado amante de los retratos, de ahí que su imagen no suela aparecer en la prensa —aclaró con amabilidad—. Sin embargo, yo estoy completamente seguro de quién es usted. Tuve ocasión de escucharle en Vermont, durante su gira por los Estados Unidos. Rudyard Kipling no pudo estar más acertado al invitarle. ¡Y toda Nueva Inglaterra al recibirle! Sin duda el placer es mío, señor Doyle.

—*Molto bene* —irrumpió Puccini, tratando de superar el dolor y los mareos desde su retiro en

el sofá. Pese al enorme golpe recibido en la cabeza, volvía a recobrar el sentido—. Resulta muy... estimulante conocer gente nueva, pero les recuerdo que nos hallamos con la soga al cuello.

De inmediato, Freud corrió a su lado para comprobar el estado en que se encontraba. El paño de agua fría aplicado por Doyle parecía haber surtido efecto.

—No se esfuerce por hablar —le recomendó el doctor con tacto—. De hecho, lo mejor sería que no se incorporase de momento. La conmoción ha sido muy fuerte...

—¿Qué le ha pasado? —preguntó el norteamericano, sorprendido.

—Digamos que ha sufrido un «pequeño» accidente —aclaró Toulouse con tiento.

Y a continuación su compatriota Eiffel añadió, no sin cierto sarcasmo:

—Como puede ver, hemos estado bastante entretenidos.

—¡De eso no cabe duda! —reconoció Doyle, e inmediatamente volvió a fijar su atención en el visitante—. Aunque deberíamos ir al grano, y para ello es necesario que nos explique el motivo de su presencia aquí.

—Por supuesto —contestó Huntington dando un paso al frente. Seguidamente les reveló el porqué de su viaje a Europa así como los pormenores de su estancia en tierras galas.

Todos los hombres escucharon con atención el relato, e incluso Bags tomó algunas notas. Lo más sorprendente fue conocer que su irrupción en el salón Victoria había sido fruto de la casualidad.

Tras el incidente del tren —donde la misteriosa anciana había desaparecido como por arte de magia— Huntington se puso manos a la obra en Poitiers, logrando convencer a uno de los empleados de la estación para que le revelase el destino de aquella dama, a cambio de unos francos. Este no tuvo más que observar la imagen impresa en el papel para reconocer a la señora, que acababa de adquirir un billete para Burdeos. De ahí, y pese a perderle de nuevo la pista por culpa de un inoportuno retraso, llegó hasta Biarritz siguiendo su rastro. Fue entonces cuando, exhausto por el viaje, decidió tomarse un respiro y alojarse en el Hôtel du Palais. Casualmente, mientras curioseaba por los amplios pasillos del establecimiento como un turista más, el ruido del cinematógrafo llamó su atención.

—¿Y dice usted que el libro estaba oculto en una antigua abadía? —preguntó un intrigado Freud, tras presentarse debidamente.

—Así es —respondió Huntington escrutando su alargado rostro—. Lo cual no debe resultarles extraño. A causa de las expurgaciones decretadas por la Inquisición romana, muchos optaron por deshacerse de sus volúmenes arrojándolos al fuego. Por fortuna también hubo valientes, como esos inquilinos de Froidmont, cuya sed de conocimiento se erigió por encima de las persecuciones. El destino ha querido no solo que la biblioteca haya permanecido oculta hasta este momento, sino que mis pasos me hayan traído hasta aquí. Ahora debemos averiguar qué esconde ese libro, por el cual hay gente dispuesta incluso a matar.

—¿Por qué dice eso? —se revolvió Toulouse, cuyo síndrome de abstinencia le provocaba un sudor tan enojoso que le impedía permanecer sentado con holgura—. Que yo sepa, nadie ha mencionado ningún crimen... hasta ahora.

Gaillard miró con desprecio al hombrecillo, consciente de que acababa de destapar, sin pretenderlo, la caja de los truenos. Por ello no dudó en intervenir:

—El señor Huntington se refería al asesinato del fotógrafo francés, ¿no es así? —fingió sin demasiada convicción.

—Es inútil que disimulemos —injurió Doyle—. Si como dice nuestro amigo norteamericano, todo esto es «obra del destino», lo mejor será poner todas las cartas sobre la mesa.

—Estoy de acuerdo con el doctor —expresó Eiffel, arrimándose sin complejos.

Dicho esto, el grupo accedió a que el escocés expusiese el relato de la mujer asesinada y posteriormente desaparecida. Con la venia del gerente, este reconstruyó la escena del crimen al más puro estilo Scotland Yard, utilizando incluso a sus compañeros para hacerla más accesible.

A su finalización, Huntington se tomó unos segundos y con gesto decidido extrajo su lujoso reloj Hebdomas del bolsillo del traje.

—Si están en lo cierto, desde este momento tenemos cuarenta y siete horas, veintitrés minutos y ocho segundos para resolver el misterio.

—¿Y qué propone que hagamos? —preguntó Toulouse, notablemente aliviado al comprobar que su metedura de pata no había supuesto un estorbo.

—Actuar —respondió el recién llegado—. Y hacerlo cuanto antes.

—Me temo que no le sigo —rezongó Bags, rascándose la cabeza.

—Es evidente que la persona que sustrajo el libro de Hermes es la misma que ha montado este circo. Y eso suponiendo que trabaje en solitario...

—¿Se puede saber qué tenemos que ver nosotros con eso, señor Huntington? —Un enojado Puccini, cuyas mejillas ardían como brasas, trataba a duras penas de alzarse del sofá—. Me cuesta creer que alguien sea capaz de asesinar a dos personas y malherir a otra por un simple libro. No sé si se ha percatado del vistoso hematoma que adorna mi cabeza...

—Siento no poder responder a su pregunta, señor Puccini —respondió Huntington apesadumbrado—, pero desde este mismo momento me comprometo a ayudarles en todo aquello que esté a mi alcance. Algo me dice que el libro no es más que una simple pieza del rompecabezas.

—De eso no cabe duda. Las imágenes proyectadas hablan por sí solas —dijo Freud, tomando sin permiso la libreta del secretario—. Por lo pronto, propongo que nos dividamos por parejas para buscar a la anciana. Biarritz no es tan grande...

—¡Buena idea, doctor! —concedió Eiffel, deseando sumarse a la acción.

—Yo empezaría por rastrear los alojamientos. —Toulouse se mostró entusiasmado ante la posibilidad de abandonar su encierro. De ese modo tendría opciones de respirar aire puro e incluso visitar a hurtadillas alguna que otra taberna para apurar una copa—. ¿Se apunta, Doyle?

—¡Un momento! —les interrumpió Gaillard, utilizando un tono de correcta gravedad—. Siento tener que decirles esto, pero... ¡de aquí no se mueve nadie!

—¿¿¿Cómo??? —preguntó el italiano, posando los pies en el suelo no sin cierta dificultad.

—Hasta que se demuestre lo contrario, ustedes son sospechosos de asesinato; y aunque me confieso un ferviente admirador de todos y cada uno, como director de este hotel debo velar por su buen nombre. Si no he acudido a la gendarmería ha sido por prudencia, ya que sus apellidos son lo suficientemente importantes como para provocar un escándalo de proporciones astronómicas. Pero desde este instante les advierto que no cederé un ápice.

—¿Cómo se atreve? —le increpó Toulouse, cuya mente ya evocaba el ansiado momento en que empuñaría la botella de licor. Fantasía que, tras el discurso de Gaillard, se acababa de diluir como una suave acuarela.

—¡Cállese! —le reprendió Freud con gesto fulminante—. El señor Gaillard lleva razón. La

presunción de inocencia no es motivo suficiente para permitirnos abandonar el hotel. Me temo que, aunque no nos agrade lo más mínimo, debemos permanecer aquí.

—Una idea estupenda, doctor, pero ¿acaso ha olvidado que posiblemente estemos asistiendo a nuestras últimas cuarenta y siete horas? Si ese artefacto es un explosivo, nuestros apellidos pasarán a la historia, pero por una razón muy distinta a la que desearíamos. —Puccini, pese a lo aparatoso de su estado, no podía contener la ira—. Yo no sé ustedes, pero puesto a elegir prefiero dejar este mundo rodeado de señoritas como las de anoche. ¿Ellas también son sospechosas, señor Gaillard? —remató con excesiva sorna.

—¡Lo que nos faltaba! —rugió Eiffel, tras escuchar la última frase del italiano.

—¿Quién es usted para retenernos aquí? ¿Con qué derecho pretende encerrarnos? —se lamentó el pintor—. Me lo habría esperado de cualquiera menos de un compatriota. ¡Maldito traidor...!

—¡Calma, calma! —medió el escocés, con habilidad—. Opino lo mismo que el doctor Freud. El señor director ha sido muy comprensivo con todos nosotros. A nadie favorece la situación, pero no por ello debemos caer en descalificaciones personales. Debe haber algún modo de solucionar este problema. Si bien es cierto que el salón está lleno de sospechosos, también se encuentra entre nosotros una persona libre de esa carga. Por supuesto me estoy refiriendo al señor Huntington.

—No se equivoca, señor Doyle. —Gaillard trataba de recobrar la calma tras la tensión vivida segundos antes—. Y créame que siento haber tenido que recurrir a esto...

—Déjelo. Lo último que necesitamos son explicaciones. Más vale pensar en un plan de actuación; el tiempo se agota. Si el señor Huntington realmente pretende ayudarnos, ¿qué mejor forma de hacerlo que saliendo al exterior en busca de respuestas? De otro modo nos será imposible poner fin a esta locura.

—Cuenta con ello, señor Doyle. —Huntington se mostró más firme y decidido que nunca—. Tras analizar las notas del señor Bags, estoy convencido de que, además de marcarnos unas pautas horarias, las imágenes que hemos visto en la pantalla incluyen varias pistas que debemos desentrañar.

—Yo he pensado lo mismo. —Doyle se acercó hasta Freud y tomó la libreta de sus manos—. Después de escuchar el relato de su viaje, he llegado a la conclusión de que esa misteriosa anciana, al contrario de lo que pudiera parecer, realmente pretendía que la siguiera.

—¿Usted cree? —preguntó asombrado el norteamericano.

—¿Existe otra explicación?

Entonces el escritor esbozó su teoría.

—Ese libro debe ser una especie de atlas o mapa iniciático. Un valioso documento que, tras siglos oculto, ha visto la luz en el momento adecuado. Y digo «adecuado» porque la persona que se ha hecho con él debía conocer previamente su existencia. ¿No le parece? —Doyle lo miró fijamente a los ojos.

—¡Claro! —asintió Huntington—. Ahora entiendo por qué de entre todos los volúmenes aparecidos en la abadía, Fabrice solo se interesó por ese en concreto. Por muy abogado que fuese, ese hombre no podía tener conocimiento de su valor, a no ser que alguien lo hubiese puesto en antecedentes. La misma persona que luego acabaría con su vida...

—Una jugada maestra, sin duda —intervino Freud—. Alguien oye hablar de una biblioteca

emparedada, consigue acceder a las instantáneas de su hallazgo y encarga al propio fotógrafo que sustraiga un volumen concreto. Luego, para no dejar rastro, quita a este de en medio...

—Acierta en todo menos en un detalle, doctor —advirtió Huntington.

En ese momento, todos los presentes se volvieron con intención de escudriñar el severo rostro del austríaco. Que un joven tuviese la osadía de contradecir al gran Sigmund Freud suponía toda una novedad.

Sin embargo, y pese a lo que cabía esperar, el doctor mantuvo la calma, extrajo un cigarro de su chaqueta y, mientras prendía la cerilla, señaló con naturalidad:

—¿En qué me he equivocado, muchacho?

Huntington recogió el guante con elegancia y, tras posar sus ojos sobre la efigie de la reina Victoria, le respondió muy seguro:

—Sí que dejó rastro, y probablemente a propósito, tal como insinuó el señor Doyle.

—¿La albúmina! —exclamó Eiffel con los ojos abiertos como platos.

—¡Exacto! Esa mujer se dejó retratar a propósito por el fotógrafo. Luego se dejó ver por el pueblo, e incluso permitió que el empleado de la estación memorizara su rostro. Todo con un objetivo. —Doyle estaba eufórico—. Atraer la atención del señor Huntington y, por extensión, de todos nosotros.

—¡Dios santo! ¿Para qué? —Puccini no conseguía entender el mensaje.

—Para que la ayudásemos a encontrar el tesoro —sentenció—. ¿Acaso no han leído la novela de mi amigo Robert Louis Stevenson?

—¿Cómo? —Al oír la palabra «tesoro», el pequeño cuerpo de Toulouse-Lautrec experimentó una sacudida tan grande que hizo tambalearse a Eiffel.

—Dudo que el tal «Carlomagno» haya recorrido Francia simplemente para admirar el paisaje —maduró Doyle, juntando las puntas de sus dedos—. ¿Verdad, joven?

Huntington curvó suavemente la boca y mostró una sonrisa de satisfacción tan rotunda como sus modales. Luego se acercó hasta el director del hotel y le susurró algo al oído.

Segundos después abandonaba la sala con una idea fija en la cabeza.

Si el ejemplar de Froidmont era en realidad un mapa del tesoro, él tendría que convertirse en el intrépido Jim Hawkins, embarcarse en «La Hispaniola» y poner rumbo a la Isla del Esqueleto.

XXIX

*Palacio de Miramar, San Sebastián
Agosto de 1899*

EN CUANTO LA VIUDA DE CÁNOVAS MENCIONÓ el nombre de Roldán, a María Cristina se le iluminaron los ojos. Fue entonces cuando, tras revelarle la historia de su admirador anónimo, la marquesa le hizo prometer que haría lo imposible por rematarla.

Sorprendida por el arrojito de doña Joaquina, ella le respondió que, de tener la oportunidad así lo haría, pero en cuanto hubo abandonado la mansión con destino a la plaza de Oriente, supo con certeza que su historia no tendría un final feliz.

¿Cuándo y de qué manera podría cerrar un capítulo cuya génesis se remontaba a más de veinte años atrás?

Si el responsable de aquellas extrañas misivas era quien ella intuía, ya nunca podría obtener una respuesta.

Agobiada por el calor de la tarde, la reina se levantó de su escritorio y deslizó la mano hasta el marco de la ventana, con intención de abrirla.

Nada más hacerlo, un soplo de aire fresco penetró en la estancia, se deslizó por entre los muebles y despejó sus sentidos por completo.

¿Y si se trataba de otra persona?

Durante años había dirigido sus sospechas hacia un único destinatario, sin ni siquiera plantearse otra opción.

¿Se estaba equivocando, tal vez?

Si había alguien en el mundo capaz de despejar sus incógnitas esa era la archiduquesa de Austria Este.

O lo que era lo mismo: su querida hermana Dada.

Crista posó sus dedos sobre la cruz estrellada, la misma que su tío le había concedido hacía

poco más de dieciocho meses, y al instante sintió que se transportaba, como un cometa que surca la oscuridad, hasta el día de la ceremonia. Nunca antes había experimentado una sensación tan compleja. Desde su llegada al palacio real de Hradschin, en el otoño de 1876, sus cinco sentidos habían estado consagrados a la institución de Nobles Damas Canoneras fundada por la emperatriz María Teresa a mediados del siglo XVIII, por lo que tan siquiera había dispuesto de tiempo para evocar los detalles de aquella jornada, y mucho menos detenerse a contemplar una instantánea del momento.

La noche en que el cardenal Federico de Schwarzenberg le impuso los atributos de abadesa había sido especial por diversas razones. De inicio pudo escuchar su nombre completo por primera vez ante un gran público: «María Cristina Desideria Enriqueta Felicitas Rainiera».

Asimismo había estado arropada por toda su familia, amigos y conocidos, que habían llorado y reído a partes iguales. Y por si fuera poco, había recibido una renta de veinte mil florines anuales, la cual destinaría a hacer más cómoda la vida de su madre. Esta había visto mermar considerablemente su economía en los últimos tiempos, solo en los festejos de la toma de posesión, Isabel había gastado mil quinientos.

Desde ese momento podría ocupar un lugar preferente en todas las solemnidades, sentarse bajo un dosel y vestir una capa negra forrada de armiños; e igualmente portar las correspondientes condecoraciones, el anillo, la corona principesca y el báculo pastoral.

También estaba en su mano proponer al emperador los nombramientos en terna de las prebendas vacantes. Y por supuesto, dar posesión a las nuevas Canoneras.

Completamente absorta en sus pensamientos, y pese a tener abierto el amplio ventanal de su gabinete, Crista no reparó en el particular sonido de los caballos que, al golpear la tierra con sus cascos, anunciaban la llegada de una carroza. Esta acababa de detenerse a las puertas del inmenso castillo, cuyos muros lucían orgullosos los signos de su ya dilatada tradición—desde una sencilla fortaleza de madera de la Alta Edad Media a un lujoso recinto reconstruido tras un incendio en el XVI— y que ahora daba cobijo a un buen número de muchachas de la nobleza bohemia, con al menos dieciséis antepasados de clara y evidente estirpe.

Dicho vehículo, en cuyas portezuelas grabadas en oro podía verse el escudo de los Habsburgo, transportaba un grupo de distinguidas señoras cuyo pasatiempo habitual consistía en iniciar largos diálogos sobre modas y telas, en los que nunca faltaban un comentario punzante para tal o cual dama, o un recuerdo a las extravagancias extranjeras.

Entre todas ellas, y pese al alborozo reinante, había una que permanecía en silencio, asintiendo y negando a sus compañeras sin prestarles demasiada atención, y buscando con ahínco las palabras adecuadas con las que transmitir una de las noticias más importantes de su vida.

Depositada la cruz de diamantes en su lugar correspondiente, junto a la banda que reconocía su título, Crista se palpó el cuello con delicadeza, tratando de revivir aquel mágico diez de octubre, cuando todas las fibras de su cuerpo se estremecían por la emoción.

Fue tal el frenesí de aquella tarde, que hasta el bueno de Winter—el retratista de Praga que había inmortalizado el momento— tuvo que prestarle su pañuelo para que se secase el sudor de

las manos antes de tomar el bastón y posar. En esos momentos pesaban más sus escasos dieciocho años que su condición de archiduquesa de Austria.

Nunca había lucido tan majestuosa.

Pese a la oscuridad del muaré con que estaba confeccionado el vestido, su rostro ovalado, en cuyo núcleo se alzaba una nariz aquilina de línea correcta, quedaba cercado por dos tirabuzones castaños que caían en cascada sobre los hombros, firmes y rectos, como su semblante.

Crista conocía sus limitaciones desde pequeña, y aunque jamás se había considerado una chica bonita, aquel día su talle fino y esbelto, a juego con su porte gentil y su aire de modestia, le habían hecho sentirse como una auténtica diosa caminando entre nubes.

No en vano, Hradschin estaba vinculado desde antiguo a la esotérica corte de alquimistas y magos que el emperador Rodolfo II había instalado en el Seiscientos, por lo que sus salones y pasillos desprendían un embrujo especial que envolvía a la muchacha tanto de día como de noche. A ello contribuía el ambiente velado en que solía estar sumido el palacio, bastante alejado de la luminosidad de Hofburg o Schönbrunn —el Versalles vienés en el que su familia había veraneado en incontables ocasiones—. Aun siendo un lugar imponente, las habitaciones solían encontrarse por lo general sumergidas en tinieblas. Ello se debía a la combinación de pesadas maderas cerrando los balcones, vidrieras en las puertas y cortinajes corridos, lo cual favorecía una constante atmósfera de semipenumbra.

Todavía se hallaba ensimismada, cuando unos pasos sobre el entarimado la pusieron en alerta. Se trataba de su chambelán, que entre otras funciones se encargaba de introducir a las damas que debían ser recibidas por orden de rango.

Contrariamente a lo que se podía pensar, la institución de Nobles Canonisas no era ni mucho menos una orden monástica, pese a que en su lema figurasen los títulos de «Convento» y «Capítulo». El objeto de su fundación por parte de la reina María Teresa —la única mujer en gobernar en solitario los dominios de los Habsburgo—, fue evitar ese espectáculo doloroso que ofrecía la grandeza caída. Ningún infortunio oprimía tanto el ánimo como ver al poderoso en la aflictiva e impotente desgracia. Merced a su deseo, desde 1775 encontraron refugio hasta treinta damas de la nobleza austríaca que por azares desdichados de la vida habían perdido su fortuna. La entrada en la institución significaba la posesión de una voluntad libre, y por esto se exigía la edad de veinticuatro años cumplidos para poder ingresar. Y aun así era indispensable realizar el noviciado de un año y manifestar, a su finalización, que la intención persistía.

Pese a ser una corporación para seculares, entre sus muros se respiraba inevitablemente un ligero sentir religioso, aunque ello no era óbice para que sus integrantes pudiesen cambiar de vida en cualquier momento. De hecho, los estatutos fundacionales expresaban que la institución no podría transformarse jamás en un cenobio al estilo monacal, dejando libertad a sus individuos para salir de la reclusión y aun para contraer matrimonio, siempre que se tuviese la diligencia de ponerlo en conocimiento del Capítulo.

Cuando Crista tomó las riendas, en fechas inmediatamente posteriores a la ceremonia de investidura, la residencia atravesaba un momento complicado. La indisciplina era el caldo de cultivo diario, y el personal de servicio había perdido la paciencia.

Paradójicamente, la morava era varios años menor que la más joven de las internas, por lo que su capacidad para imponer respeto era, *a priori*, nula. A esto había que añadir que su condición de archiduquesa la hacía parecer una niña mimada a los ojos de las treinta doncellas.

Sin embargo, y contra todo pronóstico, Crista mostró de inmediato sus cualidades de líder, reduciendo a las díscolas y traviesas chicas con exquisito tacto y sutil inteligencia.

Dos años y ocho meses después de su ingreso en Hradschin, nadie dudaba de que el emperador había acertado de pleno al confiarle el bastón de mando. A cambio, Crista gozaba de importantes privilegios. No estaba obligada a permanecer de continuo en el castillo —de hecho sus excursiones por Praga y alrededores se convirtieron en un atractivo añadido—, disfrutaba de numerosas atenciones por parte de la nobleza, contaba con un palco en el Teatro Imperial e incluso, llegado el caso, poseía la autoridad suficiente para coronar a las reinas de Bohemia.

Las buenas noticias de Benjamín, su estimado chambelán, sorprendieron a Crista de tal forma que a punto estuvo de inclinarse sobre él y abrazarlo. Desde la pérdida de su padre, la joven apenas había tenido relación con el sexo opuesto, exceptuando los breves encuentros con Emil Károlyi, de quien no había vuelto a tener noticias tras el fugaz tropiezo en Hofburg, el día de su puesta de largo.

Aunque a decir verdad, poco después de su llegada a Praga había recibido un paquete anónimo. En él iba depositado el pequeño ramo de violetas que se le había desprendido del vestido aquella noche en Viena —y que no logró encontrar pese a buscarlo con tesón—, así como una nueva nota relacionada con *La Chanson de Roland*. En esta ocasión decía:

«Muy bella eres, y muy clara. ¡No en vano te llevé tan largo tiempo en la real corte! No habrá de decir el emperador de Francia que sucumbí solo en tierra extraña sin que los más valientes te hayan comprado a tu precio».

Tras darle la buena nueva y sonrojarse ante la reacción de la abadesa —el afecto paternal que sentía por la muchacha era más que evidente—, Benjamín abrió las puertas del gabinete y franqueó la entrada a la archiduquesa Isabel. Esta venía radiante, envuelta en unas telas de raso que realzaban sus formas.

—¡Querida madre! —A Crista se le iluminó el rostro nada más verla atravesar el umbral—. Qué bendita sorpresa. No esperaba tu visita. Ni siquiera oí llegar el carruaje. ¿Has venido sola? Perdóname por no haber bajado a recibirte. No hará ni media hora que terminé mis amonestaciones y decidí tomarme un respiro. Dura tarea la encomendada por el emperador a su sierva...

—¿Te disgusta, hija? —preguntó Isabel, sujetándole la mano con preocupación—. ¿Acaso no te tratan bien aquí?

—No, mamá. Al contrario. Todos son muy amables conmigo, y en especial mi buen Benjamín. De hecho considero que estoy educando mi carácter, lo cual es positivo. ¿Vienes por casualidad a preguntarme qué regalo deseo para conmemorar mi nacimiento? Apenas restan unas semanas para que cumpla los veintiuno...

Isabel respondió con una tímida sonrisa ante la ocurrencia de su hija. Pese a sus muchas responsabilidades en el Capítulo, aún seguía conservando aquel fulgor de niña inocente y buena que tanto le agradaba.

—Crista, cariño, a ninguna madre se le olvida la fecha del nacimiento de su hija, pero en esta ocasión no vengo a hablarte de eso, sino de algo de mayor trascendencia. ¿Te apetece que salgamos fuera?

Un rato después, ambas mujeres paseaban junto a una hilera de tilos y robles próxima a las murallas, como dos doncellas que arden en deseos de confesar sus secretos más íntimos.

—¿Qué noticia tan importante es esa, madre?

La joven archiduquesa dejó fluir las últimas sílabas de la frase con la fragilidad de un cervatillo que se siente observado de cerca. Debido al tono empleado por su madre, intuía que se trataba de algo lo suficientemente importante como para trocar los designios de su existencia.

Isabel, henchida de orgullo, observó con delicadeza los labios de su hija. Nadie podía negar que aquella boca lucía el sello característico de la Casa de Austria. Luego buscó con determinación sus vivos ojos pardos, y con una expresión de profunda alegría, exclamó a los cuatro vientos:

—Tus ambiciones y las mías van a verse satisfechas, María Cristina. ¡Serás reina!

Aquel «María Cristina» resonó en el interior de la muchacha como las campanas de la catedral de St. Vítus. De un modo grave y pomposo.

Tanto o más que el título que su madre había pronunciado justo después y que venía a colmar sus sueños de infancia.

«¡Serás reina!», había expresado con deleite.

Y en ese mismo instante, creyó escuchar un eco que, de una forma prodigiosa e impalpable, transportaba dichas palabras hacia aquellos rincones distantes donde se hallaban sus seres más queridos, incluido su padre.

Entonces Crista se vio obligada a detenerse, y con idea de dominar sus emociones, fijó la vista en el lago.

Finalmente preguntó, con acento inseguro y un brillo en los ojos inédito hasta para ella misma:

—¿Quién es el que se interesa por mí, madre?

—El rey de España, don Alfonso de Borbón.

Al oír esto, Crista frunció el ceño, tratando de discernir.

Aquel nombre le sonaba, evidentemente, pero más allá de su figura como monarca.

—Tal vez no lo recuerdes, hija, pero Alfonso pasó varios años educándose en el Colegio Militar Teresiano, en Viena. —Isabel recalcó intencionadamente el nombre de la capital austríaca. De hecho elevó ligeramente el tono, antes de comunicar la parte más delicada de su encargo.

Finalmente se armó de valor. Y con aire firme y decidido, concluyó:

—Acaba de quedarse viudo.

XXX

*Hotel du Palais, Biarritz
Agosto de 1899*

AL FILO DEL MEDIODÍA, Y CON HUNTINGTON EN PARADERO desconocido, el salón Victoria registraba una actividad anormal. Todos los miembros del grupo, a excepción de Leonard Bags, que se hallaba en el dormitorio de lord Hampton preocupándose por su estado, aparecían dispersos por la estancia tratando de reparar en algún detalle que hubiesen podido pasar por alto. Los relojes de arena seguían restando minutos desde lo alto de la mesa y eran tantas las incógnitas que nadie sabía por dónde empezar.

Ante la imposibilidad de salir del hotel, Doyle les propuso sentarse a reflexionar acompañados de una taza de té. Gaillard, cuyos compromisos profesionales le obligaban a volver a su puesto, no tuvo inconveniente en que les sirvieran la bebida además de un completo desayuno. Desde la cena del día anterior nadie había probado bocado, y en la mente de todos anidaba una rotunda certeza: las próximas horas iban a resultar extenuantes.

Giacomo Puccini aún sufría las consecuencias del brutal impacto en su cabeza, pero por fortuna el dolor había remitido gracias a la intervención del doctor Freud. Este le había inyectado una solución a base de cristales de cocaína probada el año anterior por un médico alemán y bautizada con el nombre de *anestesia raquídea*. Aunque el paciente presentaba claros síntomas de alivio, en realidad Freud se la había administrado por una razón mucho menos prosaica. Desde que en 1857 el doctor Sherze trajese hojas de coca a Europa, no pocos médicos la habían utilizado en sus tratamientos, a menudo de manera experimental. El mismo Freud había publicado en 1884 un trabajo titulado *Uber Coca* donde se deshacía en elogios hacia ella. A partir de entonces, solía recomendarla como un remedio ideal contra el morfinismo, los trastornos gástricos, el asma y también como afrodisíaco. A tanto llegó su entusiasmo que él mismo acabó convirtiéndose en un consumidor habitual.

La coca, además de funcionar como anestésico tópico, servía como estimulante del sistema nervioso central, algo que para Freud resultaba determinante. Conocedor de sus pros —elevación de la autoestima y la confianza en uno mismo, locuacidad y excitación— únicamente contaba con dos contras. El efecto duraba relativamente poco —entre treinta minutos y una hora— y, en cuanto este empezaba a declinar, el sujeto experimentaba una profunda ansiedad por recibir otra dosis.

Sensaciones contradictorias que el austríaco conocía de sobra y que a esas alturas había logrado superar por completo.

Entre todos los presentes, solo uno era capaz de adivinar las intenciones del doctor, y ese era Arthur Conan Doyle, cuyo famoso personaje Sherlock Holmes solía consumir cocaína en una disolución del siete por ciento. No obstante, el escocés se mantuvo al margen, consciente de la gravedad de la situación. Si aquella sustancia era capaz de estimular lo suficiente el cerebro del músico, tal vez pudiese servirles de ayuda. A fin de cuentas, él era la última persona que había entrado en contacto con el supuesto asesino.

—Díganos, ¿cómo se encuentra? —se revolvió inquieto Toulouse. Si algo había aprendido en su vida era a soportar estoicamente los efectos de la resaca. Aunque hacía más de nueve horas que Puccini no bebía un trago, tras la dosis administrada por Freud este presentaba un aspecto un tanto confuso, entre abstraído y expectante.

—Mucho mejor —respondió el italiano—. Siempre me he considerado un enemigo de los «matasanos», pero debo reconocer que el señor Freud es un genio. No sé qué diablos me ha embutido en las venas, pero hacía tiempo que no me sentía tan bien. Ha conseguido amortiguarme el dolor y, lo que es mejor, me encuentro más lúcido y creativo que nunca.

Tras decir esto, Puccini abandonó el sofá como un niño al que dan licencia para ir a jugar y se plantó en el rincón donde descansaba el piano. Sin concederse siquiera un segundo para pensar, sus dedos se aferraron a las teclas y comenzaron a interpretar una maravillosa melodía que, desde hacía tres años, venía embelesando a miles de aficionados al bel canto: el *vals de Musetta*, correspondiente al segundo acto de su ópera *La Bohème*.

Ante el asombro de todos, Puccini no solo interpretó el aria con una delicadeza prodigiosa, sino que canturreó algunos fragmentos del libreto.

Aunque la grave situación les impedía desperdiciar más minutos, Freud hizo un gesto a sus compañeros para que no interrumpiesen al compositor. Por su dilatada experiencia sabía que ese era el primer paso hacia el objetivo.

No hizo falta insistir para que el italiano parlamentase. Al poco de terminar la pieza, este se giró automáticamente y les interpeló:

—¿Quién ha removido estos papeles?

—¿Co..., cómo dice? —Eiffel aún no se había repuesto de la experiencia de escuchar aquella obra de arte, cuando de pronto se vio expulsado del paraíso.

—Me estoy refiriendo a las partituras. Acabo de reparar en que, antes de recibir el golpe, estaban ordenadas de un modo distinto. Fíjense.

Entonces Puccini tomó el puñado de cuartillas que descansaba en el atril y comenzó a enumerar sus títulos con un desatino que llegó a asustar a sus compañeros.

—Si no me equivoco, esta se encontraba la primera...

Toulouse tomó la palabra:

—Fui yo —dijo tímidamente—. Lo hice después de que le trasladaran al sofá. Usted se hallaba tendido sobre el teclado y, al levantarlo, el piano se movió ligeramente, por lo que los papeles terminaron esparcidos por el suelo. Me pareció correcto recogerlos. Perdone si no están colocados como deberían...

Al oír esto, el músico tuvo una revelación.

—Disculpe, ¿qué ha dicho? ¿Le importaría repetir eso último?

—Le pedía disculpas por no haber sabido...

—¡No, no! *Allora...*, me refería a lo anterior. Usted ha dicho que se cayeron al levantarme.

—Sí, eso he dicho... Creo...

Con gran desatino, Puccini se puso a indagar entre las partituras.

Todos los hombres se miraron con estupor. A excepción de Freud, que mantenía la calma como el juez que espera el veredicto del jurado.

Finalmente dio con lo que buscaba.

—*Eco!* Esta es la partitura desconocida.

—¿Desconocida? —Doyle no lograba entenderlo.

—Desconocida para mí, desconocida para ustedes. De hecho se trata de una pieza sacra que, por su estilo, debe contar con al menos mil años.

Eiffel se pasó las manos por la cabeza con claros síntomas de desasosiego.

—¿Mil años? ¿Una pieza sacra? Explíquese, por favor.

Entonces el italiano les aclaró que aquella partitura era la misma que había interpretado al piano, por pura casualidad, minutos antes de ser atacado. Una composición de estilo medieval destinada a algún monasterio que le había llamado poderosamente la atención.

Si ya era raro que una partitura tan *sui generis* se hubiese deslizado entre la colección de obras del atril —la mayoría de ellas composiciones modernas—, más raro aún era que su sonido hubiese significado el preámbulo de la oscuridad para su intérprete.

Freud y Doyle se buscaron con la mirada. Aunque pudiese parecer una locura, detrás de ese detalle se ocultaba una pista importante. No obstante, no hubo tiempo para seguir indagando, pues las puertas del salón se abrieron de improviso, dando paso al hijo pródigo.

—¡Señor Huntington! ¡Por el amor de Dios! ¿Dónde demonios se había metido? —Eiffel acudió a su encuentro como un prócer bíblico.

—Señor Eiffel... Señores... Ante todo, les debo una disculpa. Sé que mi comportamiento no fue el más adecuado, especialmente en estas circunstancias. Pero cuando una idea ronda mi cabeza debo ponerla en práctica inmediatamente.

—Confío en que esa idea pueda servirnos de utilidad. Dado que sus formas han resultado impropias de un caballero, espero al menos que su intuición nos proporcione la ayuda que necesitamos.

Doyle se mantuvo firme y a distancia, escrutando el rostro de Huntington con cara de pocos amigos.

—¡Ya lo creo que sí! —exclamó el norteamericano con gesto prometedor—. ¿Recuerda, señor mío, que usted mismo sugirió la posibilidad de que el libro fuese una especie de mapa?

Doyle asintió sin demasiada emoción.

—Pues creo haber hallado la naturaleza del tesoro.

En los minutos siguientes, Huntington trató de resumir la investigación expés realizada en las últimas horas en el corazón de Biarritz. De inicio tenía la sospecha de que una de las claves del misterio se hallaba entre las páginas del cantar de gesta más famoso de Francia, *La Chanson de Roland*. Las múltiples referencias halladas en el cinematógrafo así lo confirmaban.

Por un lado la espada del héroe, Durandarte, en su infructuoso golpeo contra la roca. Leyenda

recogida en infinidad de lugares, dentro de las fronteras del país y más allá de estas. Luego la sangre que salpicaba algunas escenas; lo que hacía pensar en cruentas batallas libradas por el ejército franco. Y por último la presencia del puñal, que aunque no se correspondía directamente con el poema anónimo, sí entraba en relación directa con una de sus refundiciones más populares.

A todo ello había que añadir el nombre de Carlomagno, cuyo fantasma les acechaba desde algún rincón muy próximo al salón Victoria.

Terminada la exposición, Doyle se interesó por el lugar al que le habían llevado sus pesquisas.

—Debo dar las gracias al señor Gaillard. No solo está siendo discreto y generoso con nosotros, sino que además me ha facilitado la dirección de alguien extraordinario. Un antiguo profesor de la Universidad de Montpellier cuyo archivo personal es una mina de oro.

—¡Vaya! —le interrumpió Toulouse—. Y yo que pensaba que el motivo de su partida era alejarse de nosotros...

Huntington lo miró sin comprender.

—Entiéndame bien —continuó—. En estos momentos usted es un hombre libre, y no tiene la obligación de...

—Henri —intervino Freud conteniéndose.

—¿Sí, doctor?

—Déjele terminar, se lo ruego.

—Muchas gracias —exclamó el filántropo haciendo gala de su paciencia.

Pero antes de que pudiese retomar su relato, el pequeño francés volvió a dirigirse a Freud para susurrarle unas palabras.

Todos quedaron en suspenso ante la osadía del hombrecillo.

Seguidamente, y tras escuchar su petición con absoluta desidia, el austríaco no pudo cuanto menos que estallar.

—¡¡Ni por asomo, señor Lautrec!!! ¿Qué se ha pensado? Esos cristales no caen del cielo, así como así. Llevo la dosis justa para casos de emergencia.

—Tan solo sería un pinchacito de nada... Se lo ruego, doctor Freud...

—¡Pero bueno! —se sumó Puccini—, ¿a usted le funciona bien el coco?

—Doctor Freud, por lo que más quiera... Siento que voy a explotar...

—¡*Nein, nein, nein!* —repitió hecho una furia—. Este hombre me saca de quicio...

—Déjeme a mí. —Eiffel acudió en su ayuda, ejerciendo una vez más de abogado del pintor—. Venga conmigo.

Y a continuación lo condujo a un rincón de la sala con idea de mostrarle algo.

Huntington obvió la escena y continuó exponiendo los detalles de su visita a la residencia del profesor Gabriel Hetzel, situada a apenas unos minutos del hotel.

—¿Alguien ha oído hablar de la *Historia Turpini*? —lanzó al aire para sorpresa de todos.

Al obtener el silencio por respuesta, el neoyorquino volvió a intentarlo con otra pregunta, aunque esta vez más sencilla.

—¿Y qué me dicen del *Codex Calixtinus*? ¿Les dice algo ese título?

—Por supuesto que sí —se apresuró a comentar Doyle—. Se trata de uno de los libros medievales más valiosos que existen. Todo aficionado a la historia ha oído hablar alguna vez de él.

—Muy bien, señor Doyle —exclamó el joven con suficiencia—. ¿Algo más que añadir?

—Si no me equivoco fue redactado por un clérigo francés en tomo al siglo XII. Trata sobre el Camino de Santiago.

—Bravo, doctor. —Freud se sorprendió ante la vasta cultura de su colega.

—Excelente descripción —continuó Huntington—. Pero se le ha olvidado mencionar un detalle. El *Códice Calixtino* no es únicamente un libro, sino la suma de otros cinco. El primero de ellos está dedicado a la liturgia, siempre en relación con el culto a Santiago el Mayor. El segundo es una colección de veintidós milagros atribuidos al apóstol. El tercero refiere la traslación de su cuerpo desde Jerusalén a Galicia; y el quinto es precisamente al que se refiere el señor Doyle: la primera guía del peregrino de toda la historia, compuesta por el monje cluniacense Aymeric Picaud durante su viaje a Santiago de Compostela en 1109.

—Acaba de decir que eran cinco —incidió el escocés, algo molesto.

—No he terminado. —Huntington le sonrió con desgana, y a continuación remató su discurso—. El cuarto, titulado *Crónica de Turpín o Historia Turpini* fue arrancado de cuajo del original en torno al siglo XVII.

—¡Qué barbaridad! —Como amante de las antigüedades, Freud no podía concebir un hecho semejante—. El mundo está repleto de ignorantes.

—Se equivoca, doctor Freud —prosiguió el joven—. Alonso Rodríguez de León no era ningún ignorante, se lo aseguro. Más bien todo lo contrario. Era canónigo y tenía a su cargo un archivo de proporciones colosales en la catedral compostelana.

—¿Entonces?

—La razón por la que extrajo el Libro IV fue por una crítica realizada por un sacerdote, el padre Mariana, que lo consideraba impropio de Santiago, de su culto y de su tradición.

—¡No me lo puedo creer! —Freud, cuya sólida formación judía chocaba a menudo con la de sus colegas austríacos y alemanes, acababa de sumar otra razón más para no entender a los católicos.

—Pero no saben lo más curioso. —Huntington hizo una pausa dramática con la intención de sorprender aún más a sus oyentes—. Ese Libro IV es la descripción pormenorizada de las conquistas de un tipo cuyo nombre se repite en esta historia como el compás de una estrofa. ¿Lo adivinan?

Al instante todos los hombres, incluido Toulouse, exclamaron con hastío:

—¡Carlomagno!

XXXI

*Palacio de Miramar, San Sebastián
Agosto de 1899*

MARÍA CRISTINA NO SE LO PENSÓ DOS VECES, y tras abandonar el despacho con la ilusión de una adolescente, ascendió por las escaleras a tal velocidad que los sirvientes se miraron entre sí.

Una vez alejada de la vista de todos, extrajo su ejemplar de *La Chanson de Roland* —el mismo que la había acompañado en sus innumerables residencias desde 1874—, revisó todas y cada una de las notas recibidas en secreto, e hizo acopio de valentía para enfrentarse a la verdad.

Podía haber enviado un telegrama urgente a Munich, e incluso hacer uso del moderno aparato de teléfono instalado en la planta baja —a fin de cuentas se trataba de contactar con María Teresa lo antes posible—, pero en cambio prefirió despejar sus dudas a la vieja usanza.

Si aquella historia de amor imposible se había gestado sobre simples cuartillas de papel, lo más apropiado era cerrar el círculo de la misma manera.

«*Querida hermana...*», comenzó a escribir con el pulso trémulo por la emoción.

Hacía años que no se dirigía a Dada por escrito.

Mucho menos para algo distinto a las clásicas felicitaciones —por la Natividad del Señor, por los aniversarios—, o simplemente para interesarse por ella y sus sobrinos, a los que no veía desde hacía demasiado.

¿Cómo podría, en esas circunstancias, interpelarla por algo tan lejano en el tiempo? Tal vez incluso lo habría borrado de su memoria.

Dada tenía cosas más importantes en las que pensar, y a fin de cuentas el episodio ocurrido en la capilla de Gross-Seelowitz no era un asunto trascendental.

Pero entonces, ¿por qué razón decidiría ocultárselo?

¿Es que acaso pretendía jugar con ella y, como en sus enredos infantiles, hacerla rabiar?

Un intenso aroma a caldo de ternera proveniente de los fogones recibió a la joven doncella en su descenso al inframundo. Pese a contar con varios años de experiencia en palacio, su joven espíritu aún se sorprendía al verse sumergido en aquel imperio de los sentidos. Armados con utensilios de toda índole —desde tenazas y espetones a alcuzas o trinchantes— el centenar de individuos que poblaban las enormes estancias configuraban un auténtico microcosmos subterráneo. Una colmena llena de vida que en su estudiada ubicación, lo suficientemente alejada de los pisos superiores como para que la actividad no afectase a sus moradores, disponía de una jerarquía propia. En ella, el jefe de cocina era un trasunto de la abeja reina, quien, como en el universo del panal, iba respaldado por un ejército de leales obreras siempre a su servicio.

Ese importante cargo lo ocupaba desde hacía diez meses un individuo de Tarancón llamado Loreto Capella, cuyos conocimientos culinarios habían llamado tanto la atención del duque de Riansares, don Fernando María Muñoz y Borbón, que este decidió apadrinarlo en sus aspiraciones a la Casa Real.

Con su llegada a Madrid, Capella no solo había demostrado sus grandes dotes ejerciendo el cargo de cocinero mayor y jefe de repostería, sino que sus aportaciones incluían atractivas novedades importadas de Francia. Una de ellas supondría toda una revolución en el tradicional modo de vida de los monarcas: el servicio a la rusa. Este consistía en servir un plato tras otro, servido por la izquierda y retirado por la derecha, con un menú cerrado y sin posibilidades de variación. Su instauración en el país vecino se remontaba al año 1809, fruto de la influencia de Alexander Borisovich, embajador del zar Alejandro I.

Aún embargada por la emoción de poder satisfacer a su señora, la joven sirvienta se apresuró a atravesar la primera pieza, repleta de moldes de cobre, planchas para el pan, cazos de caramelo y demás artilugios que, como en una sala de trofeos, se exhibían a lo largo y ancho de las paredes esperando su turno. No le fue fácil acceder hasta la zona de las despensas, donde unos enormes armarios ejercían de relicarios para las lujosas vajillas, y a punto estuvo de tropezar con un miembro del servicio que, con gesto huraño, se afanaba por exprimir naranjas en una prensa metálica.

«Sin duda ese zumo será para Merchita», pensó, mientras sus rasgados ojos componían una sinfonía de dulzura fruto del cariño hacia la pequeña infanta. «Esa niña necesita crecer. ¡Es tan poquita cosa! Pero se niega a comer. Si fuese hija mía...».

Próxima al *office* la doncella hubo de esquivar una de las enormes mesas tocineras que, como altares de culto, se hallaban ancladas al suelo con objeto de facilitar la labor de los reposteros. Estas iban cortadas a contra veta, lo cual permitía obtener un mayor control en la superficie.

Seguidamente, y tras aspirar los efluvios de la pimienta en su comunión con las zanahorias, penetró con decisión en el corazón del sótano.

—Aún le falta un minuto —dejó escapar una de las cocineras, cuyas arrugas del cuello, tensas y vibrantes, se asemejaban a las cuerdas de una guitarra—. Ve y alárgame la sal. Ya sabes que a Su Majestad le gustan las comidas sabrosas.

—¡Pero si es un consomé «Riquelié»...! —rechazó la ayudante, una joven de veintidós años con los ojos saltones, cuyos conocimientos de francés eran tan exigüos como su capacidad para hacerse notar.

—¡Se dice *Richelieu*! —le corrigió la mandamás—. *Consommé à la Richelieu*. Y hasta en eso te equivocas. El rey no almuerza hoy en palacio. Está de visita en Riofrío, ¿o es que no tienes

memoria?

—Ah, sí, con los «alfonsitos»...

—¡Chis! —le increpó la cocinera, que aún no había reparado en la presencia de la doncella. Esta se mantenía a distancia, con los labios sellados, a la espera del momento adecuado para intervenir.

—¿Qué pasa? —preguntó la veinteañera con sorpresa. Tras escuchar la advertencia había disminuido notablemente el volumen de su voz.

—¿Con quién va estar si no? Parece que no tiene ojos más que para esos bastardos. Y mientras, las dos nenas en brazos de la nodriza. ¡Pobre señora! No ha hecho más que sufrir desde que lo conoció en Arcachón...

—¿Y eso dónde está? —preguntó la ayudante con interés.

—Qué poquito sabes, hija mía. ¡Donde los gabachos! —La cocinera volvió a introducir la cuchara de palo en la olla y tras probar el caldo asintió con agrado—. Es un pueblito cerca de la frontera con España. Allí acudió la pobre chica con su madre para conocer al que sería su esposo. Fue dos o tres meses antes de casarse. Por lo visto se puso sus mejores galas y se mostró de lo más refinada, pero ni aun así logró conquistarlo. Él siempre se ha fijado en otro tipo de mujeres. ¡Mira la Elena Sanz! Esa sí que le sube la temperatura. Además de cantar ópera tiene chicha de sobra a la que agarrarse. Jajaja.

—¡Qué barbaridad!

—Y para colmo le ha dado dos hijos varones.

—¡Toma! Y nuestra reina no hace más que tener niñas... ¡Qué injusta es la vida!

—Pues no le confesó el muy tunante a Pepe Alcañices que le gustaba más la madre que la hija...

—¿Quién? ¿Su suegra? —preguntó la pinche, mostrando su total desconcierto.

—La misma.

—¡No me lo puedo creer! —dijo llevándose la mano derecha a la boca, con tal estrépito que la cofia se desplazó de su sitio—. Aunque hay que reconocer que, en efecto, la archiduquesa está de buen ver...

—Y que lo digas —concedió la cocinera limpiándose las manos con un paño—. Figúrate la escena. La niña recién salida del convento, loca por conocer a su futuro marido, y este devorando con los ojos a la suegra. «Está bomba», le dijo a Pepe. ¡Menudo pájaro está hecho!

—¡Jesús, María y José! —añadió la muchacha persignándose.

Al oír esto, la recién llegada hizo un esfuerzo por no saltar.

Pese a los rumores que circulaban por Madrid desde la aparición de María Cristina —a la que el pueblo había apodado «doña Virtudes»—, jamás había oído semejante desfachatez.

Sin duda Alfonso de Borbón, por muy rey de España que fuese, no merecía compartir el lecho con una dama de esa altura.

Al tiempo que el dispensero abandonaba la sala con enorme satisfacción tras ver los grandes avances que se habían producido desde el advenimiento de Capella, un espigado lacayo de apenas dieciséis años y rostro barbilampiño apareció en escena cargando sobre sus hombros un saco de arpillera. Inmediatamente, las mujeres presenciaron cómo, sin hacer más comentario que un

inaudible «buenos días», este se remangaba con gran diligencia y se dedicaba a recargar de carbón los esbeltos calentaplatos. Dichas piezas, cuya función consistía en evitar que las comidas llegasen frías al comedor tras recorrer una enorme distancia, estaban decoradas con sendos escudos reales en cada una de sus puertas. Un lujo directamente inspirado en sus homónimos escoceses del castillo de Balmoral.

Antes que a la cocinera le diese tiempo a abrir la boca, el muchacho les sorprendió con una coplilla que se había hecho muy célebre entre los madrileños. Aunque su silbido sonaba torpe y falto de ritmo, la ayudante de cocina se animó a acompañarlo entre susurros. La letra decía así:

*De los árboles frutales
me gusta el melocotón
y de los reyes de España
Don Alfonso de Borbón.*

*¿Dónde vas Alfonso XII?
¿Dónde vas triste de ti?
Voy en busca de Mercedes
que ayer tarde no la vi.*

*Si Mercedes ya se ha muerto,
el entierro yo lo vi,
cuatro duques la llevaban
por las calles de Madrid.*

*Su carita era de cera,
sus manitas de marfil
y el velo que la cubría
de color carmesí.*

*Sandalias bordadas de oro,
llevaba en sus lindos pies:
que se las bordó la Infanta,
la Infanta Doña Isabel.*

*El manto que la envolvía
era rico terciopelo
y en letras de oro decía:
«ha muerto cara de cielo».*

*Los caballos de palacio
ya no quieren pasear
porque se ha muerto Mercedes
y luto quieren llevar.*

*Los faroles de las calles
con negras gasas están
porque se ha muerto Mercedes
y luto quieren guardar.*

*Al entrar en mi palacio,
una sombra negra vi,
cuanto más me retiraba
más se venía hacia mí.*

*No temas, Alfonso XII,
ni te asustes, ¡ay de mí!,
que soy tu esposa Mercedes
que me vengo a despedir.*

—¿Es verdad lo del retrato? ¿A tal extremo ha llegado Su Majestad? —preguntó la chica al concluir la canción.

—Tan cierto como que sigue estando sobre el piano —respondió la cocinera muy segura de sus palabras—. Ángela le limpia el polvo cada semana desde que la señora se instaló en el palacio. Dudo que muchas mujeres hiciesen lo mismo. En vez de borrar todo rastro de la anterior reina, tiene el detalle de enmarcar su imagen y llamar a su primogénita María de las Mercedes. Es que de buena que es, parece tonta...

—¡No digas eso ni en broma! —le reprendió la silenciosa doncella a punto de explotar.

Las dos empleadas la miraron sobresaltadas y, al instante, agacharon la cabeza con evidentes signos de vergüenza.

—Yo no quise... —trató de disculparse la veterana con los ojos clavados en sus zapatos—. Sabes de sobra que todos los miembros del servicio apreciamos a Su Majestad...

—Claro que lo sé. Y por eso me duele que seamos precisamente nosotras las que demos pie a todos esos chismes. Creo que por hoy ya está bien. Os habéis despachado a gusto. —La sirvienta se mostró inflexible.

—Lo siento muchísimo —murmuró la ayudante, con las mejillas del color del pimentón. Pese a que la recién llegada ostentaba un puesto completamente ajeno a las actividades del sótano, su cercanía a María Cristina la convertían en un personaje muy respetado por todo el personal de servicio.

—Está bien —declaró la doncella, y a continuación expuso la razón de su visita a las cocinas.

Aquel 20 de noviembre estaba siendo un día especialmente duro para la reina. Al distanciamiento de su marido —cuya relación extramarital con la contralto Elena Sanz era *vox populi* en todos los mentideros de España— había que sumar la añoranza de su país y, muy especialmente, de su familia. No en vano en esa fecha había fallecido su padre, por lo que la melancolía la asaltaba de un modo inmisericorde coincidiendo con la caída de la hoja.

—Me parece muy buena idea lo de preparar ese plato húngaro —expresó la cocinera, cuyos remordimientos se le reflejaban en la voz—. Lo sustituiremos por los *Filets de boeuf à la Diplömáte*, que, al fin y al cabo, ya están muy vistos. Al tratarse de un guiso de carne combinará a

la perfección con el siguiente plato, el salmón. ¿Cómo decías que se llamaba?

—*Goulash* —respondió la sirvienta—. Aunque es bastante sencillo estoy convencida de que le entusiasmará. Según me confesó Su Majestad, su padre solía pedirlo al llegar el otoño. Por lo visto es uno de los platos más antiguos del Imperio austrohúngaro...

—De acuerdo —aprobó la mujer, tomando la receta con prestancia—. Habrá que ponerse manos a la obra ahora mismo.

Dicho esto, se estiró el delantal de batista con gesto nervioso.

Más arriba, en la intimidad de su *boudoir*, Crista permanecía concentrada en la lectura de un libro encargado a la Biblioteca Nacional. Dicha institución se ubicaba en un palacio cercano a la plaza de Oriente, por lo que la reina solía frecuentarla en sus ratos libres.

Pese a no tener noticias del personaje con quien compartía correspondencia desde 1874 —la última nota había aparecido en su alcoba de Moravia al poco de anunciarse el enlace—, jamás había perdido el interés por desentrañar aquel misterio. Sin querer, este se había convertido, junto a la música, en la única pasión de su vida.

A diferencia de los mensajes anteriores, la despedida de su admirador había consistido en una serie de frases —algunas indescifrables— ajenas al cantar de gesta original. En ellas se ilustraba el momento en que Alda, la enamorada de Roldán, recibía la trágica noticia de su muerte por boca de Carlomagno, y de cómo su frágil corazón terminaba por partirse en dos al no poder afrontar su pérdida.

Desde ese momento, la joven reina se había obsesionado con *La Chanson de Roland* y los romances carolingios.

Tal vez su insistencia tuviese más que ver con la añoranza que con la propia historia, pero desde que descubriese la traición de su esposo, trataba de evadirse del mundo real en la medida de lo posible.

Aún recordaba con nitidez su último encuentro con Károlyi.

Había tenido lugar en la cena de despedida de Viena, poco antes de su boda. Pese a continuar enfadada por el asunto del caballo, este se había mostrado amable y comprensivo, hasta el punto de concederle su bendición. Por eso, al conocer la noticia de su desaparición —según le dijeron, el moldavo se había extraviado durante una excursión a las montañas Bakony—, sintió una punzada de dolor tan fuerte como la sufrida tras la muerte de su padre. De ahí que aquella mañana, entre las cálidas paredes de moaré de su estancia, Crista volviese a vibrar descubriendo nuevas facetas de los héroes que, hasta ese momento, le resultaban completamente desconocidas.

De entre todas le llamó especialmente la atención el enfrentamiento entre Roldán y un gigante del linaje de Goliat llamado Ferragut. Este había tenido lugar en las inmediaciones de Nájera, lugar próximo al futuro reino de Navarra, tras los esfuerzos infructuosos de varios caballeros enviados previamente por Carlomagno. A diferencia de sus predecesores —algunos de gran fortaleza y habilidad, como el dado Ogier o Reinaldos de Montalbán, a los que el sirio despachó con suma facilidad—, Roldán decidió emplear la astucia como principal arma, pues ni siquiera su espada Durandarte fue capaz de doblegar a tan feroz enemigo.

Mediada la tregua que ambos contendientes se concedieron, y en la que básicamente se dedicaron a descansar, el franco le preguntó dónde residía el secreto de aquella fuerza, pues esta le permitía hacer frente tanto a las lanzas como a las piedras. Entonces Ferragut le contestó: «Tan solo por el ombligo puedo ser herido».

Seguidamente los dos se enzarzaron en una conversación sobre la religión profesada por Roldán. El héroe le habló de Cristo, del misterio de su nacimiento y de su condición de Hijo de Dios.

«El Hijo de Dios Padre, que nació de virgen, padeció en la cruz, fue sepultado, de los infiernos resucitó al tercer día y volvió a la derecha de Dios Padre en el cielo».

A lo que el sarraceno repuso: «Nosotros creemos que el Creador del cielo y de la tierra es un solo Dios, y no tuvo hijo ni padre. Es decir, que así como no fue engendrado por nadie, tampoco a nadie engendró. Luego Dios es uno y no trino».

Dicho esto, Roldán expuso varios ejemplos con objeto de demostrarle que su fe era la verdadera; pero por más que lo intentó no logró convencerlo. Para Ferragut resultaba imposible creer que una virgen concibiese sin la intervención de un varón, o que Cristo se dejase morir en una cruz siendo el mismísimo Dios. Por no hablar de la Resurrección, algo completamente irracional.

Pese a todo, y habida cuenta del fervor que Roldán empleaba en sus parlamentos, el gigante concluyó: «Lucharé contigo, a condición de que si es verdadera esa fe que sostienes, sea yo vencido, y si es falsa, lo seas tú. Y el pueblo del vencido se llene eternamente de oprobio, y el del vencedor en cambio de honor y gloria eternos».

Y seguidamente ambos contendientes reemprendieron el combate, decantándose finalmente la balanza a favor del cristiano.

Un simple puñal sirvió para derrotar a Ferragut, pero no para hacerle abjurar de su fe. Así, mientras se desangraba por el único punto débil de su cuerpo, clamó con voz estentórea para que Mahoma lo socorriese.

Mas no hubo lugar para el milagro, por lo que Roldán se proclamó vencedor ante el delirio de los suyos.

No obstante aquella alegría le duraría poco.

XXXII

*Hotel du Palais, Biarritz
Agosto de 1899*

CUANDO HUNTINGTON TERMINÓ DE RELATAR LA HISTORIA de Roldán y Ferragut, todos los presentes permanecieron callados. Fuera, el astro rey se alzaba en todo su esplendor, alimentando las postrimerías del estío como no se recordaba en Aquitania. Las tazas de té y de café aún permanecían sobre la mesa del salón junto a los restos de cruasanes que Gaillard había dispuesto que les sirviesen. Tampoco habían faltado la fruta, los huevos escalfados y las clásicas barritas de pan francés que los británicos acompañaron de mantequilla y mermelada de naranja amarga. Parecía como si aquel desayuno tardío, generoso y exquisito, les hubiese devuelto la normalidad perdida.

Sin embargo, la realidad era bien distinta, y a la falta de tiempo para resolver el enigma había que añadir la ausencia de descanso en la mayoría de los hombres, tanto como su nerviosismo por verse abocados a una situación insólita y de consecuencias imprevisibles.

Gustave Eiffel fue el primero en abrir fuego.

La narración del episodio inserto en la *Historia Turpini* le había fascinado, especialmente por su alto contenido religioso. Jamás llegó a imaginar que una leyenda medieval diese para tanto.

—No sé cómo diablos ha caído en la cuenta, *monsieur* Huntington, pero sin duda existe una relación directa entre ese capítulo y lo visto en el cinematógrafo. No cabe duda de que nos hallamos en poder de una mente compleja. Alguien con una obsesión enfermiza, cuyo único propósito es utilizarnos.

—En eso estoy de acuerdo —admitió Freud descorriendo una de las cortinas para dejar pasar la luz—. Toda esta puesta en escena conduce a una única meta. Sea quién sea su ejecutor, pretende implicarnos para que le ayudemos a dar con ese dichoso tesoro.

—Por supuesto, doctor —intervino Puccini jugando con una de las servilletas—, pero ¿a qué clase de tesoro nos estamos refiriendo exactamente?

Al oír esto, Doyle se acercó hasta el mismo rincón de la mesa donde minutos antes había desayunado, y tomó un cuchillo entre las manos. Luego se colocó en medio de sus compañeros, y adoptando una pose teatral, reprodujo la escena en la que el ídolo de los francos, Roldán, aniquilaba las esperanzas de su enemigo, Ferragut.

—Ahí tienen la respuesta —declaró Huntington notablemente satisfecho.

Toulouse se levantó de la silla con el pulso agitado y, tras colocarse las lentes sobre la curva de la nariz, señaló al escocés sin dar crédito.

—¿Pretende decimos que...?

—Exactamente —el norteamericano ni siquiera le dejó terminar—. Como bien ha expuesto el señor Eiffel, nos hallamos frente a una mente compleja. Alguien para quien la historia de Roldán va más allá de la pura anécdota. En ese sentido, ¿qué puede resultar más valioso que una prueba material de su hazaña?

—¡El puñal! —exclamó Puccini, al entender el motivo con meridiana claridad.

De inmediato todos los hombres, a excepción de Freud, se mostraron exultantes.

—Bien hecho, señor Huntington —aprobó el austríaco de un modo tan lacónico que permitió entrever su profunda preocupación—. Ya está claro cuál es el elemento a buscar, pero aún no sabemos cómo ni dónde hallarlo. Y algo me dice que ese cachivache no está por la labor de aclararlo...

Entonces señaló al artefacto que, desde su situación privilegiada en el centro del salón, seguía restando minutos de una manera inquietante.

—Me temo que si no nos damos prisa terminaremos formando parte de la propia leyenda.

Al oír esto, Doyle se acercó hasta el filántropo con objeto de recabar su opinión. Dado su profundo conocimiento del tema, solo él podía conocer los posibles emplazamientos del puñal.

Para Huntington no había duda.

De hallarse en algún sitio este debía ser el escenario de la última batalla, aquella donde el caballero perdió la vida y que dio pie a numerosos romances durante la Edad Media.

—No existe un lugar más relacionado con el mito de Carlomagno que Roncesvalles —afirmó convencido.

—Por supuesto —añadió Eiffel, moviendo la cabeza una y otra vez, como si fuese un autómata.

—¿Y se puede saber dónde está ese Roncesvalles? —Toulouse caminaba de un lugar a otro del salón, más inquieto que nunca.

—El problema no es dónde está. De hecho, si mis cálculos son correctos, se encuentra a unas cincuenta millas escasas de aquí...

—¿Ha dicho escasas? —protestó el italiano—. A veces tengo la sensación, señor Huntington, que para usted esto no es más que un juego.

—Le aseguro que para cualquiera que haya nacido en los Estados Unidos cincuenta millas no suponen nada —respondió quitando hierro al asunto—. Ah, y se equivoca en lo del juego, señor...

—¡Bien, bien! Vayamos a lo importante. —En vista de la tensión, Doyle decidió tomar las riendas—. Supongamos que, en efecto, el puñal se encuentra en Roncesvalles, a dos pasos de la frontera con España, y que uno de nosotros decide ir a por él —instintivamente todos miraron al norteamericano—. Una vez allí, ¿dónde habría que buscar?

—Buena pregunta, señor Doyle. —Eiffel utilizó un tono grave—. Dudo mucho que haya una «x» marcando el lugar. De hecho, desconozco qué valor puede tener un viejo puñal oxidado, más allá del puro afán de coleccionismo. ¡Menuda estupidez!

—Le aseguro que hay personas dispuestas incluso a matar por conseguir la pieza de sus sueños —sentenció Freud, circunspecto—. Se lo dice alguien que conoce el mercado de la

arqueología tanto como usted el de los cartapacios.

—¡Yo no pienso morir por una extravagancia! —exclamó Toulouse señalando al austríaco con el dedo índice.

—¡Qué curiosa circunstancia! ¡Dos extravagantes frente a frente! —Eiffel miró a su compatriota y este rio la ocurrencia.

—Precisamente por eso debemos unir nuestras fuerzas para dar con ese objeto antes de que sea demasiado tarde.

A continuación, Doyle propuso revisar por enésima vez la cinta de celuloide en busca de algún detalle que se les hubiese pasado inadvertido. Eiffel se sumó inmediatamente.

En cuanto al resto, Freud se enfrascó en las notas tomadas por Leonard Bags, Huntington volvió a repasar la *Historia Turpitii*, mientras que Puccini y Toulouse se dedicaron a buscar pistas por el salón.

Al cabo de tres cuartos de hora todo seguía como al principio.

Entonces un sonido metálico les obligó a volver los ojos hacia la puerta.

Indefectiblemente se trataba de la campanilla de recepción, cuyo eco agudo e insistente viajaba a través del pasillo hasta irrumpir en las paredes del salón Victoria. Unas risas infantiles acompañadas de una dura reprimenda fueron suficientes para aclarar el misterio.

Sin embargo, Giacomo Puccini tuvo una visión.

Para el músico toscano no había nada más revelador que una resonancia, por muy ramplona que esta fuese.

Y aquella sencilla repetición acababa de darle una idea.

—Más vale tarde que nunca...

Instintivamente, y ante el asombro de todos, se precipitó con ansias hacia el piano y buscó entre los papeles del atril hasta dar con la extraña partitura que había interpretado justo antes de recibir el golpe.

Para cualquier profano en la materia no resultaba difícil reconocer una obra de ese estilo, pues ya el tipo de material utilizado era completamente distinto al del resto. En ese caso piel de animal.

Al igual que Freud era capaz de distinguir una estela egipcia de una tabla sumeria, Puccini podía datar una composición con solo escuchar un fragmento. Pero si además esta venía dispuesta sobre una hoja de pergamino ilustrada con pigmentos extraídos del plomo y del minio, no cabía duda que su antigüedad se remontaba, como poco, al siglo XII.

Empero, lo que menos le importaba en esos momentos era su fecha de ejecución y su procedencia. Si la idea que le rondaba la cabeza tenía sentido, habrían dado un paso de gigante.

Freud, Toulouse y los otros se colocaron a una distancia prudente del músico. Si bien deseaban obtener respuestas inmediatas —el reloj avanzaba más deprisa que nunca—, lo mejor era no presionarle.

Puccini se sentó sobre el taburete de un modo rimbombante. Colocó las manos sobre el teclado y comenzó a ejecutar la pieza de forma intencionadamente lenta; hasta tal punto que Sigmund Freud se llevó un dedo a la oreja izquierda, tratando de desentrañar el porqué.

A medida que interpretaba, sus ojos se iban abriendo más y más. Sus compañeros llegaron a temer que abandonasen sus cuencas.

De pronto el músico se detuvo, y como guiado por un fantasma, comenzó a tomar apuntes con un lápiz sobre la trasera de otra partitura. En medio de su desenfreno, y conforme iba anotando, su

rostro oscilaba del color rosado al púrpura.

Finalmente, tras unos minutos frenéticos que casi desesperan a los hombres, el italiano exhaló un suspiro, se volvió hacia el grupo y declaró satisfecho:

—Ya tengo la «x» donde buscar.

—¿Cómo? —preguntó Doyle, que seguía absorto tras presenciar su momento de éxtasis al piano.

—No sé si le he entendido bien —terció Eiffel—. ¿Pretende decirnos que tras su insólita exhibición ha logrado averiguar el lugar donde se oculta el puñal de Roldán?

—Eso creo —afirmó tajante Puccini.

—Si es así, explíquese —le exigió Freud, tan interesado como el resto.

Giacomo volvió a tomar aire y a continuación espetó:

—Supongo que ninguno de los presentes ha oído hablar de la «notación neumática». ¿Me equivoco?

Nadie osó responder.

—No se equivoca —expresó Huntington en nombre del resto.

Entonces el músico esbozó una sonrisa de suficiencia y se dispuso a continuar. Aquella situación no podía compararse con un estreno, pero al margen de los éxitos cosechados con sus óperas hacía tiempo que no disfrutaba tanto.

—Pues bien, la partitura que acabo de interpretar está compuesta con base en ese sistema de notación musical, también llamado «visigótico», utilizado a partir del siglo VII para representar las melodías del canto hispánico.

Todos se miraron entre sí con cara de extrañeza.

—Bonita clase de historia... ¿Y a dónde pretende llegar con eso? —preguntó Toulouse, inquieto.

—Hasta el verdadero meollo, amigo mío...

A continuación Puccini refirió que la partitura en sí no debía tener un fundamento exclusivamente musical, pues de hecho se trataba de algo banal y de escaso nivel compositivo.

—Quienquiera que lo hiciera sabía de música, pero sin embargo plasmó algo muy alejado de ese motivo. De ahí que el resultado fuese tan disonante.

No hizo falta insistir. Solo con observar los rostros de sus amigos —un auténtico poema—, Puccini se dio cuenta que debía ir al grano.

—De todos los aspectos constituyentes de la música, dos destacan por encima del resto. Estos son el ritmo y la melodía.

Es más, para numerosos teóricos el ritmo es, de entre ambos, el único elemento realmente indispensable. Por su parte, en las artes escénicas el ritmo es la cronología de los acontecimientos a escala humana, de los sonidos musicales y los silencios. Pues bien, ese ritmo, aunque les resulte abstracto, también va unido a la geometría...

Al oír esto último, Doyle enarcó una ceja y en ese instante supo con seguridad que el italiano había dado con la clave.

—Observen esto —les pidió, mostrando la partitura sobre la que había estado realizando anotaciones.

A los ojos de los presentes aparecieron una serie de líneas y símbolos completamente ininteligibles.

—Si les dijera que esto es un *punctum*, esto otro una *clovis*, y eso de ahí un *podatus*, ¿qué pensarían?

—Que nunca se me dio bien el latín —respondió Toulouse encogiéndose de hombros.

—Ya veo —sonrió el músico—. Pero si además me dedicara a unir estos símbolos, simples neumas anteriores a nuestras modernas notas musicales, con un simple trazo... ¿qué me dirían entonces?

Todos los hombres se quedaron boquiabiertos.

—¿Eso es lo que yo creo que es? —preguntó un Sigmund Freud más impresionado que nunca.

—Aunque usted no profese la religión católica, me temo que sí, doctor Freud —masculló Eiffel, con un deslumbrante brillo en los ojos.

Entonces Huntington se acercó hasta el toscano y, con una efusividad fuera de lo común, abrió los brazos de par en par y los volvió a cerrar en un abrazo.

—Es usted un genio, señor Puccini. ¡Un increíble y maravilloso genio!

XXXIII

*Palacio de Miramar
Agosto de 1899*

« **Q** UERIDA HERMANA...». Volvió a leer en voz alta, enunciando cada sílaba de manera suave y acompasada, sin saber cómo continuar.

No fueron necesarias más palabras, pues, contra todo pronóstico, la reina halló respuesta a su inquietud unos minutos después.

Esta venía dentro de un sobre de un blanco impoluto y había llegado a palacio casi por casualidad, oculta entre el resto del correo.

Al no tener remitente, el personal inicialmente dudó —en aquellos tiempos tan difíciles para la monarquía toda precaución era poca—. Por suerte, tras cerciorarse de que no se trataba más que de una sencilla carta, optaron por entregársela.

Ni siquiera tuvo que abrir el envoltorio para saber quién la enviaba.

Aquellas letras oscuras, de trazo firme y elegante, solo podían haber salido de unas manos. Las mismas que conquistaron su alma en el momento de mayor fragilidad y zozobra de su vida.

Las manos de la única persona que la había hecho soñar.

Como aquella mañana en la capilla morava, sintió que su corazón se contraía, la sangre abandonaba el cerebro y emprendía el peregrinaje hacia el abdomen.

«No renuncies a nada», le había susurrado Victoria de Inglaterra.

Frase que comenzó a enunciar una y otra vez, como en una letanía inextinguible, antes de caer a plomo sobre el piso de su dormitorio.

Una minúscula gota de cera hizo presa del candelabro cuando Crista aproximó su barbilla a la cómoda. En medio de la vasta oscuridad, y alimentada únicamente por la llama de la vela, aquella beldad de porcelana resplandecía más que nunca.

Ya habían pasado seis años desde su llegada a Madrid, y a pesar del tiempo transcurrido y de los muchos hábitos adquiridos, no había noche en que no evocase sus meses de estancia en Praga como abadesa en el castillo de Hradshin. En modo alguno se trataba de recuerdos exclusivamente gozosos. Lidar con aquellas jovencitas le había supuesto muchos quebraderos de cabeza e incluso el verse abocada a derramar algunas lágrimas. A cambio, tuvo la dicha de formar parte de un ejercicio inigualable. Un modelo de aprendizaje a medio camino entre la disciplina castrense y la clausura monástica que le permitió fortalecer su espíritu de cara al futuro.

Quizás por esa razón disfrutaba tanto al contemplar el regalo con que las nobles damas la habían obsequiado poco antes de su partida. Una exquisita litofanía, realizada en un taller de Silesia, que reproducía uno de los nuevos símbolos de Praga, el calendario de Josef Mánes, situado desde 1870 en la torre medieval del ayuntamiento, justo debajo del célebre reloj astronómico.

La primera vez que la tuvo entre sus manos no supo qué pensar ni qué decir. Ciertamente, y como confesó a las mujeres, jamás había visto una pieza tan primorosa.

El origen de la litofanía había que situarlo en Oriente, aunque su impulsor en la Europa de principios del XIX fue un miembro de la aristocracia francesa, el barón Paul de Bourguignon. Esta consistía en una delgada hoja de porcelana tallada en varios grados de grosor que, cuando se la sostenía a la luz, ofrecía un resultado de alto detalle. Los temas más representados incluían deliciosas escenas de la campiña rural, niños durante sus juegos, episodios religiosos, imágenes de cacería y paisajes.

Desde que la introdujo en el baúl de sus pertenencias con destino a España, Crista jamás se había separado de ella. No importaban los cambios de residencia, bien por viajes de Estado o por retiros estivales. Aquella delicada pieza no solo era una obra de arte, sino la fiel representación de un retazo de su pasado imposible de olvidar. Una época dura y hermosa en la que, a pesar de las muchas dificultades, siempre supo salir a flote.

Por tanto, cuando en la fría noche de noviembre la sombra de la enfermedad volvió a amenazar a un ser querido, la joven reina quiso aferrarse al último símbolo de su fortaleza.

Alfonso agonizaba, de eso no había duda.

Las últimas semanas habían sido una absoluta pesadilla para el monarca. Aquejado de una tos seca que quebraba su ánimo como un débil junco expuesto a la acción del viento, y que en las postrimerías de la dolencia iba acompañada de esputos sanguinolentos, su imagen era la de un moribundo al que solo restaba el toque de gracia.

Viéndose en tal encrucijada, Crista no pudo evitar recordar las palabras de su tío, el emperador Francisco José, quien le advirtió poco antes de su boda que su futuro marido había sufrido un ataque de hemoptisis durante la batalla de Lacar, en la campaña carlista. De ahí que al contemplar su demacración, verdaderamente esquelética, cayese en la más profunda desesperanza.

El proceso avanzaba más deprisa de lo deseado, de modo que el presidente Cánovas, de acuerdo con los médicos de cámara, tuvo que suspender el viaje al sur poniendo rumbo directo hacia el Real Sitio de El Pardo al finar octubre, con objeto de alejar al doliente de las miradas indiscretas. La situación en el país, con los enemigos de la monarquía a la vuelta de la esquina, exigía tomar medidas contundentes.

El palacio, levantado por Enrique III a dos leguas de Madrid, engrandecido y modificado por Carlos I y Felipe II, reedificado tras de un incendio por Felipe III y alhajado con esplendidez por

Carlos III, iba a ser la mansión destinada a recoger el último suspiro del monarca.

Llevada por la responsabilidad, y al no hallar el necesario consuelo en la voz de su recuerdo, la reina se impuso el martirio de asistir a una función en el Teatro Real. Pese a sus quejas y ruegos, Cánovas se había mostrado inflexible.

Había que mostrar normalidad a cualquier precio.

Apenas hubo abandonado el paisaje dormido de la sierra de Guadarrama, el rey comenzó a revolcarse en el lecho a causa de la disnea.

No faltaron manos fieles a la hora de limpiar el sudor frío de Su Majestad, ni palabras amables con las que tratar de aliviar su sufrimiento, pero de aquella mujer extranjera, de la que tanto amor y respeto había recibido pese a sus cuantiosos desaires, solo obtendría el saludo póstumo.

A las once de la noche, y al ver que la situación era ya desesperada, un mensajero abandonó el palacio a toda velocidad y, tras atravesar en penumbra las calles de la capital, se internó en el auditorio con las facciones demudadas.

Crista, consciente de la gravedad de la situación, no se lo pensó dos veces, y sin consultarlo con el presidente del gobierno, ni con persona alguna, abandonó el palco regio con el alma en un puño.

Tal era el sin vivir que la acompañó durante el interminable trayecto hasta El Pardo que no reparó en el castigo que el cochero estaba infligiendo a las mulas. Lo que en cualquier otro momento le hubiese supuesto un motivo de aflicción —el maltrato animal era algo que la superaba— ni tan siquiera logró inmutarla.

La reina no pensaba solo en Alfonso, a quien había llegado a perdonar en sus mil rezos diarios, sino en sus pequeñas de cinco y tres años, las infantas Mercedes y Teresa que, al igual que ella, caerían en el abismo de la orfandad paterna.

«Dios mío —había llegado a suplicar en el viaje—, si no lo apartas de mi lado estoy dispuesta a aceptar incluso a sus bastardos».

En cuanto el carruaje se hubo detenido frente a la sobria fachada cubierta de pizarra, Crista saltó del mismo sin esperar a que el mozo le abriese la puerta. Tal era su desatino por llegar a la alcoba real que incluso pensó en abandonar los zapatos en las escaleras de acceso, algo que finalmente no hizo.

No obstante, al llegar a las puertas del dormitorio su ímpetu fue detenido por el médico de cámara, quien le informó de que el enfermo estaba descansando después de un intenso ataque de tos.

Rota por la impotencia, la reina se retiró a un salón contiguo, donde trató de imponerse a sí misma el sosiego consustancial a su rango.

Parecía como si la vida se empeñase en repetir aquella escena una y otra vez.

Primero había sido su adorado padre, quien ni siquiera la había visto cumplir la mayoría de edad y mucho menos casarse.

Luego el bueno de Emil Károlyi, cuya desaparición la había sumido en un estado de confuso letargo solo atenuado por la inocente alegría de sus hijas.

Y ahora, cuando su espíritu parecía haber firmado una tregua con el destino al ceñir la corona, el látigo de la tragedia volvía a azotarla sin misericordia.

Por dos o tres veces trató de llegar, sin éxito, a la cabecera del agonizante.

La respuesta siempre fue la misma: «Su Majestad está descansando».

Y en efecto, el otrora estoico y diplomático Alfonso XII, el mismo que restaurara la monarquía para regocijo de sus partidarios y al que la historia pondría el sobrenombre de *El Pacificador*, entraba en aquellos instantes en el descanso eterno.

La luz de la mañana ya alumbraba el aposento, aliviando en gran medida el ambiente mortecino reinante, cuando Crista se introdujo en el interior, con un sigilo tal, que hasta el médico se mostró sobrecogido.

La blanca colcha cubría un cuerpo exangüe, aunque paradójicamente armónico al que la herida mortal aún no había logrado desfigurar.

Al fondo, un lujoso tapiz de Goya ponía el contrapunto a la luctuosa escena. Esta se componía de un grupo de mujeres en el que destacaba su madre, la reina Isabel II, y sus hermanas las infantas, cuyos rostros anegados de lágrimas pugnaban por huir al exterior, en busca de un sople de aire.

Cánovas, que se hallaba igualmente cerca del fallecido con la mirada ausente y las manos entrelazadas, esperó un tiempo prudencial antes de dirigirse a la viuda.

—¿Qué me quiere? —le preguntó la reina, con los rizos deshechos sobre la mejilla izquierda, fruto de la madrugada en vela.

—Señora, me veo obligado a pedirle que me escuche un instante.

—No estoy para nada —respondió con amargura—. Absolutamente para nada.

A lo que el presidente replicó que no se podía perder ni un momento, pues de ello dependía la Constitución.

—Vuestra Majestad es ya la encargada de regir los destinos de España, y, aunque me pesa comunicárselo en tales circunstancias, estoy obligado a cesar en mis funciones. Asimismo le presento la dimisión de todo el Gobierno.

Al oír esto, Crista sintió cómo un extraño vigor se introducía en su estructura corporal, frágil a los ojos de todos, pero mucho más poderosa de lo que ella misma había llegado a reconocer. Y sin decir palabra, alargó sus dedos hacia el político malagueño, con intención de estrechar su mano.

Cánovas, que no esperaba aquella reacción por parte de la reina, se dejó hacer, consciente del difícil momento.

Pero lo que vino a continuación lo desarmó completamente.

Aquella augusta señora, a la que el pueblo español había apodado injusta y sabiamente «doña Virtudes», le movía a acariciarle su embarazado vientre, en un gesto de generosidad y valentía que difícilmente podría olvidar nunca.

Con ello, el hábil gobernante se sintió no solo reconfortado —la muerte del monarca sumía al país en una crisis de proporciones inimaginables— sino convencido de que la suerte, esta vez sí, se pondría de su lado.

Finalmente la reina buscó sus ojos, astutos y versados, y componiendo un gesto de solemnidad digno de los Habsburgo, le comunicó con regocijo:

—Será varón. Y le pondremos Alfonso.

A una gran distancia de allí, otra persona sufría lo indecible al cobijarse de unas sábanas. Si bien su desdicha no era comparable, la magna intensidad de su sueño le había hecho precipitarse hacia un abismo de dolor del que no podía escapar.

En su visión, real como la vida misma, un caballero agonizante hacía sonar un olifante de marfil con idea de llamar la atención sobre su estado crítico.

A su alrededor, varios jinetes yacían esparcidos sobre el suelo, tiñendo el verdor de la hierba con su sangre tibia y fulgente.

Mientras, los pájaros, negruzcos como el azabache, revoloteaban en busca de carroña, y las monturas que aún quedaban en pie relinchaban enloquecidas, compitiendo en sonoridad con el choque de espadas que aún se presentía a lo lejos.

De pronto una silueta irrumpía en medio del caos, tratando de abrirse paso entre el amasijo de carne y metal que reposaba sobre el valle.

Era un hombre de mediana edad, al que el horror parecía no inquietar.

Su rostro, ligeramente anguloso y provisto de una tupida barba, se hallaba semioculto por una capucha.

Su cuerpo, de complexión delgada pero fibrosa, se flexionaba ágilmente bajo las costuras del hábito, de gruesa lana y diseño sencillo, que desde hacía décadas conformaba su segunda piel.

Próximo al lugar donde se hallaba el caído, el monje besaba una cruz y elevaba al cielo una brevísima oración.

La estampa era patética.

El caballero se encontraba reclinado sobre un árbol, con el rostro violáceo y los brazos deshechos por el cansancio. A su lado descansaba un objeto, el cual trataba de proteger a duras penas, aunque con escaso éxito.

Ni uno solo de sus músculos podía ya responder.

Viendo el estado en que se encontraba, el religioso corrió a arrodillarse, con objeto de suministrarle la extremaunción. Siquiera en el último segundo, su voluntad no debía desalojar el cuerpo antes de recibir el perdón.

Sin embargo, y al contrario de lo que suponía, al soldado cristiano aún le restaban unos minutos de vida. Los suficientes para revelar algo que lo dejó sin aliento.

Su nombre era Roldán, y había luchado valientemente junto a los doce pares de Francia en infinidad de batallas. En su retorno a la patria habían sido sorprendidos por un grupo de infieles que se ocultaban entre los riscos y que, al parecer, habían obtenido el apoyo de un grupúsculo de rebeldes, quienes se hacían llamar vascones.

Dicho esto, el franco le hizo entrega del objeto y le pidió, bajo juramento, que se lo hiciera llegar a una persona a la que tenía en gran estima. La misma que, de no haberlo evitado la muerte, habría convertido en su esposa.

Alda era su nombre y era hermana de Oliveros, leal amigo y dispuesto compañero de armas y batallas. Desde su despedida en la corte del emperador Carlomagno aquella contaba los días para

su regreso. Algo que finalmente no tendría lugar.

El monje, tras escuchar con angustia la última voluntad del joven, le prometió proteger aquella pieza con su propia vida. Una promesa que, poco después, se haría realidad de un modo completamente literal.

Poco después del encuentro, cuando ya se disponía a enterrar al caballero con ayuda de otro hermano, ambos fueron sorprendidos por un grupo de sarracenos, echando a correr sin remedio.

Viendo que su destino estaba sellado, el monje insistió a su acompañante para que huyese hacia las montañas, mientras él trataba de escapar en otra dirección, con idea de confundir a sus perseguidores y lograr acceder al eremitorio.

Terrible decisión.

Al poco de iniciar la segunda carrera y enfilarse la entrada a la cueva, dos infieles terminaron por interceptarlo.

Fue entonces cuando la oscuridad hizo presa de sus ojos y de su alma.

XXXIX

*Hotel du Palais, Biarritz
Agosto de 1899*

EN LA INTIMIDAD DE SU DORMITORIO, HUNTINGTON terminó de calzarse las botas y adecuarse los tirantes, justo antes de iniciar, como era su costumbre, el ritual frente al psique. Este estaba colocado sobre dos montantes verticales que permitían inclinarlo en mayor o menor medida, algo que le vino fenomenal para comprobar que su atuendo, basado en prendas de lino considerablemente livianas, era el más adecuado para la misión.

Delante del amplio espejo, el norteamericano no solo se insufló ánimos a sí mismo —de su habilidad para desenredar la madeja dependía el futuro de numerosas personas— sino que descubrió dos arrugados rinconcitos formados por la piel a la altura de sus ojos. Algo que, sin duda, era producto del cansancio y las preocupaciones más que del paso del tiempo.

Antes de abandonar la lujosa habitación, el filántropo tomó de la superficie de la consola el plano de los Bajos Pirineos facilitado por Gaillard y revisó bien el interior de la chaqueta, cerciorándose de que su flamante Browning tuviese accionado el seguro. No le había resultado fácil conseguir aquel ejemplar semiautomático cuyo contrato de fabricación acababa de firmarse en Bélgica. De hecho, hubo de recurrir a sus contactos parisinos insistiéndoles en la necesidad de obtener un arma pequeña y discreta que fuese fácil de ocultar. Un buen puñado de dólares obraron el milagro y, antes de arribar a la costa francesa, un comerciante se la hizo llegar directamente desde Herstal.

Tan pronto como el resto de miembros estuvieron listos, el grupo volvió a reunirse en el salón Victoria. Este presentaba un aspecto tan limpio y ordenado que costaba imaginar que hubiese sido el escenario de una fiesta. El trabajo de las camareras, desarrollado en un tiempo récord, había permitido no solo devolverle a la estancia el esplendor perdido, sino renovar el ambiente cargado de las últimas horas.

—¿Alguien sabe dónde se encuentra Doyle? —preguntó Eiffel preocupado. Aquellos minutos transcurridos en su habitación, además de permitirle desconectar del ajetreo de las últimas horas, le habían servido para reflexionar. En apenas unos meses había pasado del retiro en soledad a

participar en propuestas inimaginables. Y aunque su vida y la de sus compañeros pendían de un hilo en ese momento, en el fondo se sentía agradecido por estar viviendo aquella última aventura a sus sesenta y seis largos años.

—Acompañando a lord Hampton —respondió Freud, con la lúgubre aspereza que impregnaba todas sus palabras—. Acabo de pasar por allí y me ha asegurado que se reunirá con nosotros en breve. Por lo visto el secretario estimó oportuno informar a la baronesa sobre su estado, de ahí que el doctor lo reemplazase mientras enviaba el telegrama a Dorset.

—¿Y cómo se encuentra el enfermo? —se interesó Toulouse, a quien un chorro de agua fría sobre el rostro había despejado temporalmente.

—Estable.

—Oh, bien —exclamó el pintor, dando por sentado que el austríaco no tenía el más mínimo interés en continuar la conversación.

Apenas dos minutos después, Doyle hizo acto de presencia confirmando las palabras de su homónimo. Lord Hampton se hallaba tranquilo aunque con la lógica necesidad de solucionar aquel asunto cuanto antes.

Las campanadas del reloj del *hall* advirtieron a Huntington de que debía partir de inmediato, por lo que no tardó en echarse al hombro una bolsa de lona con útiles y diversos víveres y enfilear la puerta.

—No será fácil —balbuceó un Giacomo Puccini cuyo aspecto había mejorado ostensiblemente —, pero al menos sabrá dónde buscar.

Feliz como una novia, procedió a cruzar sus dedos para representar el símbolo universal del cristianismo.

—Señor Huntington —intervino Gaillard tras irrumpir en la sala con un gesto de impaciencia —, el caballo se encuentra en la puerta trasera del edificio. Un lacayo se ha encargado de enjaezarlo convenientemente. Ahora solo nos resta desearle suerte.

Al oír esto todos los hombres asintieron, despidiendo al intrépido norteamericano con la convicción de que haría lo imposible por hallar el tesoro de Roldán.

Los bulbos de vidrio continuaban volcando su arena en el centro del salón cuando Doyle se dirigió instintivamente hacia el piano para iniciar su discurso.

—Gracias al señor Puccini hemos averiguado que a nuestro adversario le gustan los acertijos. Esto me hace pensar que, a poco que nos esforcemos, obtendremos nuevos indicios.

—¿Otra vez? —protestó Eiffel con enojo—. Ya hemos revisado el salón de arriba a abajo, visionado cinco veces la película y analizado las notas del derecho y del revés. ¿Qué más nos queda por hacer?

—Bebemos una copa —replicó Toulouse, mostrando una nueva botella de coñac.

—¿De dónde ha sacado eso? —rugió enfurecido su compatriota.

—Un mago jamás revela sus trucos —contestó divertido—. Si alguien fuese capaz de conseguirme una buena porción de ajeno podría deleitarles con un cóctel de mi invención. Estoy seguro de que, de probarlo, se les abrirían de par en par los ojos de la mente. Lo he bautizado con el nombre de *Temblor de tierra*. ¿No suena fantástico?

—Yo me apunto a ese plan —intervino el italiano, ante la sorpresa de sus compañeros—. ¿A

alguien se le ocurre una idea mejor?

Doyle agachó la cabeza y revisó la punta de sus zapatos, menos lustrosos que de costumbre. Quizás aquellos artistas llevaran razón; lo mejor sería tomarse un *whisky* y esperar.

Eiffel pasó bajo una de las lámparas de cristal de Bohemia que despuntaban en el techo y se detuvo frente al ventanal que daba a la explanada. Desde aquella ala del hotel podían contemplarse unas excelentes vistas de la Grande Plage.

Mientras algunas muchachas deambulaban cogidas del brazo de sus acompañantes, un grupo de niños levantaba castillos en la arena. Todos ajenos a la tensión que se respiraba en el interior del establecimiento.

Freud buscó la comodidad del canapé para dar rienda suelta a su vicio. Si en días normales llegaba a fumarse hasta una veintena de puros, en momentos de debilidad podía incluso duplicar esa cifra. El principal problema radicaba en que, a esas alturas del viaje, prácticamente había agotado sus existencias, por lo que optó por economizar, guardando sus escasas reservas en la maleta.

«Este será mi último Don Pedro antes de la cena», pensó al poco de exhalar la primera voluta de humo. Luego, obviando conscientemente el protocolo, se tumbó a lo largo del mueble con la cabeza apoyada en un cojín, tratando de emular a sus pacientes. Si bien aquello no era propiamente un diván, esa postura le ayudaría a relajarse y pensar.

No hicieron falta más que unos minutos de sosiego para que el científico cayese en la cuenta de que la partitura visigótica escondía algo más que una cruz.

Para ello tuvo que remontarse varios meses atrás, cuando una señora extranjera de mediana edad y exquisitos modales visitó su consulta con objeto de hallar un remedio.

Después de exponerle sus síntomas, que incluían desde espasmos musculares a insomnio y, por supuesto, un latente dolor de cabeza, no pudo sino ratificar el diagnóstico previo de otros colegas, quienes, según la mujer, habían concluido que padecía histeria.

Aquella entrevista habría sido del todo baladí si no fuese porque dicha dama, oriunda de Bucarest, le había insistido en que la hipnotizase, algo a lo que el austríaco se negó en un principio, aduciendo que esa práctica no entraba en sus planes desde hacía más de dos años. Si bien la había estado utilizando desde 1886 a 1896 como método previo al psicoanálisis —curiosamente tras conocer al hipnotizador danés Cari Hansen en una función de teatro—, sus conclusiones no eran del todo positivas. Por su experiencia, durante la hipnosis se podía modificar la conciencia con base en la sugestión del hipnotizador, mientras que con el psicoanálisis se evocaba el inconsciente simplemente evocándolo.

«¿Cómo no he reparado antes?», se lamentó al recordar la escena en su casa de Viena.

Después de convencerlo con miles de alabanzas hacia sus publicaciones y llevar a cabo la regresión, Freud no solo constató el desequilibrio emocional de la mujer, fruto del desapego de un ser querido, sino un principio de *folie circulaire* o locura circular —término empleado en 1851 por el psiquiatra Jean-Pierre Falret para designar la alternancia de ciclos de excitación y de depresión maníaca—. O lo que era lo mismo, aquella dama de acento exótico y comportamiento extraño, sufría de algo mucho más complejo que la histeria. Y ese algo, por desgracia, se le escapaba completamente.

Pero nada de eso tenía importancia en esos momentos.

Si Freud había pensado en aquella visita era por una razón muy distinta.

Además de relatarle sus preocupaciones, la mujer había mencionado, un fonógrafo de cilindros de cera con el que solía escuchar música a todas horas.

Y al igual que una suave melodía podía ayudar a realizar una regresión —e incluso, llegado el caso, una autohipnosis—, cualquier otro sonido podía ayudar a salir de un trance.

CUARTA PARTE

«El misterio que se esconde tras la belleza de las mujeres está fuera del alcance de las simples emociones humanas hasta que lo desentraña el misterio aún más profundo de nuestras propias almas».

WILKIE COLLINS

«El ingenio quizás es al talento lo que el instinto a la razón».

JULES RENARD

«Hay una fuerza más poderosa que el vapor y la electricidad: la voluntad».

CECILIA BÖHL DE FABER

XXXV

Saint-Martin-d'Arrossa, Aquitania

CUANDO LA DENSA NIEBLA SE HUBO DESPEJADO Y EL AIRE seco reinauguró la tarde, una porción de fachadas de piedra y tejados longitudinales dieron la bienvenida a Archer M. Huntington. La primera etapa de su viaje había concluido satisfactoriamente, por lo que debía buscar una cuadra y reemplazar el caballo. Aún le restaban ocho millas para divisar la histórica capital de la Baja Navarra, St-Jean-Pied-de-Port, y de ahí continuar otras diecisiete por la senda jacobea hasta Roncesvalles. Si sus cálculos no erraban, antes de la puesta de sol debía alcanzar su destino.

Aquel pueblecito pirenaico de escasa población y vida sencilla estaba dedicado, como muchos otros en Francia, al obispo Martín de Tours, uno de los santos más populares del cristianismo. Huntington había conocido su fama durante su primer periplo por la Argentina. Al parecer, Juan de Garay, segundo fundador de la capital rioplatense, se decidió por este patrón en octubre de 1580. Dado el escaso entusiasmo suscitado por el religioso entre los colonos de origen español —pese a haber nacido en Hungría todos lo relacionaban con el país galo donde estaba enterrado—, estos decidieron repetir la elección, y hasta tres veces volvió a salir el mismo nombre, lo cual fue interpretado como una señal divina.

Guiado por la silueta de la iglesia, cuyo campanario era de factura reciente, el norteamericano se adentró en el corazón de la población con la intención de invertir el menor tiempo posible.

Un par de preguntas le bastaron para dar con el sitio que buscaba, la Maison d'Haucourt, donde según los lugareños podría cambiar su caballo sin ningún problema. Empero, el asunto no resultó tan sencillo, pues el dueño le explicó, en un francés tan cerrado que se vio obligado a recurrir al lenguaje gestual, que el día anterior había realizado una interesante operación, por lo que no disponía de monturas en ese momento.

—¿Y ese de ahí? —le preguntó con incredulidad el recién llegado.

—Lo siento mucho, *monsieur*, pero ese caballo pertenece a mi hijo y por nada del mundo se me ocurriría venderlo.

—¿Cuánto pide por él? —insistió Huntington, utilizando esta vez un tono mucho más contundente. Si algo le había enseñado la vida es que todo tenía un precio.

—De veras que lo siento...

—¿¿¿Cuánto??? —exclamó enseñándole la cartera con enojo.

Entonces el hombre señaló a regañadientes una cifra que a Huntington no le pareció en absoluto desorbitada, pero que sobrepasaba en mucho el valor real del pencho.

—Haremos una cosa —determinó con frialdad—. Mi caballo a cambio del suyo. Como podrá observar, no hay color entre uno y otro. Y además le haré entrega de la mitad del precio. ¿Qué me dice?

Minutos después dejaba a sus espaldas el minúsculo municipio, convencido del fracaso en la transacción, pero feliz de poder continuar con su camino.

El reloj de bolsillo señalaba que la hora del té estaba próxima, lo cual no le incomodó en absoluto. Poco antes de divisar el pueblo había hecho uso de la cantimplora de hojalata para acompañar, sin detenerse, un par de ciruelas mirabeles que le supieron a gloria.

No fueron necesarias muchas millas para darse cuenta de que aquel tosco francés le había engañado completamente.

El frágil equino no solo se había detenido en medio de la vía, sino que exhibía un espumarajo de tal calibre que su jinete se vio obligado a descabalarlo.

Por la proximidad del monte Arradoy —que aparecía muy bien detallado en el mapa de Gaillard— dedujo que debía encontrarse a escasa distancia de St-Jean-le-Vieux, y por tanto en la antesala del lugar que daba inicio a la ruta a Santiago. Por tanto tendría que recorrer unas diecinueve millas a pie para coronar su viaje.

«Imposible llegar antes de la medianoche», se dijo apesadumbrado.

Todo ello contando con que su físico, poco acostumbrado a las largas caminatas, le permitiese realizar aquel esfuerzo en horario nocturno.

El puente habilitado sobre el río Nive disponía de un solo ojo.

Algunos decían que sus artífices habían sido los romanos, pero esto no era rigurosamente cierto. Al igual que otras muchas construcciones de la Antigüedad, había sufrido una profunda transformación durante la Alta Edad Media, por lo que su aspecto dejaba a las claras la factura posterior.

Huntington se desabrochó la camisa al cruzar a la otra orilla y, al enjuagar su pañuelo con ánimo de refrescarse, vio aproximarse un carro de mulas que transportaba a dos personas.

No lo dudó ni un instante.

La dueña, de aspecto humilde, viajaba junto a un chico retraído de aproximadamente doce años y estaba encinta.

Esta vez redobló sus esfuerzos para resultar amable. Su experiencia anterior en St. Martin así lo aconsejaba, por lo que desplegó todos los encantos que poseía para convencer a la pareja.

—Nosotros nos dirigimos al collado de Ibañeta —le explicó la mujer señalando su mercancía—. Como ve, vamos bastante cargados. En apenas unos meses aquella zona estará completamente nevada, por lo que sus gentes necesitan abastecerse. Más adelante, con las lluvias, les resultará imposible encontrar leña seca.

Al oír esto, el neoyorquino maldijo su esquiva suerte. Pero justo antes de reemprender la marcha en solitario, la mujer le hizo una señal para que subiera al carretón.

—No sabe cuánto se lo agradezco... Si es necesario, le pagaré.

—Guárdese su dinero —le respondió ella con un esbozo de sonrisa—. Por estas tierras nadie niega su ayuda a quien lo necesita.

—Aun así, le compraré parte de la mercancía. Es lo menos que puedo hacer.

—¿Qué se le ha perdido en Roncesvalles? —le preguntó la mujer, haciendo caso omiso a su ofrecimiento—. Allí no encontrará más que a un puñado de frailes rodeados de piedras.

Huntington no supo qué responder.

Los terrenos ondulados, sembrados de casas blancas, dieron paso a los crestones y a la espesura de los hayedos, donde los cantos de los pájaros invitaban a ascender a cumbres más despejadas para observar su vuelo. Al hallarse el verano en su pleno apogeo, las cálidas temperaturas habían favorecido la apertura de los brotes, por lo que los montes presentaban ese verde translúcido tan intenso de las hojas estrenadas. Por esa razón los tres ocupantes, que desde la salida de St-Jean-Pied-de-Port apenas habían intercambiado una palabra, se vieron acompañados del aroma penetrante de las violetas, que despuntaban orgullosas entre océanos de pequeñas margaritas.

El chico, al que la luz del sol cegaba la vista, llevaba las riendas con firmeza. Desde que el extranjero se les sumase se había negado a levantar los ojos más allá del perfil de las mulas. A su derecha, la mujer posaba las manos en su vientre, consciente de que los plazos se iban acortando.

Huntington, que se ubicaba detrás de la pareja, sentado entre los leños de encina y roble, revisaba su cuaderno de notas tratando de no impacientarse. Aquellos paisajes no le eran del todo ajenos, pues siete años antes había descubierto las tierras de Navarra en su periplo por la Península Ibérica, dando como resultado un diario personal al que había titulado *A Notebook in Northern Spain*.

Quién iba a decirle por aquel entonces que volvería a recorrer esas colinas con un objetivo tan distinto.

—Fíjese en aquella montaña —apuntó la mujer, girando el cuello hacia la parte trasera y sacándolo de su ensimismamiento.

Antes de que este obedeciese, pudo distinguir dos hileras de dientes minados de caries que le afeaban bastante el rostro.

«La gangrena de los tejidos duros», pensó evocando a su compatriota Dayton Miller, el dentista descubridor de la placa bacteriana.

—¿Se refiere a esa de allí? —señaló con el índice, aproximando sin querer su hombro al de la fémina, mucho más delicado de lo que podía imaginar al tratarse de una arriera.

Instintivamente el chico emitió un gruñido, dando a continuación un tirón de las riendas tan violento que Huntington casi se cae de espaldas.

—¡Ten más cuidado! —bramó ella, interesándose a continuación por el estado de su acompañante. Afortunadamente, este había logrado agarrarse a las teleras antes de sucumbir sobre la leña.

—No se preocupe. Me encuentro perfectamente —sentenció, tratando de no concederle demasiada importancia—. Estábamos hablando de la montaña...

—Es el alto de Ibañeta. Una vez que lo atravesemos encontrará lo que busca. Aunque, como ya le dije antes, no entiendo qué se le ha perdido a alguien como usted en semejante lugar.

—Muchas gracias —respondió él lacónicamente.

En efecto, Roncesvalles se hallaba a poco más de una milla de distancia de aquel puerto de montaña. Paso histórico fundamental del Pirineo Occidental, al que el hispanista Richard Ford se había referido como un lugar dotado de «facilidades para el turista», poseía una altura superior a los mil metros. Entre sus reclamos principales despuntaba la llamada Breche de Roland, un estrecho collado de cuarenta metros de ancho por cien de alto que, según la tradición, había surgido del intento frustrado del héroe por quebrar su espada Durandarte, justo antes de fallecer.

Pese a la cercanía de la planicie, la dueña del carro tuvo el detalle de avanzar lo suficiente para que su improvisado acompañante distinguiese la silueta del monasterio. Este surgía entre los árboles rodeado de pastos abundantes en los que podían encontrarse un buen número de ovejas, las cuales se hallaban esparcidas por el prado, otorgando claridad a un escenario mayormente oscuro.

Antes de despedirse, con el crepúsculo cerniéndose sobre el paisaje como en las pinturas de William Turner, el estadounidense introdujo un billete de cinco dólares en el pantalón del muchacho, sin que este se diese cuenta.

«Menuda sorpresa se llevará al descubrir a Lincoln. Jejeje», pensó divertido.

No se le ocurría una forma mejor de compensar a aquellas personas que, providencialmente, se habían cruzado en su camino.

La iglesia colegiata de Santa María se había levantado gracias a la iniciativa de un monarca del siglo XIII, Sancho VII el Fuerte, quien la eligió como lugar de enterramiento tras su decisiva victoria en Las Navas de Tolosa.

Huntington no solo conocía los detalles de aquella importante gesta de la Reconquista española, sino que había tenido ocasión de debatir con los regulares agustinianos bajo las arquerías góticas del edificio. Esta vez difícilmente podría repetir su experiencia de 1892, pues lo que menos le interesaba era dejarse ver por el monasterio.

En cierta forma la discreción era parte fundamental del éxito de la misión.

Tan solo disponía de media hora antes de que la oscuridad devorase los colores que envolvían el horizonte, por lo que puso rumbo directo hacia el lugar señalado en el mapa. Este se hallaba a las afueras del conjunto monástico, tras un espeso bosque de hayas, acebos y alerces y justo antes de acceder al poblado de Burguete, donde los peregrinos solían detenerse antes de continuar su camino hacia Compostela.

Si Puccini estaba en lo cierto, una cruz debía indicarle el sitio exacto donde hallar el legado de Roldán, por lo que dedujo que el autor de la partitura se refería al crucero de Ipetea, un punto imprescindible de la ruta jacobea que se hallaba semioculto entre robustos ejemplares de abeto y de roble, del que había tenido noticia en su anterior viaje.

Pero en cuanto el filántropo la tuvo delante supo de inmediato que aquella no era, ni remotamente, la cruz que buscaba.

Unas básicas nociones de arte bastaban para averiguar que el monumento de piedra conocido como Cruz de Roldán era una reconstrucción bastante reciente. Es más, la efigie anterior tampoco debía haberse erigido antes del siglo XVI, puesto que fue precisamente en esa época cuando

comenzaron a instalarse las cruces devocionarias en las encrucijadas de los caminos.

Si la tradición era cierta, las tropas de Carlomagno debieron cruzar la frontera ocho siglos antes, concretamente en el 778, con el fin de someter a los árabes que dominaban gran parte de la antigua Hispania. Sin embargo, tras el fracaso de su expedición a Zaragoza, los soldados se retiraron a Francia destruyendo a su paso las murallas de Pamplona. Este último episodio desencadenó la reacción de ciertas tribus vasconas del Pirineo navarro que, armándose de valor, tendieron una emboscada a Carlomagno cerca del lugar que más adelante se llamaría Roncesvalles. Al parecer, el emperador se encontraba ya en Luzaide (luego Valcarlos) con la avanzadilla del ejército, cuando su sobrino Roldán, que iba al mando de la retaguardia, hizo sonar el olifante para avisar de la emboscada. Mas cuando los jinetes se desplazaron hasta el lugar, el héroe ya estaba muerto.

«Debí imaginarlo», se lamentó Huntington en voz baja, siendo consciente de que a partir de ese momento sus posibilidades se reducían.

Pese a todo, extrajo un farol de cobre del interior de la bolsa y prendió rápidamente la mecha con idea de escudriñar el monumento. Si no recordaba mal, los monjes de más edad mencionaron que, tiempo atrás, un noble francés había rastreado aquella zona en busca de vestigios. Al ser aficionado a la pintura incluso había dejado alguna obra alusiva para la posteridad.

«Si ese tesoro existe tiene que estar enterrado cerca de aquí».

Entonces cayó en la cuenta.

Si el autor de la partitura visigótica había incluido la cruz entre las notas musicales era, sin duda, para llamar la atención. Pero, al mismo tiempo, dicha imagen no podía relacionarse con una representación material del símbolo cristiano de ninguna de las maneras, pues ¿quién iba a ser tan necio como para erigir una cruz de piedra en plena campaña contra los musulmanes? Máxime cuando aquella zona no volvería a estar en poder de los seguidores de Cristo hasta bien entrado el siglo XII.

En consecuencia, quienquiera que hubiese escondido el arma de Roldán podría haber tomado como referencia no ya el patíbulo en sí, sino el recinto donde este se ubicaba y que sirvió de escenario al ajusticiamiento de Jesús de Nazaret.

«*Kraniou Topos* en griego, *Golgotha* en arameo y *Calvariae Locus* en latín. En todos estos idiomas quiere decir lo mismo: lugar de la calavera».

¿Y qué era exactamente la calavera?

Para la tradición judía, el lugar donde se enterró el cráneo de Adán, quien a su vez, y según las religiones abrahámicas, fue el primer hombre creado por Dios sobre la Tierra.

Siendo así, el puñal de Roldán solo puede estar oculto... ¡en un cementerio!

XXXVI

Hotel du Palais, Biarritz

T OULOUSE-LAUTREC ERA UN PINTOR DE SERES VIVOS. Aunque en su trayectoria había plasmado todo tipo de motivos —Degas siempre fue su referente, especialmente a la hora de elegir los temas—, pronto se decantó por la figura humana en movimiento. De ahí que su uso del dibujo no fuese solo descriptivo sino especialmente expresivo. Desde temprana edad había demostrado una gran capacidad para captar la psicología de sus personajes, dejándose seducir por los gestos individualizados, por manifestaciones tan gráficas como el baile (en especial el *chahut* o cancán) y todo aquello que conllevase una acción.

De ahí que, superado el acceso de *delirium tremens* que le provocó visiones tan impactantes como un ejército de arañas trepando por las paredes de estuco, pugnase por tranquilizarse y, de paso, colaborar con sus compañeros.

Al igual que Freud y Doyle solían acompañarse de sus maletines para ejercer la medicina, desde su estancia en la clínica de La Folie Saint-James el artista de Albi no había vuelto a separarse de su caja de acuarelas, de sus pinceles y lápices decolores, de la tinta hindú de calidad y, por supuesto, de una buena provisión de papel. Una serie de elementos que se habían convertido, merced a la magia de su talento, en el mejor remedio para superar las crisis.

Esta vez, sin embargo, se había decidido por la pluma de perdiz. La misma que había usado para representar las treinta y nueve ilustraciones de circo encargadas por Joyant, el buen amigo que tantas veces lo había visitado en el sanatorio parisino, y que le habían permitido convencer a los facultativos de su completa desintoxicación.

—¿Qué está dibujando esta vez? —se interesó Puccini, rascándose la cabeza justo en el lugar donde había recibido el golpe.

Henri lo miró por encima de sus gafas de montura menuda y exenta de patillas y, tras apartar el cordón de su mejilla derecha, le sonrió.

Aunque pareciese mentira, esa vez prefería optar por el silencio.

El italiano, sin embargo, continuó con la plática, alabando sin cesar la técnica empleada a la hora de dar forma a sus imágenes.

—Ese trazo me recuerda a sus litografías sobre la *Phaedra* de Sara Bernhardt. Una auténtica maravilla, por cierto.

—Puede ser —concedió el artista.

—Si no me equivoco, usted se basó en las estampas japonesas para realizar esas series.

—No se equivoca.

Contagiado por el interés del toscano, Toulouse le relató que aquella obra, realizada directamente desde el palco del teatro, obedecía a su pasión por las artes escénicas. Algo que compartía con otros pintores impresionistas que, atraídos por la plasticidad de los escenarios y la reacción de los espectadores, solían acudir a las salas con bastante asiduidad. Entre ellos había que destacar, además del parisino Edgar Degas, a Renoir y a Manet.

—Me gustaría invitarle al estreno de mi próxima ópera. Si todo va como espero, la presentaremos en Roma a inicios de año.

—Será un placer acudir, si mis médicos me lo permiten —respondió con ironía.

Finalmente le mostró su cuaderno, donde podía apreciarse con claridad la figura de una mujer desnuda.

Al principio Puccini no le concedió demasiada importancia.

Cualquiera que conociese su trayectoria estaba acostumbrado a las estampas eróticas surgidas de los *cabarets* y los prostíbulos, uno de los recursos más utilizados en su etapa de Montmartre. Sin embargo, un detalle singular le movió a acercarse hasta su amigo y observar con atención el dibujo.

—¿Cómo lo ha hecho? —exclamó asombrado, denotando en su pálida faz el trastorno que aquel simple apunte le había causado.

—Ha sido muy sencillo —y seguidamente se llevó el índice izquierdo a la cabeza—. Todo está aquí.

Al punto, y alertados por la sorpresa de Puccini, el resto de hombres se congregaron en torno del pintor para admirar su retrato.

—¡Es magnífico! —declaró el ingeniero en nombre del grupo.

Entonces Freud le preguntó —esta vez con el máximo respeto— cómo se le había ocurrido dibujar a la mujer asesinada en aquel preciso momento.

—Mi mente trabaja así, doctor —le aseguró.

Y luego les pidió que se fijasen en un elemento que había pasado completamente desapercibido.

—Al igual que el señor Doyle es un maestro de la deducción y *monsieur* Eiffel un virtuoso de la industria moderna, yo me declaro especialista en los pequeños detalles.

—¿Adónde pretende llegar? —inquirió Freud, al percatarse de que el francés estaba señalando la extremidad superior izquierda de la dama.

—Ahora lo verá.

Con la energía de un púber, Toulouse empujó a Puccini al lugar donde se hallaba el piano y lo conminó a interpretar la misteriosa partitura. Mientras, él se dirigió al lugar donde habían hallado el cadáver y se tumbó en el suelo, de la misma forma que había reproducido en el dibujo.

—¿Por qué la dama reposaba aquí y no en otro rincón? —formuló el pequeño pintor sin abandonar la postura.

Todos se encogieron de hombros.

—¡Yo se lo diré!

A continuación, Toulouse alargó su mano izquierda hacia el asiento y extrajo de su parte

inferior un objeto alargado. Sin que a nadie le diese tiempo a respirar, se alzó del piso con un rápido movimiento y, en menos de tres zancadas, se precipitó sobre la espalda del músico con intención de golpearle.

—¡Nooooo! —vociferó inocentemente Eiffel, corriendo hacia el taburete con idea de impedirselo.

—¡Tranquilos! —Se revolvió él manteniendo su bastón en alto—. No era más que una representación, ¿verdad, Giacomo?

Al ver la sonrisa proyectada en la cara del músico, todos los presentes se relajaron. Especialmente Eiffel, que a sus sesenta y seis años resultaba más impresionable que ninguno.

Doyle avanzó unos pasos y, haciendo uso de sus formas más rimbombantes, comenzó a aplaudir con entusiasmo.

—En realidad deberíamos felicitarle a usted, señor Doyle —musitó Toulouse agradeciendo el gesto del escocés—. Si no hubiese sido por su insistencia en buscar pistas jamás habría dado con la clave.

—Entonces, ¿fue la propia mujer quien golpeó al señor Puccini? —Para Eiffel, aquella posibilidad resultaba imposible—. Una cosa es el espiritismo, señor Doyle, y otra bien distinta que los muertos resuciten. Que yo sepa, además de Lázaro y Jesucristo, ni un solo cadáver se ha levantado de su tumba para regresar junto a los vivos.

—«Ni un solo cadáver» —atajó Freud, tan directo como siempre—. Pero ¿quién piensa a estas alturas que nuestra dama favorita estaba muerta?

Doyle elevó los pómulos con gran regocijo al escuchar la sentencia del doctor. Pese a que ambos habían errado de manera imperdonable en el diagnóstico —no era la primera vez que la ciencia daba por muerta a una persona viva—, aquella resolución le parecía fantástica.

—Pero si la mujer no había fallecido... ¿cómo demonios...?

—Cálmese, señor Eiffel —le suplicó el austríaco—. Yo se lo explicaré.

Minutos después, tanto el hacedor de la famosa torre de París como el resto de presentes tenían clara una cosa. Aquella mujer había fingido su muerte por medio de la autohipnosis. De la misma forma, había despertado del letargo merced al sonido del piano.

«¿Qué músico se resiste a interpretar una partitura desconocida?», había apuntado Puccini, reconociendo su defecto.

—Sin embargo, hay algo que no logro entender. —Doyle volvió a dirigirse al mueble junto al que se había tumbado Toulouse minutos antes—. ¿Cómo podía saber esa señora que Puccini se quedaría solo?

—No tenía por qué saberlo —intervino Freud—. Ya les he explicado que para salir de la autohipnosis es necesaria una señal específica o un sonido contundente, como el de un despertador. Y por supuesto, el piano era una excelente opción. Que la partitura estuviese bien visible en el atril del instrumento obedecía a otra razón bien distinta: llamar la atención de nuestro colega italiano para que desvelase el acertijo.

—*Molto bene!* —exclamó Puccini.

Freud, ajeno al comentario, se mesó la barba antes de proseguir con su discurso.

—No me extrañaría que, quienquiera que diseñase el plan, contara con un plan alternativo por

si la señora se despertaba antes de tiempo.

—¿Quiere decir que la mujer no actuaba sola? —A Eiffel le seguían asaltando las dudas.

—Eso es evidente, querido Gustave —afirmó Doyle—. Para empezar, alguien debió echarle una mano con esa capa de pintura.

—O dos —le interrumpió Toulouse, con una sonrisilla lasciva—. A mí no me hubiese importado hacerlo...

—Y todo ese asunto del cinematógrafo, de la reserva de la habitación a nombre de Carlomagno...

—¿Insinúa que uno de nosotros ha podido colaborar en este sinsentido? —El ingeniero se plantó frente a él con el recelo de un toro.

—Yo no insinúo nada —concluyó el escocés—. Simplemente debemos contemplar todas las posibilidades.

—Volvamos a lo importante. —Freud retomó el hilo de la conversación apoyando su mano sobre el hombro de Eiffel—. Partiendo del hecho de que la mujer fingió su muerte para implicarnos en la búsqueda, bien ella sola o con la ayuda de otra persona, lo más preocupante no es lo que ha hecho hasta ahora, sino de lo que aún es capaz.

—Efectivamente —terció Doyle, sorprendido de la agudeza del psicoanalista—. Mientras nos mantengamos unidos, no debemos temer a nada. Exceptuando, como es lógico, a ese artefacto lleno de relojes...

—Pero sabemos de alguien que sí corre peligro. Y mucho —les alertó Puccini.

—El señor Huntington —aclaró Eiffel, bastante preocupado.

—Dada la falta de escrúpulos de esa mujer o de su cómplice, no me extrañaría nada que, aun logrando sus propósitos, pretendiese acabar con él.

—Y de paso con todos nosotros —se sumó Toulouse, tras reconocer que el temor del italiano era real.

—Pues eso solo tiene una solución —terció Eiffel, sacudiéndose los miedos—. ¡Debemos ir en su ayuda!

—¿Cómo? —Doyle no daba crédito—. ¿A Roncesvalles? ¿Ahora mismo? ¿Es que se ha vuelto loco?

—¿Puede explicarnos cómo pretende recorrer cincuenta millas en una sola noche? Si no me equivoco, el plazo acaba mañana a medianoche. —Freud se mostró más pesimista que nunca—. Y aunque me duela decirlo, dudo que Huntington regrese a tiempo.

—Yo nunca revelo mis trucos —respondió Eiffel, imitando a su compatriota Toulouse—. ¿Quién me acompaña?

Antes de que les diese tiempo a opinar, Puccini ya se hallaba enfrascado en averiguar el modo más idóneo de escapar por las ventanas.

—Si están decididos a hacerlo, yo les ayudaré a descolgarse. —Ante el asombro de Freud, Doyle se sumó al disparate—. Pero no antes de la medianoche. Gaillard no debe sospechar absolutamente nada. Ese hombre se está jugando su puesto... y mucho más que eso.

—Lo encuentro muy razonable. —Eiffel pensaba con rapidez—. De hecho, deberíamos acudir todos juntos a la cena.

Dicho esto, el grupo acordó postergar el plan de rescate hasta varias horas después.

Antes de que el último de los hombres abandonase el rincón donde se hallaba el piano, Doyle

se volvió hacia Toulouse y le preguntó con curiosidad:

—¿Cómo supo que la mujer ocultó el bastón bajo el asiento?

El pintor se agachó y señaló con satisfacción el faldón de terciopelo que remataba la tapicería.

—Aunque usted no lo crea, soy capaz de distinguir la goma arábica con los ojos cerrados.

Fíjese en esta minúscula mancha.

—¿Goma arábica?

—¿Con qué si no iba a aglutinar el polvo de oro para pintarse el cuerpo?

—Ya entiendo —asintió Doyle, alucinando con la capacidad del francés para desenredar la madeja—. Pero ¿cómo se le ocurrió mirar ahí debajo?

—Eso es lo más curioso. En cuanto observé la herida de nuestro compañero supe de qué forma lo habían golpeado. Luego no tuve más que tenderme en el suelo, alargar la mano y...

—¿Y...?

Toulouse quiso recrearse antes de dar la respuesta.

—Repetir la operación de la forma en que lo hacemos los zurdos.

XXXVII

Roncesvalles, Navarra

HUNTINGTON RECIBIÓ LAS PRIMERAS GOTAS DE LLUVIA directamente en el rostro, justo cuando se disponía a revisar sus notas. Si en efecto existía una necrópolis en aquella zona debía hallarla antes del amanecer, de lo contrario los canónigos de San Agustín, que a esas horas debían estar descansando tras el rezo de completas, podrían descubrir sus planes y entorpecer la operación.

Por los datos recabados en su primer viaje, el intelectual estaba al tanto de un buen número de cuevas situadas en la franja norte, especialmente en los territorios dominados por los vascones. Estos se extendían a partir del siglo I a. C. entre el curso alto del río Ebro y la vertiente peninsular de los Pirineos occidentales, según el historiador romano Tito Livio. De hecho, hasta la crónica de Eginhardo —la *Vita Karoli Maguí*, datada en el 810— no se usaría por primera vez el término «navarros». Lo más probable es que durante el sometimiento del conde hispanovisigodo Casio — que aceptó convertirse al islam tras la invasión del valle en el 713—, muchos religiosos decidiesen huir al monte y establecerse por su cuenta, utilizando viejos refugios prehistóricos o excavando sus propias cuevas en las que estar a salvo de la amenaza musulmana.

Tampoco resultaba descabellado que un espacio de estas características sirviese a la vez de asilo y lugar de enterramiento para los ascetas y eremitas, por lo que Huntington se dispuso a rastrear la zona. Al no existir ninguna pared escarpada en las inmediaciones de Ipetea, dedujo que debía hallarse no demasiado lejos de esta.

«Pero ¿dónde?», se dijo, maldiciendo su precaria situación.

Al poco, un rayo de proporciones apocalípticas atravesó los contornos de una nube, yendo a parar a algún punto inconcreto del paisaje. A este lo siguió el sonido incontestable del trueno, confirmando sus peores augurios.

Amén de los problemas con los que ya contaba, en cuestión de minutos debería enfrentarse a una considerable tormenta.

Paradójicamente, el contacto con la lluvia le hizo reparar en algo: si entre los elementos esenciales para la pervivencia de los seres humanos destacaba el agua, necesariamente los primeros pobladores debieron establecerse en algún punto cercano a un río.

Movido por esta idea, buscó en su libreta el texto que hacía referencia a la muerte del héroe.

—«*En Rencesvals ad un ewe curant*» —leyó en voz alta, como queriendo invocar al fantasma de Roldán, para que le favoreciese en aquel trance.

«En Roncesvalles hay un curso de agua».

Seguidamente rememoró la escena de la *Chanson* en la que el sobrino de Carlomagno, poco antes de expirar, solicitaba algo de líquido.

—¡Eso es! —exclamó entusiasmado, y tras consultar el mapa de Gaillard, comenzó a retroceder sobre sus pasos.

Un rato después, con las piernas deshechas y completamente empapado por el aguacero, Huntington se hallaba frente a otra cruz.

Esta vez no se trataba de un monumento de principios del XIX, sino de algo aún más reciente.

Su nombre, «Cruz Vieja», hacía alusión a los elementos utilizados para construirla: un capitel con arcadas que albergaba dos figuras y una cruz florenzada de estilo gótico elevado sobre un arco, en el que se representaba a la Virgen sedente.

Sin embargo, que hubiese abandonado las inmediaciones de Burguete no obedecía a ningún interés por observar aquel símbolo de piedra, sino al hecho de escrutar el arroyo que corría paralelo.

Bautizado por los lugareños como Arrañosin, a esas alturas del año su cauce era bastante estrecho, por lo que no le ofreció demasiadas dificultades para cruzarlo. Únicamente tuvo que sumergir las piernas hasta las pantorrillas y empapar aún más sus lujosas botas de piel.

Curiosamente, mientras avanzaba entre las aguas oscuras en busca de la orilla, rememoró una escena de su infancia en la que su madre le invitaba a sumergirse en un lago durante una excursión a Newark y él se moría de miedo. Entonces, sin esperarlo, un chico irrumpió a sus espaldas y lo empujó con violencia, provocándole un sentimiento de indefensión tan grande que le costaría años volver a acercarse a un simple riachuelo. Por entonces aún no había ingresado en el colegio, pero aquella experiencia le marcaría para siempre.

Una vez al otro lado, y con el farol nuevamente encendido, el norteamericano se concentró en el paisaje. Si bien la tormenta le complicaba la labor enormemente, fue capaz de distinguir los contornos de un barranco que, a todas luces, debía albergar aquello que buscaba.

Aunque el conjunto de Roncesvalles se ubicaba a más de tres mil pies de altitud sobre el nivel del mar, aquel diente rocoso salpicado de cavidades no debía presentarle demasiados problemas. Por el contrario, que once siglos antes —curiosamente durante un mes de agosto— varios miles de hombres hubiesen perecido en aquel paraje histórico le hacía sentirse muy especial. Tanto que no pudo evitar acordarse de la escena de *El Quijote* en la que un labriego evocaba la batalla a partir de un romance tradicional sefardí:

*¡Mala la hubisteis, franceses,
en esa de Roncesvalles!*

Antes de que el reloj anunciase la medianoche ya había puesto los pies en la hondonada, por lo que, decidido a continuar con el plan, extrajo un rollo de cuerda de la bolsa y ató uno de sus cabos al robusto tronco de un abeto. Allí, bajo las brillantes hojas del árbol, la lluvia parecía remitir, por lo que sus ánimos volvieron a recobrar la fuerza.

Después de limpiarse las lentes con la manga de la camisa y anudarse la soga a la cintura, comenzó a dejarse caer poco a poco por el terraplén que, a simple vista, se encontraba más enfangado de lo recomendable. Desde su experiencia en el sur de España —investigando los yacimientos de la antigua *Carmo* junto al intrépido Bonsor—, no había vuelto a intentar algo parecido.

Ahora solo podía confiar en su buena suerte.

El conjunto de oquedades exigían un descenso suave y paulatino, de ahí que pusiese toda la atención en los movimientos de sus piernas. «Si salgo de esta no volveré a poner un pie en la montaña mientras viva», se juró entre dientes, y a continuación se volcó en inspeccionar la pared en busca de indicios de presencia humana.

Aun estando concentrado en la tarea, sus ojos no pudieron sustraerse a la belleza del paisaje de Aezkoa.

La luna, cuyos primeros reflejos se adivinaban en las regatas, contribuyó a iluminar los prados, mojados por la abundante lluvia y ansiosos por recibir a las bestias, como venían haciendo cada día desde el inicio de los tiempos.

Los pájaros, entre los que despuntaba el buitre quebrantahuesos, anhelaban el instante de emprender el vuelo. Mientras, las ranas, camufladas entre el verde patrocinio de las orillas, alternaban con los hábiles tritones en un equilibrio medido y perentorio.

No había descendido más que siete u ocho palmos cuando un grito de socorro lo arrancó de sus cavilaciones.

—¡Dios santo! —Se revolvió inquieto.

Raudo como una centella, trepó por la soga hasta encaramarse al lugar donde había iniciado la bajada.

Sus manos ardían por el roce.

Pero por más que oteó el horizonte no logró distinguir a un solo ser vivo, así que llenó sus pulmones de aire con la sana intención de responder a la llamada.

No fue necesario.

Antes que diese apertura a su mandíbula, una nueva estridencia —esta vez de innegable factura femenina— inundó los contornos del barranco, permitiéndole adivinar el punto exacto del que procedía.

Huntington no se lo pensó dos veces, y tirando de la cuerda con la mayor de las diligencias, se aproximó hasta el lugar del siniestro.

Este se encontraba a escasa distancia de un montículo cubierto de musgo, de ahí que no fuese fácil distinguirlo.

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! —gritó la mujer, al advertir que alguien se aproximaba.

Esta vez su petición de auxilio resonó de un modo mucho más diáfano. Tanto que el sonido reverberó a lo largo de los muros rocosos hasta volverse irreconocible.

Por fortuna la tormenta parecía alejarse definitivamente de las inmediaciones del valle.

—¡Aguante, señorita! ¡Pronto estaré con usted! —rugió, con los músculos tensándose bajo la piel.

En su fuero interno temía que la escasa longitud de la cuerda le impidiese llegar hasta el punto donde se hallaba la mujer, por lo que instintivamente apretó los dientes, como si esa acción le ayudase a rematar la faena.

—No podré aguantar mucho más —se lamentó ella—. ¡Dese prisa! ¡Se lo suplico!

—¡No pierda la calma! ¡Y resista, por lo que más quiera!

Cuando la punta de la bota izquierda se hubo apoyado por última vez antes de alcanzar la meta, Huntington respiró aliviado. Ya solo restaba repetir la operación con la otra pierna.

A punto estuvo de hacerlo cuando una piedra del tamaño de una cacerola se desprendió de la cornisa y comenzó a caer a gran velocidad, con tal mala suerte que impactó contra la lámpara que llevaba sujeta al cinto, precipitándola al vacío.

—¡Maldita sea! —bramó con enojo, viendo cómo el valioso objeto desaparecía sin remedio.

Afortunadamente sus pies ya habían pisado la tierra cuando la mujer, agotada por el esfuerzo, se soltó de una de las manos, dándole el tiempo justo para librarla de lo inevitable.

Seguidamente, y cuando el sudor ya se extendía por todos los recodos de su complexión —adhiriéndole aún más la ropa—, pudo ceñirla con sus brazos y arrastrarla hacia el umbral de la cueva, dando por finalizada la empresa.

Segundos después, con el aliento ya recuperado, Huntington pudo detenerse a observarla bajo el resplandor de las estrellas.

Aquella figura, parcialmente embarrada y aterida por el frío, aun siendo la de una completa desconocida, le recordaba vagamente a alguien.

Un leve repaso a las formas de su cuerpo, con especial atención a sus facciones —comenzando por el cuello y finalizando en el fino arco de las cejas—, le resultó suficiente para dar con la clave.

—No se asuste, señor Huntington —terció ella en un susurro—. Antes de que diga nada he de serle completamente sincera.

XXXVIII

Hôtel du Palais, Biarritz

FREUD AÚN ESTABA APURANDO SU COPA DE CHAMBERTIN, el excelente borgoña con que los había agasajado Gaillard, cuando uno de los camareros se acercó por su derecha para retirar los restos del postre.

—Espere un segundo —le rogó Toulouse, quien aún seguía gozando del chocolate con vainilla de su Petit Gateau, pese a la mirada inquisitorial del austríaco.

—¡Deje que lo saboree! Quién sabe cuándo volveremos a probar una delicia semejante —exclamó Puccini con los ojos rientes, y ante la atónita mirada de este levantó su plato, invitándole a que lo disfrutase también.

La cena había tenido lugar en un salón lujosamente decorado y con vistas al mar que el director había dispuesto exclusivamente para ellos.

Nadie quiso perderse la cita, ni siquiera lord Hampton, cuya favorable evolución le permitió convencer a los doctores de que su aislamiento era innecesario. Al fin y al cabo estaba de vacaciones por «orden materna». Con la ayuda de Leonard Bags —quien no se apartó de su lado en toda la noche— el barón se había enfundado el esmoquin con la energía de un mocetón y a pesar de haber permanecido sedado y en la cama, en ningún momento se le vio cansado o faltar de ánimo. Pese a todo, Conan Doyle, con la complicidad de su colega, le instó a que cenase de manera ligera y se retirase temprano a su dormitorio.

—Aunque Jane y yo solemos cenar carne casi todas las noches, he de reconocer que el lenguado estaba tan fresco que se deshacía en la boca —terció el noble, acomodándose en la silla de mimbre—. No obstante, sigo siendo incapaz de pronunciar ese dichoso nombre en francés: «*Filet du...*».

Todos rieron la ocurrencia de lord Hampton.

—*Filet de sole* —intervino Eiffel guiñándole un ojo, y a continuación se limpió la boca con la servilleta.

Tan pronto como tomaron el café y los licores, los hombres se diseminaron entre la sala de fumadores y la terraza.

Gaillard se esforzó en que su grave situación no les impidiese disfrutar de una estancia agradable, por lo que concedió algunas licencias como compartir espacios comunes con el resto

de huéspedes del hotel. Al menos hasta la medianoche.

Todos eran conscientes de que los minutos pasaban y que, por tanto, debían ponerse manos a la obra, tanto con el plan de cobertura a Huntington como en la búsqueda de nuevas pistas.

Freud cumplió con su parte y atrajo la atención del director, invitándolo a probar uno de sus cigarros mientras debatían sobre las costumbres locales a la luz de la luna.

Toulouse se alió con el secretario, y ambos pusieron rumbo a las estancias colindantes del salón Victoria, con la convicción de que tarde o temprano darían con algo importante.

Con la excusa de ponerle una inyección que le permitiese descansar mejor, Doyle se ofreció a acompañar a lord Hampton, por lo que los británicos comenzaron a recorrer lentamente la distancia que separaba el restaurante de la zona de los dormitorios, comentando los pormenores de la jornada. Al barón le disgustaba enormemente no haber sido útil en la investigación, por lo que respondió a todas las preguntas planteadas por su compatriota.

—Siento no poder ayudarles más, señor Doyle, pero aquel dolor en el lado derecho me dejó fuera de juego. Luego, cuando el doctor Freud me administró...

Fingiéndolo que le prestaba atención, Doyle se detuvo un instante en medio del pasillo y lo miró con extrañeza.

Cualquiera que hubiese padecido un ataque al corazón sabía que la zona afectada del pecho era la izquierda, pero no quiso condecerle demasiada importancia. «Seguramente se habrá confundido», se dijo, y ambos continuaron caminando sobre la alfombra.

Sin embargo, sus peores sospechas se confirmaron al llegar al dormitorio y descubrir una pequeña mancha en su chaqueta.

Horas después, con prácticamente todo el establecimiento sumido en el silencio, Freud, Bags y Toulouse dispusieron lo necesario para la fuga de Eiffel y su acompañante, quien, merced a su propio empeño, no era otro que Puccini.

Tras revisar minuciosamente las vías de evacuación del edificio y analizar los pros y los contras de cada una de ellas, los cuatro hombres llegaron a la conclusión de que lo mejor era hacerlo por la fachada oeste. Esta, amén de disponer de un salón de lectura poco frecuentado por el servicio de noche y de contar con un gran ventanal, daba a una rampa de acceso a la playa. Dicha bajada, a su vez, iba adherida a un malecón de piedra, por lo que en caso de necesidad no sería difícil ocultarse.

Por más que sus compañeros le insistieron, el ingeniero se negó a revelar su plan. Únicamente les pidió que confiaran en él.

—Tal vez no lo haya referido, pero hace doce años tuve la oportunidad de cumplir con un pequeño encargo en Biarritz. Fue a poca distancia del puerto, en un lugar llamado Rocher de la Vierge. Como podrán imaginar, durante ese tiempo tuve ocasión de hacer buenas amistades...

—Ah, ya entiendo —respondió Freud, cruzando una mirada de complicidad con el secretario.

—¿Está pensando lo mismo que yo, doctor Freud? —Toulouse elevó la cabeza hasta lograr posar sus ojos en los del psicoanalista—. Vaya, vaya. Al final va a resultar que no somos tan distintos.

Leonard Bags emitió un suspiro, y luego señaló al pintor con picardía.

—Como diría Benjamín Franklin: «Quien quiera ver prosperar sus negocios, consulte a su

mujer».

—¿Quién podría negar tal afirmación, señor Bags?

Y a continuación todos rieron.

La Roca de la Virgen había sido una de las apuestas más singulares llevadas a cabo por Napoleón III durante su periplo biarrotá. Emplazada frente a ambos puertos —el pesquero y el viejo—, su acceso permitía disfrutar de una hermosísima panorámica de la bahía, e incluso de la costa vasca, siempre que el día fuese lo suficientemente claro.

Precisamente con ese fin Gustave Eiffel diseñó en 1887 un sencillo puente de hierro que desde su inauguración se había convertido en una de las atracciones favoritas para los visitantes. Pero más allá de su indudable atractivo, la peña horadada cumplía una función práctica: servir de refugio para los marineros en caso de naufragio.

—Aunque este dique esté hecho para desembarcar, nosotros lo usaremos para justo lo contrario.

Eiffel instó a Puccini a asomar la cabeza desde un extremo cercano al túnel, el cual iba rematado por la imagen de la Virgen; todo un símbolo para los doce mil habitantes de Biarritz.

—Mire hacia abajo —le indicó con un gesto—. Hacia las rocas.

Pese a la claridad de la noche, al italiano le costó distinguir aquello a lo que se refería su amigo.

—No entiendo.

—¿No lo ve? —Eiffel señaló con el índice un punto concreto—. Es un bote.

—¿Un bote? —Puccini se volvió hacia él con la mirada de un galápago—. ¿Me está diciendo que su plan consiste en ir hasta Roncesvalles en una barquita de remos?

—De momento... sí —le respondió, esbozando una mueca infantil.

Aunque el mar estaba lo suficientemente tranquilo como para no mostrarles resistencia, Eiffel permitió al músico que se pusiese al mando. Su experiencia en las actividades acuáticas de Torre del Lago, amén de su juventud y fortaleza, lo convertían en la persona idónea.

Pese a sus protestas iniciales, Giacomo entendió el mensaje.

El objetivo consistía en alcanzar un islote situado frente a la explanada del puerto viejo de Cachaous, y desde ahí acceder a una mansión construida sobre la superficie rocosa, la inefable Villa Belza. Dicho edificio, levantado en 1880 por orden de un acaudalado francés pariente de Balzac, Ange du Fresnay, causaba la admiración de todos. No tanto por sus líneas decididamente eclécticas, sino por la privilegiada ubicación frente a las aguas del Cantábrico.

El palacio, cuya fachada estaba repleta de motivos singulares entre los que sobresalían los tejados de pizarra, de clara inspiración medieval, recibía su nombre de Marie-Belza Dubreuil, la esposa de Fresnay. El encargo, una verdadera declaración romántica, obedecía a su pasión por las construcciones antiguas.

Que Eiffel hubiese decidido acceder a Villa Belza desde el mar en lugar de hacerlo por tierra —la mansión se conectaba con el puerto a través de una pasarela de piedra conocida como Pont du Diable— obedecía a dos razones. De ese modo les sería más fácil pasar desapercibidos y, además, podrían tratar de introducirse en la casa por la parte trasera, aunque para ello tuviesen que hacer un esfuerzo extra.

Recién iniciado el ascenso por las rocas, Eiffel se arrepintió de haber tomado esa decisión. Con seis décadas de vida a sus espaldas, ya no estaba preparado para esa clase de ejercicios. A pesar de todo, hizo de tripas corazón y se aprestó a llegar a la meta.

Puccini, por su parte, aguantó el tipo sin pestañear. Su única obsesión era dar con la persona que les había conducido a aquella situación y, de paso, cobrarse la factura del golpe.

Coronado el primer tramo —también el más difícil al ser una pared escarpada—, los dos hombres accedieron a la balaustrada de piedra que cercaba la mansión. El músico arribó primero, por lo que decidió volverse para ayudar a su compañero. Este reflejaba en el rostro todos los síntomas posibles del agotamiento: desde el enrojecimiento de la piel hasta un piélago de gotas de sudor resbalándole por la frente.

Aun así, desechó el favor con elegancia, aupándose al pretil con una destreza impropia para alguien de su edad.

Una colección de arbustos caducifolios repartidos a lo largo del perímetro que delimitaba la finca, saludó a los inesperados visitantes. Entre ellos, Puccini distinguió el ramaje largo y flexible de los tamarices, cuyo aspecto liviano le recordaba siempre a su abuela Angela. Esta le había contado —como solo las abuelas sabían hacerlo—, la historia de Moisés y la liberación del pueblo de Israel; de cómo salieron una noche de sus casas y abandonaron Egipto, y de la larga travesía que tuvieron que soportar durante cuarenta años para hallar la Tierra Prometida. En ese tiempo, los hebreos se alimentaban del maná, un pan enviado por Dios que aparecía cada mañana después de que el rocío se hubiese desvanecido. Un buen día, el pequeño Giacomo averiguó que aquella sustancia azucarada, mencionada incluso en el Corán, procedía en realidad de una variedad de tamariz presente en el desierto, y que las ramitas de dicho árbol se usaban con fines medicinales. Una revelación que, pese a desmontar la magia del relato, no solo afianzó su cariño por la anciana, sino que le permitió relacionarla por siempre con aquella especie de envoltura frágil y corazón robusto.

—Ya estamos aquí —murmuró el italiano una vez recuperado el aliento—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Tranquilo —respondió el otro con la espalda completamente encorvada y las manos apoyadas en las rodillas—. Lo tengo todo pensado.

Dicho esto, Eiffel le explicó que durante el tiempo que había pasado en Biarritz supervisando la construcción del puente había conocido por causalidad al matrimonio Fresnay y de inmediato habían congeniado. Con ocasión de una visita informal a Villa Belza, les habló de su pasión por la meteorología y la aeronáutica, disciplinas desconocidas para ellos pero en las que volcarían todo su interés a partir de entonces.

—Disculpe, pero no le sigo —le interrumpió Puccini. No sé si se ha fijado en la hora que es. Espero que su plan no consista en despertar a esa amable pareja para discutir sobre la velocidad del viento.

Eiffel consultó su reloj de bolsillo y seguidamente elevó los pómulos, satisfecho.

—Son las cinco y cincuenta y ocho minutos de la mañana. Si no me equivoco, en poco menos de una hora comenzará a salir el sol...

—¿Lo ve? —atajó el compositor—. Un momento de lo más inoportuno para hacer visitas.

—Todo lo contrario —respondió—. Fresnay suele levantarse temprano. De hecho no me extrañaría nada que estuviese despierto. Es un entusiasta de la naturaleza; adora las puestas de sol,

y por supuesto contemplar el amanecer, especialmente en verano. ¿Ve aquella ventana de allí? — dijo señalando con el índice.

—¿Aquella entreabierta?

—Esa misma. Se trata de su observatorio. Desde ahí Fresnay estudia el firmamento con su telescopio.

—¿Cómo sabe todo eso? Antes comentó que solo estuvo una vez...

—En realidad el matrimonio reside en París, que es donde él dirige su empresa. En una ocasión nos cruzamos en el Café de la Paix, y él me insistió en que debía volver a la mansión, pues quería enseñarme algo. Yo le pregunté de qué se trataba, y él me respondió envolviendo una copa en una servilleta y elevándola por encima de su cabeza.

Al oír esto, Puccini se llevó la mano derecha al rostro para acariciarse el bigote. Aún no había llegado a comprenderla dimensión del acertijo cuando vio que Eiffel se aproximaba al edificio con intención de situarse bajo la ventana. Seguidamente, y sin que al músico le diese tiempo a reaccionar, elevó la cabeza y pronunció una palabra en voz alta:

—¡Roziér!

Transcurridos unos segundos, y viendo que su acción no obtenía los frutos deseados, Eiffel repitió la operación, pero esta vez elevando un poco más el volumen.

—¡¡¡Roziér!!!

Nuevamente el intento resultó estéril.

Tan solo el sonido de las olas impactando contra las rocas sesgaban el silencio de la madrugada.

—¡¡¡Roz...!!!

—¡Calle! —le ordenó Puccini de manera tajante—. ¡Por lo que más quiera! ¿Es que no se da cuenta que es inútil?

Eiffel se giró hacia su amigo y agachó la cabeza, visiblemente avergonzado. Aquella idea no podía resultar más absurda. Probablemente la pareja se encontrara en la cama, descansando tras una noche de fiesta.

Lo mejor sería intentarlo más tarde.

De ese modo los dos hombres comenzaron a alejarse de la fachada con intención de hacer tiempo.

Puccini comenzó por sacudirse la ropa; esta exhibía un terrible aspecto tras el recorrido en barca y la posterior escalada.

Mientras trataba de librarse de los últimos restos de arena y salitre de los pantalones, su adlátere extrajo un pañuelo y comenzó a secarse el sudor que volvía a cercar su rostro. Si bien la temperatura era sumamente agradable a esas horas de la madrugada, no se podía decir lo mismo de la humedad.

—¿Gustave?

Un hilo de voz procedente del edificio rompió la quietud del paisaje.

Al oír pronunciar su nombre, el ingeniero sintió un escalofrío serpenteándole por la espalda. Instintivamente, volvió los ojos hacia la ventana, que aún se hallaba en penumbra, y distinguió el perfil de una mujer prematuramente envejecida pero dotada de una belleza indescifrable.

—Belza —musitó de un modo suave y difícilmente audible. Sin embargo la dama recibió el mensaje con una claridad meridiana, dibujando a su vez un movimiento de muñeca que resultó ser

el prólogo de su posterior reencuentro.

Antes de que los hombres alcanzasen la puerta que daba acceso a la vivienda, Puccini requirió a Eiffel para plantearle una cuestión que le intrigaba.

—¿Quién es Rozier? Creo haberle escuchado mencionar a sus amigos de otra forma. ¿Tal vez es un apodo?

—Buena apreciación, amigo mío —respondió él—. ¿Conoce el apellido Montgolfier?

Puccini se detuvo a hacer memoria y rápidamente cayó en la cuenta.

—Joseph-Michel y Jacques-Étienne-Montgolfier. Los hermanos franceses inventores del...

—Los mismos —le interrumpió Eiffel.

—¿Y bien?

—No sé si sabe que, una vez creado el artefacto, un tal Rozier fue el primer afortunado en probarlo.

XXXIX

Roncesvalles, Navarra

— **S**É QUE NO VA A CREERME, PERO YO NO MATÉ A ESE HOMBRE.
La mujer deslizó su espalda por la rugosa pared de la gruta hasta lograr incorporarse. Consciente de que Huntington la había reconocido nada más verla se vio obligada a confesar la verdad.

—¿Y cómo ocurrió? —exclamó el neoyorquino indignado—. No iré a decirme que el fotógrafo se disparó él solito...

—Murió como consecuencia de un forcejeo. Yo únicamente trataba de conseguir el libro, pero tras ofrecerle una suma considerable de dinero él me exigió el doble.

—Y entonces usted sacó su arma...

—Vuelve a equivocarse, señor Huntington —dijo ella, con gesto abatido—. Fue él quien me citó en la orilla del río Trye. Yo le volví a insistir en que el dinero pactado era más que suficiente, pero no hubo forma de convencerlo. Llevaba varios meses arruinado por culpa de las apuestas. Al ver que no lograba su propósito sacó una pistola y amenazó con dispararme. ¡Trate de imaginar lo que sentí!

—¿Qué pasó después? ¿Se abalanzó sobre él?

—Lo cierto es que se me pasó por la cabeza. Pero aun siendo hija de militar no llegué a reunir el suficiente valor. —La mujer hizo una pausa y cerró los ojos, para luego continuar con voz quebradiza—. Perdí a mi padre cuando no era una más que una cría... Una criatura frágil e inocente que empezaba a descubrir la vida, ¿sabe?

Huntington vio cómo una lágrima asomaba por su mejilla derecha.

—Casualmente un pescador que pasaba por la zona presencié la escena y trató de ayudarme —continuó ojerosa—. El resto se lo podrá figurar.

Dicho esto, ambos enmudecieron.

Entonces, Huntington se decidió a preguntarle por aquello que le venía rondando desde el momento del rescate:

—¿Por qué todo ese misterio? El maquillaje de anciana, el vestido negro, la huida en la estación de Poitiers... No le encuentro explicación.

—Era el único modo de pasar desapercibida. Me debo a mi posición —atajó—. Mi vida no

ha sido fácil, se lo aseguro. Desde que supe de la existencia de ese libro he hecho todo lo posible...

No le dio tiempo a concluir la frase.

Un estruendo de proporciones considerables resonó en el interior de la cueva, desviando la atención de la pareja y provocando que ambos se llevaran las manos a la cabeza, con intención de protegerse.

La confusión dio paso al nerviosismo, este a la ansiedad y más tarde al terror.

Una vez que el pánico hizo presa de la mujer, sus gritos comenzaron a hermanarse con el alboroto.

Luego, tras un espacio indeterminado de tiempo, sus quejas comenzaron a declinar, poco a poco, hasta extinguirse completamente y mutar en una sucesión de jadeos, toses y resoplidos sin remedio.

Finalmente, y cuando el ruido hubo capitulado ante la supremacía de la calma, el aliento de ambos se fundió con la nada.

Al cabo de un rato, con la nube de polvo casi disipada y la escasa luz del exterior iluminando sus pupilas, el norteamericano recuperó la consciencia y, tras verificar que podía mover las articulaciones sin demasiados problemas, comenzó a impacientarse. Si quería averiguar qué suerte había corrido aquella mujer tenía que ponerse en pie de inmediato. Solo habían transcurrido unos minutos desde el desastre, pero parecía que hubiesen sido horas.

Aun sin conocer los detalles, Huntington pensó que debía tratarse del desprendimiento de una de las secciones del techo. Durante la bajada por el barranco pudo comprobar que la mayoría de oquedades eran producto de la erosión de la roca, continuamente expuesta a los fenómenos naturales. Aquel derrumbe probablemente se debiera a la acción de las fuertes lluvias. «Un colapso kárstico», habría dicho George Bonsor, de hallarse en su lugar.

En cuanto a la mujer, justo antes de la hecatombe ambos conversaban muy próximos al muro izquierdo —el más liso de los que hallaron a la entrada—, por lo que debía estar tendida a poca distancia de allí. Teniendo en cuenta los últimos suspiros que había exhalado antes de perder el sentido, probablemente se hallara mirando al exterior.

Pese a haber resultado ileso, el filántropo presentaba varios rasguños en las manos y una leve molestia en la rodilla derecha, seguramente a consecuencia del salto precipitado hasta el suelo, por lo que se incorporó despacio y caminó sin dejar de apoyarse en la pared.

A la perenne oscuridad había que sumar la opacidad del ambiente.

«Es curioso —pensó, tratando de avanzar—. En cuanto ha mencionado ese libro todo se ha venido abajo. Igual que en Froidmont».

Por suerte, le bastaron unos pocos segundos para dar con el contorno de unos zapatos. Su propietaria se hallaba tumbada, con el cuerpo boca abajo y el rostro apoyado sobre el brazo derecho, en un estado de abandono absoluto. Tal era su distensión que el norteamericano comenzó a inquietarse de verdad, por lo que retiró la mano del muro y se agachó apresuradamente.

Aunque la impresión inicial no era del todo desfavorable, Huntington deseaba cerciorarse de que no hubiese sufrido daños graves, pues además de tragar ingentes cantidades de arcilla y yeso en suspensión, ambos estaban rodeados de pequeños fragmentos de piedra que se extendían hasta

el recinto de entrada.

Sus dudas se zanjaron en cuanto distinguió los dos pedruscos que asomaban junto al cuello inerte.

—¡No!

Aterrado, aproximó su cabeza a la de ella, y tras lograr girar el cuerpo con sumo cuidado, constató que no respiraba.

Sin dudar ni un momento, palpó con destreza las líneas de su cara —de fino dibujo y dispuestas sobre una piel delicada y suave— y acercó sus labios, con objeto de insuflarle aire. Al mismo tiempo, y tal y como había visto hacer a un ahogado años atrás, inició las maniobras de reanimación cardiopulmonar, colocando la mano derecha sobre la izquierda y presionando en el tórax, con tanto fervor como escasa pericia.

—¡Uno, dos, tres! ¡Vamos!

Viendo que su operación no daba resultados, comenzó a golpear las mejillas con el dorso de la mano.

—Despierte de una vez, se lo ruego...

Y vuelta a empezar con el boca a boca.

La madrugada comenzaba a languidecer, y en el exterior los pájaros abrían las alas lentamente y en sigilo, en su afán por desperezarse.

La intensa lluvia caída en el valle había refrescado el ambiente de tal modo que la temperatura había descendido algo más de lo habitual por aquellas fechas. De un modo u otro el verano estaba próximo a extinguirse.

Después de varios intentos, en los que Huntington empleó todo el tesón del que era capaz —cuánto hubiese dado por poseer conocimientos en medicina—, la mujer seguía sin responder a sus estímulos.

Triste y exhausto, se sentó con las piernas cruzadas y apoyó la espalda contra la piedra caliza.

—Me habría bastado con saber su nombre —dijo entre susurros, y a continuación se palpó el labio superior con la punta de la lengua, tratando de discernir a qué sabía la muerte.

—Sinéad —pronunció ella en voz baja y por sorpresa—. Me llamo Sinéad Kindelán...

Sin saber cómo, Huntington presenció cómo aquel cuerpo inerte, que hasta hacía poco daba por perdido, giraba el cuello hasta su lado e incluso le sonreía.

En ese mismo instante una llama comenzó a prender en su pecho, de tal magnitud, que decidió dejar a un lado sus convencionalismos y aproximar su cuerpo al suyo con intención de abrazarla.

No obstante, logró contenerse en el último segundo.

—¿Está...? ¿Se encuentra usted bien?

—Creo que sí.

—¡Bendito sea Dios!

Durante los siguientes minutos la mujer fue recobrando poco a poco el sentido. Se hallaba profundamente mareada e incluso presentaba un leve hematoma en la cabeza, pero el golpe no le parecía nada en comparación con la gran cantidad de sustancia mineral inhalada.

Por suerte, entre las pertenencias que había logrado salvar antes de que Huntington la rescatase —la bolsa de lona había corrido peor suerte—, figuraba un recipiente con agua. Ambos dieron buena cuenta en cuanto la hallaron, especialmente su dueña, que parecía recobrar la vida con cada sorbo.

—Sé dónde está —musitó muy segura de sí misma tras saciar su sed.

Él la miró expectante, sin intención de interrumpir aquella importante declaración.

—Me refiero al puñal —aclaró—. Acabo de verlo otra vez... en mis sueños... Pero esta vez de manera más nítida. Se encuentra muy cerca... Tanto que casi he podido tocarlo con las puntas de los dedos...

Esta vez el americano no pudo evitar detener su discurso.

Si aquello era cierto, ¿había conseguido descubrir la cueva en medio de la noche guiada únicamente por unas imágenes oníricas?

—¿Cómo si no iba a ser capaz de llegar hasta aquí? —farfulló alicaída, y seguidamente emitió un prolongado suspiro—. Ya le dije que mi vida nunca ha sido fácil. Desde pequeña poseo una cualidad especial que no todos han sido capaces de entender. Cada vez que cierro los ojos veo cosas, señor Huntington. Supongo que pensará que a usted también le pasa, lo mismo que a sus familiares, a sus amigos... y a su propia esposa. —Al decir esto posó la mirada sobre el dedo anular de él—. Al fin y al cabo todo el mundo sueña. El problema es que mis visiones van mucho más allá...

Antes de proseguir, inspiró una gran bocanada de aire e inevitablemente volvió a toser. El polvo acumulado en el interior de la gruta, aun reposando en el suelo desde hacía un buen rato, dificultaba la respiración; tanto que la pareja decidió apresurarse.

—No me pregunte qué razones me han llevado a hacer todo lo que he hecho, simplemente ayúdeme a ponerle fin, se lo ruego. A su debido tiempo tendrá todas las respuestas.

—De acuerdo —aceptó él levantándose con nuevos bríos—. Lo haremos a su manera.

—Gracias —balbuceó ella, y seguidamente aceptó la ayuda que este le brindaba para incorporarse.

—No hay de qué —respondió él con amabilidad.

Después de haber perdido toda esperanza en volver a verla con vida, era incapaz de tratarla de otro modo.

—Una cosa más.

—Diga.

—Además del puñal, ¿no habrá visto por casualidad una lámpara en su sueño? Todavía falta una hora para que amanezca, y sin luz seremos incapaces de vernos a nosotros mismos.

Ella sonrió y volvió a agacharse sin retirarle la mirada.

—Por eso no se preocupe.

Seguidamente abrió su precioso bolso —una pieza de *art nouveau* en negro azabache salpicada de pedrería— y extrajo un curioso cilindro de cristal coronado por una boquilla en forma de gárgola.

—¿Una lámpara de Döbereiner en miniatura! ¿Cómo la ha conseguido? Es... ¡es extraordinaria!

Aunque los primeros encendedores se remontaban al siglo XVI y utilizaban la pólvora para hacer la chispa, un químico alemán logró desarrollar en 1823 un sistema que utilizaba zinc y pequeñas cantidades de ácido sulfúrico para producir hidrógeno. Este, al salir al exterior por la boquilla, se topaba con un trozo de platino que catalizaba la reacción y hacía arder al gas.

—¿Le gusta? Fue el regalo de alguien que me aprecia... demasiado —concluyó dejando caer los párpados con evidente pesadumbre.

—Por su tamaño diría que es un ejemplar único. De hecho, no veía una lámpara así desde que era niño. Mi padre poseyó una de las primeras que llegaron a Estados Unidos. Creo que dejaron de fabricarse hace veinte años. —Huntington aún seguía emocionado—. ¿Me permite?

Poco después ambos se hallaban frente al lugar del hundimiento tratando de descifrar el modo en que accederían al interior. Según había asegurado la mujer, en el sueño no solo emergía una antigua cámara funeraria, al fondo de la cual brillaba un objeto que ella identificó con el arma de Roldán, sino que la entrada a la misma quedaba cegada por un velo de negrura.

—No dudo de su visión, *madame*, pero si la tradición está en lo cierto, Roldán fue enterrado en Blaye-et-Sainte-Luce, a más de ciento ochenta millas de aquí. Según pude averiguar, tras la batalla de Roncesvalles, él y su compañero Oliveros fueron enterrados en una basílica consagrada a San Román que se levantaba en la antigua ciudadela y de la que ya solo quedan ruinas. Jamás se encontraron sus restos, pero aun así me extrañaría mucho que en este lugar...

—¿Sabe qué? —La mujer se remangó el vestido y, sin ningún tipo de remilgos, comenzó a retirar las piedras que les cerraban el paso—. Solo hay un modo de averiguarlo.

XL

Villa Belza, Biarritz

AUN EN LA DISTANCIA, LA MIRADA AZUL DE BELZA DU FRESNAY lograba hechizar a todos. Su atractivo era ajeno a cualquier canon de belleza y su porte inmune al paso del tiempo. Ni siquiera las arrugas que labraban su frente desde hacía más de una década o el arranque de sus ojos, envueltos en dos pequeños pliegues, lograban deslucir unas facciones decididamente asimétricas pero equilibradas en su conjunto. Aquella dama era distinta y en su curtida hermosura podía resumirse el cénit de toda una época.

—Les resultará extraño, pero ayer mismo, cuando me retiraba a mi alcoba para desvestirme y descansar, tuve una corazonada.

La propietaria se erguía majestuosa en el rellano de la escalera cuando Eiffel y Puccini penetraron en la mansión, que a esas alturas aún se hallaba dominada por las sombras.

El mayordomo, alto y recio como un mástil, les había franqueado la entrada con un mal disimulado desdén. No era frecuente recibir visitas a esas horas, y aunque los señores solían madrugar bastante, aquella irrupción inesperada, poco antes del amanecer, podía considerarse fuera de lugar y totalmente impropia de unos caballeros. Si a esto se unía el aspecto de ambos, con los trajes visiblemente arrugados y la piel sudorosa, ya resultaba poco menos que una intrusión.

A pesar de todo, y cumpliendo con el mandato de su señora, el sirviente les hizo pasar a un reservado que se encontraba próximo a la terraza, donde pudieron reunirse con ella de manera más cómoda.

Dicha estancia era espaciosa y sus paredes estaban recubiertas de paneles de color marrón oscuro y papel verde. El mobiliario, aun siendo una adquisición reciente, tenía aire de viejo. En el centro de la habitación descansaba una pesada mesa de roble con cuatro sillas a juego, de claro estilo jacobino.

Nada más entrar, el músico se fijó en que las ventanas estaban cubiertas con unas cortinas afelpadas orladas de flecos, cuyo tono indeterminado confería al lugar un aspecto refinado y al mismo tiempo decadente, propio de un escenario de Baudelaire.

Belza du Fresnay les pidió que se sentaran, pero ellos rehusaron de inmediato. Por más que se hubiesen sacudido los pantalones antes de acceder a la villa, ni se les pasaba por la cabeza ensuciar aquellos asientos de lujo. En su lugar decidieron ubicarse de pie junto al aparador,

situado en la pared opuesta a la entrada y que destacaba por su rica talla.

Antes de iniciar la conversación, la dama les pidió disculpas por su improvisado atuendo, un traje sastre de dos piezas despojado de toda ornamentación, que le permitía estar holgada en su propia casa. Seguidamente les invitó a tomar café.

Gustave se adelantó asegurándole que lucía bellísima, como siempre. Sin embargo Belza, al contrario que en otras ocasiones, respondió al piropo de una manera taciturna, o al menos eso le pareció.

—Disculpen si les hablo de un modo tan directo —espetó mientras sostenía la jarra de porcelana que contenía la leche—, pero antes de continuar debo informarles de que mi esposo se halla enfermo.

—¿Cómo? —exclamó Eiffel depositando la taza. Y al decir esto comprendió la razón de aquel semblante mustio. De entre todos los defectos de las mujeres había uno que le costaba asimilar, y este era su facilidad para andarse por las ramas. Afortunadamente, *madame* Fresnay destacaba precisamente por lo contrario.

—Es por el asma —explicó ella—. La viene sufriendo desde su juventud, pero en los últimos meses se le ha recrudecido.

Mientras decía esto, la dama se volvió hacia una de las lámparas de gas adosadas a la pared y giró su llave con delicadeza. Al punto, el salón adquirió un tono mucho más luminoso y acogedor, permitiéndoles admirar las escenas navales que ilustraban los tabiques.

—¿Está aquí?

—Sí, se encuentra descansando en su dormitorio. La semana pasada visitamos a un especialista de Burdeos, y aunque al principio se mostró pesimista, finalmente nos recomendó que regresásemos junto al mar. Nosotros siempre habíamos pensado que el clima ideal para los asmáticos era el de la montaña, pero el doctor insistió en las propiedades benefactoras del aire marino. Tal vez haya sido obra del destino...

—Interesante —murmuró Eiffel entre dientes.

—Espero que no sea grave —intervino Giacomo, que no sabía muy bien qué decir.

—Gracias, señor Puccini —dijo ella entornando los ojos—. Por cierto, he de confesar que soy una gran admiradora suya. Tuve la suerte de asistir junto a mi marido al estreno de *Edgar* en La Scala de Milán, y quedé tan complacida que desde entonces no me pierdo ni una sola de sus óperas. Es un placer conocerle en persona.

—El placer es mío, *madame*.

—Perdonen que les interrumpa —exclamó Eiffel algo nervioso—, pero si hemos venido hasta aquí, a horas tan intempestivas, ha sido con objeto de...

—Solicitar mi ayuda —atajó ella de manera espontánea.

—Sí —concedió Eiffel visiblemente sorprendido—. Pero... ¿cómo lo ha adivinado?

—En cuanto escuché pronunciar el nombre de «Rozier» tuve claro quién se encontraba bajo mi ventana y a qué había venido.

Los dos hombres se miraron satisfechos.

—Señor Eiffel, no sabe hasta qué punto nos cambió la vida el conocerle. Además de procurarnos un nuevo pasatiempo, nos permitió experimentar unas sensaciones que hasta ese momento solo habitaban en nuestra imaginación.

Al ingeniero se le dilataron las pupilas de puro gozo.

—Sin duda, tenemos una deuda con usted.

Sin darles tiempo a reaccionar, Belza les pidió que la acompañasen hasta el recibidor, asegurándose que el reloj de bronce que embellecía el pasillo no se hubiese detenido como de costumbre.

El sol comenzaba a despuntar tras los cristales y las doncellas de la casa iniciaron su ritual como cada mañana, haciendo crujir la madera del piso superior con sus rítmicas pisadas.

Una vez se hallaron junto a la puerta de entrada, la señora se dirigió a su mayordomo, quien aún conservaba el gesto agrio con que había recibido a los visitantes, y este le respondió lacónicamente:

—Laurent se encuentra en la playa disponiéndolo todo, tal como usted ordenó.

—¡Excelente!

Ya en el exterior, los dos hombres se quedaron admirados del espectáculo que les deparaba el nuevo día. La dulce brisa llegada del mar, de un azul intensísimo, el cielo brillante y la arena tostada, el desfile de aves en busca de alimento... Y en medio de aquel escenario idílico, una nube de ocho metros de altura envuelta en seda ligera y desafiando las leyes de la gravedad.

—Caballeros, ahí tienen lo que venían a buscar.

—¿Un globo aerostático? —Puccini no daba crédito.

Apenas una hora antes, aquella sección de playa próxima al puerto viejo se hallaba completamente desierta, sin más movimiento que el de los tímidos cangrejos que llegaban en procesión desde la orilla. ¿Cómo era posible que esa bolsa de tela hubiese adquirido tal volumen sin que nadie se diese cuenta?

Eiffel, dejando de lado todo protocolo, comenzó a descender los escalones de dos en dos, ansioso por alcanzar la arena, como un niño a punto de estrenar un juguete. *Madame* Fresnay se sintió reconfortada al verlo.

—Disculpe mi atrevimiento, pero ¿cómo se las ha arreglado para conseguir ese artefacto en tan poco tiempo? —preguntó el músico.

—En realidad nos pertenece desde hace un año y medio —respondió la dama sin dejar de mirar hacia la playa—. Mi marido se lo compró a Henri Lachambre, el célebre constructor de Vaugirard.

Giacomo observó a la mujer con detenimiento y trató de imaginársela junto a su esposo en aquella barquilla de mimbre, con el mapa de Francia bajo sus pies. Luego evocó la misma escena, pero sustituyendo a sus protagonistas, y lo cierto es que no le agradó en absoluto. Una cosa era la velocidad —que le hacía sentirse libre y poderoso— y otra muy distinta tratar de imitar a los pájaros. La experiencia en Armainvilliers, junto al temerario Clément Ader, le había bastado para darse cuenta de que aquello no era lo suyo.

Pero, llegados a ese punto, ¿cómo iba a negarse? Eiffel no lo encajaría de ninguna de las maneras. Al fin y al cabo, él mismo se había ofrecido a ayudarle en el plan de rescate de Huntington.

Sin embargo, cuanto más se fijaba en aquella masa alargada que se elevaba sobre el paisaje costero, más le sudaban las manos de pura angustia.

—Señor Puccini, ¡acérquese! ¿A qué está esperando? —voceó el francés desde la arena.

Para sorpresa de todos, el enérgico sesentón se hallaba a disposición del sirviente en todo lo relacionado con la puesta a punto del globo.

—No haga esperar a su amigo —insinuó la mujer con un punto de ironía.

—¡En seguida voy! —respondió con energía, y seguidamente volvió el rostro hacia Belza, con objeto de solicitar su venia.

Un rato después todo estaba dispuesto para iniciar el ascenso.

—La última vez que subí a uno de estos fue en la Exposición Universal de París —dijo elevando la vista—. Por aquel entonces solían alcanzar las cinco millas por hora, por supuesto contando con un viento favorable.

—Eso quiere decir que llegaríamos a Roncesvalles sobre las cinco de la tarde —aclaró Puccini.

—Exactamente.

—Pero aún hay más —continuó—. Si mis cálculos son correctos, no estaríamos de regreso hasta pasadas las tres de la madrugada; y todo ello sin detenernos ni un solo minuto a descansar...

Al oír esto, Eiffel lo miró con gran pesar.

—¿Tanta prisa tienen? —preguntó la dama, al ver la preocupación en el rostro del ingeniero.

—Desgraciadamente, sí.

Y en contra de sus principios le reveló la situación tan dramática a la que se habían visto abocados desde su llegada a Biarritz, omitiendo aquellos detalles que pudiesen resultar más escabrosos.

—¿Sería posible aumentar la velocidad, Laurent? —inquirió ella al encargado de la nave.

—Tal vez... Si redujéramos el peso... podríamos llegar a alcanzar las seis millas y media por hora. Por lo pronto, la seda japonesa que se ha utilizado para este globo es mucho más ligera que el tafetán. Esa ya le otorga ventaja. Y si en vez de tres pasajeros fuesen dos...

—¡Yo me sacrificaría si es necesario! —atajó Puccini, viendo el cielo abierto—. Si alguien entiende de estos cacharros, ese es el señor Eiffel. No quisiera suponer un estorbo...

—¡No se le ocurra decir eso! —le reprendió su adlátere.

—Me parece una buena idea —sentenció ella, cruzando una mirada de inteligencia con el italiano—. De ese modo podrían rebajar el tiempo total del viaje a dieciséis o diecisiete horas. ¿No es así?

Puccini comenzó a hacer cálculos mentales y respondió afirmativamente.

—Me temo que ni aun así lo lograríamos. —Eiffel extrajo el reloj de la chaqueta y lo sujetó en alto, de manera que fuese visible—. El plazo termina a medianoche y, como podrán observar, ya son las siete y media...

—Gustave lleva razón —admitió Puccini—. Es completamente imposible.

Todos se miraron con resignación durante unos segundos y finalmente agacharon la cabeza.

—Se equivocan.

Una voz masculina resonó a sus espaldas.

De inmediato, el grupo se giró al completo y distinguió con sorpresa al dueño del artefacto, que se hallaba frente a ellos envuelto en un lujoso batín y esbozando una gran sonrisa.

—¿Necesitan más velocidad? Yo les ayudaré a conseguirla.

XLI

Roncesvalles, Navarra

UN ACERVO DE PIEDRAS AMONTONADAS ERA LA PRUEBA fehaciente de que el trabajo comenzaba a dar sus frutos. Mientras Huntington se afanaba en las losas más pesadas, *madame* Kindelán hacía lo propio con los fragmentos de menor volumen. Al principio optaron por depositarlas una a una, cuidando de no dispersarlas. Pero más tarde, cuando las ansias por acceder a la cámara se intensificaron, las porciones de roca fueron desalojadas sin atender a ningún guion.

—Deberíamos detenernos unos minutos para coger aire. ¿No cree?

La dama se colocó a la derecha del norteamericano y seguidamente se pasó el dorso de la mano por la frente, para secarse el sudor.

Ya hacía un buen rato que la oscuridad se hallaba iluminada por la luz natural procedente del exterior. Tanto que decidieron apagar la lámpara de Döbereiner y reservarla para más adelante. Con toda seguridad, en el lugar donde estaban a punto de ingresar reinaría la oscuridad, incluso contando con el orificio que llevaban tanto tiempo perpetrando.

—No es mala idea —respondió él, volviéndose—. Este ritmo es agotador.

—¿Le apetece un poco de agua?

Antes de que aceptase la propuesta, ella se había distanciado lo suficiente como para echar mano de la cantimplora y mojarse los labios. Al contacto con el líquido sintió que los músculos de su garganta recuperaban la elasticidad. Y es que la acumulación de minerales en polvo les estaba deshidratando por minutos.

—¿Cómo podría negarme? —accedió sin paliativos. Un rápido vistazo a su aspecto exterior revelaba el gran esfuerzo empleado en remover aquellos peñascos. Con la camisa remangada hasta el codo y los pantalones salpicados de barro, cualquiera que lo hubiese tenido delante habría dudado de su verdadero estatus.

—Parezco un jornalero —afirmó quitándose las lentes y frotándolas contra su pañuelo. Ella respondió con una mueca y un giro completo, con la intención de revelar que su envoltura no le iba a la zaga.

Trascurridos unos minutos, que ambos aprovecharon para salir a respirar —el ambiente del interior llegaba a resultar asfixiante—, Huntington estiró los brazos y enfiló con decisión la última

fase de su tarea.

«Si todo va bien —pensó— en menos de media hora podremos atravesar esa pared».

Lo que jamás podía imaginar es que ese tiempo se reduciría a la mitad merced a los arrestos de su ayudante. Porque *madame* Kindelán no solo era un pozo inagotable de incógnitas sino que su afán de superación la capacitaba para hacer posible lo imposible.

—Deje que yo continúe —se ofreció de manera caballerosa, a lo que ella respondió elevando una ceja y aumentando el ritmo de trabajo.

Huntington la observó por unos segundos, y tras negar repetidamente con la cabeza, sonrió para sus adentros. Solo una razón muy poderosa llevaría a un ser humano a comportarse así, y tarde o temprano la descubriría.

Próximo a despejar un hueco lo suficientemente amplio como para permitirle introducir la mitad de su cuerpo, el americano se echó mano al bolsillo y extrajo uno de los fósforos que aún quedaban secos. Una vez prendido comenzó a introducir el brazo por la rígida oquedad con intención de iluminar el otro lado. Pese a que la llama resultaba insuficiente logró atisbar parte del espacio recién descubierto.

—¡Fíjese en esto! —exclamó con excitación—. Creo que lo hemos encontrado.

Ella no tardó en asomar la cabeza y constatar que, en efecto, tenían ante sí el tan deseado sanctasanctorum.

En los albores de la Edad Media, en torno al siglo IV, la Península Ibérica sirvió de escenario a una importante corriente de ascetismo, fundamentalmente provocada por desavenencias con la Iglesia oficial del momento y, por tanto, condenada por la autoridad civil hispano-romana.

El eremita o ermitaño buscaba la perfección cristiana en el retiro y la soledad, estableciéndose en lugares recónditos y de difícil acceso. En ese marco, muchas cuevas naturales fueron utilizadas como lugar de refugio, pero también como espacio destinado al culto e incluso al enterramiento.

Lo que Huntington y su acompañante tenían ante sí era la prueba irrefutable de que aquel movimiento —que en algunos casos había perdurado hasta el siglo X— guardaba relación directa con la leyenda de Roldán.

—Recuerdo este pasillo —comenzó a decir la mujer, entornando los ojos tras el pequeño fanal—. En mi sueño estaba oscuro, exactamente igual que ahora, pero aun así podía distinguir sus contornos.

Sin perder de vista la punta de sus botas, el neoyorquino agachó la cabeza y se dispuso a avanzar. Lo primero que le llamó la atención fue un par de escalones toscamente labrados en la roca, señal inequívoca de que en aquel sitio había existido actividad durante un período considerable de tiempo. El desgaste de estos por su parte interior así lo acreditaba.

«Nadie construye unas escaleras si no es con intención de utilizarlas», murmuró en silencio.

Luego, cuando se hubo ubicado en el centro de la cámara —una estancia rectangular no demasiado grande en la que el techo superaba su altura por poco—, supo al instante que aquel enclave había sido abandonado de improviso.

—Creo que ambos hemos pensado lo mismo —aseveró ella al oír su teoría en voz alta.

—Algo debió pasarles. Un hecho inesperado, fortuito, que les obligó a dejarlo todo y salir

corriendo... Tal vez un ataque por sorpresa. Si los doce pares de Francia se vieron sorprendidos por los sarracenos, es muy probable que estas gentes experimentasen lo mismo.

—¡Mire esos huecos! —le interrumpió la mujer—. Por su forma yo diría que son...

—Tumbas —manifestó él sin rodeos—. Tanto las del suelo como las de la pared. Y lo mejor de todo es que representan varios estilos. Esto quiere decir que hubo distintas fases en su construcción.

Al hilo de su discurso, Huntington tomó la lámpara y se dirigió a una de las fosas excavadas en el piso. Su contenido —un acopio de huesos bastante deteriorados por la humedad y el paso de los siglos— no dejaba lugar a dudas. Se trataba de una necrópolis medieval.

—Esta tumba, por ejemplo, es de las llamadas «antropomorfás». A diferencia de las situadas al pie del muro, que poseen los cuatro ángulos rectos, trata de recrear el contorno de la cabeza de un difunto. ¿Lo ve?

—¡Lleva razón! —exclamó sorprendida—. De ese modo, podría ser más reciente, ¿no?

—Podría serlo —asintió palpando sus bordes—. ¿Se ha fijado en que ninguna de ellas lleva losa?

Madame Kindelán recorrió rápidamente la estancia con sus ojos almendrados y finalmente se volvió hacia su interlocutor con interés.

—Según me explicó un arqueólogo, tales usos eran más frecuentes en el medio urbano. Hasta los siglos IX y X no es habitual encontrarlas en entornos rurales, y mucho menos en las llanuras y los valles.

—¿Y bien...? —dejó caer, sin saber muy bien a dónde les conducirían aquellas suposiciones.

—La clave está en la última tumba —dijo él señalando hacia el fondo—. Está inacabada, por lo que se confirman mis sospechas...

Instantes después, cuando la pareja hubo pisado el recinto anexo —otra cámara de similares características pero con la cubierta ligeramente abovedada y el suelo libre de fosas—, comenzaron a obtener las primeras respuestas.

Esta vez Huntington no solo se fijó en los rústicos elementos que presidían la sala —un ajado tablero cubierto de polvo y algunos útiles domésticos volcados en el suelo—, sino que puso toda su atención en las hornacinas excavadas en las paredes. Estas contenían unas preciosas lucernas realizadas en arcilla con motivos ornamentales visigóticos.

—El Pantocrátor fue uno de los temas iconográficos más habituales de la Edad Media. Que esté presente en esta lámpara puede indicar que sus dueños eran una comunidad cristiana posterior al siglo sexto y, muy probablemente, anterior al noveno.

—¿Cómo sabe eso? —Se maravilló la mujer.

—Precisamente por la imagen del *discus*. El origen del Cristo entronizado es netamente bizantino y comenzó a utilizarse en la época de Justiniano I, más o menos sobre el 525. Pero dos siglos más tarde un emperador apodado «el Sirio» adoptó la iconoclasia como política religiosa.

—¿La icono qué?

—La iconoclasia. La prohibición de las imágenes —aclaró él—. Un concepto extraído directamente del segundo de los diez mandamientos, el de la idolatría.

—Y si esa prohibición surgió en el siglo VIII, ¿cómo es posible que estos ermitaños pudiesen ejercer su culto en la época de Carlomagno? ¿Acaso eran herejes?

—Usted lo ha dicho —declaró señalándola. Justo después devolvió la pieza de terracota a su

sitio—. Si las crónicas no yerran, la famosa batalla de Roncesvalles tuvo lugar en el 778, en pleno período iconoclasta. Pero da la casualidad que en aquel tiempo existió una emperatriz llamada Irene que, además de otras cosas, fue una iconófila convencida.

—Esta vez no es necesario que me lo explique. Irene estaba a favor de las imágenes, ¿verdad?

—En efecto. Y era tal su devoción que llegó a enfrentarse incluso a su esposo. Gracias a ese detalle podemos afirmar que entre el 115 y el 790, año en que accedió al trono su hijo, volvieron a circular imágenes por todo el Occidente cristiano.

—Por tanto, eso le lleva a pensar que...

—Uno de los tipos enterrados en este lugar debió conocer a Roldán en persona, e incluso atenderle en los instantes previos a su muerte. De ese modo es muy probable que le confiase sus últimas voluntades y le hiciese entrega de algo...

—Acierta en todo lo que dice —*madame* Kindelán cerró los ojos y volvió a evocar las escenas oníricas en que aparecía el religioso. Al hacerlo sintió una fuerte descarga de adrenalina—. Y lo mejor es que ya sé dónde está...

Dicho esto tomó la lámpara de las manos de Huntington y se dirigió con paso firme hasta uno de los bancos corridos que se hallaban semiocultos en uno de los rincones.

Bastaron unos segundos para que ambos se dieran cuenta de que esta vez, y de manera definitiva, lo habían conseguido.

Impávido y pertrechado entre las sombras, cual guardián de un tabernáculo, reposaba un viejo esqueleto.

Su añejo perfil, una vez iluminado por la linterna, les devolvió una imagen tan horrenda que les dejó sobrecogidos. Estaba parcialmente cubierto por telarañas, de textura viscosa y espesor considerable, por lo que costaba distinguir sus rasgos a simple vista.

A diferencia de sus otros «hermanos» —enterrados en la antecámara—, conservaba la estructura ósea al completo, incluyendo fragmentos de piel, cabello y barba.

Los restos de su hábito, antaño del color de la lana, parecían al borde de la desintegración, y las cuencas de sus ojos, aun estando vacías, revelaban los signos inequívocos del sufrimiento.

—Este hombre debió morir de una forma bastante violenta —sugirió el filántropo—. No hace falta ser un experto para darse cuenta de que esa flecha que sobresale del cuerpo fue la causante de su muerte.

La mujer observó el costado del cadáver y descubrió que estaba en lo cierto. Aunque el astil se encontraba parcialmente roto, el resto de la madera emergente confirmaba que la herida había sido mortal.

—¿Por qué no se extraería la flecha? Lo lógico hubiese sido pedir ayuda a sus compañeros —reflexionó en voz alta.

—Eso habría sido posible de no hallarse solo —refirió ella convencida.

—¿Cómo?

—Le parecerá extraño, pero ahora que estoy frente a él he terminado por comprender toda la historia.

—¿A qué se refiere? —Huntington la miró directamente a los ojos y detectó en ellos un brillo especial.

—Permítame.

Y sin darle tiempo a reaccionar, apartó con decisión todas las muestras de podredumbre que

envolvían al religioso.

Al hacerlo quedaron a la vista sus manos, que en un asombroso estado de conservación —fruto tal vez de las bajas temperaturas—, sostenían un gran objeto de madera que hasta ese momento les había pasado desapercibido.

—¡Aquí está! —reveló la mujer, con las mejillas encendidas por la excitación.

Seguidamente, y sin ningún reparo, lo arrancó de su sitio y comenzó a limpiarlo con su propio vestido.

No era más que un humilde crucifijo, tallado rudimentariamente en madera de haya, cuyo *stipes* o palo vertical poseía el tamaño de un brazo.

Huntington enmudeció, y llevado por la inercia sujetó el pequeño reflector a escasa distancia del símbolo cristiano.

—Esto no es lo que parece —musitó ella entre dientes, y tras inspeccionar su morfología minuciosamente, se topó finalmente con aquello que tanto había anhelado.

Iba adherido al reverso de la cruz, aprovechando un vaciado en su base, por lo que claramente había sido camuflado por alguien. Con toda seguridad, el propio depositario.

Independientemente de su historia, y de la de su legítimo dueño, se trataba de un simple *seax* o cuchillo de un solo filo —de uso común en el siglo octavo— con la empuñadura de marfil. Un objeto de lo más corriente si no fuese por la piedra rojiza que adornaba uno de sus lados, y que, al hilo de los destellos, rápidamente captó la atención de su descubridora.

—Tenga cuidado con eso —la alertó el norteamericano—. Es una pieza muy antigua y podría...

—¡No se acerque! —replicó ella empuñando el arma con determinación—. ¿Cree que soy idiota? Llevo años esperando este momento y no pienso compartirlo con nadie.

—¿Qué está diciendo? —Huntington se percató de que sus ojos, antes vivos por la cercanía del hallazgo, de repente se volvían oscuros y fríos, como el interior de la cueva.

—Su aventura termina aquí, señor mío. Ya tengo el puñal en mi poder. O lo que es lo mismo, la cornalina de Ferragut, que según la tradición sumeria remataba su turbante. Esta piedra, además de poseer propiedades mágicas, representa la sangre de Ishtar —declaró arrebatada—. ¿Sabe que Roldán pensaba enviársela a su prometida, Alda, como prenda de su amor? Eso también lo vi en mis sueños. Aunque su romance no tuvo precisamente un final feliz...

—¿No estará hablando en serio? —dijo el americano con socarronería. La sangre comenzaba a hervirle en las venas.

—Me cuesta decirlo, pero al final voy a sentir incluso lástima por usted. No solo me ha prestado una gran ayuda en el tramo final sino que, además, me ha salvado la vida.

—¡Por dos veces! —precisó él, tratando de aproximarse. A lo que ella respondió mostrándole la punta afilada del arma.

—En eso se equivoca, señor Huntington. Es cierto que me ayudó a recuperar la consciencia tras el derrumbe, algo que jamás olvidaré, pero en cuanto al barranco...

—¿No irá a decirme que estaba fingiendo? —Aquella situación comenzaba a superarle.

—Jajajaja —se burló ella de manera irritante—. Siento no poder compartir los detalles con usted. Alguien me espera y... debo partir de inmediato.

Tras decir esto comenzó a buscar la salida.

—¿Cómo piensa abandonar este lugar? Ya ha visto que estamos prácticamente solos en medio

del valle...

—Tengo un carro esperándome a dos pasos de aquí. ¡Cuán fácil resulta convencer a la gente a cambio de unos simples billetes!

Huntington se quedó de piedra. La astucia de aquella mujer no conocía límites.

—¿No me diga que no se acuerda del chico...? ¿Es que aún no ha caído en la cuenta de que la mujer embarazada y yo éramos la misma persona? ¡Le creía más suspicaz!

—Menuda bruja es usted —farfulló—. Y por esa regla de tres, me imagino que «*madame Kindelán*» es otra de sus invenciones, ¿no?

—Camine delante de mí. ¡Vamos! —le ordenó—. Y no olvide que el puñal que acabó con Ferragut podría hacer lo mismo con usted.

Huntington obedeció sin pestañear.

Sin embargo, en cuanto se aperció de que su enemiga flexionaba las rodillas para subir los escalones, se revolvió con gran violencia y se abalanzó sobre ella, logrando desestabilizarla.

—¡Maldito bastardo! —aulló desde el suelo, viendo cómo se apoderaba del tesoro con aparente facilidad.

—Detesto hacer uso de la fuerza —se disculpó él—, pero no me ha dejado otra. Tal vez... si se aviniese a razonar...

No le dejó concluir la frase.

En un abrir y cerrar de ojos la dama se llevó la mano al vestido, sacó la pistola que previamente había sustraído de la chaqueta masculina, y le apuntó con ella.

—Me ha vuelto a infravalorar —le reprochó con desagrado—. Pero le juro por lo más sagrado que esta vez será la última.

XLII

Hôtel du Palais, Biarritz

DOYLE SE DESPIDIÓ SUCINTAMENTE DE LEONARD BAGS y recorrió la totalidad del pasillo en dirección al salón Victoria. Como venía siendo habitual, el secretario se encargaría de acompañar al barón, proporcionándole todo lo necesario para su completa recuperación. Este acababa de recibir el desayuno en la cama y presentaba un gran aspecto, por lo que el escocés no vio inconveniente en que abandonara la estancia tras el aseo matutino. Su plan consistía en salir a la terraza, tomar el sol y leer la prensa.

La noche había transcurrido sin contratiempos. Después de que Eiffel y Puccini abandonasen el hotel, todos los miembros del grupo decidieron retirarse a descansar, conscientes de que las próximas horas resultarían cruciales.

A su llegada al salón, Doyle fue recibido por el doctor Freud, quien, siguiendo su costumbre, había vuelto a madrugar. Este le dio los buenos días de manera escueta y rápidamente le puso al corriente de los acontecimientos. Por lo visto Toulouse no había pegado ojo en toda la noche y, lo que era peor, se hallaba completamente ebrio.

—Ese hombre necesita ayuda —advirtió— y en nuestras actuales circunstancias no podemos proporcionársela.

—¿Qué sugiere que hagamos? —preguntó el británico, y entonces pudo distinguir al hombrecillo. Estaba reclinado sobre el canapé, con la cabeza ladeada hacia la derecha y el bastón tirado en el suelo.

—Ponernos en contacto con su familia de inmediato. No nos queda otra. Confío en que mañana a primera hora podamos regresar a nuestros hogares, independientemente de lo que ocurra esta noche.

Al oír esto, su colega apretó los labios y se llevó las manos a la espalda, con meridiana inquietud.

—Sin embargo, y como podrá observar, el señor Lautrec no se encuentra capacitado para ello. De hecho, dudo que pueda tenerse en pie y mucho menos caminar. He pensado entrevistarme con el gerente del hotel para buscar una solución —masculló en voz baja—. Tal vez él conozca alguna dirección de París a la que recurrir.

Doyle asintió en silencio, y una vez que Freud se hubo marchado, cruzó la sala con

determinación.

—Henri —le susurró al oído en cuanto lo tuvo cerca—. Escúcheme con atención. He de revelar algo muy importante.

—¿Qui... quién es usted? —respondió malhumorado.

—¡Vamos! ¿No irá a decirme que no me reconoce?

Toulouse comenzó a despegar los párpados y estimular los miembros, con idea de incorporarse poco a poco. Pero en cuanto torció el cuello sintió unas náuseas tan terribles que miró a su interlocutor como pidiendo auxilio.

Alertado por la situación —la faz del pintor comenzó a adquirir una palidez extrema—, este corrió a buscar algo con lo que recoger el vómito, regresando al poco con un jarrón de porcelana china.

En cuanto el francés tuvo el recipiente delante ya no se pudo contener más, dando inicio a una sucesión de arcadas que a ambos les resultaron interminables.

Pero si aquella escena resultó patética mucho peor fue la que le sucedió.

Vaciado el estómago por completo, Toulouse permaneció unos minutos arrodillado, con la cabeza gacha y las manos apoyadas en el suelo. A la respiración acelerada, que recordaba a la de las parturientas, pronto se le sumó el sudor frío que inevitablemente comenzó a aflorar por todos los poros de su cabeza, impregnándole la totalidad del cabello y la barba.

Cuando el médico se dispuso a levantarlo su aspecto era tan deplorable que llegó a provocarle lástima.

«¿Cómo alguien con su talento puede estar matándose en vida de esa forma?», pensó preguntarle.

Pero finalmente decidió optar por la prudencia y permanecer callado.

Recuperado el aliento, el artista se inclinó sobre un costado, miró a su compañero con vergüenza y reconoció al fondo la mesa con los relojes de arena. Estos continuaban restando minutos sin que nadie pudiese impedirlo, lo que le provocó un estado de ansiedad tan fulminante que, sin mediar explicación, se puso a llorar.

Primero lo hizo de forma comedida, con el rostro parcialmente cubierto por su mano izquierda. Luego incrementó la fuerza, hasta provocar que sus mejillas se enrojeciesen y los temblores se apoderasen de su cuerpo. Y finalmente elevó a tal grado su desconsuelo que Doyle se sintió completamente desarbolado.

—Todo ha sido por mi culpa —comenzó a decir entrecortadamente, tras varios minutos sumido en el llanto—. Mi madre llevaba razón. ¡Toda la razón! Hace años que perdí el norte, *monsieur* Doyle, y no sé qué hacer... Las malas compañías, el alcohol, los vicios... ¡Y ahora esto! —gimoteó, llevándose las manos a la cabeza—. Si no se me hubiese ocurrido esa estúpida idea de la fiesta no estaríamos aquí...

El médico abandonó su mirada complaciente y se mostró en desacuerdo.

—¡Le prohíbo que diga eso! Ni mucho menos es así. Quienquiera que haya maquinado este disparate se las ha ingeniado para atraernos hasta la boca del lobo, sin importar los detalles. Es más, estoy convencido que si usted no hubiese propuesto venir a este hotel igualmente hubiésemos acabado aquí, en el sur de Francia o cualquier otro lugar próximo a los Pirineos. Al fin y al cabo pretendían utilizarnos para lograr un objetivo, y este se halla en Roncesvalles.

—¿Y qué objetivo es ese? —espató, tratando de recuperar la compostura—. Puedo entender

que alguien nos necesite para encontrar una antigualla, pero una vez en su poder, ¿qué piensa hacer con ella? Tarde o temprano alguien dará con su paradero... ¡Es completamente absurdo!

Dicho esto, Toulouse se detuvo a respirar. Luego tomó el pañuelo de su bolsillo y se sonó la nariz.

—¿O tal vez piensa ponerla a la venta? ¿Tanto valor puede tener un arma vieja?

—Se trata del puñal de Roldán —aclaró Doyle—. Su precio material, aunque pueda resultar cuantioso, es lo de menos. El mundo está lleno de fanáticos y lo más probable es que nos estemos enfrentando a alguien de esas características.

Entonces le recordó las palabras de Freud, con las que refirió su encuentro en Viena con una mujer que deseaba ser hipnotizada.

—Tiene bastante sentido —reconoció el parisino, mucho más calmado y lúcido—. Alguien comienza a obsesionarse y a tener sueños extraños. Luego busca el consejo de un especialista que, por alguna razón, le resulta insuficiente. Y entonces decide poner en marcha una operación a gran escala.

—Excelente resumen.

—Pero... para hacer algo así es necesario contar con fondos, ¿no cree?

—Por supuesto —afirmó el médico—. La persona o personas que están detrás de este embrollo necesariamente deben tener acceso a un importante patrimonio.

Al escuchar ese término, Toulouse lo tuvo claro. Seguidamente echó mano del bastón y logro ponerse en pie sin necesidad de ayuda.

—¿No estará pensando en...?

Doyle miró a un lado y a otro para percatarse de que nadie podía oírles. Luego se aproximó hasta él y le reveló sin rodeos:

—Me temo que sí. Anoche, cuando me ofrecí a acompañarle a su habitación, descubrí una mancha dorada en la manga de su esmoquin. Sé que no es una prueba concluyente, pero...

—De ese modo todo encaja —señaló, tratando de no elevar la voz—. Lord Hampton posee fondos más que suficientes para organizado.

Instantáneamente acudieron a su mente las imágenes del cinematógrafo, el artefacto con relojes y la habitación a nombre de Carlomagno, amén del repertorio de experiencias que estaban llevando a cabo por Europa desde hacía varias semanas. Todo un despliegue de medios solo al alcance de unos pocos.

—¿Quién si no iba a financiar una locura de esta envergadura? —continuó diciendo el artista—. Tal vez, de ese modo, logra satisfacer los deseos de una amante. ¿No se fijó en el poco caso que le hacía a su mujer? Desde que pusimos un pie en su residencia de Dorset apenas la miró. Puedo asegurarle que he conocido historias peores en París.

Su compañero enarcó una ceja y lo miró de reojo. Toulouse continuó exponiendo su teoría:

—Incluso es posible que la herencia no fuese más que un señuelo para atraernos a todos y obligarnos a ayudarles. A fin de cuentas todos estimábamos a *lady Hampton*...

—Es una posibilidad —reconoció el escocés—. A estas alturas no debemos descartar nada. Pero ¿y el infarto? Si el barón efectivamente está implicado, ¿por qué razón sufriría ese impacto al ver a la prostituta tendida en el suelo?

—A lo mejor, viendo nuestras reacciones, pensó que había ido demasiado lejos y le remordió la conciencia. Ese hombre no es joven y, por lo que he podido observar, posee un carácter

demasiado impresionable...

—Señor Lautrec, celebro comprobar que se encuentra mucho mejor.

El marcado acento de Freud interrumpió la charla de improviso, propagándose por la estancia a la velocidad del rayo.

—En efecto, doctor —precisó su colega, volviendo el rostro—. Nuestro querido pintor vuelve a pensar con claridad, aunque me temo que le seguirá doliendo la cabeza, al menos hasta la hora del té. Es lo que tiene pasarse con la bebida...

Toulouse puso ojos de cordero degollado, buscó acomodo en el sofá y adoptó una actitud de total arrepentimiento.

—¡Y ya van dos veces en menos de una semana! —apostilló el vienés, ejerciendo más que nunca su papel de padre estricto—. No obstante —continuó moderando el tono—, he de reconocer que su tesis no es descabellada, aunque...

Ambos lo miraron con extrañeza, y al punto supieron a qué se refería.

—Disculpen mi descortesía, pero no he podido evitar oír parte de su conversación.

—No importa —terció Doyle de forma magnánima—. Continúe, se lo ruego.

Freud asintió y prosiguió su alocución, no sin antes encender el primer cigarro de la mañana.

Al parecer, coincidiendo con su visita al director del hotel, un lacayo se había presentado en el despacho para informarle de que acababan de recibir un telegrama. Este le preguntó por su destinatario y el chico mencionó el nombre del barón, sin percatarse de la presencia del austríaco.

Una vez que el empleado se hubo marchado, Gaillard, obligado por las circunstancias, le reveló a Freud el nombre del remitente.

Este no era otro que la baronesa Hampton.

De inmediato, ambos supusieron que se trataba de una respuesta a la misiva de Bags enviada el día anterior, en la que se le informaba del estado de salud de su esposo.

—¿Y acaso no era ese el contenido del telegrama? —le interrumpió Doyle, ávido de colaborar.

—Sí que lo era —afirmó Freud—. De hecho conocimos los detalles por boca del propio Bags. Tanto el director como yo nos encontrábamos en la habitación cuando el secretario lo puso en conocimiento de lord Hampton. A petición de este, la lectura se hizo en voz alta.

—Muy educado por su parte.

—Simplemente, su esposa le comunicaba que se pondría en camino de inmediato, que tratara de descansar, etcétera.

—Pero había algo más, ¿verdad? —El instinto de sabueso de Doyle volvió a emerger sin remedio.

—Por supuesto —Freud hizo una pausa dramática.

Luego dio una calada a su preciado Don Pedro y exhaló una voluta de humo en dirección al techo.

—Justo después de abandonar la alcoba, Leonard Bags y yo tropezamos sin querer en el pasillo y el telegrama acabó en el suelo. Yo me ofrecí a recogerlo y, casualmente, me fijé en el matasellos...

—¿Y...? —Toulouse ardía en deseos de conocer el final.

—Aunque ciertamente lo firmaba *lady* Hampton... este no había sido enviado desde Inglaterra.

XLIII

*Estación de ferrocarril, Biarritz
Trece horas más tarde*

UN ENÉRGICO SILBIDO PROCEDENTE DE LA LOCOMOTORA advirtió a las pocas personas que se hallaban en el andén de la inminente llegada del ferrocarril. El reloj marcaba las once en punto de la noche y el mozo de equipajes se caló la gorra hasta las orejas dispuesto a recibir al pasaje con su mejor sonrisa. Llevaba poco más de seis meses, pero aún sentía un extraño hormigueo en el estómago, propio del que estrena un trabajo.

En cuanto las zapatas iniciaron su rozamiento sobre las ruedas, un grifón de pelaje moteado se puso a ladrar, expectante ante la llegada de su amo. Este era un señor bajito y entrado en carnes al que la presencia del can iluminó el rostro. Por el contrario apenas se fijó en el hombre que sujetaba la correa, un tímido valet de rasgos orientales que lo saludó cortésmente sin obtener respuesta. A este lo siguieron una pareja de ancianos, un matrimonio con tres hijos, un grupo de damas y un caballero cuya delgada silueta parecía volatilizarse al contacto con el humo.

Ninguno de ellos requirió los servicios del empleado.

«Anímate, René», se dijo ilusionado.

Sin embargo, aquella noche la suerte no estaba de su lado. Un último vistazo al perímetro del tren confirmó sus dudas. No quedaba nadie por bajar, por lo que posó las manos en el carrito y enfiló el camino de salida.

No había recorrido ni cinco metros cuando una voz femenina resonó a sus espaldas.

—*Garçon!* —exclamó de manera bastante audible, tratando de llamar su atención.

Al volverse y examinarla no tuvo la menor duda de que se trataba de una rezagada del último vagón —el destinado a la tercera clase—, por lo que descartó rápidamente la posibilidad de una recompensa.

—Déjeme que la ayude con su equipaje —se ofreció voluntarioso.

—No se moleste —respondió ella, sujetándose el pañuelo de la cabeza e iniciando el descenso—. No traigo más que este pequeño bolso.

Al oír esto el mozo se encogió de hombros a la espera de recibir nuevas órdenes. Aquel era su último servicio de la jornada, por lo que decidió relajarse y exhibir su mejor cara.

—Necesito un coche —le espetó ella, a lo que el joven respondió afirmativamente. Si bien la

estación se hallaba prácticamente desalojada, estaba convencido de que aún quedaría algún cochero en la puerta.

La tarde había estado despejada y con una temperatura muy agradable, de modo que los turistas se lanzaron a la playa con objeto de disfrutar de los últimos días de agosto. Sin embargo, coincidiendo con la puesta de sol, un conjunto de nubes grises se situó justo encima del núcleo urbano, presagiando una noche pasada por agua.

De camino a la salida el chico tuvo ocasión de fijarse en los rasgos de su clienta, cuya forma de caminar, erguida y segura, llamó poderosamente su atención.

«Por sus ropas juraría que es una criada —especuló—, pero esas manos no son propias de alguien que se dedica a servir...».

Pese a la discreción mostrada, ella se percató al instante del interés del muchacho —probablemente de la misma edad que su hijo—, pero se limitó a sonreír y seguirlo por el interior de la estación sin pronunciar palabra.

Un minuto después ambos se encontraban frente a un modesto faetón de alquiler que, tal y como había supuesto el mozo, se hallaba aparcado junto a la puerta a la espera de clientes. Su propietario, un tipo de mediana edad con el pelo corto y un ancho bigote unido a las patillas, descansaba sobre el pescante manifiestamente dormido, por lo que el joven hubo de acercarse hasta la rueda delantera para darle aviso.

Al tercer toque, el cochero dejó de roncar y se puso firme, provocando la hilaridad de la pareja.

—¡Oh, no, no! ¡Discúlpeme..., se lo ruego! Anoche apenas pegué ojo por culpa de los mosquitos y hoy no he dejado de trabajar en todo el día. Tengo la espalda destrozada, pero... —se excusó llevándose los dedos a los ojos con intención de frotárselos—. Ahora mismo la atiendo como es debido. ¡Faltaría más!

Y de un salto se colocó a la altura de la mujer, exhibiendo unas ojeras del tamaño de una Marianne Coq de veinte francos.

Ella lo miró con desconfianza, pero siendo consciente de su precaria situación —sola y en mitad de la noche—, decidió arriesgarse y subir al carruaje.

—¿Podría llevarme hasta el faro?

Al oír esto, los dos hombres se miraron extrañados, pero no hicieron ningún comentario. Seguidamente, el postillón tiró de las riendas con objeto de azuzar al caballo y poner rumbo directo al arenal.

Antes de que el vehículo iniciase la maniobra, la mujer se volvió y premió la gentileza del mozo con una inclinación de cabeza acompañada de un pequeño billete. Este era extranjero, concretamente de la isla de Cuba, y de escaso valor, pero en cuanto el chico lo desplegó y observó su reverso, un rostro femenino emergió como por arte de magia, dejándolo asombrado.

—¡Lo sabía! —exclamó en voz alta y sin complejos.

Entonces corrió como un niño hasta alcanzar el coche de punto y contemplar, por última vez, aquel delicado rostro.

No todos los días se tenía la oportunidad de ayudar a una mujer en apuros.

Mucho menos tratándose de una reina.

—¡No están! —gritó Doyle a sus compañeros nada más ingresar en la habitación de lord Hampton.

Al oír esto Freud soltó un exabrupto, tan poco usual que Henri de Toulouse-Lautrec se vio obligado a intervenir.

—Ya tiene la pieza que faltaba en su rompecabezas, señor Doyle —apuntó el psicoanalista visiblemente contrariado—. Como debimos suponer, el barón contó desde el principio con la complicidad de su secretario, ¡ese bobainas de Leonard Bags! ¡Malditos sean los dos!

—¡Cálmese, doctor! —insistió el pintor, más sereno que de costumbre tras superar la dura resaca.

—Hemos sido muy torpes —terció Doyle, mirando de un lado a otro de la estancia—. Desde anoche todo apuntaba a él, y sin embargo...

—De nada sirven los lamentos. Mejor será que registremos el hotel, comenzando por esta habitación —sugirió Freud.

Los tres se pusieron manos a la obra de inmediato.

Miraron dentro del armario, entre sus ropas y en los útiles de aseo, e incluso Toulouse revisó uno por uno los cajones de la cómoda y la mesita de noche, pero al cabo de diez minutos no contaban con más pistas que un papel arrugado en el fondo de una papelería.

—¿Se ha fijado en la tinta? —observó el austríaco. Y a continuación señaló con el dedo unas pequeñas grafías correspondientes al encabezado.

—Parece reciente. No hará ni una hora que lo escribió —afirmó Doyle llevándose el papel a la nariz—. No cabe duda de que es obra del barón; esa letra no es de Bags. Todos hemos revisado su cuaderno de notas. Y algunos más de una vez.

Luego leyó el texto en voz alta, apenas una frase inconclusa en la que podía distinguirse el nombre del establecimiento hotelero, la ciudad donde se ubicaba y el inicio de la fecha. Luego la tinta se corría y el papel permanecía incólume.

—Si la tinta está fresca no debe andar muy lejos —aseguró el pintor echando un vistazo al pasillo—. ¿Vamos?

Sus dos compañeros aceptaron la propuesta y comenzaron a recorrer aquel espacio con la mente nublada por los acontecimientos.

Mientras buscaban, cada uno por su lado, Doyle se esforzó en hacer un repaso mental a las últimas horas. En primer lugar la petición de lord Hampton de salir a la terraza esa misma mañana acompañado del secretario. Luego la escenita de Toulouse y la llegada de Freud alertándoles que el telegrama enviado por la baronesa estaba sellado en Biarritz y no en Dorset. Y finalmente el almuerzo en el restaurante frente al mar, el café y los licores en el reservado, la partida de billar, las horas de asueto en las habitaciones y el nuevo encuentro para cenar.

«En todo momento el barón se ha mostrado seguro y relajado», reflexionó Doyle, cuya idea de acudir a la habitación por sorpresa, pasadas las once, había resultado clave.

«Pese a todo, hay algo que no encaja».

A treinta minutos de la medianoche, con el cielo completamente encapotado y las gotas de lluvia azotando los cristales, el trío volvió a reunirse en el salón Victoria, por supuesto con las manos vacías.

Freud narró de modo sucinto su infructuosa búsqueda por los principales salones del hotel, por el gimnasio y las zonas de ocio.

Toulouse hizo lo propio, y reseñó su visita a las cocinas, las preguntas realizadas al personal de servicio y a las camareras, e incluso a algún cliente que encontró en su camino.

Pero nadie había visto a ningún caballero con el aspecto de lord Hampton.

Únicamente un lacayo procedente de la lavandería refirió haberse cruzado con alguien que, por la descripción, parecía corresponderse con Leonard Bags; pero de aquello hacía diez o quince minutos y sus datos eran imprecisos.

Doyle, por último, expuso su recorrido por los pasillos y las habitaciones, y les confesó que había sido descubierto dentro de una alcoba femenina con el consiguiente apuro, pero sin obtener premio.

Justo cuando el doctor pensaba encender el enésimo cigarro de la jornada —esta vez un Partagás cedido por Jean-Luc Gaillard—, las puertas del salón se abrieron de par en par, dando paso a Giacomo Puccini.

—¿Qué hace usted aquí? —exclamó Doyle desencajado—. ¿Dónde está el señor Eiffel?

—¿Y el tipo norteamericano...? ¿Pudieron localizarlo? —Freud comenzó a avanzar hacia él.

—Díganos, por Dios. ¿Qué ha pasado? —concluyó Toulouse.

—¡Tranquilos! Todo a su debido tiempo —declaró el italiano, con la respiración entrecortada.

Seguidamente el italiano les contó que Gustave Eiffel había subido esa misma mañana a un globo aerostático acompañado de un viejo amigo, y que cuando estos se hubieron perdido en el horizonte él decidió regresar al hotel de incógnito, con la intención de espiar los movimientos de todos ellos y contribuir a la investigación.

—Muy bonito —terció Freud cruzándose de brazos—. Así que ha dejado solo a Eiffel...

—Todo tiene una explicación —protestó Puccini—. El dueño del aparato tuvo que hacerle unos ajustes de última hora para volar más deprisa. ¡Ni se imaginan lo que se le ocurrió! Y como la cesta solo podía transportar a dos pasajeros...

—¡Usted se sacrificó! —atajó Doyle con sarcasmo, dando una fuerte palmada que pilló a todos desprevenidos.

—Yo hubiese ido con él, se lo juro, pero lo más sensato fue...

—No hace falta que se justifique, amigo Puccini —le interrumpió el pequeño artista con gran consideración—. Todos le hemos entendido perfectamente.

—Mejor será que nos explique lo que ha descubierto en las últimas horas —propuso el vienés con acierto—. Su idea de jugar a los detectives no va a resultarnos tan mala, después de todo.

Puccini relató punto por punto los movimientos observados en las últimas horas desde la distancia, y aunque la mayoría de ellos coincidían con lo ya expuesto, hubo un detalle que les impactó.

Había tenido lugar poco antes de su llegada al salón, por lo que guardaba relación directa con la desaparición de lord Hampton.

—¿Ha dicho que el coche era de alquiler? —preguntó el escocés mirándolo a los ojos.

—En efecto, señor Doyle —respondió el músico—. Posiblemente un milord, tirado por un solo caballo. Me fijé en que llevaba la capota echada. La escena tuvo lugar en la trasera del edificio, justo delante de la puerta por la que introducen la mercancía. Lo conducía una mujer con un pañuelo anudado a la cabeza.

—¿Pudo fijarse en su rostro?

—Estaba demasiado oscuro y yo me encontraba tras una cortina, en el primer piso.

—¿Y Leonard Bags? —preguntó Freud impaciente—. ¿Qué estaba haciendo en ese coche?

—No lo sé, doctor. Lo único que puedo decirle es que se subió hasta el pescante y ambos se fundieron en un abrazo. Antes de que me diese tiempo a avisarles, ya habían desaparecido en medio de la lluvia.

—¿Vio por casualidad hacia dónde se dirigían?

—Eso sí —afirmó con rotundidad—. Juraría que tomaron el camino de la playa, en dirección al faro.

XLIV

A mil metros sobre Aquitania

DESPUÉS DE APURAR LA ÚLTIMA GOTA DE COÑAC, Huntington aproximó la lámpara a su costado para examinarse la pierna. Convencido de que continuaba estable, comenzó a aflojarse el vendaje con sumo cuidado y muy poco a poco. Afortunadamente, la herida de bala era tan superficial que solo había provocado un pequeño rasguño en la parte exterior del muslo, si bien la visión de la sangre llegó a impresionarle tanto que sintió incluso mareos. Intencionadamente o no, *madame* Kindelán únicamente buscaba inmovilizarlo y escapar.

—¡Hombre de Dios! ¿Se puede saber qué está haciendo? ¡Déjeme a mí!

Eiffel echó el farol a un lado y se arrodilló junto al herido para inspeccionarlo.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó el otro pasajero, que hasta ese momento se afanaba en buscar una solución que les permitiera llegar a destino sanos y salvos.

—No se preocupen por mí. Bastante han hecho ya —exclamó el norteamericano soportando el dolor—. Si no llega a ser por ustedes...

—A quien tiene que agradecerse es al señor Gaillard —aclaró Eiffel, quitándole hierro al asunto—. La bolsa de lona fue la mejor pista posible. En cuanto la descubrí tendida en medio de aquel barranco supe que habíamos dado con usted.

—Lo que yo no sabía es que, al rescatarlo, este caballero acabaría con todas mis reservas de licor —se sumó Fresnay, poniendo boca abajo su hermosa petaca de peltre.

Dicho esto, los tres comenzaron a reírse por primera vez en todo el viaje.

Al cabo de unos minutos, y cuando el silencio volvió a incomodarles, Huntington se dirigió al propietario del globo y le preguntó sin rodeos:

—¿Cómo vamos?

Este frunció el ceño como única respuesta, dejando a Eiffel la responsabilidad de informarlo.

—Estamos demasiado altos. Por encima de los ochocientos metros, diría yo. Y eso que ahogamos la llama hace un rato...

—¿Eso es bueno o malo? —se interesó el herido.

—Técnicamente es positivo, puesto que los vientos alisios que tanto nos favorecieron a la ida circulaban en dirección nordeste y, como es lógico, al ir en sentido contrario nos interesaba evitarlos.

—Disculpe, pero no le entiendo.

—Veamos —continuó Eiffel—, cuando *monsieur* Fresnay decidió acompañarme, en contra de la opinión de todos, lo hizo por una razón fundamental. Ciertamente llevo años estudiando los fenómenos meteorológicos, pero nadie conoce esta región como él. De hecho, acertó al pronosticar que llegaríamos a Roncesvalles antes de la hora prevista haciendo unos pequeños ajustes. Pero, en cuanto al retorno...

—Me temo que no será tan sencillo —atajó él, con cierto pesimismo.

—Desde que le subimos a bordo y nos pusimos en marcha, y especialmente al superar los terribles puertos de montaña, nuestro anfitrión ha hecho lo imposible por ganar altura. Su objetivo era hallar vientos más secos, predominantemente del noroeste, ¿comprende?

—Por supuesto. Y no me cabe ninguna duda de que ha realizado un trabajo excepcional —concedió el filántropo—. Aunque esto último nos plantea un grave problema. Al volar a tanta altura y con la corriente a favor podemos avanzar con mayor facilidad, sí; mucho más tratándose de un globo sencillo y no de un dirigible, pero ¿cómo distinguiremos la línea de costa? Por lo pronto yo solo veo nubes y sombras.

Eiffel y Huntington se volvieron hacia Fresnay, ansiosos por conocer su dictamen. El reloj alcanzaba las doce menos veinticinco minutos de la noche, y se hallaban en cierto modo a la deriva.

—Partiendo de que ha sido una verdadera locura regresar a media tarde y enfrentarnos a la oscuridad, la respuesta la tenemos justo delante —dijo el empresario, señalando un objeto metálico que había sido manipulado e incorporado a la cesta poco antes de partir de Villa Belza.

—¿De veras piensa utilizar una pieza de bicicleta para llevarnos a Biarritz? —murmuró Eiffel, moviendo la cabeza con evidente reparo.

—Esperen, ¿eso es lo que yo creo que es? —inquirió Huntington, que con el aturdimiento apenas se había fijado en los detalles.

—Sí, *monsieur*, ni más ni menos que un motor a vapor —confirmó Fresnay, orgulloso—. De un solo cilindro, pero capaz de alcanzar los veinte kilómetros por hora. Una auténtica reliquia traída por mi esposa de París como regalo de aniversario.

Luego se volvió a su amigo.

—Por cierto, no se llama bicicleta sino «velocípedo» y, nos guste o no, es nuestra única posibilidad.

Eiffel no supo qué responder.

Minutos después, con el globo en progresivo descenso y el motor removiendo las aspas —delgadas y rudimentarias, pero efectivas—, los tres caballeros recuperaron la confianza.

La brisa era suave y húmeda y aunque la lluvia les dificultaba algo la visión, por fin pudieron divisar las primeras poblaciones.

—Abran bien los ojos —refirió Fresnay, tras examinar su brújula y otear el horizonte con unos prismáticos—. Si no me equivoco, aquello debe ser Saint-Pierre-d'Irube, y justo detrás se encuentra el poblado de Anglet.

—Si usted lo dice...

—La mejor forma de distinguir Biarritz es buscando su punto de luz más visible.

—¡El faro! —prorrumpió Eiffel con entusiasmo.

—Exacto —afirmó el parisino—. En este momento somos como marineros en medio de una tempestad. Nuestra única esperanza es alcanzar la orilla antes de que el piélago nos arrastre al fondo.

—Bonita descripción —musitó Huntington, agarrándose con aprensión a una de las cuerdas y tragando saliva.

Crista respiró hondo, y dejando tras de sí la puerta del faro, comenzó a ascender lentamente por la escalera de caracol.

No había sido fácil convencer al cochero para que la dejase sola.

Era tarde, el suelo del acantilado estaba resbaladizo y la lluvia comenzaba a arreciar, por lo que el hombre trató de disuadirla de todas las maneras posibles.

Aun así, pudo lograr su propósito a cambio de una generosa propina y la promesa de no hacer ninguna tontería.

En cuanto el eco de los cascos se hubo alejado por la carretera, buscó la llave bajo una baldosa rota del acceso —tal como indicaba la nota recibida en San Sebastián— y se internó con sigilo en el torreón de piedra.

Mientras ascendía, se esforzó por desechar todas las preocupaciones que le rondaban la cabeza, algo que le resultó imposible.

¿Y si aquello era una trampa? ¿Y si en lugar de un admirador, la persona que la había citado era un enemigo de la monarquía y pretendía hacerle daño o utilizarla?

«Imposible —se dijo—, la letra es la misma de los anteriores mensajes. Esa sensibilidad, ese modo tan cariñoso de dirigirse... No puede ser nada malo. Y en caso contrario, Dios sabrá protegerme».

A mitad de camino, hizo una pausa para descansar y echar un vistazo por una de las pequeñas ventanas encaladas. La luna relucía completamente llena, y aunque la tormenta se negaba a conceder una tregua, el mar se hallaba tranquilo e incluso expectante. Aquel hermoso reflejo de matices plateados sobre el tapiz umbroso le recordó a ella misma.

En cierto modo, su vida podía resumirse en una única estampa: un mar profundo y oscuro de languidez a ratos iluminado. Una sombra perenne de tristeza sobre la que el amor planeaba de manera tímida e insustancial.

Antes de marcharse, el dueño del vehículo le había confirmado la hora: las once y media pasadas. Por tanto, si la persona que la había citado pretendía encontrarse con ella antes de la medianoche, ya no debía tardar.

Ajena al destino del farero —por más que indagó dentro del torreón no obtuvo respuesta—, Crista logró alcanzar la plataforma, la misma donde se ubicaban las lentes escalonadas que concentraban el haz de luz y lo proyectaban a gran distancia, y salió al exterior hasta situarse tras

la balaustrada. Allí la lluvia golpeaba con mucha más fuerza. Tanta que se vio obligada a tomar el pañuelo por los extremos y colocárselo a modo de visera. Solo de ese modo le fue posible inclinarse y escrutar el camino de la playa. Este aún permanecía vacío y silencioso.

No logró resistir ni un minuto en aquel lugar.

El viento, pese a no soplar con demasiada fuerza, consiguió amedrentarla, obligándola a refugiarse de nuevo.

Ya en el interior, con la cabeza y los hombros completamente empapados, Crista reparó en un detalle. Una vez que se encontrase con el autor de las cartas, ¿cómo debía actuar? Desde niña le habían enseñado a dominar sus emociones. Y lo había asimilado de tal forma que, incluso en los momentos más cruciales de su vida, se había mostrado hermética. Más incluso de lo que nadie sería capaz de comprender.

Siendo así, ¿cómo podría, a esas alturas, rescatar sus verdaderos sentimientos?

Lo cierto es que ya quedaba poco de aquella chica inocente que se había desmayado en la capilla morava e instalado desde entonces en una nube ilusoria de la que no podía (o no quería) escapar.

Ni siquiera su boda con Alfonso, el acceso al trono de España o el nacimiento de sus hijos habían logrado arrancarle el recuerdo de aquellas noches en vela. Horas y horas de relectura de unas mismas frases, de anhelos secretos y deseos inconfesables a la luz de una vela.

Para alguien que no había conocido el verdadero amor, poco importaba la identidad de quien le había sustentado el espíritu. De un modo u otro, su corazón y su mente ya le pertenecían, aun sin saberlo.

Desde la soledad del tejado, la playa se revelaba completamente distinta. El mar parecía sesgar su relación con la tierra en forma de rompeolas y el intenso aroma a salitre se desvanecía con la brisa.

No eran gotas de lluvia lo que las nubes derramaban con insistencia, sino lágrimas de dolor. De un dolor tan profundo como el de aquella deshecha alma. La misma que se disponía a librar su última batalla en la inmensidad de la noche.

Después de presenciar aquel encuentro no había podido contener más la ira. Quizás fuese esa última imagen, la de ambos abrazados, la que le insufló el valor necesario para deslizarse hasta la puerta trasera y consumir su plan.

Mientras el carruaje avanzaba en busca de la torre vigía, hizo un repaso mental a su vida. ¿Realmente había sido alguna vez feliz?

Hasta el momento en que vio su hermoso rostro en aquel escenario, iluminado por las lámparas de gas y parcialmente oculto entre capas de maquillaje, se había sentido completamente solo.

No le resultó difícil acceder hasta ella y cubrirla de joyas y promesas, rescatándola de su mundo baladí e inestable. Durante unos años incluso se convenció de que el destino le tenía preparado aquel obsequio, aun sin merecerlo. Pero todo se fue desvaneciendo, como la nieve que

se derrite ante el saludo del sol o las cenizas de los muertos recién esparcidas en el océano.

Le costó asimilar su desapego, tanto o más que descubrir los verdaderos afanes de su mente. Y cuando lo hizo ya era demasiado tarde.

Su capacidad de supervivencia era inapreciable, y el volumen de amor propio inexistente. A esas alturas solo necesitaba conocer al destinatario del afecto que le había sido negado durante años y por el que hubiese renunciado a todo cuanto poseía.

Una vez despejada la incógnita, y como síntesis del viejo siglo, ya solo restaba devolver el polvo al polvo.

«*Alea iacta est*», susurró desde su incómodo asiento de pizarra, áspero y melancólico como su corazón. Y sin más, dio un último sorbo al pequeño frasco de vidrio, cerró los ojos y afinó el oído, preparándose para lo inevitable...

XLV

A la mañana siguiente

LOS AGENTES DE LA GENDARMERÍA SE EMPLEARON A FONDO durante toda la madrugada. Su objetivo era despejar la playa antes de que los turistas y veraneantes la conquistasen con las primeras luces. Pese a lo ocurrido, el lujo y el encanto de Biarritz volverían a relucir una jornada más, como siempre lo habían hecho desde los días del Segundo Imperio.

Gaillard cruzaba una y otra vez el ancho del vestíbulo tratando de decidir qué hacer a continuación. Las primeras investigaciones apuntaban a un crimen pasional y, a falta de otras pruebas, esa sería la versión oficial.

Dentro de lo positivo, y teniendo en cuenta que la explosión había tenido lugar en el extremo norte de la ciudad —concretamente en las inmediaciones del faro—, el nombre del hotel quedaría al margen. Al tratarse de víctimas extranjeras, registradas con nombres falsos, no sería difícil corroborarlo. Así se lo había prometido el inspector encargado del caso, y así lo había transmitido él a los clientes que se habían interesado durante el desayuno.

Solucionado ese aspecto, el mayor problema tenía que ver con su propia conciencia.

A media mañana, cuando el operativo policial se hubo retirado por completo, el grupo se reunió por última vez en el salón Victoria. Solo había que echar un vistazo a sus rostros para comprobar que las últimas horas habían sido devastadoras.

El más perjudicado, una vez más, era Toulouse-Lautrec.

A su pobre estado de ánimo acababa de sumar el trágico desenlace —el peor que hubiese podido imaginar—. Y aunque la mayor parte de sus amigos se encontraban ilesos, la imagen de aquel cadáver desfigurado y cubierto por una manta le había destrozado los nervios.

Doyle, acostumbrado a lidiar con ese tipo de situaciones, fue el primero en intervenir. Lo hizo de manera relajada, lamentando profundamente lo sucedido y asumiendo cada uno de sus errores.

—Me equivoqué al juzgar a lord Hampton. De no haberlo hecho... ahora mismo estaría vivo. Es algo que nunca me perdonaré.

—No vuelva a decir eso —desaprobó Freud—. Usted hizo todo lo que pudo para esclarecer este asunto. Yo mismo fui testigo, junto al señor Lautrec, de que aquella chaqueta contenía restos

de pintura...

—¡Nos precipitamos en nuestras conjeturas! —se lamentó el escocés, golpeando la mesa—. Incluso le acusamos de tener una amante y conspirar contra nosotros... ¡Maldita sea! ¿Cómo pudimos estar tan ciegos? Si no hubiese sido por esa carta jamás habríamos sabido la verdad...

Gaillard, al oír esto, se revolvió en su asiento.

—Un momento, un momento —dijo poniéndose en pie y avanzando hasta el lugar donde se hallaba Doyle—. ¿Cómo ha dicho? ¿A qué carta se refiere exactamente? Que yo sepa, el barón Hampton murió anoche en la cama a causa de un infarto. Y, por supuesto, sin dejar ningún recado. Al menos esa ha sido la conclusión a la que han llegado los gendarmes. ¿Es que hay algo más?

Y dicho esto tomó aire, haciendo un gran esfuerzo por contenerse.

Ya había hecho la vista gorda en lo concerniente a la prostituta desaparecida. La misma que, según aquellos caballeros, había muerto tras explotar el coche en el que huía con su cómplice. Y aunque la historia tenía su parte de lógica —que un secretario chantajease a su jefe utilizando a una mujer estaba a la orden del día—, aquella revelación lo echaba todo por tierra.

Los dos médicos se miraron instintivamente, y el resto hizo lo mismo.

Finalmente, Arthur Conan Doyle extrajo un papel doblado del bolsillo interior del traje e hizo ademán de entregárselo al director.

—Antes de leer su contenido debe saber algo.

—Hable —le espetó Gaillard, muy serio.

—Todo cuanto se explica en esta carta debe quedar entre nosotros, ¿entendido?

El director inspiró profundamente, y luego de avanzar lo suficiente como para percibir su aliento, le respondió con energía:

—¿Por qué debería callarme? Usted, mejor que nadie, sabe que están cometiendo un delito. Es más, me niego a saber de qué forma ha llegado ese papel hasta sus manos, aunque puedo imaginármelo...

En ese momento, todas las miradas se concentraron en el médico a la espera de su contestación.

Este, al contrario de lo que cabía esperar, supo mantener la calma.

Luego desplegó la hoja poco a poco, situándola a una altura suficiente, y comenzó a leer en voz alta:

*Hôtel du Valais,
Biarritz 25 de agosto de 1899*

Estimados compañeros y amigos:

Por la presente solicito vuestro perdón y el del Altísimo por haber abandonado este mundo de una manera tan cobarde.

Nunca fui un hijo digno de la Gran Bretaña, ni tan siquiera de mis padres, de modo que mi repentina marcha no debería importunar a nadie.

Cuando lean esta carta —porque estoy convencido de que la descubrirán justo a tiempo— mi espíritu aún se hallará de camino hacia el anhelado sosiego. A menos que el destino, una vez más, se empeñe en trastocar mis planes.

Imagino la impresión que les habrá causado este desenlace.

Les aseguro que no ha sido fácil. Nunca fui persona inclinada a la violencia, pero las circunstancias me han obligado a ello.

Jamás imaginé que la pérdida de un ser querido me permitiría explorar rincones tan desconocidos de mi propio ser. Por eso quiero agradecerle a la vida que me brindase esta última oportunidad. Gracias a ello he alcanzado a comprender que la verdadera felicidad reside en las emociones, provengan de donde provengan, y que mi incapacidad para enfrentarme a ellas ha sido la única causa de mi ruina.

Yo amaba a Jane, más que a nada en el mundo. Lo juro antes Dios y ante ustedes. Y aunque les cueste creerlo, en estos instantes postreros estoy convencido de que ella, en algún momento de su existencia, llegó a quererme a su manera.

Pero el amor sin pasión es como la patria sin bandera, y el sentimiento que esa mujer pudo experimentar por mí jamás llegó a competir con su verdadera obsesión.

El día que la conduje hacia el altar me hizo jurarle que no removería su pasado. Por eso no puse objeción en contratar al joven secretario a quien había conocido en su infancia. Tampoco en procurarle viajes por Europa y permitirle adquirir todo tipo de publicaciones, fuese cual fuese su procedencia o su precio. Nada me hacía sospechar que durante las noches en las que permanecía absorta, un veneno infame comenzaba a apoderarse de ella en cada página y en cada frase. Y esa ponzoña, que en un primer momento se tradujo en un intercambio de confidencias exclusivamente literarias (o al menos eso creí), con el tiempo se convirtió en algo más.

Oh, Dios, ¡y tanto que lo fue!

Pese a todo, hasta el mismo día de ayer logré cumplir mi promesa. No solo rehusé investigar por mi cuenta, sino que le concedí absoluta libertad para llevar a cabo sus propósitos; ignorando que, con mi estúpida indolencia, estaba poniendo en jaque a otras muchas personas.

Y ahí es donde entran ustedes.

La mañana después de la fiesta (mi querido Henri, le ruego que no se lamente por ello), la verdad se me reveló de la manera más cruel imaginable.

Jane, en su infame y lujurioso delirio, se había hecho pasar por prostituta, y además ¡estaba muerta!

Se preguntarán cómo la reconocí al llevar puesta una máscara. Es bien sencillo.

Cuando nos disponíamos a trasladar el cuerpo hasta el sofá, mi brazo rozó accidentalmente con uno de sus pies, y entonces descubrí los tres lunares de su planta izquierda; algo único que siempre me había fascinado de ella, al igual que su zurdera. Mi débil corazón no pudo resistir aquella visión, por eso caí fulminado.

A partir de ese momento, y merced a los cuidados de mis buenos doctores Freud y Doyle (a los que estaré eternamente agradecido), alterné los períodos de descanso con una serie de movimientos, siempre en solitario, que me permitieran hallar al culpable de la tropelía que me estaba consumiendo.

Más tarde supe que la propia Jane no solo había fingido su muerte por medio de la

autohipnosis, sino diseñado una compleja trama para implicarlos a todos en su locura. Esto incluía, por desgracia, golpear al señor Puccini.

Cuando mister Huntington (a quien deseo de todo corazón que se encuentre sano y salvo), apareció en escena y mencionó la palabra Roncesvalles, lo tuve claro.

Jane llevaba meses interesada en ese lugar. Incluso una vez la escuché mencionarlo en sueños, pero de nuevo lo atribuí a su poderosa imaginación. No en vano en su juventud llegó a trabajar como actriz de teatro, de ahí su extraordinaria capacidad para el engaño.

Que persiguiese el puñal de Roldán era lo de menos. Igualmente podía haberse interesado en el tesoro de los Nibelungos o cualquier otra fruslería; su fascinación por las leyendas resultaba inaudita. Lo realmente preocupante era que, en su ambición, había arrastrado a gente de valía a una situación límite, y eso resultaba del todo inadmisibile.

¿O es que aún tienen dudas de que el testamento ológrafo fue obra de Jane, cuya osadía llegó al extremo de hacerse pasar por mi madre?

El reverendo Fold se lo puso fácil, al dejar su puesto en la parroquia durante unos días. Quizás, de entre todas sus maldades, esa haya sido la única provechosa, pues de lo contrario no les habría conocido.

No quisiera despedirme sin exponer algo concerniente a las tres muertes.

La explosión del carruaje es obra exclusivamente mía, y esta carta debería servir como prueba en caso de que la justicia decidiese imputarles.

Pese a mi escasa destreza, no solo fui capaz de sustraer el artefacto con los relojes sin que nadie se percatase, sino que logré colocarlo bajo la capota del coche antes de que partiera.

Imagino las razones que llevaron al señor Bags y a mi esposa a planear esa fuga en medio de la noche, pero, sinceramente, a estas alturas ya no me importan.

Asimismo el láudano con el que pondré punto y final a mi existencia lo he extraído del maletín del doctor Freud, por lo que le pido disculpas.

Un último ruego.

Una vez que rescaten mi cuerpo y den parte a las autoridades —sé que lo harán con la máxima discreción—, hagan lo posible por que me entierren en sagrado.

Confío en que mi buen reverendo, a cuya parroquia lego todos mis bienes y mi hacienda —a excepción de lo que les pertenece—, se hará cargo de todo lo referente al sepelio.

Que el Señor, siempre misericordioso, les bendiga y les proteja.

*Eternamente agradecido
Edward Hampton*

Terminada la lectura, Freud sintió la necesidad de fumar.

Miró a un lado y a otro escrutando a sus compañeros, quienes permanecían en silencio. Finalmente pensó que no era lo más oportuno, y en lugar de prender el cigarro comenzó a morderse las uñas furtivamente.

Toulouse tenía los ojos vidriosos, y en su mirada se adivinaba un gran arrepentimiento. Pese a conocer la verdad de boca de Doyle, la lectura de la carta le había hecho sentir aquella desgracia en carne propia.

A Eiffel le costaba creer lo que acababa de escuchar. Su afinidad con el barón había sido inmediata, y aquella confesión echaba por tierra el buen concepto que tenía de él. Aunque tampoco pretendía juzgarle.

Puccini, por su parte, simulaba no estar afectado. En cambio su enorme vitalidad, demostrada en todas y cada una de las andanzas de aquel verano, parecía haberse esfumado. Al igual que todos, que aquella historia hubiese llegado a término de una forma tan abrupta ciertamente le desconcertaba.

Tuvo que ser Huntington, desde su retiro forzoso en el capitoné, quien rompiese el hielo. Las curas en la pierna, el aseo necesario y el hecho de que Freud le hubiese suministrado un analgésico, le devolvieron las ganas de conversar tras una experiencia traumática.

A la dificultad de saltar desde una gran altura —Fresnay no vio otra opción para que él y Gustave llegasen a tiempo— había que sumar el esfuerzo de nadar hasta la orilla. Y aunque el plan de ambos consistía en caminar hasta el hotel con la ropa mojada, la explosión del coche les pilló por sorpresa en medio de la playa, por lo que fueron espectadores de excepción del trágico siniestro.

—En cierto modo, soy el único que ha obtenido lo que buscaba —dijo con nostalgia el norteamericano, acariciando las páginas chamuscadas del libro.

Este descansaba en su regazo tras haber salido despedido del carruaje junto a otros objetos, amén del cadáver casi irreconocible de Leonard Bags.

Sin embargo, y pese a buscar con ahínco entre las aguas oscuras, no hallaron rastro del puñal y mucho menos de la mujer. El punto exacto donde había tenido lugar el accidente se hallaba próximo al acantilado, y las muchas rocas dispuestas a lo largo de este dificultaban el rastreo, incluso para los miembros de la gendarmería. Empero los agentes confiaban en hallar el cuerpo más pronto que tarde.

—Si no tienen inconveniente —añadió Huntington señalando el libro—, me gustaría devolvérselo a sus primitivos dueños: el matrimonio de Froidmont propietario de la biblioteca. Si finalmente la Universidad de Yale no estuviera interesada en adquirir el lote, yo mismo les haría una buena oferta.

—Ese gesto le honra —intervino Doyle—. Aunque, sinceramente, me gustaría conocer la verdadera implicación del libro en toda esta historia. Si, como nos ha descrito, el monje de Roncesvalles murió víctima de una flecha, ¿cómo diantres llegó el libro a la abadía?

Freud, apasionado de los detalles al igual que su colega, carraspeó en espera de una explicación.

—Dudo que lleguemos a saberlo nunca —aseveró él, rascándose una oreja—, pero me inclino por un traslado de la comunidad. Que el ermitaño muriese solo en la cámara nos sugiere que sus compañeros huyeron hacia el norte, donde los territorios estaban controlados por las tropas de Carlomagno. No es descabellado pensar que alguno de ellos acabase en el primitivo Froidmont. Si os fijáis bien, el libro no es más que un modesto cantoral perteneciente al viejo rito hispano o mozárabe. Su valor reside en que a partir del siglo XVIII comenzó a imponerse el nuevo rito, el franco-romano, de ahí que formase parte de los libros malditos u olvidados de Hermes.

—¿Me está diciendo que la música que interpreté al piano procedía de ese libro? —Puccini se mostró tan sorprendido como el resto de ocupantes del salón. Seguidamente corrió hacia el instrumento para recuperar la partitura.

—Es evidente —respondió el neoyorquino—. Fíjese en las marcas de las costuras. No hay duda de que esa hoja fue arrancada a propósito. Que la notación musical formase una perfecta cruz latina pudo ser la razón para elegir esa pieza y no otra.

—¡Qué desfachatez! —farfulló el vienés, mirando hacia otro lado.

—Qué revelación, diría yo —sentenció Huntington, mostrándose más convencido que nunca.

—¿Revelación? —inquirió Eiffel con extrañeza. Y a continuación tragó saliva.

—Es cierto —se sumó Toulouse, emergiendo de su letargo—. El doctor Freud ya nos puso en antecedentes al hablarnos de la extraña dama que visitó su consulta. Si, como parece, ambas son la misma persona, todas sus acciones han estado motivadas por los sueños.

Al oír esto, Freud se volvió hacia el impedido para preguntarle:

—Esa mujer que le disparó... ¿por casualidad le reveló su nombre?

Huntington evocó de nuevo la escena de la reanimación y, tras componer un gesto de desprecio, lo pronunció en voz alta.

—¡Sinéad! —repitieron todos al unísono.

—Sinéad, Charlotte, Jacqueline... Qué más da —terció él—. Como bien explica el barón en su carta, esa señora trabajó varios años como actriz. Jamás conoceremos su verdadero nombre o su procedencia.

—En eso último se equivoca —terció Freud con aires de suficiencia. Desde que Huntington le corrigiese en público ardía en deseos de tomarse la revancha.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Puccini.

—Durante las regresiones, el idioma utilizado suele ser el materno, y en todo momento esa mujer habló en mi consulta en alemán. Eso sí, con un marcado acento checo. Por los giros utilizados me atrevería a decir que procedía de algún rincón de Moravia.

—Es curioso, una dama venida de Inglaterra que habla en alemán con acento moravo. —Doyle se llevó dos dedos a la punta del bigote y lo estiró levemente.

—¡Su Irene Adler en persona! —apuntó Eiffel, haciendo mención a un personaje del universo de Sherlock Holmes.

—Y usted, ¿recuerda el nombre con que se presentó en su despacho? —contraatacó Huntington.

—Por supuesto —asintió el psicoanalista, mostrándose aún más ufano que antes—. *Fräulein Taschen*. Si bien, durante el transcurso de la sesión me pidió que la llamase por su nombre de pila: Johanna. Lo cierto es que, dejando a un lado su carácter inestable, me pareció una mujer sumamente atractiva. —Freud sonrió levemente—. Debió caracterizarse muy bien, ya que luego no fui capaz de reconocerla en Blackborne. Por otro lado, durante la consulta jamás mencionó que estuviera casada. Y tampoco llevaba anillo...

—Otra mentira, sin duda —bramó el músico, ansioso por terminar—. ¡Todo esto es ridículo!

—No lo creo, señor Puccini —le corrigió Eiffel—. Al ser italiano usted desconoce los vericuetos de mi idioma. Puedo asegurarle que esa mujer no escogió los nombres al azar.

Entonces el ingeniero les explicó que Sinéad era una variación de Jeannette, que a su vez poseía la misma raíz que Jane y, por supuesto, Johanna; el nombre masculino hebreo Yohanan o

Johanán, cuyo significado era «Yahvé es misericordioso».

—¡Bravo! —Aplaudió el compositor de un modo impostado.

—¡Un momento! —le interrumpió Freud con los ojos desorbitados—. Acabo de reparar en un detalle que lo cambia absolutamente todo.

—¿Todo? —Gaillard rompió finalmente su mutismo—. ¿Se refiere al móvil del crimen?

Toulouse dio un increíble salto hasta lograr colocarse delante de él.

Eiffel y Puccini secundaron al pintor y comenzaron a rodearlo, dando muestras de una creciente inquietud. Doyle enarcó una ceja y, decidido, se abrió paso entre el grupo, logrando situarse a la derecha del austríaco. Asimismo, Huntington se levantó del sillón y caminó, no sin gran esfuerzo, hasta el corrillo de hombres.

Finalmente Freud abrió los labios y despejó la penúltima equis de la ecuación.

—Al igual que la mujer utilizó versiones de un mismo nombre de pila a lo largo del tiempo, pudo hacer exactamente lo mismo con el apellido —comenzó a decir—. Esto me lleva a una conclusión tan categórica como evidente: *lady* Hampton no le fue infiel jamás a su marido, y mucho menos con el secretario. Eso hubiese resultado del todo antinatural, pues, ¿cuál es el equivalente inglés de la palabra alemana «Taschen»?

Todos enmudecieron de repente.

Entonces el doctor miró uno a uno a sus compañeros y, a modo de coro, estos pronunciaron en voz alta:

—¡Bags!

—¡Eran hermanos! —aclaró Gaillard descompuesto—. La esposa de lord Hampton y el secretario no eran amantes, sino hermanos. ¿No es paradójico? Por eso le pidió a su esposo que contratase a aquel hombre...

—¿Y por qué razón habría de ocultar esa información a su marido? ¿Acaso se avergonzaba de su propio hermano? —preguntó Puccini, ofuscado.

—Yo se lo diré.

Toulouse, pese a su reducida estatura, se colocó en el centro de la asamblea e irguiéndose al máximo dijo con voz transparente:

—Solo los que hemos frecuentado los *cabarets* y los teatros de segunda sabemos de la dificultad de esas gentes para medrar. Johanna, o como quiera que se llamase, tuvo la suerte de conocer al barón. Al rogarle que no hurgara en su pasado dejó a las claras su intención de empezar de cero. Tal vez Leonard Bags cometiese algún error en ese mismo pasado que ambos compartieron. Que su hermana lo presentase como un joven secretario al que conoció en la infancia no es sino una muestra de su deseo de rehabilitarlo. Yo podría hablarles largo y tendido de lo que eso significa...

Dicho esto, todos los presentes asintieron e, inclinando la cabeza, agradecieron al artista sus acertadas palabras.

—Doyle pudo equivocarse juzgando al barón a partir de unos indicios erróneos, y lo veo comprensible. Pero que lo hiciéramos con alguien de su talento y sensibilidad me resulta inaceptable. —De nuevo las miradas se posaron en el pintor—. Si algo he aprendido este verano es que no hay que dejarse llevar por las apariencias —concluyó Freud, sincero—. Es usted un gran tipo, Henri de Toulouse-Lautrec.

—Muchas gracias, doctor —añadió el hombrecillo—. Pero, créanme, no es necesario que me

pidan disculpas, y mucho menos que se lamenten.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué?

—Porque a mí me pasó exactamente lo mismo con ustedes... Jajajajaja.

EPÍLOGO

*Palacio Real, Madrid
Julio de 1913*

CUANDO CRISTA ABRIÓ LOS OJOS SE DESCUBRIÓ TENDIDA en la antecámara, justo en el diván situado bajo el retrato de su difunta suegra, cuya mirada de bronce le seguía imponiendo respeto. Más arriba, en los frescos de la bóveda, Minerva se entrevistaba con Apolo, lo que le hizo recordar que esa tarde recibiría la visita de alguien a quien deseaba ver desde hacía mucho tiempo. A su lado descansaban unas labores de punto de media destinadas a los pobres que, además de entretenerla, le permitían evadirse de los problemas y los recuerdos más tristes.

Que hubiese amanecido en aquella estancia en lugar de hacerlo en su dormitorio —e incluso en el despacho anexo donde solía leer hasta tarde— obedecía a una única razón. Esa semana tendría lugar el bautizo de Juan, el último de sus nietos, por lo que el palacio llevaba varios días agitado. Aun así, resultaba curioso que alguien de su disciplina hubiese roto los esquemas de forma tan drástica.

«Debe ser que doña Virtudes se está haciendo vieja», se dijo a sí misma bostezando.

Más tarde, cuando se hubo aseado convenientemente y cambiado el atuendo, recordó a aquellas damas de Praga a las que trataba de enderezar siendo apenas una muchacha, y deseó por momentos desplegar las alas y salir volando, para reunirse con ellas.

¿Realmente había sabido estar a la altura de las expectativas?

Probablemente.

Pero ¿y los demás? ¿Se habían mostrado lo suficientemente generosos con ella? ¿Le había devuelto la vida parte de su esfuerzo?

Mejor ni pensarlo.

A sus sesenta y cuatro años, María Teresa poseía un aspecto inmejorable. Tanto que podía rivalizar en elegancia con su hermana y aún superarla.

Su entrada en las dependencias reales llegó precedida de una gran pompa. Lucía un sencillo vestido de muselina adornado con encaje que le sentaba como un guante. Pero lo que más llamaba la atención era la brillantez de su cabello, peinado al estilo Pompadour, que dotaba a su rostro de un porte fastuoso.

—Majestad —pronunció la recién llegada haciendo una reverencia.

—¡Queridísima hermana!

Dejando a un lado el protocolo, la reina se acercó hasta ella y, sujetando su rostro con ambas manos, le susurró tiernamente al oído:

—Cuánto he anhelado este momento.

Luego pidió que las dejaran a solas e inmediatamente se fundieron en un larguísimo abrazo. Este, a su vez, desembocó en un río de lágrimas, pero de completa alegría.

Al fondo, el eco de los infantes golpeando el parqué parecía presagiar una jornada tan larga como festiva.

Una vez sentadas y con la ventana abierta de par en par —el calor en Madrid resultaba asfixiante desde primera hora de la mañana— iniciaron una trivial conversación al estilo de los viejos tiempos, cuando la responsabilidad era cosa de adultos y el mundo avanzaba mucho más despacio.

—Esta será la última reverencia que hagas en tu vida —musitó Crista emocionada—. Dentro de muy poco los demás se inclinarán ante ti. ¡Y yo seré la primera!

—Pero ¿qué estás diciendo?

—¿Acaso no eres mi hermana mayor? —añadió, con expresión divertida.

Dada compuso un gesto severo como única respuesta y seguidamente la señaló con el índice. Al momento, la otra comprendió que no hacía sino evocar sus juegos de infancia, cuando en ausencia de la madre solía ejercer de institutriz, regañándola por cualquier motivo.

—¡Eso no se lo consentiré jamás, señorita! —le reprendió. Y seguidamente ambas se echaron a reír.

Con la muerte de Leopoldo de Baviera, el título de Príncipe regente pasó a manos de su hijo Luis, esposo de María Teresa, y ambos esperaban la transferencia de la corona para finales de verano. Después de veintisiete años y un sinfín de decepciones —el último aspirante a monarca sufría una enfermedad mental que lo incapacitaba para gobernar—, la ciudad de Munich vería saludar por fin a su nuevo rey.

Los proyectos familiares, la mayor parte relacionados con la futura condición de la primogénita, dieron paso a los chismes, y luego se entretuvieron comentando los detalles del bautizo, con especial hincapié en las galas que lucirían durante la ceremonia.

Finalmente, cuando el reloj anunció las cinco de la tarde, ambas se quedaron calladas y pensativas, sin más actividad que el agitar de sus abanicos. Mientras, les sirvieron el té acompañado de unas pastas.

María Teresa esperó a que su taza estuviese llena para desviar la conversación hacia donde le interesaba. Luego bebió un largo sorbo y, sin dejar de mirarla, se limpió con la punta de la servilleta y cruzó las manos en el regazo. Finalmente tomó la palabra:

—Tengo que contarte algo.

Crista, al oír esto, se inclinó sobre la silla y asió los finos dedos de su hermana, extrañamente fríos pese a hallarse en verano.

—Hace dos semanas tuve noticias del duque —comenzó a exponer con voz demasiado grave—. Aunque, por desgracia, no de la forma que imaginas.

—No te preocupes —respondió la reina muy serena—. Puedes hablar sin reservas. A estas alturas estoy preparada para cualquier cosa.

—Bien —continuó—. Lo cierto es que fue por pura casualidad. Era domingo, Luis acababa de salir a pasear y yo escuchaba a Wagner en el gramófono, cuando un titular del *SZ* llamó poderosamente mi atención...

Dada interrumpió el discurso intencionadamente y cogió su pequeño bolso del sillón colindante. Luego extrajo un papel doblado y comenzó a leerlo de manera pausada.

En el recorte se informaba de que el heredero de Bucovina, Emil Károlyi, había aparecido en el extremo norte del lago Balatón, a cien kilómetros de Budapest, después de treinta años desaparecido. Sus restos, a medio descomponer, habían emergido del fango por culpa de la sequía. Una vez que la familia los hubo identificado, no sin cierta dificultad, el forense llegó a la conclusión de que había sido asaltado y su cadáver arrojado al fondo.

—Por eso no lo encontraban —masculló Crista con la mirada perdida, y a continuación se puso de pie—. Pobre Emil, fui demasiado injusta con él. Aquella historia del caballo y mi testarudez... En el fondo, fue la única persona que me quiso...

—María Cristina...

Crista se volvió expectante, consciente de que, por fin, había llegado el momento de conocer la verdad.

Aquella noche de agosto de 1899, cuando la ropa mojada y el ambiente sombrío del faro atenazaban su espíritu, deseó con todas sus fuerzas que el atractivo duque apareciese en su corcel para rescatarla.

Sabía que los años transcurridos y su condición de reina habrían dificultado la posibilidad de un acercamiento, al menos al modo romántico, pero no le importaba. Ella jamás se comportaría como Victoria de Inglaterra, quien se había expuesto a las críticas de todo un país por encapricharse de la persona equivocada.

Que estuviese allí, en medio de la noche, vestida como una sirvienta y tiritando de frío, era la prueba irrefutable de que lo suyo trascendía al amor más ortodoxo.

—Te equivocas con Károlyi —sentenció Dada alzando las piernas y situándose a su lado—. Es cierto que te mostró sus simpatías durante un tiempo y que, exceptuando aquel desgraciado episodio en los jardines, siempre se comportó de una manera educada y afable con nuestra familia, pero me temo que él no...

Sin dejar de observar la calle, Crista se aproximó al alféizar de la ventana y encogió los ojos con disimulo. Por su parte, y en un acto reflejo y maternal, Dada depositó el abanico sobre la mesa, se aproximó por detrás en silencio y comenzó a abrazarla por la espalda, deslizando suavemente la cabeza hasta rozar su hombro. Las mejillas le ardían y los poros transpiraban más de la cuenta.

—Aquella mañana de noviembre, que jamás olvidaré, yo inventé una excusa para abandonar el salón contiguo al de nuestro padre. El ambiente era tenso, muy tenso, y en los ojos de todos se adivinaba el único final posible. El médico acababa de entrar en la habitación y, no sé por qué, sentí la necesidad de abrazarte, como estoy haciendo ahora mismo. Te busqué durante un rato en el jardín y luego recorrí todos aquellos lugares donde solías esconderte de pequeña...

Teresa hizo una pausa, suspiró profundamente, y buscó aún más el contacto de su hermana. Luego continuó:

—Te vi nacer, mi dulce niña. Yo tenía nueve años y lo recuerdo como si fuese ayer. ¡Fue tan hermoso y emocionante! Desde entonces supe que estaría siempre a tu lado... para protegerte.

—Lo sé —respondió Crista con lágrimas en los ojos—. Siempre he sido consciente de eso y de otras cosas. Por eso ahora te pido..., te suplico...

—Fue un miembro del servicio quien te encontró tumbada en la capilla y te trajo hasta casa —atajó María Teresa, elevando la voz y apartándose lentamente, pero con decisión, de ella.

Silencio.

Resuelta a concluir, su hermana la tomó por los hombros y la apremió a que se girara. Una vez que la tuvo de frente, sostuvo su mirada sin pestañear y remató con aplomo:

—Nada más que eso.

Crista apretó los labios y deslizó sus manos por el suave vestido de seda, hasta situarlas a la altura de los muslos.

Por más que la escrutó, Dada no pudo hallar rastro alguno de decepción en su mirada, ni tampoco de sorpresa o desaire. Muy por el contrario, esta reflejaba paz, resignación y sobre todo grandeza.

La misma que mostró en la cripta imperial de Viena durante el entierro de su padre, cuatro décadas atrás.

La misma con la que había recibido el título de Abadesa en el castillo de Hradschin, con apenas dieciocho años.

La misma con la que se había dirigido a los españoles tras el deceso de Alfonso XII, dando inicio a la Regencia.

Aquel era, sin duda, el gesto de una verdadera Austria.

—¿Un poco más de té? —exclamó sin previo aviso, llamando a los criados para que lo trajesen de inmediato.

Dada sonrió con los ojos.

Al rato, cuando la porcelana volvió a humedecerse y el aroma de la bebida inundó las paredes de la estancia, ambas volvieron a sentarse como si la escena anterior no hubiese tenido lugar, retomando la alegre charla sobre los fastos del día siguiente.

Fue entonces cuando Crista, observando las cicatrices de su nueva camarera, recordó aquella escena de Gross-Seelowitz, en que una joven archiduquesa tropezaba sin querer con su criada.

FIN.

AGRADECIMIENTOS

—Al personal del Museo Romántico de Madrid, por allanarme la visita a sus instalaciones y atender todas mis preguntas con rigor y amabilidad.

—A todos los empleados de las bibliotecas públicas de Santiago de Compostela, Pontevedra, Palencia, Santander, Vitoria y San Sebastián, por facilitarme la investigación.

—A Ana Bravo, profesional del turismo, por las fotos de Viena y las instructivas charlas en su preciosa Soria.

—A Montse Contreras, profesora de francés, por sus correcciones y sugerencias.

—A Tania y Elena, guías locales de San Sebastián, por enseñarme los rincones preferidos de la reina María Cristina y contagiarme su pasión por ella.

—A toda mi familia, por soportar estoicamente mis «fugas» al siglo XIX.

—A mi hija María, por tratar de entenderme a pesar de su corta edad. Espero que algún día puedas leerme con orgullo.



ANTONIO PUENTE MAYOR (Sevilla, 1978). Licenciado en Filología Hispánica y DEA en Literatura Española, y desde muy joven ha estado ligado al mundo de las letras, el turismo y la comunicación.

Actualmente trabaja como escritor, asesor editorial y guía de *tour* operador, colaborando en medios como *El Correo de Andalucía* y *COPE Sevilla*. Anteriormente colaboró en *Diario de Sevilla*, *Sevilla Actualidad*, *8TV*, *María+Visión TV*, *Radio Sevilla FM* y *Revista CLÍO de Historia*.

Asimismo es un apasionado del teatro, de cuyo universo he formado parte como actor, director, investigador y dramaturgo.

En el terreno literario lleva publicadas doce obras entre 2011 y 2018, y en 2012 fue finalista del Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil. Asimismo en el curso 2017/2018 formó parte del Máster Universitario en Escritura Creativa de la Universidad de Sevilla como profesor invitado.

Publicaciones:

2011: *Nazarenos de caramelo* (Estampa Múltiple Ediciones).

2012: *Cofrades de Leyenda* (Estampa Múltiple Ediciones).

2013: *La senda manuscrita* (Estampa Múltiple Ediciones).

2013: *La sombra de Bécquer* (Estampa Múltiple Ediciones).

2015: *40 Cuentos de Semana Santa para 40 Noches de Cuaresma* (Babidi-Bú).

2015: *El testamento de Santa Teresa* (Algaida).

2017: *La Pandilla Morada. El misterio del nazareno sin sombra* (Almuzara).

2017: *Expo 92. Un Viaje en el Tiempo* (Babidi-Bú).

2017: *El pequeño costalero* (Babidi-Bú).

2017: *Guía de la España histórica, legendaria y misteriosa* (Almuzara).

2018: *La Pandilla Morada. La maldición de San Lorenzo* (Almuzara).

2018: *El enigma del salón Victoria* (Algaida).